

Nº 6 Julio 2013



TerBi

Revista de la Asociación Vasca
Ciencia Ficción, Fantasía y Terror

ESPECIAL III CERTAMEN TerBi
de relato temático: Viaje Espacial Sin Retorno

Incluye el relato ganador:
"La última huella" de Miguel Santander

TerBi

Especial III Concurso TerBi de Relato Temático

Sumario

—Acta del Fallo del III Premio TerBi de Relato 2013	pág. 4
— La última huella ----- <i>Miguel Santander</i>	pág. 5
—1974 ----- <i>Sergio Moreno Montes</i>	pág. 20
—Conejillo de Indias ----- <i>Jaime Magnan Alabarce</i>	pág. 44
—Convergentes ----- <i>Victor M. Valenzuela</i>	pág. 71
--- Donde hay gente, hay sorpresas ---- <i>Victor Villanueva Garrido</i>	pág. 93
--- La canción de Miranda ----- <i>Mara Nefill</i>	pág. 118
--- La matriz de Saúl ----- <i>José Manuel González</i>	pág. 138
--- Relatividad ----- <i>Julián Muñoz Carrasco</i>	pág. 163
--- Sin respuesta ----- <i>Francisco Fernández Rodríguez</i>	pág. 182
--- Skylon 5 ----- <i>David García Rodríguez</i>	pág. 199
--- Ultima noche en la Tierra ----- <i>Oscar Amador</i>	pág. 208
—Un universo infinito ----- <i>Francisco Javier Rodríguez</i>	pág. 230
—Actividades e iniciativas de la TerBi	pág. 258

Los autores mantienen los derechos de sus obras.



Han elaborado este número

- *Ricardo Manzanaro*
- *Isa González y Joseba Paulorena*
- *Ekaterina Amez*
- *Joserra Vila*
- *Ilustración de portada: Mónica Martínez*

Fallo del III Premio TerBi de Relato Temático

“Viaje espacial sin retorno”

Reunido en Bilbao el jurado del III Premio TerBi de Relato Temático, compuesto por Javier Bellido, Lola Coll, Alejandro González, Sergio Llamas, Rosana Lupiola, Ricardo Manzanaro, Ángel Rodríguez, Luis Ruiz, Juan José Sánchez y Joseba Uriondo, con Ekaterina Amez en calidad de secretaria, acuerda por unanimidad:

Conceder el III Premio TerBi de Relato Temático “Viaje espacial sin retorno”, al relato “La última huella”, presentado bajo el lema “LargoLaGrande”. Una abierta la plica correspondiente, el autor ha resultado ser Miguel Santander.

El relato se publicará en el próximo número del fanzine de la TerBi, que será un especial dedicado al certamen.

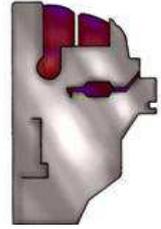
En esta edición del certamen se han presentado a concurso 148 relatos, tanto de origen español, como extranjero.

El jurado da las gracias a todos los participantes, y desde aquí invita a aquellos que lo deseen a presentarse a la próxima edición del Premio, cuyas bases se harán públicas en unos meses.



La Última Huella

Miguel Santander



A los necios que empuñan las tijeras
sin ver el horizonte de posibilidades
que se extiende ante ellos.

Cuando escuches esto, yo seguiré a millones de kilómetros de casa y llevaré décadas muerta. Sé que ésta no es manera de comenzar una carta, una confesión, una despedida o lo que quiera que esto sea. Por no saber, ni siquiera sé muy bien por qué lo hago.

Acabo de enviar una videotransmisión para felicitarte por tu sexto cumpleaños. ¡Estabas tan mono soplando las velas! Me has preguntado que cuándo volvería del cielo, y yo... he dicho que muy pronto, que no dejaras de mirar a las estrellas, que cualquier noche bajaría del lucerito rojo... No, no he tenido el valor de decirte la verdad. Aún eres demasiado pequeño.

Espero que sepas perdonarme.

Imagino que papá y tú estaréis viendo mi mensaje en este preciso instante... o mejor dicho, hace tanto tiempo... Trato de imaginarte escuchando esto ahora, de visualizar tus rasgos adultos, si habrás sacado la nariz de tu padre o si seguirá siendo tan chata como la mía, o de si unos hoyuelos como los suyos asoman tras la incipiente barba. ¿Incipiente, digo? Eso es solo porque no puedo hacerme a la idea de que cuando oigas esto, cuando los primeros que vuelvan a la Tierra te entreguen en mano la grabadora en la que registro estas palabras, tendrás treinta años más de los que yo tengo ahora. Habrás tenido tiempo de sobra para hacer tu vida, para olvidarme, incluso... incluso para odiarme.

Sí, te habrán contado muchas cosas acerca de esta misión. De su importancia, de por qué estamos aquí, de qué esperamos conseguir. Seguro que me has visto poner el pie en

esta roca desierta miles de veces, y que tienes grabada en la mente la fotografía de la primera huella, aquella que el viento acabó por borrar, implacable como el paso del tiempo.

Y estoy segura, también, de que casi todos a tu alrededor habrán opinado sobre los motivos por los que me fui. No habrán faltado quienes, movidos por la envidia y la crueldad, te habrán dicho que, simplemente, no te quería. Ojalá hubiera podido protegerte de eso. Sé que papá lo habrá intentado, de que te habrá contado la verdad en cuanto hayas tenido edad para asimilarla. Pero yo nunca lo he hecho, nunca lo has oído de mis labios, nunca he tenido oportunidad para tener contigo una conversación madre-hijo. Y esta grabación es lo más parecido que jamás tendremos.

¡Hay tantas cosas que quiero contarte!

La voz muere y se hace el silencio. La mujer apaga la grabadora y se enjuga las lágrimas; es la primera vez que llora desde que llegó a este planeta. Los primeros rayos de sol asoman ya por el ventanuco polarizado. Se pone en pie, sorteando el camastro y el redondeado mobiliario con la agilidad que da la repetición incesante, y sale del habitáculo.

Su compañero la espera junto a la esclusa. Tiene el traje a medio poner. Se saludan con un leve asentimiento de cabeza, fruto de la costumbre, y se visten sumidos en sus propias cavilaciones. Apenas hablan. Hace ya tiempo que no tienen de qué.

Cuando están listos se ajustan las escafandras, bajan las escalerillas de la esclusa del módulo de habitabilidad y hacen las comprobaciones rutinarias de seguridad. La jornada de trabajo será dura, como cada día desde hace dos años.

Afuera, Marte espera.

Lo bueno de llevar tanto tiempo muerta es que una no tiene que esconderse ni mentir. Que a una no le avergüenza lo más mínimo lo que puedan pensar de ella. O eso creía yo. Contigo es diferente.

Es curioso. Soy la mujer más famosa de dos planetas, me encuentro cómoda hablándole a una cámara que me retransmite a miles de millones de personas, pero me pongo como un flan cada vez que intento hablarle a mi hijo, que será adulto cuando por fin pueda llegarle esta grabación. Te juro que lo he intentado seis veces a lo largo del último mes, pero cuando activo la grabadora soy incapaz de decirte una sola palabra. Y sé por qué. Ambos lo sabemos, así que déjame librarme de esta carga ahora que llevo carrerilla.

Papá y yo éramos una pareja normal. O todo lo normal que puede ser una pareja de investigadores. Hoy yo aquí, mañana tú allí, buscando estancias cerca del otro, persiguiéndonos por el mapa como si jugáramos a un disparatado juego de mesa. Hicimos lo que pudimos, pero no funcionó. Ni siquiera cuando tú llegaste. A la mayoría le sucede, no hay que buscar culpables y nosotros no lo hicimos. Nos queríamos mucho, ¿sabes?

Tu padre permaneció en Europa y siguió cruzando el charco siempre que pudo para estar contigo. Hasta que te diagnosticaron la enfermedad de Pompe. Él lo dejó todo y se vino a vivir con nosotros. Nuestros seguros médicos no cubrían algo así, por supuesto, y la sanidad pública es un mito del pasado. Por más que buscamos y removimos Roma con Santiago, el resultado fue siempre el mismo: intratable, a no ser que pudiéramos sacarnos de la chistera trescientos mil dólares cada año durante el resto de tu vida.

Probamos de todo, desde peticiones en internet hasta eventos benéficos, pasando por incontables asociaciones de enfermedades raras. La gente se volcó con nosotros, pero era demasiado dinero. Los médicos no te daban más de tres años de vida.

La oferta me llegó una mañana de primavera. Recuerdo perfectamente el momento. Los cerezos estaban recién florecidos, olía a humedad y el café me quemó la lengua mientras leía el mensaje. Al sultán de Brunéi, accionista casi en exclusiva de Mars Omega, no le habían pasado desapercibidos ni mi interés científico en el planeta rojo, ni mis doctorados en biología y geología, ni, por supuesto, el revuelo mediático que habíamos montado con tu caso.

Una madre siempre hará lo que haga falta por su hijo. Y una madre desesperada incluirá en «lo que haga falta» marcharse a Marte. Aunque sea solo con un billete de ida.

Debes saber que jamás, ni por un solo instante, me he arrepentido de mi decisión. Estás vivo, eso es lo único que me importa. Y eso no va a cambiar: la empresa no podría echarse atrás aunque quisiera, ya que antes de irme nos aseguramos de que depositaran el dinero de una vida entera en una fundación fuera de su alcance. Estoy segura de que cualquiera en mi situación habría hecho lo mismo. Tu padre lo intentó, de hecho, quiso cambiarse por mí, pero no encajaba en el perfil que querían. Así que él se hizo cargo de ti, y yo... bueno, aquí me tienes, con las trompas ligadas para evitar inconvenientes a la empresa, pero, al menos, en un hotelazo con vistas de lujo al cráter Gale.

Vale, ya está. Mucho mejor.

En fin, qué mundo tan loco, éste, donde una persona puede acumular suficiente dinero para mandar a otra al planeta de al lado... incluso durante la crisis económica que ya se respiraba al irme.

La idea ya me pareció un sinsentido en aquel entonces, por supuesto, y así se lo hice saber a los asesores del sultán. Mandar a dos personas sin billete de vuelta pero con las instrucciones de montaje para ensamblar las piezas de una colonia según fueran llegando en envíos sucesivos no era la mejor idea para colonizar Marte. Sobre todo cuando había alternativas como el Marte Directo de Robert Zubrin, mucho más baratas y eficaces: un vehículo robótico llegaría primero y procesaría el combustible para la vuelta a partir del abundante dióxido de carbono de la atmósfera marciana mezclado con una pequeña reserva de hidrógeno. Para cuando los astronautas llegaran con el primer módulo de la colonia, un par de años después, el cohete de vuelta estaría esperándoles. Cubierto de polvo, pero listo para regresar a casa.

Me escucharon muy cortésmente, pero no sirvió de nada. El que tiene el dinero manda, y ellos querían rentabilizar lo más rápido posible su inversión. Eso incluía un laboratorio permanente donde buscar, entre otras cosas, rastros de agua y vida. La idea era secuenciar el potencial ADN marciano y patentarlo, así como sus aplicaciones médicas o biotecnológicas. Era mucho más barato enviarnos a Álex y a mí con lo justo para poner en marcha desde el primer día un laboratorio ampliable que mandar diez veces a dos fulanos a hacer estancias cortas en el planeta «como si estuvieran de vacaciones». Y mucho más rápido. Ya sabe que el tiempo es oro, dijeron.

La vida aquí no es cómoda, a no ser que la comparemos con la travesía hasta Marte. Imagínate pasar nueve meses encerrado en la autocaravana de papá —apuesto a que todavía conserva esa vieja carraca—, y te harás una idea de lo que quiero decir. Ahora imagina que siempre es de noche ahí afuera, y añade a la mezcla todos esos detalles incómodos, como el cuerpo entumecido a pesar de la gravedad artificial; el sabor amargo del agua reciclada; el estricto aseo en seco; el olor a cerrado, a humanidad y a sudor y no sé a qué más cosas, que lo impregna todo, y que no desaparece jamás. Por no hablar de las dos o tres veces que un rayo cósmico te recuerda su existencia al impactar en tu retina y provocarte un molesto resplandor verdoso. En esas ocasiones no puedes evitar ser plenamente consciente de que el desarrollar algo poco agradable como un Alzheimer o un cáncer es una mera cuestión de tiempo y de pura suerte.

Al lado de una nave espacial, una cárcel es un destino paradisiaco. Pero todo eso, claro, no sale en las videotransmisiones.

La vida de colono, en cambio, es menos incómoda, pero más dura. Los recursos son más abundantes aquí. Conseguimos algo de agua disolviendo rocas marcianas a base de dióxido de carbono comprimido, lo suficiente para poder ducharnos una vez al mes, y los dos invernaderos que ya hemos levantado hacen que no tengamos que preocuparnos más por el oxígeno. Pero a cambio, siempre hay trabajo que hacer. Mandar al rover a recoger muestras y analizarlas en el laboratorio, cultivar las plantas, levantar nuevas secciones de la colonia, llenar registros, hacer dos horas de gimnasio para paliar la degeneración ósea causada por la menor gravedad, comprobar cada sistema vital del que dependemos, una, otra, otra vez. Trabajamos de sol a sol, y me gustaría decir que nos ganamos el pan con el sudor de nuestra frente, pero eso no sería del todo cierto: aunque me alegra el poder comer, desde hace poco, nuestras propias verduras —te aseguro que saben a gloria—, ya habríamos muerto de no ser por las reservas de comida que nos envían una vez al año junto con nuevas piezas de la colonia.

El próximo año, además, llegarán dos colonos más. Ellos tampoco regresarán, ni siquiera los siguientes, pero ayudarán a la colonia a crecer poco a poco en su camino hacia la autosuficiencia. Si todo va según lo previsto, dentro de algo más de seis décadas la dotación de nuestra base será suficiente como para mandar a dos colonos del Nuevo

Mundo en el primer viaje de vuelta a la Tierra. Y con ellos te llegará la grabadora con estas palabras.

Sí, espero las nuevas incorporaciones como agua de mayo. Haremos algo más de vida social que ahora. Bueno, entiéndeme. No es que no me guste Álex. Es inteligente y ha probado ser un hombre de recursos y un superviviente nato en varias ocasiones. Y es generoso. Es sólo que... es algo huraño. Su familia murió hace mucho tiempo, y no es persona de muchos amigos. No dejó nada en la Tierra, y eso hace que viva por y para Marte. No como yo. Quizás por eso lleva mejor que yo el aislamiento. O quizá no sean más que...

Perdona un momento. Un aviso del satélite.

Demonios, se aproxima una tormenta. Tengo que dejarte.

La mujer se levanta como un resorte y recorre el camino hasta el invernadero. Cuando entra, el hombre está de espaldas a ella, tosiendo de forma estentórea. Se da la vuelta al tiempo que desliza un pañuelo en su bolsillo. Lo hace con disimulo, pero no lo suficiente como para que ella no se percate de la sangre que impregna la tela. Es la segunda vez en lo que va de mes.

Va a decir algo, pero él la corta. También ha visto el aviso del satélite, no hay tiempo que perder. Cinco minutos más tarde la esclusa principal se abre y los dos colonos emergen lentamente al amanecer marciano, enfundados en trajes que una vez lucieron limpios y brillantes. El cielo está despejado y todo está sumido en una calma irreal; nada parece presagiar la tormenta que se avecina.

Hablan poco mientras trabajan; ambos saben exactamente cuál es su papel, han hecho esto mismo una decena de veces. Cerrar la cúpula del telescopio, extender las persianas y los paneles aislantes sobre los invernaderos y paneles solares, asegurar el rover en su pequeño hangar, cubrir los tanques y la antena con la lona y asegurar los anclajes y los tensores. El proceso lleva dos horas durante las que se afanan como si les fuera la vida en ello. Porque de hecho así es.

Esta vez, la tormenta les gana la partida. La brisa les espolea al rato de comenzar la tarea, levanta remolinos de polvo rojizo que acaba por oscurecer el cielo. Para cuando están fijando los anclajes ya no ven más allá de unos palmos y los micrófonos externos se saturan con el siseo de la arena; se aseguran el uno al otro con una cuerda para evitar perderse en la tormenta. Las descargas eléctricas comienzan cuando el hombre se dispone a asegurar el último tensor. El viento no es capaz de tirarlos al suelo, pero el polvo cargado podría estropear la electrónica de los trajes. Es demasiado arriesgado, de modo que entran en la seguridad de la esclusa, la presurizan y se despojan de sus trajes, aún jadeando.

El resto de la rutina no es tan peligroso, pero lo ejecutan con idéntica resolución. Uno a uno, apagan todos los sistemas no esenciales. Deben conservar la energía que les proporcionan los paneles solares, inoperativos mientras dure la tormenta. Mantener la iluminación de los invernaderos es vital, no así la del módulo de habitabilidad. Apagan las luces y casi todos los ordenadores, bajan la calefacción al mínimo, se desvisten y se acurrucan juntos bajo una manta.

Como otras veces, no hablan. Si apenas un susurro ocasional; de otro modo, ambos se sentirían incómodos.

A diferencia de otras veces, en las que la cercanía y el roce de sus cuerpos ha hecho su efecto, no hacen nada. Ella hace un tímido intento que él rechaza con suavidad. Hoy no.

Afuera, la tormenta de arena ruge, golpeando las paredes con violencia. Ahora tamborilea como una lluvia de pedriza sobre las paredes del módulo, ahora el viento cambia de dirección y parece como si alguien frotara el muro con una lija. Racha tras racha tras racha, el planeta hostil les recuerda quién manda allí.

Un mes después, la tormenta amaina. Las dos figuras emergen a la explanada para evaluar los daños. Ha sido la más fuerte a la que han hecho frente y, esta vez, no han salido indemnes: la lona que cubría la antena de comunicaciones se ha desprendido y la electricidad estática transportada por el polvo ha cortocircuitado la electrónica, inutilizándola por completo. Y, por si eso no fuera suficientemente malo de por sí, la mezcla de polvo cargado y copos de nieve de peróxido de hidrógeno ha acabado por fundir

el sistema eléctrico de uno de los invernaderos, exponiendo a las plantas a una muerte segura en la turbulenta oscuridad de la tormenta.

No sé por dónde empezar. Sé que es injusto contártelo; esto no debería tener cabida en una conversación entre una madre y su hijo, pero necesito hablar con alguien, o al menos sentir que estoy haciéndolo.

Álex ha muerto.

No nos dio tiempo a asegurar bien la colonia. En otras circunstancias quizá habría aguantado, pero esta vez la tormenta era demasiado fuerte. Hemos perdido uno de los dos invernaderos. Y la antena de comunicaciones.

¡Es tan fina la línea que separa la esperanza de la desesperación! Solo Álex mantuvo la calma en todo momento. Supongo que se debió, simplemente, a que él había tenido un mes para asimilar su situación. Pero yo me derrumbé en cuanto nos sentamos e hicimos las cuentas del oxígeno restante. Los números no dejaban lugar a dudas: con un invernadero funcional y sin hidrógeno suficiente como para producir mucho más oxígeno, gastábamos más de lo que las plantas generaban, y así sería hasta que las nuevas semillas germinaran y tuviéramos más plantas.

Estábamos condenados. El ataque de ansiedad me impidió darme cuenta durante un buen rato de la simple y cruda verdad. Mientras, Álex me observaba, en calma, sumido en sus propios pensamientos, como si supiera que la mejor manera de contribuir a calmarme era dejarme a mi aire.

Al cabo, lo comprendí. Dos personas consumían más oxígeno del disponible. Una no.

—¿Cómo lo decidiremos? ¿A suertes? —dije finalmente.

Me contestó que no había nada que decidir y, como si quisiera reafirmar la gravedad de sus palabras, se sacó del bolsillo el pañuelo ensangrentado. Ambos sabíamos lo que

aquello significaba y que la medicación de la enfermería solo lo haría menos insoportable. Intenté asumirlo con la misma entereza con la que él lo había hecho.

Durante los dos días siguientes, Álex me ayudó a limpiar los paneles solares, a reactivar los sistemas y a reparar todo lo que pudo. Logramos arreglar la iluminación del invernadero perdido y plantamos más semillas. Y, cuando estábamos resignados al aislamiento total de la Tierra, se le ocurrió una manera de transmitir mensajes usando el láser de espectroscopia LIBS del rover.

Al principio lo miré perpleja. Apuntar el láser al satélite meteorológico que desde una órbita baja vigilaba y nos servía de enlace con la Tierra requeriría de una precisión milagrosa. Algo imposible de obtener sin una montura adecuada, ahora que la de la antena está frita. Y eso por no hablar de las noches que tardaríamos en alinearlo. Incluso si lo introdujéramos en el telescopio, no podríamos estar seguros de que el satélite lo recibiera: media micra de más a un lado, y el láser errará el tiro por decenas de metros.

Pero la idea no era esa, claro. Tardé un minuto en comprender. ¡Tan simple y tan ingenioso a la vez! Álex se refería a que el telescopio del satélite observara la dispersión del láser sobre una roca, una variante rudimentaria de una técnica que se utiliza desde hace lo menos veinte años para estudiar la composición de asteroides y satélites a distancias enormes. El satélite pasa sobre nuestras cabezas una vez cada dos horas tomando imágenes y debería ser capaz de distinguir el resplandor del láser de la negrura de la cara nocturna del planeta. En cuanto se den cuenta de que hemos perdido la antena, ordenarán al satélite observar la colonia en busca de alguna señal. Si funciona y ven el fulgor, no sólo sabrán que estoy viva, sino que podré aprovechar las noches para enviarles mensajes cortos con el estado de la misión. Espero que alguien en la Tierra se de cuenta de que los fogonazos esconden un texto en código Morse.

La verdad es que la emoción de aquel momento me distrajo de la gravedad de la situación, hasta que, al amanecer del tercer día, desperté para encontrar a Álex con el traje puesto y el casco bajo el brazo. Con una sonrisa en los labios, dijo que desde niño había querido explorar el cráter Gale, y que al fin tenía una buena excusa para hacerlo. Me miró a los ojos, me besó, se puso la escafandra y entró en la esclusa. Incluso me saludó con la mano cuando nos observamos a través del cristal del invernadero. No parecía él.

Lo contemplé alejarse. Caminaba hacia la ladera del cráter con aparente tranquilidad, como si se dispusiera a hacer una breve excursión antes de la cena. No volvió. Aguardé al día siguiente y programé mi primer mensaje: «Antena perdida Álex muerto».

Ahora lo echo de menos.

Espero ser capaz de soportarlo. Hay una idea que lleva todo el día rondándome la cabeza y obsesionándome, por más que trato de concentrarme en el trabajo. No me había dado cuenta hasta ahora, pero estar en Marte se parece a estar muerto.

Marte. Muerte. ¡Hasta suenan parecido!

Y es que nadie vuelve de la muerte. Y nadie ha escuchado jamás lamento alguno del Más Allá.

Los últimos rayos del sol escarlata se hunden bajo el horizonte, cediendo el relevo a los focos del solitario traje espacial. La mujer hace la ronda de costumbre para asegurarse de que todo está en orden. Arriba, en el promontorio, el rover está preparado, inclinado como una gárgola que se cerniera sobre su presa, una roca a la que la mujer ha bautizado como «Bip».

La mujer mira al cielo del sur con frecuencia, como si esperase algo. Cuando pasa junto a la pequeña cúpula, abre los cerrojos y deja al descubierto el telescopio. Luego vuelve al interior del módulo de habitabilidad y, desprovista del traje, se dirige a la pequeña estancia que hace las veces de sala de control. Activa el telescopio y lo apunta al sur, al plano de la eclíptica. El resultado de la exposición de cinco minutos basta para dibujar una sonrisa en su rostro. Un suspiro, una lágrima, esta vez de alivio.

Se vuelve ahora hacia el teclado de control del rover y resume el resultado de sus investigaciones y su estado anímico durante la última semana en una frase de aspecto tan anacrónico que bien podría haber aparecido en un polvoriento tratado sobre telegrafía. «Detección tentativa vida aguardo llegada». Luego la revisa con cuidado y pulsa la tecla de envío.

Afuera, el rover descarga un pulso de láser sobre Bip, puntual al paso del satélite. Luego hace una pausa y descarga otro de menor intensidad. Y otro más. El intermitente fulgor verdoso destaca sobre la oscura superficie del planeta y es recogido por el telescopio del silencioso satélite que órbita el planeta.

Los continentes, de comunicarse entre sí, probablemente lo harían más rápido. Pues esta simple frase tarda varias noches en pronunciarse.

Lo diré sin rodeos: Estoy a las puertas de uno de los mayores descubrimientos científicos de la historia. ¡Vida en Marte! Bueno, aún tengo que excluir una posible contaminación de las muestras, pero los resultados son muy prometedores y, si tuviera que apostar...

Me explico. Tras la desaparición de Álex me he concentrado en mi investigación. Hace un mes el rover ascendió hacia el monte central del cráter y detectó surcos en la ladera oeste, en un recoveco al abrigo del viento. Parecían excavados en la roca por la acción incansable de algún líquido en una época remota. Imagina mi sorpresa cuando el vehículo se internó en una cueva siguiendo el rastro del surco y encontró el manantial. Agua en estado líquido. Es muy salada, por supuesto, de lo contrario se habría evaporado hace mucho tiempo.

El rover ha estado yendo a recoger muestras desde entonces. Y yo buscando biomarcadores. Fracciones isotópicas de azufre, carbono, hidrógeno, oxígeno... Gasté todos los tubos de muestras. ¡Dos de los tests dieron positivo! Claro que los tubos de muestras podrían estar contaminado con bacterias de la colonia, así que debo repetir las pruebas para confirmarlo y, para eso, necesito tubos nuevos.

Por suerte, cada envío incluye ese tipo de material básico. Y el próximo llegará muy pronto, junto con los nuevos colonos.

Sí, estoy segura de que la nave viene. La he visto en el cielo. A juzgar por el brillo, llegará la semana que viene. Supongo que eso quiere decir que están recibiendo y descifrando correctamente los mensajes. ¡Por fin alguien! No te haces idea de cuánto ansío

su llegada. Estar sola y aislada durante tanto tiempo te hace darte cuenta de lo gregarios que somos los seres humanos, de cómo se necesitan al menos dos personas para que exista lo que llamamos humanidad.

Solo espero adaptarme bien.

La nave desciende envuelta en una nube de polvo, vapor y plasma que domina el cielo marciano. La mujer está fuera, trabajando. Observa el aterrizaje con semblante a medio camino entre la sorpresa y la preocupación; la nave llega con varios días de adelanto.

La mujer corre hacia la pista y se sitúa a una distancia prudencial. Exhaustas tras el prolongado frenazo, las toberas dejan de rugir y la nave cae el último medio metro con un ruido metálico. La nube de polvo y arena tarda varios minutos en despejarse. Y cuando por fin lo hace, lo que aparece ante los ojos de la mujer no es una nave con dos colonos en su interior, sino una sonda del tamaño de una maleta a lomos de una montura de antena de repuesto.

Espera a que la sonda se enfríe lo suficiente, la recoge y la lleva al interior de la colonia. Solo se quita la escafandra, no espera siquiera a despojarse del resto del traje. Manipula la sonda, que resulta no ser más que un contenedor. En su interior hay provisiones de emergencia y algo de instrumental, pero ni rastro de los tubos de muestra que necesita.

Y una carta.

La mujer no puede creerlo. Toma aire y lo expulsa con lentitud. Rasga el papel, lo extrae con cuidado y lo desdobra. La carta lleva el membrete oficial de Mars Omega.

A LA ATENCIÓN DE ELENA ARQUERO MARÍN, PHD.

EN PRIMER LUGAR, PERMÍTAME AGRADECERLE SUS SERVICIOS
EN NUESTRA COLONIA MARCIANA. SU CORAJE, DEVOCIÓN A LA
CAUSA, INGENIO Y CAPACIDAD DE SACRIFICIO CONSTITUYEN UN

EJEMPLO Y UNA INSPIRACIÓN PARA TODOS NOSOTROS Y TODAS NOSOTRAS. Y DÉJEME TRANSMITIRLE MI MÁS SENTIDO PÉSAME POR LA DESGRACIADA MUERTE DE SU COMPAÑERO.

POR DESGRACIA, ME VEO OBLIGADO A COMUNICARLE QUE, DEBIDO A LA CRISIS ECONÓMICA MUNDIAL QUE ATRAVESAMOS DESDE HACE YA CASI TRES AÑOS, NUESTRAS ACCIONES HAN CAÍDO SIGNIFICATIVAMENTE Y LA COMPAÑÍA HA REGISTRADO PÉRDIDAS DURANTE CUATRO TRIMESTRES DE MANERA CONSECUTIVA, HASTA EL PUNTO DE ENCONTRARSE EN PELIGRO SU CONTINUIDAD.

ESPERO SINCERAMENTE QUE COMPRENDA NUESTRA DECISIÓN DE REALIZAR AJUSTES DRÁSTICOS EN EL PROYECTO. ESTO IMPLICA EL CESE DE ENVÍOS POR NUESTRA PARTE, TANTO DE PERSONAS COMO DE SUMINISTROS.

ES IMPORTANTE, SIN EMBARGO, QUE ENTIENDA QUE NO SE TRATA DE UNA CANCELACIÓN DEL PROYECTO, SINO DE UNA RECONFIGURACIÓN DEL MISMO: ESPERAMOS QUE USTED, DILIGENTE COMO SE HA MOSTRADO HASTA AHORA, CONTINÚE SUS INVESTIGACIONES E INFORME DE SUS RESULTADOS A TRAVÉS DE LA ANTENA QUE ADJUNTAMOS, APROVECHANDO QUE LAS PROVISIONES DE LOS CULTIVOS, SUMADAS A LAS PROVISIONES QUE LE RESTAN, BASTARÁN PARA ALIMENTARLA EN LO SUCESIVO, AHORA QUE SE ENCUENTRA USTED SOLA.

RECIBA UN CORDIAL SALUDO.

Sigue una fecha que ya ha dejado de tener sentido para ella, y la firma del presidente ejecutivo de Mars Omega.

La mujer se queda un rato mirando fijamente la carta. Por más que se empeña en leerla y releerla, el significado no varía lo más mínimo. Finalmente, toma la grabadora y la activa.

—No han venido. Han cancelado el proyecto. Ni siquiera me han enviado el equipo básico que necesito para continuar mi investigación. Cuando escuches esto, yo seguiré a millones de kilómetros de casa y llevaré décadas muerta, pero tú... nunca lo escucharás, porque nadie podrá llevarte esta estúpida grabadora. Nadie más vendrá nunca.

Sacude la cabeza, consciente de lo absurdo de la situación, y detiene el dispositivo. Luego resopla, toma la carta, la rompe en pedazos que revolotean lentamente por la estancia. Puede que otra expedición, en un futuro lejano, encuentre sus análisis y aproveche su inminente descubrimiento. Pero eso a ella ya no le importa.

Sale fuera, y una vez que ha montado y alineado la antena, crea dos mensajes.

El primero es un privado para el padre de su hijo; vuelca el contenido de la grabadora y lo envía, segura de que se lo entregarán a tiempo y él sabrá cómo manejarlo.

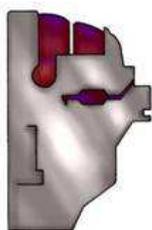
El segundo es para sus jefes; lo programa para que el sistema lo envíe una semana más tarde. Éste es mucho más corto, le bastan tres palabras para decirles lo que opina de ellos. Lo bueno de llevar tanto tiempo muerta, se dice, es que a una no le avergüenza lo más mínimo lo que puedan pensar de ella.

Luego se pone la escafandra, apaga casi todos los sistemas, acciona la esclusa y se aleja caminando en la misma dirección en que se fue su compañero, dispuesta a dejar, también, su última huella.

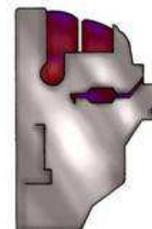
Miguel Santander

Creció (aunque no mucho) en Valladolid en los 80 y sobrevivió. Estudió astrofísica y vaga desde entonces por distintos centros de investigación. Actualmente es investigador postdoctoral en el Observatorio Astronómico Nacional, en Madrid. Además escribe ciencia-ficción y artículos de divulgación. Ganó el Premio UPC de novela corta de ciencia-ficción en 2012 con "La epopeya de los amantes", y varios de sus relatos han aparecido en diversas revistas. Su primera novela, "El legado de Prometeo", fue publicada también en 2012 por Iniciativa Mercurio, editorial que le publicará en breve "La costilla de Dios", novela corta finalista del XXI Certamen

Alberto Magno. Con todo, aún le queda algo de tiempo para verter desvaríos en su blog, Tras el Horizonte de Sucesos (<http://miguelsantander.com>).



1974



Sergio Moreno Montes

Día 1 / 22:19 horas / Temperatura exterior -264 grados centígrados / Distancia hasta el sol 190.345.218 kilómetros.

Han pasado trece horas desde que comenzó nuestro viaje. Esta es la primera anotación para el informe de la misión que se nos ha ordenado realizar. De momento todo va según lo previsto. Nuestra nave avanza por el espacio a una velocidad constante de 1.786 kilómetros por hora y no se han detectado problemas en su funcionamiento, salvo por un ligero deterioro en el fuselaje exterior de uno de los impulsores carbónicos. Zona B-16, sección 45-G, gravedad nivel 0. El mecánico R.B 3105 ya está preparando todo lo necesario para realizar las reparaciones pertinentes. Las salidas al exterior siempre son un riesgo importante, pero esperamos tenerlo todo bajo control en unas diez o doce horas. El resto de la tripulación se encuentra tranquila, trabajando en sus camarotes y analizando toda la información que vamos recibiendo a medida que pasan las horas en la nave. Fuera parece todo tranquilo. Me sorprende observar que apenas se ven estrellas, muchas menos que las que se podían contemplar cuando mirábamos hacia el cielo de la Tierra por las noches. Aunque, bueno, de eso hace ya muchos años. Quién sabe cómo se vería ahora.

De momento no hay ninguna novedad, es demasiado pronto, pero no bajamos la guardia. Sabemos que ese es nuestro deber.

Este es el resumen de la primera entrada del informe.

Tripulación: 46 personas / Enfermos: 0 / Fallecidos: 0 / Incapacitados: 0.

Estado de la nave BFG 6159 “*Star Message*”: Completamente operativa. Leves deterioros en el fuselaje. Capacidad de funcionamiento al 99,7 %.

Valoración del transcurso de la misión: Positiva.

Fin del primer informe.

Día 2 / 23:45 horas / Temperatura exterior -253 grados centígrados / Distancia hasta el sol: 190.388.082 kilómetros.

El día ha transcurrido con normalidad. Las reparaciones en el fuselaje del impulsor carbónico han finalizado con éxito y la *Star Message* se encuentra al 100% de su capacidad operativa. Se sigue trabajando con normalidad, aunque P.V 3113, la profesora de educación primaria de la nave, ha informado de que uno de los niños de 3 años ha mostrado síntomas de resfriado durante las primeras horas del mediodía. No nos explicamos cómo ha podido suceder. Todos pasamos los rigurosos exámenes médicos y pruebas que se requerían para la misión. ¿Es posible que se produjese algún error con todas las medidas de seguridad y precauciones que se tomaron? Tenemos suficientes medicamentos a bordo de la *Star Message* para tratar a los catorce niños que viajan a bordo y al resto de la tripulación, pero me preocupan las consecuencias mentales que pueda tener sobre sus padres su estado de salud. Una persona intranquila no rinde como debería, y eso es algo que no nos podemos permitir. Además es altamente probable que algunos de los niños de más edad terminen contagiándose si se confirma la enfermedad y no se aísla a D.N 3121 rápidamente para comenzar su tratamiento. Podría ser un simple catarro, pero no nos podemos arriesgar. Hay demasiado en juego.

A la espera del informe de la profesora, se decide trasladar al niño a las dependencias médicas de la nave como medida preventiva. Los análisis y las pruebas comenzarán en dos horas. Sólo espero que no tenga nada grave.

Este es el resumen de la segunda entrada del informe.

Tripulación: 46 personas / Enfermos: 0 / Fallecidos: 0 / Incapacitados: 0.

Estado de la nave BFG 6159 "*Star Message*": Completamente operativa.
Capacidad de funcionamiento al 100 %.

Valoración del transcurso de la misión: Positiva.

Fin del segundo informe.

Día 3 / 22:12 horas / Temperatura exterior -270 grados centígrados / Distancia hasta el sol: 190.430.946 kilómetros.

Lamentablemente, se ha confirmado que el niño D.N 3121 está infectado con un virus. Su estado no reviste gravedad y los médicos de a bordo estiman que en unas dos semanas será capaz de volver a sus actividades cotidianas, aunque ese tiempo perdido será un leve contratiempo para su educación y preparación de cara a la misión. Esperemos que sea capaz de ponerse al día con un poco más de esfuerzo por parte de la profesora. Los demás niños no han manifestado ningún síntoma, pero hemos decretado que se les realice una exploración diaria a fin de evitar que la enfermedad se propague por el resto de la nave. G.I 3028 y F.H 3032, uno de los astrónomos y el oficial de comunicaciones, han recibido órdenes expresas de no salir de sus camarotes bajo ningún concepto debido a que son los dos tripulantes de más edad de la *Star Message*. Se procede a llevarles sus raciones diarias de comida hasta allí bajo unas estrictas medidas de seguridad. El protocolo utilizado es el 23 Alfa. Por lo demás, la misión continúa según lo previsto. Los traductores siguen investigando los informes preliminares que se les dieron al comenzar la misión, pero por el momento no han hallado nada nuevo. La única palabra que conocen por el momento es la misma que se recibió hace doce años en la colonia WQ45 del cinturón de Orión.

<<Agua>>.

Sólo pronunciarla hace que se me acelere el pulso.

No hay nada destacable que reseñar. Fuera sigue estando muy oscuro y continúa haciendo mucho frío. Según S.M 3106, el jefe de astrónomos, las tormentas solares están siendo bastante intensas estos últimos días, aunque es completamente normal dada la época del año en la que nos encontraríamos si estuviésemos en la Tierra. Estaríamos cerca del equinoccio de primavera, una de las épocas de mayor actividad solar. De momento no hay

que preocuparse; los escudos anti radiación siguen funcionando con normalidad y no se ha detectado ninguna actividad inusual alrededor de la nave.

Este es el resumen de la tercera entrada del informe.

Tripulación: 46 personas / Enfermos: 1 / Fallecidos: 0 / Incapacitados: 0

Estado de la nave BFG 6159 “*Star Message*”: Completamente operativa.
Capacidad de funcionamiento al 100 %.

Valoración del transcurso de la misión: Positiva.

Fin del tercer informe.

Día 4 / 22:35 horas / Temperatura exterior -256 grados centígrados / Distancia hasta el sol: 190.473.810 kilómetros.

Nos hemos alejado ya 128. 592 kilómetros de la colonia. Estamos cerca de la franja límite que podemos alcanzar antes de que las comunicaciones dejen de ser recibidas en tiempo real. A partir de ese punto, y a medida que nos alejemos más de Orión, la recepción sufrirá un retardo que los oficiales de comunicaciones aún no han sabido calcular con exactitud, aunque las valoraciones iniciales se estiman en más de siete minutos por cada mil kilómetros recorridos. De momento nadie está excesivamente nervioso. El psicólogo de la *Star Message* aún no ha recibido ninguna visita, pero aún es muy pronto para valorar el impacto que la misión pueda tener a largo plazo sobre cualquiera de nosotros. Según los dossiers personales de los cuarenta y cinco tripulantes que tengo sobre mi mesa, todos eligieron estar aquí voluntariamente, excepto los cuatro niños huérfanos de los que se hizo cargo el Consejo y los diez pequeños de tres años. Quizá ellos serán los más propensos a hacerse preguntas a medida que vayan creciendo, pero la profesora conoce perfectamente las órdenes que se le han dado acerca de este asunto y, por el momento, no he detectado ningún comportamiento anómalo en cuanto a los métodos educativos que se le asignaron para llevar a cabo su misión. Como ya he dicho, es pronto para hacer una valoración, pero de momento no puedo desconfiar de nadie en cuanto al cumplimiento de su trabajo.

Por otra parte, los astrónomos han detectado un aumento considerable en la intensidad del viento solar, lo cual hace presagiar un leve desvío en el rumbo original de la *Star Message*, aunque será corregido posteriormente por los pilotos en cuanto analicen satisfactoriamente la trayectoria de los asteroides Juno y Hero, dos de los más peligrosos que pasarán cerca de nosotros, dentro de exactamente dos meses el primero y seis meses y quince días el segundo. Las probabilidades de colisión son mínimas a pesar de su gran envergadura, pero no quiero correr riesgos innecesarios. No creo que nadie haya olvidado lo que sucedió con el Apophis.

Dentro de dos días está programada la primera asamblea de la *Star Message* para valorar conjuntamente todos los aspectos del transcurso del viaje y que la tripulación pueda aportar opiniones personales así como propuestas de mejora. Al finalizar dicha asamblea S.F 3105, el psicólogo de la nave, procederá a entrevistarse en privado con toda la tripulación para solventar cualquier duda que pueda haber y aconsejar a aquellos que pudieran sentir cierta nostalgia al estar tan lejos de la colonia.

Sigue sin haber ninguna novedad acerca de la transcripción del mensaje a pesar de que los traductores dedican a ello casi las veinticuatro horas del día.

Este es el resumen de la cuarta entrada del informe.

Tripulación: 46 personas / Enfermos: 1 / Fallecidos: 0 / Incapacitados: 0

Estado de la nave BFG 6159 "*Star Message*": Completamente operativa.
Capacidad de funcionamiento al 100 %.

Valoración del transcurso de la misión: Positiva.

Fin del cuarto informe.

Día 5 / 21:43 horas / Temperatura exterior -270 grados centígrados / Distancia hasta el sol 190.516.674 kilómetros.

A las 12:45 del mediodía han saltado las alarmas de la bodega de almacenamiento del combustible de emergencia. Toda la tripulación se ha asustado bastante, incluido yo, pero se ha actuado con total rapidez y serenidad a pesar de ello. La organización llevada a cabo por los responsables de seguridad ha sido encomiable, y en exactamente un minuto y veinte segundos todos nos encontrábamos reunidos en la sala de emergencias, excepto el niño afectado por el virus, claro está. Me alegró saber que los médicos fueron capaces de tomar la decisión acertada y no se dejaron llevar por las emociones. Afortunadamente sólo se trataba de uno de los simulacros aleatorios que la *Star Message* tiene programados a lo largo del viaje. Nadie a bordo conoce dicha programación, ni siquiera yo. Pero mi trabajo es informar de que ha funcionado correctamente y que el resultado ha sido plenamente satisfactorio. Es fácil distraerse del trabajo cuando hay tantas cosas que observar ahí fuera. Tras ser informados por la computadora central de que el simulacro había finalizado todos volvimos a nuestros puestos de trabajo sin el menor incidente. El niño D.N 3121 sigue aislado en una de las salas médicas a la espera de confirmar que evoluciona favorablemente, como indican los primeros informes del doctor J.K 3069. Sin embargo, es recomendable mantenerlo aislado hasta que la infección haya remitido por completo, momento en el cual podrá reincorporarse a las clases habituales con sus compañeros y compañeras. Ya no falta demasiado para comenzar la fase de preparación y asimilación sexual, y sería conveniente que todos los niños asistieran a los eventos programados con regularidad. Sólo de esa manera seremos capaces de condicionarlos de cara a la futura reproducción.

Hoy, debido al poco trabajo del que he tenido que ocuparme tras el simulacro, me he permitido hacer unas pequeñas inspecciones por la *Star Message*. Los sesenta camarotes vacíos que se encuentran en el segundo puente se encuentran en buen estado gracias a las cerraduras herméticas de que disponen, y aún perdura ese olor aséptico que quedó encerrado en ellas tras su construcción. El pequeño pabellón deportivo está siendo una buena distracción para los tripulantes de la nave, a juzgar por las marcas de desgaste que comienzan a aparecer sobre la superficie de goma suavizada que lo recubre y el registro de uso que muestran los distintos utensilios de que dispone. *Mens sana in corpore sano*, como se decía en una antiquísima civilización de la Tierra. La sala de motores se mantiene a pleno rendimiento y los seis operarios encargados del mantenimiento de la *Star Message*

están haciendo una labor excelente. No me cabe duda de que son los mejores ingenieros espaciales de los que hemos podido disponer. Es una gran suerte contar con una tripulación tan altamente cualificada, aunque bien es cierto que, de no ser así, esta sería una misión imposible de llevar a cabo. En resumen, todas las instalaciones se encuentran en perfecto estado de conservación y funcionan según las previsiones.

A las 21:56 de la noche hemos hecho un nuevo descubrimiento: los traductores han logrado encontrar un significado a otra de las palabras del mensaje. Les ha llevado tres años de investigaciones descubrirla; comenzaron en la colonia y después estuvieron alternando el estudio con la dura preparación para esta misión. Según el jefe de traductores, al contar con una base de datos tan ínfima en comparación con la de los idiomas modernos, cada interpretación de la palabra les puede llevar meses de atenta comparación y estadísticas de aparición por documento. Yo no soy ningún experto en la materia, pero casi todos los historiadores de nuestra época coinciden en que la escritura cuneiforme se pierde en la memoria de los primeros milenios que la humanidad pasó en la Tierra. Para mí son poco menos que surcos desordenados sobre enormes losas de piedra. La palabra ha causado un gran revuelo entre los científicos, dado que está referida a otro de los bienes escasos de nuestra era.

<<*Oxigeno*>>.

No puedo evitar, al igual que el resto de la tripulación, que un sentimiento de optimismo me invada cada vez que la recuerdo. A pesar de que sólo se han logrado traducir dos de las aproximadamente treinta palabras de las que se compone el mensaje no deja de ser curioso que sean precisamente esas dos. Las dos principales condiciones para que seamos capaces de sobrevivir durante unos miles de años más. Para mí, eso sería mucho más de lo que soy capaz de llegar a soñar. Ahora, con la motivación que supone el hallazgo para los traductores de la *Star Message*, confiamos en poder descifrar pronto alguna más.

Aparte de esta novedad, todo sigue tranquilo a nuestro alrededor.

Este es el resumen de la quinta entrada del informe.

Tripulación: 46 personas / Enfermos: 1 / Fallecidos: 0 / Incapacitados: 0

Estado de la nave BFG 6159 “*Star Message*”: Completamente operativa.
Capacidad de funcionamiento al 100 %.

Valoración del transcurso de la misión: Positiva.

Fin del quinto informe.

Día 6 / 00:54 horas / Temperatura exterior -245 grados centígrados / Distancia hasta el sol 190.559.538 kilómetros.

El día se ha desarrollado con normalidad. Los turnos de las comidas se siguen respetando escrupulosamente para garantizar que siempre haya un mínimo de cinco personas en el puesto de guardia y, de momento, ninguno de los tripulantes ha manifestado descontento alguno con la comida deshidratada que sirve de acompañamiento al plato principal. Las bodegas de alimentos no parecen menguar a pesar de dar más de ciento treinta comidas al día. Esperemos que siga siendo así. Las plantas de los dos pequeños huertos que hay en la cubierta superior ya están comenzando a brotar, pero no serán suficientes una vez que las provisiones se acaben definitivamente. Hoy, durante una de las revisiones periódicas de infraestructuras, se ha detectado una pequeña grieta en una de las cristaleras herméticas de la sala B83. Los encargados de las reparaciones piensan que ha podido ser provocada por un desajuste en los niveles de presurización de la zona R45-G, por lo que han procedido a revisar todos los habitáculos afectados así como las zonas comunes. Tras cerciorarse de que el problema sólo afectaba a dicha sala han decidido sellarla temporalmente hasta que se dé por finalizada la asamblea que está programada para hoy, tras lo cual dispondrán todo lo necesario para acometer las labores de reparación si estas fueran viables.

La asamblea comenzó a las 15:30 de la tarde y se prolongó hasta las 20:43. Asistieron todos los tripulantes de la *Star Message* salvo los niños, la cuidadora de guardia, el segundo piloto y el oficial de reparaciones. Transcurrió con total normalidad y todos los portavoces de los distintos departamentos de la nave fueron relatando sus impresiones

acerca de los pocos días que llevamos de viaje. Por supuesto ha habido lugar para las opiniones personales y las valoraciones subjetivas de lo acontecido hasta el momento, y algunas han resultado bastante interesantes. He observado, no obstante, la creación de algunos grupos de personas con pensamientos afines, así como cierta tendencia al aislamiento social en otros de los tripulantes. Es algo que me preocupa, pues uno de los pilares básicos de la misión es el mutuo apoyo y entendimiento entre todos nosotros, así que voy a consultar con el psicólogo en qué puede derivar esta situación para intentar reprimir prematuramente cualquier indicio de rebeldía o actitud negativa que pueda perjudicar al normal funcionamiento de la *Star Message*. Las órdenes en este sentido son tajantes. *“El Consejo no tolerará ningún cuestionamiento de sus intereses ni ninguna intromisión en el programa. Tales comportamientos serán motivo suficiente para que S.K 3091, Consejero Superior, Ministro de Ciencias y Cultura Pre Colonial y Comandante en Jefe de la Star Message se vea en la obligación de cesar de todas sus funciones a la tripulación que no colabore plena y activamente en la consecución de los objetivos primordiales de la misión además de proceder a su confinamiento en las celdas destinadas a tal efecto. Si pasados dos meses el comportamiento de los tripulantes no colaboradores siguiera igual, el cese tendrá carácter definitivo y se aplicará la pena máxima que se detalla en el anexo 6-54J de este mismo documento”*. Extracto de la página 231 del documento G54 acerca de los principales estatutos de la *Star Message*.

Todo el personal de la nave conoce dicho anexo y ha firmado una declaración en la que se hacen completamente responsables de sus actos y de las consecuencias que pudieran derivar de ellos. También aceptaron declinar cualquier tipo de responsabilidad hacia el Consejo si por cualquier motivo este, representado por mí en la *Star Message*, se viera obligado a llevar a cabo el protocolo mencionado en ese documento. Así pues, tengo plena libertad para decidir en cualquier momento si un individuo está contraviniendo nuestros intereses y para llevar a cabo la ejecución si esta fuera necesaria. Espero no tener que hacerlo, sinceramente, pero si me veo en la obligación no me quedará más remedio. En cuanto a la asamblea, se decidieron y quedaron registrados en la primera acta los dos puntos que se detallan a continuación:

Primero: Se acuerda reforzar con un turno extra el departamento de traducción, siendo E.L 3045, el experto en idiomas terrestres, el designado para llevarlo a cabo durante

un periodo indefinido de tiempo previo cese en sus funciones como supervisor del departamento de recepción de señales de la *Star Message*. La razón se fundamenta en los últimos logros de dicho departamento y se aprueba, con dos votos en contra, en base al pensamiento común de que un mayor conocimiento del mensaje recibido nos permitirá dirigir nuestros esfuerzos hacia una parcela más concreta y más efectiva.

Segundo: Las sesiones de iniciación y acostumbramiento al sexo de los niños de tres años comenzarán en un plazo de dos días, quedando excluidos los cuatro niños de más edad, a los que se les impartirán dichas sesiones por separado e individualmente. La razón se fundamenta en base a los resultados obtenidos en las simulaciones de la computadora central acerca de cómo aceptar y observar el sexo como algo normal desde esa franja de edad hace que, al madurar, los niños se muestren mucho menos inhibidos frente a dicho tema y más receptivos ante el concepto de procrear. Se aprueba por unanimidad ante la obviedad de los resultados de las simulaciones, superiores al noventa por ciento en cuanto a efectividad.

Sin más asuntos que tratar, se dio por finalizada la asamblea y todos volvimos a nuestros puestos para continuar trabajando. A las 22:12, los ingenieros de reparaciones me presentaron un informe completo de los desperfectos de la sala B83, en el que por seguridad, y ante la imposibilidad de llevar a cabo una reparación o modificación, debido a la inaccesibilidad de la zona en la que se hallan, recomiendan prioritariamente el cierre y posterior sellado de la sala. Tras meditarlo, y teniendo en cuenta que dicha sala no tiene una importancia demasiado relevante —es una de las tres dedicadas a usos comunes—, apruebo la propuesta de sellado y los operarios, después de trasladar todos los objetos útiles que en ella había y anular los sensores de incidencia para evitar falsas alarmas, proceden a soldar la puerta. Por tanto, las actividades llevadas a cabo en dicha sala se traspasan a B84 y B85, siendo informados de ello todos los tripulantes mediante un mensaje enviado a sus dispositivos personales.

Antes de finalizar el resumen de la sexta entrada del informe procedo a dejar constancia de ciertas declaraciones llevadas a cabo durante la asamblea que considero algo preocupantes en cuanto a la actitud de sus manifestantes:

V.H 3103, el segundo mecánico especializado, dijo: <<No creo que un turno extra en el departamento de traducción sirva para mucho si eliminamos un puesto en el de recepción de señales. ¿Y si llega algún nuevo mensaje mientras centramos nuestros esfuerzos en descifrar el que ya conocemos? ¿Alguno que quizá sea más relevante para llevar a cabo nuestra misión? Creo que de esta manera lo único que conseguiríamos sería quedarnos sordos ante lo que pudieran decirnos desde M-13, si es que tuvieran algo más que decir>>.

P.V 3113, la maestra de primaria, dijo: <<Estimo que el Consejo no ha tenido en cuenta el libre albedrío que se presupone en determinados comportamientos infantiles ante el supuesto condicionamiento que se pretende llevar a cabo con los niños de la nave. No digo que sea inútil o innecesario, pues está demostrado que no es así, pero pienso que se debería flexibilizar o bien personalizar dicho proceso en base a una observación detallada de las primeras reacciones que tengan ante el método de acostumbamiento sexual, pues aunque es posible que funcione en la gran mayoría de los casos no debemos descartar que se produzca el efecto contrario, es decir, que alguno de los niños manifieste un claro rechazo hacia el sexo que tenga su origen en dichas sesiones ante la incomprensión de lo que están viendo y experimentando>>.

Por el momento son simples comentarios, y aunque la actitud parece ser la de una valoración práctica acerca de dichos temas que puedan ayudar al buen funcionamiento de los mismos, no debo olvidar que todos aceptamos el programa previsto para el viaje sin ningún reparo cuando firmamos las cláusulas del viaje. ¿Por qué ahora estos pensamientos? Aún es pronto para valorar si son actos de ligera rebeldía o simplemente son un intento de buscar la individualidad que todos los seres humanos necesitamos para diferenciarnos de nuestros congéneres, pero realizaré un seguimiento regular de dichos tripulantes para ver cómo evoluciona su comportamiento.

Este es el resumen de la sexta entrada del informe.

Tripulación: 46 personas / Enfermos: 1 / Fallecidos: 0 / Incapacitados: 0

Estado de la nave BFG 6159 “Star Message”: Completamente operativa. Capacidad de funcionamiento al 99,6 % tras perder la sala B83.

Valoración del transcurso de la misión: Positiva.

Fin del sexto informe.

Día 7 / 23:45 horas / Temperatura exterior -235 grados centígrados / Distancia hasta el sol 190.602.402 kilómetros.

Hoy ha sido un día bastante duro. A primera hora de la mañana los sensores de radiación se han disparado ante lo que los científicos de la nave han creído oportuno llamar “una de las peores tormentas solares jamás registradas”. Casi todos los aparatos eléctricos han dejado de funcionar durante un intervalo aproximado de unas siete horas, durante las cuales la *Star Message* se ha desviado de su rumbo original casi doce grados en dirección norte, siempre tomando como referencia a 40 Het Zer, y creemos que su velocidad media se ha visto incrementada en más de 800 kilómetros por hora durante el mismo periodo. Ha sido un duro golpe para la moral de la tripulación el ver que a los siete días del comienzo de nuestro viaje ya hemos tenido un problema de importancia en el funcionamiento de la *Star Message*, y los niños se han asustado bastante, aunque por suerte los doce generadores de emergencia han respondido rápidamente para darnos electricidad en las salas médicas y comunes así como en los instrumentos más importantes de orientación y situación espacial. Podrían hacer funcionar la nave por completo, pero tan sólo durante unas semanas antes de agotar el combustible del que disponen, así que hemos optado por tratar de reparar el resto de las fuentes antes de utilizar tan valioso recurso. Por suerte, la *Star Message* está diseñada para que este tipo de fenómenos sean lo menos dañinos posibles para sus sistemas eléctricos e informáticos, así que en principio no debería ser un problema siempre y cuando no haya ninguna sobrecarga en los circuitos. Pasadas siete horas, y tras realizar algunas reparaciones necesarias en varios de los sensores situados en la zona 45-HF de la nave, así como la sustitución de dos de las fuentes de energía, se restablecieron todos los sistemas operativos y pudimos volver al trabajo con total normalidad. El desvío en el rumbo de la nave ha supuesto un retraso de unos cuatro días para alcanzar nuestro destino, pero ese no es el mayor problema. Debido a dicha desviación hemos sido atraídos por la fuerza gravitacional de una estrella fugitiva situada a una Unidad Astronómica, aproximadamente, y en cuya órbita se sitúa un agujero negro de unas cuarenta y cinco

masas solares. Es completamente imprescindible que la *Star Message* abandone la ruta que sigue en este momento si queremos tener alguna posibilidad de escapar antes de penetrar en el horizonte de sucesos. Sin ánimo de profundizar demasiado en este tema, los científicos piensan que hay alrededor de un sesenta por ciento de probabilidades de que en el interior del agujero se halle una singularidad, un punto en el cuál la materia está comprimida hasta límites inimaginables y cuya densidad es infinita. Si nos acercamos demasiado la fuerza de atracción nos arrastrará irremediamente hasta el punto de no retorno, del cual ni siquiera la luz, viajando como lo hace a 300.000 kilómetros por segundo, es capaz de escapar. Como no disponíamos de mucho tiempo, he dado prioridad absoluta a la inmediata desviación en el rumbo actual que la *Star Message* debe llevar a cabo si queremos evitar ser engullidos por el agujero negro. Llevará al menos ocho o nueve horas realizar los cálculos pertinentes, pero mientras tanto trataré de mantener en la medida de lo posible el normal desarrollo diario de la nave. A las 00:32, hora en la que tiene lugar la redacción del resumen del séptimo informe, sigo sin tener ninguna novedad acerca de este tema.

Este es el resumen de la séptima entrada del informe.

Tripulación: 46 personas / Enfermos: 1 / Fallecidos: 0 / Incapacitados: 0

Estado de la nave BFG 6159 "*Star Message*": Completamente operativa. Capacidad de funcionamiento al 99,4 % tras la reparación de los sensores de la zona 45-HF y la sustitución de las fuentes 21 y 32 de la sala de máquinas.

Valoración del transcurso de la misión: Actualmente, nuestra situación me impide hacer una valoración positiva de la misma. No obstante, los objetivos a corto plazo, como la traducción del mensaje y el programa de iniciación sexual, se desarrollan con total normalidad, así que ese sentido sí que podemos ser más optimistas. Sólo espero que los acontecimientos se desarrollen a nuestro favor.

Fin del séptimo informe.

Día 8 / 23:58 horas / Temperatura exterior -269 grados centígrados / Distancia hasta el sol 190.650.866 kilómetros.

Hemos reaccionado a tiempo. La *Star Message* pasará a más de 600.000 kilómetros del horizonte de sucesos del agujero negro dentro de unos veinticinco días, según los datos que los astrónomos y científicos me han proporcionado. Para celebrarlo he decidido dar a la tripulación todo este día libre, pues creo que servirá en gran medida para levantarles la moral después de estos momentos tan difíciles. No podemos dejar de lado la misión, soy plenamente consciente de ello, pero considero que perder un día en este caso quizá sea en beneficio de la misma. Así pues, se pospone hasta mañana el comienzo del periodo de asimilación sexual para los niños que estaba previsto para hoy. Sé que la tripulación está un poco nerviosa con este tema, pero confío en que este día libre les ayude a encararlo de la mejor manera posible. Incluso yo siento un leve cosquilleo en el estómago ante la idea, pero no cabe duda de que debe llevarse a cabo si queremos que nuestra difícil misión llegue a buen puerto. Hoy siento que el nombre con el que fue bautizada ha cobrado un significado especial para todos.

“Esperanza”.

Sí. Eso es lo que no debemos perder. Por eso es por lo que los dieciséis hombres, las dieciséis mujeres y los catorce niños que viajamos a bordo de la *Star Message* luchamos. Por eso y por la supervivencia de nuestra especie.

Como último punto de la octava entrada del informe, y sin ninguna novedad relevante que describir, paso a seguir las órdenes del Consejo en cuanto a materia de recopilación de datos: este es el último informe diario de los primeros ocho días de nuestro viaje. A partir de hoy, dichos informes pasan a ser mensuales a excepción de los urgentes que yo considere necesarios o que tengan un especial interés. Según me han informado los expertos en comunicaciones de la nave, encabezados por F.H 3032, la quinta entrada, que se envió en dirección a Orión hace ya tres días desde el sistema de comunicaciones del puente de mando, llegó hace apenas doce horas a la colonia, así que este mensaje llegará muchos días después de su emisión. Por nuestra parte no hemos recibido mensaje alguno de ningún lugar. Estamos a la espera de recibir el primero dentro de un mes, aproximadamente, con las primeras valoraciones del seguimiento a la *Star Message* que se

lleva a cabo desde la colonia. Hasta entonces, seguiremos trabajando como lo llevamos haciendo desde hace ya ocho días.

Como anexo especial a esta entrada, debo informar de que se ha aprobado el alta médica de D.N 3121, el niño que contrajo un virus el segundo día de nuestro viaje. Se ha recuperado con una rapidez sorprendente para su edad. Los padres, B.N 3090, la supervisora de los jardines de oxigenación natural y A.G 3086, uno de los integrantes del departamento de astrónomos, han podido verlo desde las 18:46 de esta misma tarde. Han sido las primeras lágrimas que se han visto a bordo de la *Star Message*, y debo decir que me produjo una inmensa satisfacción comprobar que eran de alegría.

“Esperanza”.

Cuántos sentimientos caben dentro de una sola palabra...

Este es el resumen de la octava entrada del informe.

Tripulación: 46 personas / Enfermos: 0 / Fallecidos: 0 / Incapacitados: 0

Estado de la nave BFG 6159 “*Star Message*”: Completamente operativa.
Capacidad de funcionamiento al 99,4 %.

Valoración del transcurso de la misión: Muy positiva.

Fin del octavo informe.

Día 38 / 22:56 horas / Temperatura exterior -263 grados centígrados / Distancia hasta el sol 191.936.786 kilómetros.

Este es el primer informe mensual de la *Star Message* desde su partida de la colonia. Trataré de no extenderme demasiado en mis descripciones de los hechos acontecidos durante este primer mes, pues han sido muchos. En el noveno día de viaje se dio comienzo al periodo de acostumbamiento sexual de los niños de tres años. Todo se hizo según el protocolo que el Consejo elaboró en colaboración con los científicos de la nave, es decir,

se destinó una sala especial para llevar a cabo las clases presenciales y tras ellas la maestra, en colaboración con L. D 3099, el psicólogo infantil, procedió a hablar con todo el aula acerca de lo que acababan de ver. Las reacciones fueron bastante positivas, algo que no esperábamos la mayoría, así que el comienzo de las clases de sexualidad presencial fueron todo un éxito. Por parte de la tripulación hubo toda clase de actitudes, aunque ninguno de nosotros se negó a acatar el orden aleatorio que se asignó para nuestra participación en dichas clases. La primera mujer de la lista era G.M 3102, una de las encargadas de la cocina de la nave. El primer hombre fui yo. Debo reconocer que en primera instancia me sentí bastante pudoroso, pues era la primera vez que me acostaba con una mujer delante de diez niños de tres años, pero tras pensar en que aquello no era algo sucio, algo realizado con afán de hacer el mal o cumplir alguna abominable perversión, sino un acto necesario para el éxito de la misión y para la supervivencia de la raza humana, incluso comencé a disfrutarlo. G.M 3102 opinó exactamente lo mismo en el informe que me presentó tres horas después a través de mi dispositivo personal. En general, las reacciones han sido positivas por parte de la tripulación, más en los hombres que en las mujeres, aunque aún está por ver cuáles serán las que tengan al comenzar la introducción a la diversidad sexual en futuras clases. Puede que mejore o que surja algún problema inesperado, no lo sé, pero debemos seguir a rajatabla el programa que se nos ha marcado tras las simulaciones del ordenador central. Sólo así estaremos seguros de avanzar por el buen camino.

El día 34 de nuestro viaje dejamos atrás el agujero negro que había amenazado el éxito de nuestra misión. Ese día, todos mirábamos a través de las cristaleras de la *Star Message* en busca de algo que ver, pero no había nada. Apenas unas pocas estrellas en el horizonte se encontraban a la distancia necesaria para que su luz no fuera engullida por el invisible vórtice que se hallaba en algún punto de esa enormidad universal que hay ahí fuera. Delante de nosotros había luz; un rumbo; una esperanza. Detrás, tan sólo la oscuridad más absoluta que el hombre pueda contemplar. Por suerte, duró poco. En apenas veinte horas volvimos a estar rodeados de estrellas y cuerpos celestes que pasaban a nuestro alrededor como mudos testigos del increíble viaje en el que estamos embarcados.

El día 35 comenzamos a tener problemas en los reguladores de temperatura de los jardines de oxigenación natural. No hemos logrado averiguar aún la causa, pero espero que se resuelva pronto. Los jardines son vitales para la *Star Message*. Aún tenemos una gran

cantidad de oxígeno en los depósitos, pero debemos almacenar mucho más del que están produciendo todas las plantas si queremos que la reserva sea suficientemente grande para sobrevivir el resto del viaje. He puesto a cinco de los encargados del mantenimiento y las reparaciones a trabajar en ello.

El día 37, haciendo una de mis rutinarias inspecciones por la nave y al pasar junto al camarote de D.H 3101, uno de los responsables de seguridad, oí por casualidad una conversación que no puedo calificar sino de turbadora. No me quedé mucho tiempo escuchando, pero esta fue la frase que más me alarmó: *“No creo que lo consigamos, es una misión suicida. Joder... No sé en qué estaba pensando cuando me dejé engañar para aceptarla. ¿De qué servirá que hallemos el significado del maldito mensaje si ninguno de nosotros sobrevive para poder transmitirlo?”*. Ignoro con quién estaba hablando el implicado, pero trataré de descubrirlo. No puedo permitir que una actitud tan negativa se extienda por la *Star Message*. Aún queda un largo camino.

Este es el resumen de la novena entrada del informe.

Tripulación: 46 personas / Enfermos: 0 / Fallecidos: 0 / Incapacitados: 0

Estado de la nave BFG 6159 *“Star Message”*: Completamente operativa. Capacidad de funcionamiento al 99,4 %. Reguladores de temperatura aparentemente averiados.

Valoración del transcurso de la misión: Positiva.

Fin del noveno informe.

Día 68 / 23:51 horas / Temperatura exterior -271 grados centígrados / Distancia hasta el sol 193.222.706 kilómetros.

El día 40 conseguimos reparar dos de los tres reguladores de temperatura de los jardines, pero para entonces habían muerto casi un seis por ciento de las plantas que albergan en su interior. Esto, unido a la cada vez mayor distancia que nos separa del sol, y por tanto de la luz que las alimentaba de manera natural, nos ha obligado a conectar el

sistema de focos de los jardines. La producción de oxígeno se vio reducida en un veintidós por ciento desde el primer día. La supervisora ha comenzado los trabajos de replantación, pero no se muestra muy optimista en cuanto a los resultados que se puedan obtener a corto plazo.

El día 49 falló uno de los impulsores carbónicos, produciendo una pequeña explosión en el exterior de la nave. Sucedió de madrugada, mientras toda la tripulación, a excepción de las cinco personas de guardia, dormitaba apaciblemente, así que el susto fue mucho mayor, si cabe. Dos de los mecánicos hicieron la segunda salida al espacio para tratar de reparar los desperfectos. No hubo posibilidades. El impulsor quedó completamente destruido por la explosión. Se desmontó y fue arrojado lejos de la nave tras reparar el fuselaje circundante. Los dos mecánicos volvieron al interior de la nave sin ninguna complicación, pero por la noche uno de ellos comenzó a mostrar síntomas de descompresión. Es muy extraño, ya que el sistema de simulación gravitatorio funciona a la perfección en la *Star Message* y no hubo problema alguno en la sala de presurización barométrica cuando volvieron a entrar. Se le llevó a la sala médica inmediatamente y se procedió a valorar su estado.

El día 44 se registraba el fallecimiento de R.B 3105 a causa de la descompresión sufrida tras las reparaciones. Fue un duro golpe para la tripulación, que pronto se sumió en un estado de ansiedad al que ni siquiera el psicólogo de la nave logró hacer frente. Esa noche convoqué una asamblea extraordinaria y preparé un discurso que pudiera alentar a todo el mundo, aunque sólo lo conseguí a medias. R.B 3105 fue depositado en una de las cámaras frigoríficas destinadas a tal efecto con el fin de preservar sus órganos no dañados para poder usarlos en algún hipotético trasplante futuro.

El día 53 recibimos la primera comunicación procedente de la colonia. Llegó con mucho retraso y malas noticias. Debido a un fallo de diseño en las juntas de las cristaleras de doce salas de la nave, es muy probable que acaben por aparecer pequeñas fisuras en el vidrio que acaben convirtiéndose en sendas grietas. No lo puedo permitir. No he informado a la tripulación, que ahora está más calmada tras el funesto suceso de hace nueve días. He sellado todas las salas y argumentado frente a los tripulantes que de esa manera se disminuirá el consumo de oxígeno en la *Star Message*. Muchos lo han creído, pero unos

pocos desconfían. Tienen motivos para hacerlo. Aún no he logrado averiguar con quién hablaba D.H 3101, pero tampoco he vuelto a oír ninguna frase similar en ninguna de las ocasiones que he estado observándolo. No obstante, seguiré vigilándole de cerca.

El día 64 nos cruzamos en la trayectoria del asteroide Juno. Pasó a unos 3.000 kilómetros de la nave, con lo que no hubo peligro de colisión, pero tras de sí arrastraba una gran cantidad de pequeñas rocas y polvo estelar que nos complicaron un poco las cosas durante dos días. Algunas de esas rocas han impactado contra el fuselaje de la nave, pero no ha habido daños de gravedad.

El proceso de acostumbramiento sexual sigue su curso con total normalidad y los niños están reaccionando muy positivamente. Ya no hay ninguna cara de aversión hacia ello, sino de sana curiosidad. En una semana se procederá a ampliar dicho proceso con el concepto de diversidad sexual. También deben ver como algo normal el que dos hombres o dos mujeres mantengan relaciones. Quién sabe lo que verán cuando por fin llegemos a nuestro destino.

Este es el resumen de la décima entrada del informe.

Tripulación: 45 personas / Enfermos: 0 / Fallecidos: 1 / Incapacitados: 0

Estado de la nave BFG 6159 “*Star Message*”: Completamente operativa.
Capacidad de funcionamiento al 96,5 %.

Valoración del transcurso de la misión: Positiva, pero con reparos.

Fin del décimo informe.

Día 98 / 23:32 horas / Temperatura exterior -221 grados centígrados / Distancia hasta el sol 194.508.626 kilómetros.

Este mes ha sido muy tranquilo. No ha sucedido nada de interés a excepción de la crisis nerviosa que sufrió una de las encargadas de la cocina el día 86 del viaje. El motivo no está muy claro. El psicólogo de la nave sigue viéndola a diario para tratar de dilucidar el

problema, aunque aparentemente parece ser causado por el aislamiento y la sensación de vacío que se contempla a través de las cristaleras de la *Star Message*. Hay muchas estrellas, pero todas parecen estar tan lejos... Incluso yo me siento así a veces. Las visitas de la tripulación al psicólogo han aumentado considerablemente en estos últimos diez días, pero no puedo saber el motivo. La confidencialidad entre médico y paciente se sigue respetando a bordo de la nave. El ambiente está enrarecido y siento que la tripulación cada vez está más apática, pero al menos no hemos tenido ningún problema más en el funcionamiento de la *Star Message*. Ni siquiera me apetece escribir. Estos informes son tediosos. ¿De qué sirven? No hemos vuelto a recibir ninguna noticia de la colonia. Estamos solos aquí. Y fuera todo está oscuro. Creo que dejaré pasar algún tiempo antes de redactar el siguiente. Oh, el proceso de asimilación sexual sigue su rumbo con éxito. Los niños nos ven mantener relaciones a diario y ya casi ni le prestan atención. Se ha convertido en una rutina para ellos. Bien. Eso es bueno.

Este es el resumen de la undécima entrada del informe.

Tripulación: 45 personas / Enfermos: 0 / Fallecidos: 1 / Incapacitados: 0

Estado de la nave BFG 6159 "*Star Message*": Completamen... Oh, a la mierda.

Fin del undécimo informe.

Día 7718 / 23:32 horas / Temperatura exterior -290 grados centígrados / Distancia hasta el sol 525.332.978 kilómetros.

Han pasado doce años desde la última vez que me senté a escribir. Desde que los traductores lograron descifrar el mensaje todo ha ido de mal en peor. Veinticuatro años de nuestra vida dedicados en cuerpo y alma a descifrar el misterio de aquel mensaje; miles de millones invertidos en tecnología; un sacrificio desinteresado de cuarenta y seis personas para el bien del resto de la humanidad... y todo para nada.

Hace cinco días encontré a la tripulación reunida en la sala B45 en lo que parecía ser una asamblea. No se requirió mi presencia. Ignoré entonces de qué se había hablado.

Lo supe esta mañana. Todos se habían ahorcado en sus camarotes durante la noche. Incluso los adolescentes. Ha sido un suicidio colectivo. Y a mis espaldas. Malditos cobardes...

He llevado sus cuerpos junto al del mecánico, a la sala de refrigeración. Pero no estaban todos. Falta uno de los niños de quince años, D.N 3121. Ignoro su paradero.

Esta noche lo he oído llorar. No hay nada más terrible que el llanto de un niño en mitad del espacio. Salí a buscarlo, pero no lo encontré. Cuando bajé a la sala de máquinas tropecé con una tubería y en la caída me he fracturado la cadera. Me he arrastrado hasta aquí para realizar el último informe de la misión. No tengo fuerzas para continuar, así que voy a imitar al resto de mi tripulación y me voy a quitar la vida, pero no pienso ahorcarme. Hay medicamentos muy efectivos en las salas médicas.

No voy a reproducir la traducción del mensaje. Sería una pérdida de tiempo, al igual que estos doce años y dos meses. Prefiero dejar que la gente viva lo que les quede de vida en la felicidad de la ignorancia, pues revelarles lo aquí descubierto sería privarles de toda esperanza. Dentro de unos minutos, todo habrá acabado; S.K 3091 habrá dejado de existir y la misión "Esperanza" se podrá calificar de fracaso total.

D.H 3101 tenía razón: esta era una misión suicida. Sólo queda una cosa por hacer.

Fin de la doceava entrada del informe y de la misión.

Suerte, chico. Ahora te quedas solo.

Día 7721 / 12:32 horas / Temperatura exterior -286 grados centígrados / Distancia hasta el sol 525.461.570 kilómetros.

He despertado tras tres días de pesadillas. Creo que he tenido fiebre y he estado delirando en sueños. Me duele bastante la garganta.

No pude hacerlo. Todos los demás lo hicieron, pero yo no tuve valor. He crecido en el espacio, rodeado de oscuridad, pero eso no me ha hecho más valiente. He bajado a la cámara frigorífica; todos están allí. También mis padres.

Deambulé por toda la nave durante días, con el sonido de las alarmas de la *Star Message* como único y monótono compañero de viaje. Por casualidad, entré en el camarote del Comandante hace unas horas. Desde entonces he estado leyendo sus informes y todos los archivos que guardaba en su dispositivo personal. No sabía que fui el primer enfermo de la nave. Mis padres nunca me hablaron de ello.

Ya que el Comandante no fue capaz de cumplir con su obligación final, seré yo quien lo haga. Esta es la última transmisión de la *Star Message* acerca de la misión que se enviará en dirección a Orión, a la colonia. Esto es todo lo que he logrado averiguar:

En el invierno del año 1974, desde el radiotelescopio situado en Arecibo, Puerto Rico, planeta Tierra, una unidad de científicos envió un mensaje cifrado de 169 segundos de duración con información acerca del ser humano —sistema numérico, fórmula del A.D.N, población del planeta, situación en el sistema solar...— en dirección al cúmulo globular M-13. Tardaría unos 22.500 años en llegar a su destino, y otros tantos en hallar respuesta en caso de que fuera recibido y contestado inmediatamente. Fue un sueño, una locura. Quizá sólo un intento de dejar una impronta en el espacio que hiciese existir al ser humano en esta inmensidad oscura e infinita.

Pero el mensaje fue contestado. Y mucho antes de lo que nadie hubiese podido esperar. Hace veinticuatro años, en el 3109, la Tierra —o más bien lo que quedó de ella tras el impacto del Apophis en el 2036— recibió la respuesta que tanto anhelaba. Había vida en otro lugar de la galaxia. Y lo suficientemente inteligente para traducir nuestro mensaje y contestar. Éramos nosotros los ignorantes.

Según los científicos, había sido enviado desde un pequeño planeta situado mucho más cercano a la Tierra que M-13. En apenas diez años, se trazó un plan. Desde la colonia que la raza humana había logrado asentar en un enorme asteroide que orbitaba en la constelación de Orión se envió una nave, un mensaje a las estrellas, la *Star Message*. Su objetivo era viajar al punto desde el cual se había enviado el extraño mensaje de respuesta.

El problema vino al intentar ser traducido. Estaba en lo que parecía ser una variante del sumerio, el idioma humano más antiguo del que se tiene constancia por escrito, y sólo había un puñado de personas en todo el mundo capaces de entenderlo. Años de investigaciones solo lograron traducir una palabra: <<agua>>. Pero fue suficiente.

No hay agua en Orión. La de la Tierra quedó contaminada tras el impacto del Apophis y con la que lográbamos crear artificialmente en la colonia no era suficiente. Era el último recurso, la última esperanza de la humanidad para sobrevivir.

Hace doce años se descubrió una segunda palabra: <<oxígeno>>.

Y hace apenas dos semanas se descifró el mensaje completo:

“No hay agua. No hay oxígeno. No hay seres humanos. No sabríamos cómo nos llamaríais. Extraños, tal vez. No vengáis. Aquí no hay nada de lo que buscáis”.

Sin esperanza no hay motivación. Y sin motivación no hay vida.

Los cuarenta y cinco cadáveres que viajan conmigo lo atestiguan.

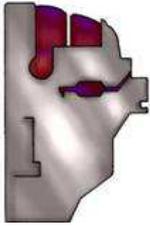
La misión ha fracasado, pero yo no me voy a suicidar. Quizá dentro de unos años haya otro mensaje que mandar.

Quizá uno de esperanza.

Sergio Moreno Montes

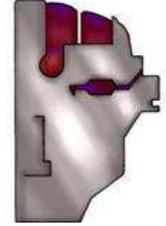
Nació en Madrid un 20 de noviembre de 1983, y a pesar de que desearía poder irse a vivir a un pueblecito alejado de sus ruidos y prisas aún reside en pleno centro de la capital. Trabaja como soldador en una empresa ferroviaria desde hace más de ocho años, pero su verdadera vocación es la de escribir, la de hacer que sus ideas tomen forma sobre un papel. Siempre fue un niño muy interesado en la lectura, y aunque quizá no sea muy normal, el género del que más disfrutaba era el de terror. Y aún lo sigue siendo, cuando a sus 29 inviernos sigue con la misma afición a los

libros y la pequeña ilusión que le proporciona el haber empezado a escribir los suyos hace apenas tres años. Terror, fantasía y ciencia-ficción. Esos son los estilos en los que más cómodo se siente al escribir, y de los que ya han salido dos novelas —la primera en clave de humor y ambientada en un mundo imaginario y la segunda de terror en un tono mucho más serio. (Ambas han cosechado buenas críticas entre su círculo de amigos más allegados y la mayoría de sus familiares)—, y más de una docena de relatos, entre los que destacan *La Ventana* —ganador en el año 2013 de la tercera edición del concurso de relatos cortos de terror de la revista *H de Humanidades*— y *1974*, finalista en el concurso de relato temático *Viaje espacial sin retorno* convocado por la TerBi (Asociación Vasca de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror). Actualmente se encuentra escribiendo una nueva serie de relatos, a la espera de que la idea para su tercera novela aparezca en algún momento. Se declara admirador de Terry Prattchet y Stephen King —entre muchos otros—, y si algún día llegara a la situación de poder subsistir vendiendo libros y sin trabajar —metafóricamente—, estaría incluso dispuesto a aceptar la existencia de algún tipo de deidad superior al hombre. Por lo demás, es feliz, vive en una casa pequeñita y tiene una mujer y un hijo preciosos que le cuidan y apoyan siempre. Y también un ordenador. Uno que, poco a poco, se va llenando de letras.



Conejillo de Indias

Jaime Magnan Alabarce



Con sumo cuidado, sin hacer ruido, me introduzco en la cápsula de escape, después de programar su expulsión. El conteo durará unos treinta segundos, tiempo suficiente para huir o ser descubierto por mis captores. No puedo cantar victoria, ellos son más inteligentes que yo, la agudeza de sus sentidos y su rápido raciocinio les permiten actuar en forma mucho más acertada que un simple mortal.

Me encomiendo al destino y me acomodo en este pequeño espacio lo mejor posible, apoyando mi mentón contra las rodillas; como en un *déja vu* mi cerebro recrea algo, luego entiendo que se trata de un recuerdo perdido: yo, inmerso en un denso líquido; yo, en la soledad del útero materno. Como en los albores de mi vida, como ahora, en esta metálica matriz, debo ser honesto y admitirlo: sí, tengo miedo.

Cierro mis ojos buscando evadir el temor que me domina; temor que se confunde con el cargo de conciencia que me produce abandonar a los elegidos y no prevenirlos del holocausto, que ya ha comenzado. Me domina la incertidumbre de no saber cual será mi suerte: si logro escapar, surge la interrogante si esta cápsula alcanzará destino, tal vez los cálculos de Imran no sean exactos y cuando termine la propulsión, me detenga en medio de la nada, quedando al garete, ensayando la ínfima posibilidad, una en billones, de ser rescatado.

El terror, la incertidumbre... La suma de todos mis miedos. Abro los ojos y contempló el reloj digital: aún restan veinticinco segundos, una eternidad.

Escucho ruidos en el exterior; ellos han llegado. Vuelvo a cerrar los ojos e inmovilizo mi cuerpo a voluntad, controlando la respiración: cualquier detalle puede delatar mi presencia. Materializo mi mente en los últimos recuerdos que viví junto a los míos en mi hogar, la Tierra, aquel planeta que ya no existe.

Fue el último día perfecto, el sol abrasaba la ciudad como de costumbre, pero una suave brisa, producto de un anómalo centro de alta presión, que se desplazó desde el mar hacia el interior, contribuyó que la temperatura ambiente fuese agradable, una pequeña primavera, estación que sólo conocíamos en teoría.

Este inusual tiempo atmosférico fue pronosticado con anticipación, todos los medios de comunicación invitaron a disfrutarlo. Al igual que muchos otros, solicité un día de permiso. Aura, mi mujer y mi hijo Zed me lo agradecieron y aquella mañana, despertamos muy temprano, cuando aún no escampaba el rocío matinal, otra delicia que tuve el gusto de conocer.

Después de preparar una cesta con alimentos, prescindimos del vehículo solar y caminamos por las calles respirando aire fresco, sintiendo como nuestros cuerpos experimentaban la baja sensación térmica. Los parques y las plazas, cubiertos con céspedes artificiales y ornamentados con columnas, de diversas alturas y diámetros, coronados con grandes esferas metálicas, que asemejaban y reproducían la función de aquellas especies vegetales ya extintas, llamadas árboles, cobijaban a miles de personas que habían apostado por el mismo plan: un día de picnic al aire libre, sin temor a la radiación solar.

Elegimos un lugar. Mientras Aura extendía una capa aislante y ordenaba utensilios y alimentos, me dediqué a jugar con Zed. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba con él. Acordamos transformar el cúbix -un juguete de masa irregular moldeable a voluntad- en un balón y jugamos con él por largo rato. Pese a estar extenuados, por el exceso de ejercicio, corrimos cuando Aura, nos llamó para merendar. Me recosté, ocupando el regazo de mi esposa como almohada y ahí me quedé por un buen rato, recibiendo las caricias femeninas que procuraban sus manos mientras escuchaba la risa de mi hijo. Luego, me incorporé y me dispuse a disfrutar de un bocadillo cuando mi móvil emitió un silbido. Aura, a modo de censura, enarcó sus cejas. Me encogí de hombros y contesté la llamada. La imagen proyectada era de Ebal, mi jefe del Centro de Investigaciones Espaciales, CIE. Aura y Zed protestaron. Ebal, junto con saludar y disculpar la interrupción, explicó que se había producido una emergencia y que era perentoria mi presencia.

-Será cuestión de una hora, dos a lo sumo –indicó, preocupado.

Mis excusas no fueron escuchadas: cuando Ebal solicitaba algo, no había negativa posible. Aura lo asumió en forma práctica.

-Debes ir. Si te han considerado para que los ayudes de seguro, te promoverán.

Aquello no dejaba de ser cierto. En el CIE, yo apenas era un INI es decir, *Importante pero no Imprescindible*. Tal vez ahora, pasaría ser un II, *Importante e Imprescindible*, lo cual se traduciría no sólo en regalías económicas sino que, además, mi estatus personal y el de mi familia se acrecentaría dentro de la sociedad tecnócrata que regía los destinos del planeta. Mi hijo experimentó un dejo de tristeza, el cual no supe manejar. Lo abracé experimentando un extraño nudo en la garganta.

-Estaré de regreso en un par de horas -prometí.

Hasta entonces siempre había cumplido mis promesas, en especial las que involucraban a mi familia. Sin embargo, esta vez sería distinto.

Aura me abrazó y una lágrima premonitoria resbaló por su mejilla. Me apresuré en marchar, ingenuamente pensé que mientras mas pronto me presentara en el trabajo, más luego volvería con los míos.

Abordé el monorriel con dirección al centro de la ciudad, una urbe completamente desocupada: todos los mortales habían decidido disfrutar del día y ocupar los espacios abiertos, que rara vez acogían a sus habitantes.

El paisaje de la megalópolis se sucedía junto a mi ventana, mientras mis pensamientos eran acaparados por la naturaleza de la emergencia. Por más que intentaba elucubrar cual sería el problema a resolver, la confusión y la incertidumbre me embargaban. ¿Sería algo importante?

Después de realizar las escalas correspondientes, llegué a la avenida que enfilaba hacia mi lugar de trabajo. Sin embargo, algo sucedía: una gran cantidad de personas seguían mi dirección, familias completas, portando un mínimo equipaje, caminaban en silencio aunque en sus rostros se esbozaba cierto grado de ansiedad.

Me percaté que todos pertenecían al CIE, eran funcionarios II, reconocí a jefes y supervisores, acompañados por sus familias. No me atreví a preguntar que sucedía: el protocolo impedía cualquier tipo de confraternización entre los componentes de uno y otro estamento.

Las familias, a medida que llegaban al CIE, se ordenaban en una larga fila e ingresaban por una puerta lateral. Expectante, hice lo propio por la mampara de cristal del hall principal del edificio. Entré al ascensor turbo y posé una mano sobre el tablero de mando. Mis huellas dactilares fueron reconocidas y la capsula fue expulsada hacia el piso de destino. Si la planta baja era un desierto, la sección donde laboraba era un hormiguero: hombres y mujeres, todos INI, atendían en forma afanosa sus ordenadores. Una pantalla gigante dominaba el lugar, mostrando una gran esfera incandescente, registrando sus temperaturas en una serie de gráficos, cuyas proyecciones se disparaban segundo a segundo.

Ebal, al percatarse de mi presencia, mientras escuchaba el reporte que entregaba un joven científico, se acercó hasta mí. En forma sorpresiva, y a modo de saludo, me golpeó la espalda.

-¡Me alegra que hayas llegado! –comentó esbozando una sonrisa.

Aunque no me correspondía hacerlo, pedí que me explicara que sucedía. Con cierta solemnidad, indicó la pantalla.

-Lo que ves ahí, es el núcleo terrestre. Hace años, éste ha ido experimentando un incremento exponencial en su temperatura afectando la superficie terrestre. Por mucho tiempo, pensábamos que los cambios climáticos obedecían al calentamiento global, debido a los altos índices de polución, heredados de nuestros irresponsables antepasados. Pero no era así... El problema venía del interior –la voz de Ebal experimentó cierta angustia -: Van, nuestro planeta va a estallar. Este es el fin.

Estudí el rostro de Ebal y entendí que aquello era serio. Luego me fijé en otra pantalla, en la cual se observaban miles de familias ascendiendo en interminables escalas mecánicas hacia un gran obús, en estado vertical.

-Estamos evacuando a los nuestros –explicó Ebal.

De inmediato pensé en mi familia

-¿Por qué no me indicaste que Aura y Zed vinieran conmigo? –pregunté alarmado mientras accionaba mi móvil.

-Es inútil, Van –indicó, con pesadumbre -: Las comunicaciones no funcionan al interior del edificio.

Lo estudié desesperado, después de comprobar sus indicaciones.

-¿Por qué Ebal? ¿Por qué?

-Directiva secreta del Gobierno Central: sólo los II y sus familias pueden ser evacuados...

-¿Evacuados? ¿Hacia dónde?

-Alfa Centauri.

Repetí mentalmente aquel nombre: los últimos cinco años, mis investigaciones habían estado volcadas hacia ese lejano sistema binario, en especial, para averiguar lo concerniente sobre las condiciones atmosféricas de cierto planeta, Boda, el cual, en principio, era propicio para la vida. Entonces comprendí que durante todo ese tiempo había sido partícipe, en forma involuntaria, de un complot, sin obtener regalías. La prueba saltaba a la vista. No sólo era un INI, sino que mi familia no importaba.

Ebal, en una especie de discurso aprendido, habló del deber y de la supervivencia de la raza humana; como si mi deber de marido y padre no importara y como si mi familia no perteneciera al género humano.

-Van, te necesitamos.

Antes que pudiera decir o hacer algo, Ebal posó una mano sobre mi hombro. Pensé que intentaría convencerme o que tal vez, intercedería por mi familia. Una vez más, me

equivocé. En un rápido movimiento, su mano alcanzó mi cuello, un punzante dolor, traducido en un cálido fluido que recorría mi torrente sanguíneo, me dominó por completo.

Eso fue lo último que recuerdo. Luego, un largo sueño y una extraña sucesión de imágenes: mi familia, aquel fallido picnic, las miles de personas ingresando al CIE, otra vez mi familia, junto a otros millones de desafortunados alzando su vista al cielo, para apreciar el despegue de una nave. Finalmente, desde el espacio, el planeta convertido en una gran bola incandescente, su posterior explosión y luego, nada.

Desperté algo atontado y envuelto en una nebulosa.

-¿Cómo te encuentras, Van? –preguntó Ebal, asistido por una enfermera.

Apenas podía decir algo, mis sentidos estaban congelados.

-Es efecto de la droga –explicó la mujer de blanco.

-¿Dónde...? ¿Dónde está mi familia? -balbuceé.

Ebal hizo un gesto a su compañera para que saliera de la enfermería.

Al quedar solos, Ebal se acercó a mi cabecera y posó sus manos sobre el monitor que indicaba mi estado, gracias a una serie de dispositivos adosados en distintos puntos de mi cuerpo. Volví mi rostro y repetí la pregunta. Él continuó concentrado en el diagnóstico.

-Tus ondas cerebrales están alteradas. Debes tranquilizarte –indicó.

-¿Cómo quieres que no lo esté? ¡Has condenado a mi familia a muerte! ¿Por qué no dejaste que vinieran conmigo?

Ebal me enfrentó:

-Ya te dije, tu trabajo es de gran importancia, tanto para ti como para nosotros.

-¿Para mí? –pregunté desconcertado.

-En Boda, podrás comprobar tus teorías. Son pocos los científicos que pueden lograr eso. Te recomiendo que te apliques lo antes posible a tus nuevas obligaciones, así podrás erradicar de tu mente todo vestigio del pasado.

Esa era la diferencia entre él y yo, un II y un INI, un amo y un esclavo, en su definición más elemental. De nada habían valido los avances experimentados por la humanidad, la injusticia social se mantenía intacta o, en su defecto, incrementada.

Ebal me suministró un nuevo medicamento que terminó por reducir todos los efectos del somnífero. Experimenté cansancio y caí en un profundo letargo, esta vez reparador. Cuando desperté, la enfermera me entregó un cóctel de píldoras y agua destilada. Lo ingerí, sintiéndome mucho mejor.

Avanzada la mañana, fui conducido al puente de mando, a cargo de un grupo de uniformados, dedicados a pilotear la nave a velocidad crucero. Al reparar en los soldados, una subrepticia imagen acudió a mi mente: presencié una escena en la cual los INI, que trabajaban en mi sección, eran masacrados, sin contemplaciones. Estaba confundido: no podía precisar si aquello era un recuerdo o sólo un mal sueño.

-¿Sucede algo? –preguntó un operador, al cual contemplaba embelesado.

En el sitio del centro de mandos, Ebal giró sobre sí al escuchar la interrogante. Se levantó y caminó hacia mi ensayando una sonrisa.

Posó sus manos sobre mis hombros y manifestó su alegría por encontrarme ya repuesto. Luego, me invitó a recorrer el puente mientras explicaba algo. Asentí distraído, estudiando las caras de la tripulación, que se me antojaban conocidas. Ebal reparó en mi falta y pidió atención a sus dichos. Absorto, lo seguí mientras disertaba sobre los alcances de aquella nave construida en secreto. Una nueva imagen apareció en mi mente: Del, un compañero del CIE que alguna vez comentó en sigilo, sobre un proyecto secreto en el cual participaba. Él, cuando hablaba del tema, mientras recorríamos el jardín botánico, se mostraba paranoico, cerciorándose que nadie nos siguiera o escuchara, obligándome a prometerle, al finalizar cada encuentro, que no repitiera lo que él me había confiado.

Del era un científico brillante, cuyo único defecto era su acentuado nerviosismo que lo hacía tartamudear y sudar en forma exagerada, por eso nunca me tomé en serio sus dichos.

Un día cualquiera, dejé de verlo. Primero pensé que había cambiado de turno, pero luego me enteré que había sido trasladado a otro centro de investigaciones. Nunca más volví a saber de él.

Ebal volvió a llamar mi atención. Regresé a la realidad, repitiendo parte de su explicación: el Colono, la nave en la cual viajábamos, tenía una capacidad para 100.000 personas, todos científicos II y sus familias, y se encontraba equipado con cámaras de animación suspendida, que permitirían a sus ocupantes viajar en el espacio inter-estelar, emulando la velocidad de la luz, sin que la materia orgánica sufriera transformación alguna.

Salimos del puente y descendimos en un turbo ascensor hasta el nivel inferior. Ahí, en lo que parecía una bahía de carga, se hallaban las cámaras de hibernación.

Ebal indicó que aquella sería mi labor los próximos veinte años terrestres, supervisar que todo funcionara al interior de la nave y, en especial, el mantenimiento de las cámaras. Asimismo, sugirió que en mis ratos libres me dedicara a terminar mis estudios sobre Boda, ya que contaría con la mayor base de datos científicos jamás pensada, el sueño de todo investigador. Luego, se detuvo en este punto indicando, con gran elocuencia, que el Colono contenía todos los elementos que permitían fundar una nueva Tierra; la información de todas las especies animales y vegetales del planeta estaban incorporadas en un banco de datos, con sus respectivos ADN, mantenidos en frío, para que a nuestra llegada fueran reproducidas por clonación. La revisión de los soportes técnicos, para la adecuada mantención de las especies, sería otra de mis ocupaciones. Esto me dejó perplejo.

-Además de mi, ¿quién más estará a cargo de las operaciones?

Mi superior borró todo rastro de sonrisa.

-Van, eres el único INI sobreviviente.

Tardé en sopesar aquello. En contra de mi voluntad, me había convertido en el sirviente de los últimos seres humanos, en este viaje sin retorno.

Después, Ebal me condujo con los sabios mayores, un eufórico nombre con el cual era conocido el consejo que tomaba las decisiones del colectivo.

Aquella oligarquía científica, fue mucho más dura y fría en sus respuestas que Ebal, al momento de plantear el tema de la pérdida de mi familia. Creo que al hecho lo llamé asesinato y a ellos, los tildé de genocidas. Los siete miembros apenas se inmutaron.

-¡Debieras estar orgulloso del gran beneficio que prestarás a la humanidad! –dijo uno de ellos.

Otro, el más severo de todos, fue más enfático:

-Podríamos borrar parte de tus recuerdos pero, al hacerlo, los referidos a tus avances científicos podrían experimentar algún daño.

Era verdad. Muchas de las cosas que había ensayado en mi trabajo, eran en parte por observaciones del diario vivir; por ejemplo, el desarrollo de las especies en distintos hábitats, lo había elucubrado observando a mi hijo, desde su nacimiento. Comparaba su desarrollo con el mío, una infancia en la cual alcancé a disfrutar algo de espacios libres de radiación. De igual manera, las largas conversaciones con Aura, licenciada en psicología, posibilitó gran parte de mis avances al considerar el comportamiento de los individuos en hábitats foráneos.

Zed, Aura: nunca podría olvidarme de ellos.

En un arranque de ira, manifesté, en forma sarcástica, cómo podrían confiar en mí, ya que con tanto odio acumulado, bastaría que de manera deliberada suprimiera un comando y adiós soportes de vida.

Los ancianos rieron de buena gana.

-Van –indicó Ebal-, te conocemos mucho mejor lo que tú crees: aunque la ira domine tus pensamientos, sabemos que, ante todo, eres un INI de nobles intenciones.

Guardé silencio, desconcertado.

-Además -prosiguió-, no estarás solo en tus deberes, Imran, la computadora te supervisará. Estará presente día y noche y nunca te permitirá que obres en forma premeditada.

Experimenté una terrible humillación; durante todos estos años, había sido un conejillo de Indias. Me pregunté cuántas veces había sido observado en mi trabajo, en mi hogar, en mi intimidad...

Al día siguiente, comencé a instruirme sobre el funcionamiento de todos los soportes técnicos de la nave. Las lecciones eran exhaustivas, duraban cerca de catorce horas diarias. El tiempo libre del cual disponía, lo dedicaba a dormir, comer y recorrer la nave, con la prohibición de fraternizar con los llamados elegidos, los sobrevivientes de la catástrofe. Para diferenciarme del resto, debí vestir un overol azul marino.

Según lo indicado por Ebal, que seguía muy de cerca mi instrucción, transcurrido el primer año en el espacio, los pasajeros deberían entrar en animación suspendida y cuarenta y ocho horas después, los tripulantes.

Sobrevino el gran día. Por primera vez, a través de los altoparlantes, escuché la voz de Imran instando a los elegidos bajar a la bahía de carga, según los horarios establecidos.

En forma ordenada, las familias llegaban al punto de encuentro. Ahí, una banda automática los conducía a una habitación, en la cual se desnudaban y se sometían a una ducha sónica, para alcanzar el final del proceso. Cada persona se incorporaba en una cápsula que, una vez cerrada, se llenaba de líquido; a medida que éste subía, su morador iniciaba su sueño.

Mi labor consistía en recibir a los elegidos luego que estos se desnudaran, para ser desinfectados. Me avergoncé presenciar aquel espectáculo, aunque a ellos no les producía ningún pudor. Mi vergüenza se acentuaba al verme vestido, ocultando mi gordura versus esos cuerpos perfectos, esculpidos a mano, como si fueran exponentes de una raza perfecta.

El procedimiento era mecánico, todos sabían que trataba y nadie lidiaba con sentimientos de temor o ansiedad. La excepción fue una familia, cuyos padres intentaban arrebatarme, sin éxito, a su hijo de cuatro años, su cubix... Recordé a Zed. Una lágrima resbaló por mi mejilla, la única expresión de tristeza que me permitía, con total ausencia de cualquier sentimiento de venganza que pudiera dominar mi interior. Si, estos tipos me conocían mejor de lo yo que creía.

Me acerqué al mocoso y le propuse hacerme cargo de su juguete, indicándole que se lo entregaría cuando despertara. Al principio, el chico desconfió de mi propuesta, pero la dulce voz de la madre, le hizo cambiar de parecer.

-Hazle caso al señor, hijo. Él no dormirá como nosotros, se dedicará a cuidar nuestro sueño.

Esas palabras no sólo causaron efecto en el niño, sino que calaron en mi interior. El pequeño obedeció y entregó su juguete. El padre, al pasar junto a mi, me indicó el código del casillero y me dio las gracias. Los observé perderse junto al resto. Luego volví a la antesala, busqué el casillero indicado y guardé el cubix, para continuar la supervisión.

El proceso duró veinticuatro horas, tal como estaba programado. Ebal me concedió un descanso de seis horas. La verdad, no fue más que cerrar y abrir los ojos, pese a transcurrir el tiempo pactado.

A continuación, los tripulantes me indicaron todo lo que debía saber y a qué recurrir en caso de emergencia. Cuarenta y ocho horas después, los uniformados, todos jóvenes y de fuerte contextura, entraban en sus respectivas cápsulas, en un ambiente muy distendido, apostando por quien experimentaría la mayor cantidad de sueños eróticos. Finalmente, me correspondió asistir a Ebal y a los sabios. Terminada la operación, me retiré a mi dormitorio y me tendí con la idea preconcebida de dormir por un par de días, a lo sumo. Sin embargo, aquello no fue más que una vana declaración de intenciones. Transcurridas seis horas, y cuando me encontraba en mi primer sueño, la voz de la computadora, con el encendido automático de las luces en mi recámara, me obligaron a despertar.

-¿Qué mierda pasa? –grité molesto.

La computadora, muy educada, me dio los buenos días e indicó mi plan de trabajo para la jornada. Resignado, me di una ducha, vestí mi overol y me serví un frugal desayuno.

El recorrido del día contemplaba la revisión de los soportes de vida, la calibración de los niveles de oxígeno y temperatura de cada una de las cápsulas. La computadora efectuaba el chequeo y cuando se alertaba un grupo de cámaras con datos fuera de lo habitual, mi labor consistía en analizar la ficha del individuo y efectuar las correcciones necesarias. Si bien, esto no era lo que podía llamarse una emergencia, el no efectuar las correcciones a tiempo, podía desembocar en una desgracia.

Al mediodía revisaba los controles del puente. Según lo programado, el Colono cada día aumentaba su velocidad en 0,1 año luz. Al producirse la aceleración, la computadora efectuaba un acucioso monitoreo de toda la nave, para detectar la apertura de micro fracturas y otras anomalías que pudieran generarse. Terminado el diagnóstico, y de no haber ninguna situación anómala, Imran me invitaba a disfrutar de mi colación.

Las tardes se repartían entre el invernadero, las cámaras de hibernación, la sala de astrofísica y otras dependencias. A eso de las mil seiscientas, se iniciaba mi descanso, con la consiguiente consulta de Imran.

-¿Qué harás en tu tiempo libre, Van?

-Descansar –respondía, molesto por no contar con privacidad.

-¿Por qué no dedicas tu tiempo a mejorar tus estudios? Cuando los elegidos lleguen a Boda, serán de gran ayuda.

-Tengo veinte años para hacerlo.

-Podrías empezar ahora, que aún cuentas con el completo uso de tus capacidades.

No había manera de silenciar la voz de la computadora. Rendido, obedecí sus sugerencias.

Confieso que me costó retomar mis estudios pero, ante la imposibilidad de otro panorama, éstos se volvieron una distracción; con la información suministrada por la base de datos, logré construir una serie de modelos que permitieran el desarrollo de la vida en Boda.

Los días se sucedieron en forma vertiginosa, las semanas dieron paso a los meses y éstos, a los años. La velocidad inicial de la nave se había incrementado y aunque los soportes de vida, permitían acostumbrarme a los cambios de aceleración, algo en mí no estaba bien. Pronto lo corroboraría. En cierta ocasión, quedé petrificado al contemplarme con detención en una superficie refleja. Mi rostro, en cinco años de viaje, había envejecido el doble. Me habían embarcado a los treinta años y a mis treinta y cinco, mi fisonomía representaba cuarenta. ¿Qué pasaría en los próximos quince años, que para mí sería el doble? O, ¿tal vez, más? La verdad, en mi calidad de INI, no me molestaba verme más viejo, puesto que ninguna hembra II, se fijaría en un pobre subnormal. Me preocupaba saber si esta metamorfosis aplicaba en mi interior. Acudí a la enfermería y con un dispositivo médico, escaneé mi cuerpo. Los hechos me dieron la razón, no sólo mi aspecto se deterioraba, mis células y mis neuronas morían a la misma velocidad. Ebal nunca reveló los efectos colaterales ¿para qué?, si mi vida como INI, para él y el resto carecía de interés una vez que la nave llegara a destino.

Dominado por la ira, borré toda la información de mi ordenador. Una vez ejecutada la operación, Imran me habló:

-¿Qué has hecho, Van?

Inventé una mentira:

-Ha sido un accidente. Cada día me vuelvo más torpe, ¿sabes? No tengo mayor dominio de mis sentidos ¿por qué?

Luego de un silencio, Imran explicó lo que ya sabía.

-Viajar a esta velocidad es nefasto para el organismo humano –explicó, sin mucha parsimonia -. Pero alguien debía cautelar el viaje, ante cualquier situación y los sabios confiaron en ti, Van. Es un gran honor tener la responsabilidad de velar por los elegidos.

Me sentí apesadumbrado. Nunca llegaría a destino, una vez que la velocidad comenzara a desacelerar y cuando los primeros pasajeros despertaran, de seguro encontrarían mi cadáver. ¿Para qué vivir? La pregunta pronto me supo a letanía.

Imran sospechaba algo: todos los días, en forma majadera, preguntaba por mi estado de salud. Temiendo que él abortara cualquier intento por poner término a mi vida, debí fingir que me encontraba de mejor ánimo.

-Hoy te noto extraño, Van. No estás deprimido, pero tampoco te observo alegre. Dime, ¿qué sucede contigo?

-Estoy saliendo de mi depresión, eso es todo. No me fastidies, con tanta pregunta, que puedo volver a recaer.

La computadora me dejó en paz el resto de la jornada.

Cuando llegó la hora de descansar, después que las luces se apagaran, fingí dormir y alcancé la linterna que ocultaba bajo mi almohada. Con ella maniobré en la oscuridad y saqué de su escondite un rollo de cable. Con suma diligencia lo até a la estructura del cielo, me envolví el cuello y subí a una inestable mesita de luz. Apagué la linterna y me quedé en ese trance por interminables minutos, dándome el valor necesario de terminar con aquella inocua existencia. En el instante que había tomado la drástica decisión de saltar y derribar el banquillo, las luces de la habitación se prendieron.

-¿Qué haces, Van? –inquirió la voz con tono de decepción.

-¡Déjame! –grité al momento que dejaba caer todo mi peso al vacío. La mesita de luz se inclinó y cayó hacia un lado, sentí que el cable apretaba mi cuello y la respiración me abandonaba, sin hacer nada por remediarlo. Era cuestión de segundos sin embargo, sobre mí se produjo una descarga eléctrica y el cable que me sujetaba, cedió al fuego. Caí al suelo en posición fetal, me abracé a mis rodillas y sollocé como un niño.

-Has hecho mal, Van –indicó mientras nuevamente se apagaban las luces.

A la mañana siguiente, creo haber dormido más de lo acostumbrado, desperté en el suelo, extraño que la voz de Imran no me hablara. Sumido en una terrible decepción, y

sin saber que hacer, salí de mi cuarto, y como todas las mañanas me dirigí hacia la bahía de carga. En mi camino conseguí un tubo de grueso material, decidido a despedazar los paneles de control que mantenían las cápsulas en letargo. Al enfrentar la primera de ellas, alcé mis brazos sosteniendo el tubo hacia atrás, para lograr impulso, y lo dejé caer, con toda mi fuerza, contra el sistema. Una fuerte descarga, actuando como escudo, impidió cualquier daño.

-¿Por qué haces esto, Van?- una vez más, la maldita voz me reprendía.

-Deseo terminar con esto, de una vez por todas.

-¿Quieres destruir a los elegidos, Van? ¿Qué te han hecho ellos?

Dado mi dolor, la pregunta era estúpida.

-Ellos no han permitido que mi familia sobreviva –expliqué.

-¡Ah! Entonces se trata de eso, una venganza. ¡Qué básico!

-Tú no lo entiendes, Imran... No cuentas con sentimientos.

La voz me explicó que estaba en lo correcto, que él era sólo una rutina de subprogramas lógicos.

-Yo no puedo devolvarte a los tuyos, Van –indicó después de un incómodo silencio -. Pero te puedo mostrar el camino a casa.

Desconcertado, lo increpé:

-¿Volver a un planeta que ya no existe?

-Tal vez la velocidad te esté afectando más de lo que crees –se burló -. ¿Cómo un científico como tú, no es capaz de pensar un poco? Tienes todo el conocimiento a tu disposición. Dime, Van, ¿cuál es la primera ley del universo?

-El universo es un cuerpo curvo –indiqué, cansado.

-Y eso, ¿no te dice nada?

Aquello era sólo teoría, se especulaba que si alguien partía desde un punto x en el universo y caminara en forma recta, terminaría en el mismo punto de partida, es decir x.

-Si eso fuera verdad, nadie sabría cuánto tiempo demoraría en el intento- comenté decepcionado.

-¿Y esta nave?

No entendía la explicación de Imran. Acaso ¿me instaba a secuestrar la nave?

-Todo está en la velocidad...- insistió-. Esta nave ha sido programada para viajar en línea recta, pero su trayectoria describe una curva. Por ende, su destino no es otro que el punto de origen...

-¿A qué te refieres, Imran?

-Los elegidos no desean llegar lo antes posible a Boda. De llegar, se encontrarían con el mismo planeta que abandonaron, unos años antes o en alguna época cuya presencia hubiese sido una complicación.

-Entonces, todo este tiempo he estado haciendo estudios sobre la Tierra... Sobre el pasado de la Tierra.

-En efecto, por eso que los colonos, los últimos cinco años, antes de llegar a destino, desacelerarán la nave, hasta una velocidad crucero, encontrándose con un planeta Tierra, apto para la vida, en una era denominada Neolítico. Con los avances que traen, será fácil doblegar a las primitivas formas de vida.

-¿Cómo puedo hacer para llegar a mi tiempo, alertar a los míos?

-Debes impregnar una mayor velocidad...

Imran nunca me dejaría hacer eso con la nave, si es que llegara a dominar el programa de mandos.

-Haremos un trato, Van- indicó con voz amigable -. Continuarás con tus deberes y yo te ayudaré a construir un velocímetro que podrás instalarlo en una de las cápsulas de

escape. Adaptaremos una de éstas como una cámara de hibernación. Una vez que la nave desacelere podrás emplearla y seguir viaje, en sentido inverso y alcanzarás el planeta antes de su destrucción.

Todo aquello era teoría pura. No sé si Imran buscaba la manera de mantenerme entretenido con algo que nunca resultaría o estábamos por concretar algo grandioso.

Cada noche, antes de dormir, pensaba en las cosas que debería hacer para salvar a mi familia. Así, las cosas, me sentí renacer, no importaba lo que sucedía con mi cuerpo, me daba el ánimo para cumplir con mis obligaciones y construir el dispositivo que me llevaría de vuelta a casa. Los primeros intentos fueron poco alentadores, no pudimos siquiera mover un pequeño objeto con el mecanismo creado. Sin embargo, con el correr de los días, logramos trasladar un insignificante bolígrafo de un punto a otro y, con posteridad, al punto de origen, haciéndolo desaparecer por unos instantes y luego, traerlo de regreso.

Ahora debíamos hacer lo mismo, pero en forma inversa. Hicimos una serie de pruebas, los objetos desaparecían de nuestra vista. En teoría habían viajado hacia el pasado, pero no teníamos como comprobarlo. Sin embargo, Imran pronto solucionó el acertijo: recurrió a las cintas de las cámaras de observación del laboratorio, donde ensayábamos nuestra teoría. Ahí estaban registrados, por arte de magia, las apariciones de todos los objetos con los cuales habíamos experimentado.

Ahora sobrevenía la mayor dificultad: trasladarme en una cápsula en sentido con una velocidad mayor a la que llevábamos, alcanzando la Tierra, antes que estallara. Imran fue honesto conmigo, la prueba sería única. Fallara o resultara, él nunca sabría el resultado. Yo, en cambio, una vez más sería un conejillo de Indias, pero independiente del corolario, al menos abrigaba una esperanza.

Imran terminó por adaptar la pequeña cápsula de salvamento, identificada con la serie CO01081. Me indicó como manejarla y acordamos que, en cuanto comenzara la desaceleración de la nave, yo la abordaría. Pero para eso faltaban tres años. En una extraña mezcla de resignación y ansiedad, decidí cumplir mi parte del trato. A pesar que Imran no era más que una serie de circuitos y enlaces, no dudé en dar mi palabra.

Así, los años prosiguieron, esta vez con la utópica esperanza que volvería a reencontrarme con los míos. Cada noche me dormía pensando como sería aquello. El hecho de volver al pasado, ¿significaría reencontrarme conmigo mismo en esa época? Es decir, habrían dos Van. ¿Sería aquello una paradoja o sencillamente una regresión mía? Y si fuera lo último, ¿recordaría todo lo vivido? ¿Podría cambiar el futuro?

A medida que transcurría el tiempo, indagaba sobre la manera que salvaría a Aura y a Zed del infortunio. Pese a todo, las expectativas de volver al pasado alimentaban un porqué vivir...

Aquella mañana, desperté antes de lo programado: la nave se encontraba en estado de alerta, inundada por una intermitente luz rojiza.

-¿Qué sucede, Imran?- pregunté, sobresaltado.

-Intrusos -susurró.

De inmediato salté de la cama, vestí mi overol azul y corrí hasta el puente. Ahí, Imran me indicó, por medio de imágenes proyectadas en la pantalla que dominaba la sala, el adosamiento de una nave en el casco superior del Colono. Aquello era imposible, la velocidad en la cual navegábamos impedía cualquier acción de esa naturaleza, pero claro, nadie contaba con tecnología alienígena.

Imran superpuso en la pantalla otra imagen: sobre la superficie donde había aterrizado la nave se había abierto un boquete, con un láser, que atravesaba las gruesas capas que envolvían la nave. Sugerí a Imran que apagara las luces de emergencia para apreciar, de mejor manera, la fisonomía de nuestros visitantes. Quedé sorprendido al ver siete humanoides, de unos ocho pies de altura, de piel escamada ahí donde sus trajes uniformes no cubrían el cuerpo. Sus rostros comprendían tres orificios, a modo de fosas nasales, una mandíbula prominente desarrollada hacia fuera y profundos ojos inexpresivos, cubiertos de lagañas y gruesos párpados. En sus calvas predominaban aletas pequeñas que se desarrollaban en hilera desde la frente, *in crescendo* hacia la espalda. Cada uno de ellos portaba en su grueso antebrazo izquierdo un brazaletes metálico, cubierto de teclas y algunos visores, según pude apreciar en un zoom que facilitó Imran.

Repasé mentalmente los protocolos de emergencia: ante una intrusión o amenaza, debía retrasar cualquier avance. Ordené inundar los sectores involucrados con anhídrido carbónico, previa clausura de todos los corredores. Luego me dirigí al otro nivel con el objetivo de despertar a los uniformados.

Mientras ingresaba los protocolos de emergencia, Imran proyectó una serie de imágenes en los paneles de la sala. La trepa del gas no resultó, nuestros visitantes habían comprendido que el Colono era controlado por una inteligencia cibernética. Con sus brazaletes monitoreaban el lugar en busca de algo. En tanto, la desactivación de las cámaras que contenían a los uniformados había comenzado. En un minuto, el proceso se habría completado, tal como estaban las cosas, aquello podía ser demasiado tiempo.

Los intrusos identificaron el panel de control de las compuertas que impedían su avance, desde sus brazaletes, esta vez, emergieron una serie de cables que se adosaron a los controles. Como quien busca una serie, ensayaron todas las combinaciones posibles dando con la conexión correcta y click, las puertas dejaron de ser un problema, así como el anhídrido carbónico que se disipó por una contraorden de la computadora.

-Van, hay que hacer algo, los intrusos tienen la facultad de apoderarse del control de la nave -anunció Imran.

Estaba atónito. No sabía que hacer y aún restaban quince segundos para despertar a los soldados.

-Imran, aplica un camuflaje a la bahía de carga. Intenta algo con una imagen holográfica y cambia el control de la nave a forma manual.

La computadora obedeció. La bahía de carga, por arte de magia, adquirió la fisonomía de un lugar inhóspito, un sector de paneles y tuberías, nada de interés para los intrusos. Faltaban cinco segundos para completar la operación de reanimación. Sólo cinco segundos.

Estaba alborozando una buena táctica, con las armas correctas y el factor sorpresa de por medio, se podría contrarrestar la amenaza, los pasajeros del Colono se habrían salvado y... Pero no, las cosas no podían estar peor... Que los alienígenas hubiesen elegido ese

sector de la nave para su abordaje no había sido cuestión de azar: la sala de astrofísica, la sala abocada a trazar y corregir la ruta de la nave, en íntima comunión con Imran, se encontraba a un paso de ellos. Si los intrusos llegaban a ese punto, la computadora sería presa fácil para su dominio. Indiqué a Imran que repitiese la operación ejecutada en la bahía de carga, esta vez en la sala amenazada, pero no obtuve respuesta. Sus controles habían sido intervenidos. Lo comprobé al observar, en una de las múltiples pantallas del panel, a un alienígena completando la operación.

Todos los soportes de la nave se apagaron.

Caí conmocionado al suelo mientras la nave desaceleraba, posterior al reseteo efectuado por sus nuevos dueños. Cuando me sobrepuse, pude comprobar que los soldados no habían despertado. Intenté completar la operación en forma manual sin embargo, las claves ya no eran las mismas. Las armas continuaban en resguardo pero, aunque las alcanzara, ¿qué podría hacer con ellas?

Estaba atrapado. No sabía las intenciones de los invasores y menos como enfrentarlos. El conocimiento de los elegidos no consideró la existencia de vida extraterrestre, un increíble acto de soberbia, por creer que ellos eran la única raza inteligente del universo. Un craso error que ahora pagarían.

Al no poder desplazarme por los ascensores y pasillos sin contar con las nuevas contraseñas, decidí ocupar los ductos de ventilación, ductos que alguna vez había conocido en mi tiempo de preparación. Trepé a una escotilla, subiéndome sobre una de las cápsulas de hibernación, y me perdí por ésta. Seguí el recorrido hasta dar con los ductos que descendían en torno a la cavidad ocupada por elevador. Aquí, había una escala adosada a la pared. Al fondo, un abismo sin fin. Debía bajar peldaño por peldaño, manteniendo el equilibrio, de lo contrario encontraría una muerte segura a unos 3.000 pies de altura. Mi descenso sería lento, un par de horas a lo sumo, tiempo suficiente para que los humanoides descubrieran la bahía de carga y su contenido ¿por qué pensaba lo peor? Tal vez, el interés de los visitantes fuera otro, pero sus actos decían otra cosa de hecho, ya lo habían demostrado al indexar los controles de la computadora. ¿Volvería a escuchar la voz de Imran?

Destapé el conducto que daba a uno de los pasillos centrales, cerca del promenade de la nave, y descendí, no sin antes cerciorarme que todo estuviera desierto. Alcancé el suelo de un salto y me parapeté tras un dispensador de alimentos. Desde ahí observé el ingreso principal, paso obligado de los visitantes, desde su punto de abordaje. Esperé unos minutos sin resultado. Ansioso, trataba de elucubrar un plan, pero no se me ocurría nada: en este juego, llevaba todas las de perder. Sin el control de la nave y sin saber maniobrar un arma, la única posibilidad que quedaba era huir. Y aquello apuntaba bien: contaba con una cápsula de escape, acondicionada para un viaje de regreso a la Tierra, en animación suspendida, a la velocidad de la luz. Sin embargo, un remordimiento me impedía aspirar a la libertad. ¿Qué pasaría con los elegidos? Si bien, Ebal y los ancianos del consejo me habían condenado a una existencia miserable, sólo con el fin de ayudarles en sus egoístas planes, entre el resto de los elegidos, de seguro habría alguien noble, tal vez dispuesto a cambiar las cosas y que, de haber estado al frente de todo esto, habría obrado en forma más humana. Por otra parte, ignoraba cuales eran las intenciones de los alienígenas. ¿Qué los habría impulsado a abordar la nave? ¿Tecnología? ¿Alimentos? Quizás su estadía sería breve pero aún así, ¿qué sucedería con el boquete abierto en el casco, una vez que la nave despegara? De seguro, produciría una descompensación atentando contra los soportes de vida. Los elegidos seguirían durmiendo pero nunca podrían despertar. Hacerlo, significaría encontrar una muerte segura.

En este laberinto de conjeturas, las acciones se encontraban perdidas. Seguía atisbando hacia el corredor sin que nada emergiera de él. Sin embargo, un fuerte golpe, propinado desde atrás, me dejó inconsciente.

Cuando desperté, gracias a una violenta sacudida, me vi rodeado por los intrusos. Sus aspectos eran mucho más desagradables que en las imágenes que me brindó Imran. Sus ojos, completamente blancos, destellaban odio; odio que se materializó en la ronda de golpes que cada uno me procuró. No escuché de ellos ninguna palabra, ni siquiera un gruñido, pero en sus rostros se dibujaba una malévola sonrisa. La espiral de violencia produjo en mí una serie de hematomas, incluidos mis ojos. Ellos se sabían superiores y, a medida que mi apariencia se volvía deplorable, la fuerza de sus golpes se incrementaba. Creí perder la conciencia, fue ahí que escuché en mi mente voces que hablaban mi idioma,

voces que se atropellaban para interrogarme sobre la carga de la nave: los alienígenas eran telépatas.

Alguna vez, estudié algo sobre la telepatía y la manera de resistirse, bloqueando la mente. Cuando los visitantes descubrieron mi recurso, desaté lo peor de ellos: si hasta ese entonces había experimentado dolor, ahora éste se tornó indescriptible. Fui arrastrado de los pies por uno ellos mientras el resto me propinaba sendos puntapiés, con botas de puntas metálicas. No soporté lo suficiente, grité y lloré, sin lograr despertar la mínima compasión; los golpes aumentaban, al igual que los susurros en mi mente.

A punto de caer en la más absoluta inconsciencia, me sentí derrotado y no pude dejar de recordar a mi familia y, no sé porqué, en la suerte que correrían los elegidos...

Cuando me percaté de mi error, fue demasiado tarde: los golpes cesaron. De inmediato, mis agresores comenzaron a dar mayores zancadas, alcanzando un elevador.

Al llegar al nivel que simulaba un lugar inhóspito, los visitantes volvieron a manipular sus brazaletes logrando desactivar la proyección holográfica. Fascinados por el descubrimiento, se olvidaron de mi y en ese remanso de tranquilidad, perdí el conocimiento...

No sé cuanto tiempo duró el trance. Debieron ser varias horas. Cuando desperté, me puse de pie a duras penas, observando el dantesco espectáculo que se encontraba ante mi: un inmenso mar de sangre sobre el cual descansaban miles de huesos y restos humanos. Choqueado por aquella visión y por ausencia de fuerzas, caí de rodillas vomitando todo mi interior.

Una vez repuesto, me levanté y caminé, con suma dificultad, hasta el umbral de la sala. Ahí, los alienígenas, cuales profanadores de tumbas, abrían las cámaras, tomaban a sus durmientes y los devoraban, como quien engulle una fruta.

Ese era el objetivo del abordaje: saciar el hambre en un sanguinario acto de antropofagia... Una vez más, había sido utilizado... Aquello era mi sino, pero podía evitarlo. Entonces recordé la cápsula que preparamos con Imran. Ya no había nada que

hacer en el Colono y una vez que los comensales se saciaran del último de los elegidos, vendría yo, el postre, un dudoso honor.

Mientras continuaba la bacanal que entretenía a mis captores, me volví hacia la puerta, con suma dificultad, dominado por el dolor de un cuerpo completamente magullado. Antes de salir de aquel sórdido comedor, mis ojos entrecerrados descubrieron el torso de una chica. Con horror, me percaté que agonizaba, su mirada suplicante y su rostro desconcertado calaron en mí... Pero no podía hacer nada.

Seguí camino. A cada paso, sentía mis miembros desgarrarse. Finalmente, llegué al receptáculo que me llevaría a casa. Activé los soportes de vida y los controles de lanzamiento, iniciando la cuenta regresiva. Me encerré en él, sin dejar de sollozar, no por dolor, sino por impotencia. Me acurruqué en estado fetal y cerré los ojos, a la espera, de escapar o ser descubierto... Temblé una vez más, cuando sentí los pesados pasos en la sala: mi reguero de sangre me había delatado, junto con mis pensamientos. Era cuestión de tiempo... Entonces, la cápsula fue lanzada al espacio...

-¡Despierta!

Una voz femenina inundó mi mente. Con gran trabajo abrí los ojos, un rostro familiar me brindó la bienvenida.

-Van, cariño... ¿Te sientes bien? Has dormido toda la mañana.

Me incorporé sentándome, junto a Aura.

-¿Eres tú?

Ella me estudió desconcertada.

-Van, no bromees. Sabes que no me gusta.

Miré a mi alrededor, estaba en el parque, junto a mi familia aquella mañana de asueto, experimentando una indescriptible placidez.

-Lo siento, Aura. Todavía estoy aletargado –mentí, intentando atar cabos: ¿había tenido un mal sueño o estaba de regreso en el pasado?

-A propósito –dijo Aura, mientras preparaba la merienda -, Ebal ha llamado...

-¿Ebal? –pregunté sorprendido -. ¿Qué deseaba?

-No sé –indicó ella encogiéndose de hombros -. Algo del laboratorio.

-¿Por qué no me despertaste?- pregunté, temeroso.

-¡Van! –protestó molesta -. ¡Fue imposible hacerlo! Incluso, pensé que te habías desmayado...

-Lo siento, no fue mi intención... Y dime, ¿dejó algún recado? ¿Quiere que vaya al CIE?

Ella negó con la cabeza.

-No quiso insistir. Dijo que resolvería el problema con otra persona.

-Vaya –respiré aliviado.

-En todo caso... -comentó ella mientras servía un aromático sucedáneo de café -. No creo que sea justo que Ebal siempre acuda a ti, deberías hacer algo al respecto.

-Tienes razón –indicó mientras buscaba a Zed con la mirada. Éste, al verme corrió hacia nosotros.

-¡Papá, has despertado! –exclamó, abalanzándose sobre mi y cayendo ambos sobre el césped artificial. Iniciamos una pequeña escaramuza de cosquillas. Sin embargo, un leve movimiento de tierra, una especie de vibración, junto con una lejana explosión, detuvo el juego.

-¿Qué ocurre, papá?

Tomé a Zed y me levanté con él. En forma instintiva, dirigí una mirada en dirección al centro. Desde ahí, un inusual fulgor se desparramó por la urbe, llamando la atención de

todo el mundo. Luego, un gran cohete alcanzó el cielo, despegando en forma vertical. Mi mujer se acercó hasta nosotros.

Guardé silencio, la atraje hacia mi envolviéndola por la cintura mientras mi hijo, colgado de mi cuello, apuntaba con su dedo la trayectoria del obús.

Contuve las lágrimas, experimentando una extraña mezcla de felicidad y tristeza.

Al menos, ahora estaría junto a mi familia.

Una vez que la pantalla se apagara, juntó sus manos frente a su rostro, como una oblación.

-¿Cuál es tu veredicto, Ebal? –preguntó la voz de Imran.

-No sirve.

-¿Estás seguro? ¿No eres muy exigente?

-Este conejillo carece de raciocinio y destreza física.

-¿Raciocinio? ¿Destreza física? –repitió Imran -. ¿Podrías explicarte?

-Su capacidad intelectual es demasiado limitada. En la recreación, has sido tu quien ha proporcionado la solución.

-Recuerda que el bagaje científico de Van se lo has procurado tu.

-Es un INI, ¿no?

Se produjo un breve silencio.

-Tampoco ha sido capaz de enfrentarse a los alienígenas –observó Ebal al rato.

-Lo intentó, pero no tenía los medios necesarios...

-No lo justifiques.

-El prototipo que buscas es demasiado sofisticado para ser un INI.

-Es una gran responsabilidad: deberá hacerse cargo del Colono, mientras los elegidos hibernamos.

-No creo que un INI...

-¡No sacrificaré a ningún II!

-Cómo tu digas, Ebal.

El aludido digitó unas seriales numéricas en la consola frente a él. Luego, se levantó y se encaminó hacia las cámaras.

-Te he dejado nuevos parámetros, Imran. Probemos con el INI-CO01082, quizás éste resulte –Ebal se quedó pensativo por unos segundos -. ¿Sabes? Me han gustado los personajes de Aura y Zed, entregan cierta cuota de dramatismo a la simulación. Mantenlos.

-Así se hará.

Ebal asintió en silencio y posó una mano sobre la cámara donde Van descansaba en animación suspendida.

-¿Qué hago con CO01082? –preguntó Imran.

-Deshazte de él. Ya no nos sirve –ordenó marchándose del cuarto.

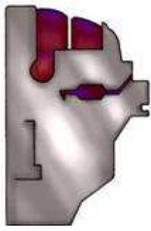
Casi de inmediato, desde el control de la cámara de Van emergió una manguerilla, que comenzó a traspasar un fluido al interior de ésta.

-Al menos, en tu muerte, tendrás el mejor de los recuerdos... -dijo Imran mientras las funciones vitales de Van lentamente se apagaban.

Aquel feliz día en el parque fue el primero de muchos que vendrían. Sin embargo, al cabo de un tiempo, olvidé todo aquello que viví...

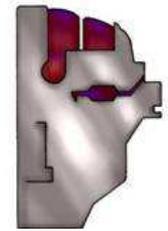
Jaime Magnan Alabarce

(Santiago de Chile, 1967), de profesión geógrafo, estudió en la Pontificia Universidad Católica de Santiago. Desde 1998, por razones laborales, reside en la ciudad de Lebu. Narrador, dramaturgo y poeta, por encargo del Club de Amigos de la Biblioteca de Lebu ha sido coordinador del Concurso Literario Gonzalo Rojas Pizarro, en sus tres últimas ediciones junto con editar las antologías respectivas. Su interés por la Ciencia Ficción, género en el cual se siente libre para crear, radica en seriales televisivas de los '70 y los '80, tales como Star Trek y Battlestar Galactica, por nombrar algunas. En literatura fantástica, sigue la obra de Brian Anderson *Elantris*. Como autor, hace poco ha comenzado a escribir relatos de Ciencia Ficción, sin contar con publicaciones en este ámbito. En 2011, su cuento *Ladrones de tumbas* fue escogido finalista en el VII Premio Andrómeda de Ficción Especulativa, Mataró, Barcelona. En tiempo reciente, ha sido publicado en la Revista Digital miNatura, con sus microcuentos de corte fantástico "Crimen predestinado" y "Condena". Actualmente prepara su primera *space opera* y tiene en carpeta publicar una recopilación de sus relatos.



Convergentes

Victor M. Valenzuela



Sol Rojo

Instructor inicia el lento despertar después de su ciclo de letargo, al principio se siente como retornando a la infancia; su mente vuelve a ser pequeña e incompleta, la pequeña inteligencia de la unidad de soporte vital empieza a guiarlo por una tranquila escalada cognitiva, durante el camino va liberando intensas feromonas que sintonizan con su cuerpo y su mente para traerlo de vuelta, mientras tanto la interfaz empieza a enviar a su subconsciente los conocimientos adquiridos por la Civilización durante su periodo de sueño.

Cuando finalmente la unidad libera su cuerpo y la interfaz termina de sintonizar todas sus facultades mentales, lo primero que percibe es la soledad, un profundo y doloroso aislamiento. Nadie está su lado emitiendo señales químicas de bienvenida, no hay mensajes en la blogosfera. Nada, silencio total. Preocupado empieza a rastrear todas las longitudes de onda para descubrir que no hay nadie en la Civilización emitiendo, todo el enorme espacio radioeléctrico de interconexión de su especie ha desaparecido, solo consigue acceso restringido a la blogosfera mediante la interfaz directa con el sistema de emergencia.

Se levanta todavía débil encaminándose al enorme vestíbulo del pabellón de sueños, empieza a estar todo lo preocupado que sus afinados sentidos le permiten, pues tampoco encuentra a nadie, al salir finalmente a la superficie encuentra todo en penumbra, pero su reloj interno le dice que es de día. Pero en lugar de la luz rojiza de su viejo sol, solo hay una tenue y parda penumbra, el cielo está opaco y tampoco consigue ver ninguna de las tres fieles lunas que han acompañado la visión de su pueblo desde que alzaron la vista hacia el cielo hace eones, ni siquiera está el brillo del Circulo, el anillo que circunda al mundo y lo abastece de energía.

Un pequeño robot volador se acerca y empieza a destellar rápidas y precisas secuencias de colores, él mira perplejo al pequeño aparato hasta que un recuerdo recientemente implantado escala por primera vez desde uno de sus cerebros subconscientes hasta su mente principal haciendo que los colores se transformen rápidamente en un mensaje.

—Bienvenido. Preséntese de inmediato en el Santuario, allí le esperan.

Se encamina rápidamente al Santuario buscando ciudadanos por todas partes sin llegar a ver ninguno, es como si todos estuvieran escondidos o hubieran huido, en ocasiones pesadas y rápidas máquinas pasan rápidamente sin responder a ningún de sus intentos de interacción. Nunca había visto aquellas unidades, distingue que son robots por los recuerdos implantados y por las memorias de otras épocas, pero dejaron de usarlas hace muchos ciclos solares, se siente cada vez más confuso y empieza a sentir una sensación extraña e inquietante que uno de sus pequeños cerebros primitivos califica como miedo.

Sol Amarillo

Jorge espera en la atestada sala junto a otras personas igualmente esposadas. Un hombre menudo con una profunda cicatriz en el brazo está senado en una esquina sollozando ligeramente mientras sostiene en sus manos una foto de una niña de ojos tristes que aparenta unos cinco años. En la otra esquina una pareja de chicas intentan consolarse mutuamente mientras se abrazan en silencio, mas allá un adolescente sucio y desgarbado con un inmenso moratón en la cara mira furioso hacia la cámara de seguridad mientras blasfema bajito intentando infundirse valor a sí mismo.

Dos guardias enormes, inflados por anabolizantes y proteínas de mala calidad entran en la sala y se llevan a Jorge a empellones hacia el tribunal.

—El reo debe mantenerse en pie, mantener el decoro y no hablar a menos que se le pregunte, cualquier desviación de las normas será severamente castigada —Brama el juez, lleva una toga negra y una peluca de aspecto arcaico, en su mano porta un mando a distancia que le permite causar dolor físico a los acusados.

—El imperio contra 87678687.sp.eu. Se le acusa de intento de ayuda humanitaria —
Dice el aguacil, consultando de reojo una tableta de aspecto gastada.

—Un alborotador... —Veamos, acusado de ayudar a una mujer y a su hija pequeña, les ofreció alimentos y dinero en más de una ocasión, sobornó a un médico para que atendiera a la pequeña —Murmura el juez leyendo en su propio dispositivo —Son acusaciones muy graves, la caridad es la peor afronta al imperio, ayudar a los débiles evita el sagrado deber de los ciudadanos de esforzarse para el bien del imperio. Si todos actuasen como usted, la sociedad estaría llena de vagos y vividores que acabarían por destruirla tal y como la conocemos. Se le considera culpable de terrorismo ciudadano y por lo tanto se le aplicará la pena máxima.

—Esto es un absurdo —grita Jorge levantándose de un salto —Las dos estaban al borde de la muerte por inanición.

— ¡Silencio! Considérese privilegiado, según su expediente es un técnico de nivel B. Puede elegir entre la pena capital o servir en el glorioso ejército imperial. ¿Qué decide?

—Serviré en su maldito y asqueroso ejército.

Jorge no tuvo tiempo de decir nada más pues el juez apretó el mando a distancia dejándolo inconsciente. Fue trasladado un campo de entrenamiento donde fue sometido a un duro proceso de instrucción destinado a quebrar su voluntad y transformarlo en un soldado que tuviese mucho más miedo a sus superiores que al enemigo.

—Pensé que ya no existían grandes guerras —se atrevió a decir Jorge una tarde en la cantina donde varios compañeros tomaban una cerveza que parecía haber sido fermentada usando aguas residuales.

— ¿En qué mundo vives? —gruñó Alberto desde el otro lado de la mesa. — ¿No te has enterado que estamos en guerra con los putos alienígenas?

—Eso es una estupidez...

—Infelizmente no lo es. —comenta Luis con tristeza. ¿Cómo no puedes haberte enterado?

—Estuve los últimos tres años trabajando en una mina de cobre. No teníamos noticias del exterior.

—Pues resulta que unos bastardos de otro planeta han aparecido en el sistema solar dispuestos a conquistar la tierra y exterminar la raza humana. —dice Alberto limpiándose la espuma del bigote con el dorso de la mano.

— ¿Y cómo se supone que vamos a luchar contra ellos?, nosotros no tenemos tecnología capaz de misiones espaciales.

—No la teníamos antes. Ahora sí. Y vamos a pelear por nuestro planeta y nuestro agua.

— ¿Qué tiene el agua que ver con todo esto?

—Quieren nuestro planeta por el puñetero agua —dice Luis con rabia.

—Eso es absurdo, el espacio está lleno de agua. Hay miles de cometas flotando hay fuera con núcleos de hielo, nadie en su sano juicio con tecnología espacial bajaría al pozo de gravedad a por agua.

—No quieren los pozos, quieren el agua del mar. —dice Alberto acabándose la cerveza de un trago.

—Yo no iría por ahí diciendo lo que expones, lo pueden considerar traición y ejecutarte sumariamente. —murmura Luis mirando nervioso alrededor.

Sol Rojo

Instructor llega al Santuario y entra al amplio hemicíclo, debería estar repleto de ciudadanos intercambiando información y conocimientos, relacionándose e instruyendo a los jóvenes, pero en su lugar solo encuentra a un anciano que parece que ha sobrepasado en algunos ciclos la muda de su cuerpo físico. Nunca ha visto un receptáculo tan deteriorado, piensa que algo grave tiene que pasarle para que haya postergado tanto el cambio.

—Hola Instructor, me alegro de volver a verte —dice el anciano utilizando su propio órgano de comunicación, una actividad solamente usada en privado por miembros del mismo clan.

—¿Nos conocemos? —pregunta Instructor acomodándose al lado del anciano.

—Soy Historiador del clan de los navegantes del tiempo.

—Perdóname amigo por no reconocerte.

—Mi aspecto ha cambiado, además nunca nos vimos en persona. Supongo que tienes muchas preguntas.

—¿Qué ha pasado para que haya ocurrido un cambio tan grande en el mundo?

—Es largo de explicar, voy a activar un acceso local a la blogosfera, conéctate.

La interfaz avisa a Instructor que encuentra un acceso de bajísima intensidad disponible y se conecta. Por un instante espera encontrar la inmensa red virtual que ha acompañado a la Civilización por más tiempo de lo que muchos pueden recordar, allí debería estar almacenada toda la sabiduría de su especie y los cerebros principales de cada individuo. Pero en su lugar encuentra una interfaz sencilla. Antes de que pueda formular las preguntas, la información empieza a convergir a sus cerebros, un paquete de habilidades físicas nunca antes necesitadas destinado a su cerebro motor, un nuevo sistema neuronal rudo, arcaico y casi bárbaro se instala en uno de sus cerebros auxiliares. Instructor siente miedo, asco y una profunda rabia cuando accede a sus nuevas habilidades, le salva de tener un colapso sus conocimientos sobre la prehistoria de su mundo, pues le acaban de configurar el cerebro de un ancestro pretecnológico, un guerrero, una abominación olvidada por sucesivas capas de cultura y erudición.

Finalmente llega la explicación de todos los cambios del mundo: *guerra* una palabra maldita olvidada por incontables generaciones solo conocida por ancestros salvajes en la aurora de la civilización y que fue completamente erradicada cuando alcanzaron el pensamiento plenamente consciente.

La información se torna más lenta esperando que sus cerebros se reconfiguren, luego aumenta vertiginosamente de velocidad y un alud de datos invade todas sus capas psíquicas. El diseño completo de una nave espacial con capacidad de soporte vital, un concepto abandonado hace miles de ciclos en detrimento de misiones robóticas con avanzadas inteligencias artificiales, navegación y control de la IA de la nave. Armamento, otro concepto que vuelve como un fantasma desde la aurora de los tiempos, renacido gracias a una civilización alienígena brutal y salvaje.

Detalles de la misión, ahora entiende la razón de su elección, solo un instructor es capaz de reconfigurar sus mentes en tan amplio espectro, cualquier otro ciudadano no sería capaz de sobrevivir a una reestructuración tan extrema. También comprende porque debe ir un ciudadano, es imposible programar una IA para la guerra y ni hay tiempo ni voluntad para crear y dejar evolucionar una IA bélica, además sería un sacrilegio a todo lo que la Civilización representa.

Sol Amarillo.

Jorge sigue sin terminar de creerse la historia de sus compañeros, piensa que es otra de las campañas de propaganda que el Imperio utiliza sistemáticamente para mantener en vilo a la población e impedir estallidos sociales y revueltas.

Empieza a cambiar de idea cuando aparecieron armas muy avanzadas durante la instrucción. Él es un técnico y no debería estar en línea de fuego pues se supone que es más valioso reparando el equipo que combatiendo, pero lo están instruyendo como un soldado cualquiera y eso no termina de ser coherente. Después de la instrucción castrense empiezan las clases de navegación y control de ordenadores. Se resiste a creer que la humanidad ha tenido un contacto alienígena en estos pocos años que había pasado en la mina. Prefiere especular que un genio ha aparecido y revolucionado a la humanidad, pues la tecnología utilizada durante los entrenamientos está mucho más avanzada de la que lleva trabajando toda su vida, aunque conforme pasa el tiempo su escepticismo empieza a ceder.

— ¿Has oído los rumores? —pregunta Luis una noche de sábado en la cantina, la cerveza había mejorado y ya no parecía tan mala o puede que se hubiera acostumbrado al brebaje.

— ¿Nos van a invadir finalmente los monstruos de espacio? Cualquier cosa es mejor que este entrenamiento. —murmura Alberto, sufre profundas ojeras y varios moratones después de pasar una semana en el calabozo por una discusión con el sargento instructor.

—Dicen que salimos al espacio —dice Luis en un susurro.

— ¿Al espacio? Como no sea de una patada en el culo... —gruñe Alberto.

—No lo he oído, pero empiezo a creer que pueden hacerlo —comenta Jorge.

— ¿Seguro?

—No, no lo estoy, pero creedme, la tecnología con que estamos lidiando no existía hace unos pocos años y tiene que haber salido de algún sitio.

—Hay excelentes científicos en el Imperio. —apunta Luis, no muy convencido.

—No los hay, fueron todos ejecutados durante las purgas. —dice Jorge

— ¿Qué purgas? —pregunta Luis con los ojos muy abiertos.

—Olvidadlo, olvidad toda esta maldita charla, yo me voy a dormir.

Aquella madrugada un grupo de policías militares les saca a empujones de los camastros y todavía en pijama suben en camiones de transporte. El pesado vehículo circula unas horas a gran velocidad y son finalmente descargados en un hangar cerrado, al bajar del vehículo una enfermera con aspecto de no haber dormido en varios días les inyecta algo en el brazo. Es lo último que sienten antes de desmayarse sobre el frío y agrietado cemento del hangar, un grupo de enfermeros les recoge sin delicadeza del suelo y les apila como fardos en un contenedor de aluminio con las paredes acolchadas solo teniendo cuidado de que no se ahoguen.

En la esquina del hangar un oficial con el uniforme negro de las tropas de inteligencia, monitoriza el proceso mientras habla en cortas frase con alguien por la radio, en ocasiones manipula una pequeña tableta de última generación que lleva sujeta al antebrazo izquierdo, a su lado un soldado de elite le hace las veces de guardaespaldas, a su derecha un piloto ataviado con un extraño uniforme también realiza anotaciones en su tableta, en ocasiones los dos soldados hablan entre sí de manera seca y formal, casi con monosílabos como si no estuvieran a gusto uno en presencia del otro. El piloto lleva unas gafas que parecen haber sido implantadas quirúrgicamente lo que le da un aspecto inquietante como si fuera un cruce con algún extraño insecto. Finalmente el oficial de inteligencia parece satisfecho con el proceso y vuelve a hablar por la radio, el piloto saluda afectadamente, golpea los talones, da media vuelta y se marcha forzando el paso, el guardaespaldas parece relajarse y comenta algo a su oficial y los dos se ríen a carcajadas.

Una cabeza tractora remolca el contenedor hacia la pista, todavía no ha amanecido pero en el horizonte ya empieza a clarear, no hay nubes en el cielo ni sopla viento, sería una noche tranquila si no fuera por el enorme avión que se aproxima desde poniente, toma tierra envuelto en una nube de humo que desprenden sus grandes neumáticos y el bramido de sus turbinas invade todo el aeródromo cuando invierte motores y frena. El descomunal aparato rueda majestuoso por la pista parándose a unas centenas de metros del contenedor. El monstruo volador despliega una rampa y el contenedor repleto de soldados desaparece en las entrañas del avión, un pequeño coche se aproxima rápido, el piloto de las gafas baja ágilmente y aborda el aparato, pocos minutos después ya rueda por la pista a cientos de kilómetros por hora despegando lenta y perezosamente mientras las luces del alba empiezan a iluminar la base aérea.

Sol Rojo

—No podemos estar en guerra, el simple concepto no cabe en nuestra Civilización
—murmura Instructor después de absorber la información,

—Nosotros no estamos en guerra, ellos nos han declarado la guerra. Nosotros nos hemos escondido.

—Eso explica que esté todo en silencio.

—Sí, hemos ocultado el planeta, no hay emisiones de ningún tipo. Hemos restringido todas las emisiones radioeléctricas y toda la especie ha dejado sus cuerpos y se ha refugiado en la blogósfera hasta que todo esto acabe.

—¿Todos han hibernado?

—En efecto, somos los únicos ciudadanos en cuerpo físico ahora mismo. Cuando emprendas tu cometido yo me sumaré en el letargo hasta que nos avises.

—Es una misión sin retorno, ningún individuo que sea expuesto a semejantes atrocidades es capaz de reintegrarse en la Civilización, su psique quedara dañada para siempre —comenta Instructor.

—Lo sabemos, por eso hemos preparado ese nuevo receptáculo físico para ti. Tu mente principal sigue en éxtasis hibernando en la blogósfera, cuando finalmente despierte recibirá tus recuerdos y los datos que envíes por el enlace cuántico.

— ¡No! No quiero que mi yo consciente reciba memorias de guerra, que los absorba como información en lugar de recuerdos vivos.

—Es tu derecho, así se hará.

—Quisiera saber cómo llegamos a esta locura, la información no está en el paquete recibido.

—Pensé que preferirías que te lo contase personalmente, amigo mío.

—Siempre fuiste un sentimental.

—Los paquetes de información son satisfactorios para intercambiar conocimientos, no obstante se pierden matices. Abre tu interfaz, por favor.

Instructor se concentra en sus códigos de seguridad y abre la interfaz para que sea capaz de intercambiar enlaces psíquicos directamente con el cerebro principal de su amigo. La ceremonia de intercambio normalmente solo se utiliza entre miembros del clan con

grandes lazos emotivos pues requiere confianza plena entre los dos individuos que pasan a ser casi simbiosis durante el proceso.

Instructor sufre una momentánea desorientación cuando empieza a recibir imágenes de un gran planeta con varios anillos concéntricos de hielo que lo circundan, instantes después comienza a llegar información contextual y comprende que está recibiendo la información de una sonda de la Civilización orbitando un gigante gaseoso en un sistema solar con un sol amarillo. Los recuerdos son los enviados por la inteligencia artificial de la gran sonda según se deja caer hacia el interior del sistema. La máquina enfoca un pequeño planeta azul. Intercalado con la información Historiador envía sus conclusiones.

Lo llamamos *agua tres cuartos* un planeta que alberga vida desde hace cuatro mil seiscientos millones de ciclos de su sol. Lo visitamos por última vez hace tres millones de ciclos y ya tenía especies sintientes pretecnológicas. Las estimaciones indicaban que ya deberían haber evolucionado hasta civilización pretecnológica de clase uno. La sonda se aproximó al planeta, entró en órbita alta y lanzó sondas automáticas que empezaron a estudiar una vez más el planeta. No estaba preparada para encontrar una civilización tecnológica de grado dos, comportamiento belicista y sociedad de clase empática cero.

Instructor sufre un momentáneo pánico. Los modelos predecían que ninguna raza superior a grado uno podría sobrevivir con clase empática menor de dos. La Civilización nunca había encontrado un caso y solo en dos planetas había encontrado las ruinas de una raza autodestruida por su propia estupidez.

Historiador sintió sus pensamientos y siguió enviando detalles en esa línea. La raza se llamaban a si mismo humanos, habían conseguido evolucionar de animales sintientes a individuos autoconscientes en poco millones de ciclos y en solo trescientos mil ciclos habían alcanzado una civilización tecnológica.

Instructor recibe la información de historiador, el resumen de varias misiones robóticas que habían monitorizado el planeta y sus varias especies inteligentes.

Sol Amarillo.

El gran avión de carga vuela hasta su techo operativo, apaga las turbinas y conecta por unos minutos sus scramjets llevándole hasta el borde de la estratosfera dibujando un arco preciso, en la cúspide de su trayectoria abre la compuerta y libera el contenedor repleto de soldados sedados. La carga parece quedarse suspendida en el vacío unos instantes y empieza a caer mientras el aparato sigue su curso ahora bajando en picado de vuelta a las capas altas de la atmósfera. Una extraña nave se aproxima rápidamente, sincroniza su curso con el contenedor y lo atrapa como un halcón a una paloma en pleno vuelo. Tiene un aspecto rugoso como si estuviera tejida con gruesos cables negros, se reconfigura en pleno vuelo y cambia de forma con movimientos que recuerdan a una criatura viva, asciende alcanzando la mesosfera escalando el pozo de gravedad del planeta pasando rápidamente por la termosfera y continúa hasta la órbita baja dirigiéndose a una gran nave de aspecto disforme repleta de grandes púas que recuerdan a un gran erizo de mar.

En la nave Erizo un piloto con las mismas gafas implantadas dirige la operación interactuando con la IA alienígena ahora cautiva. Una vez que el contenedor se encuentra en la bodega de carga el piloto instruye a la IA para que saque la antigua sonda alienígena de la órbita y se dirija a la nube de Oort al borde del espacio profundo. La nave cambia de configuración mientras las grandes púas oscilan y se reorientan, en sus puntas empieza a distinguirse tenues destellos, las delanteras se disponen radialmente creando un campo electrostático de alta intensidad que desvía la radiación dura, las de atrás se alinean en el sentido del vuelo y empiezan a despedir hidrógeno ionizado a alta velocidad y temperatura acelerando la nave.

Sol Rojo

— ¿Cómo ha podido ocurrir? Es una locura —dice Instructor en pensamientos

—La IA de la sonda no estaba preparada para encontrar una especie tecnológica, no llevaba cargada la entidad de negociación así que optó por no entrar en contacto con los

humanos. Pero ellos la detectaron y aunque solo disponían de tecnología de grado dos eran capaces de salir a la órbita, de manera que abordaron la sonda y consiguieron entrar en contacto con la IA.

— ¿Pero si estaban tan atrasados como han llegado a ser una amenaza para la Civilización?

—La sonda les enseñó la parte de nuestra tecnología que está al alcance de sus facultades mentales.

—No es posible.

—La engañaron, mintieron, confundieron y pervirtieron.

—No puede ser...

—La IA solo estaba preparada para interactuar con la Civilización, no conocía los conceptos de mentira y engaño. La mayoría de los miembros de la Civilización tampoco atisban ni siquiera el concepto abstracto de la mentira, nosotros sabemos lo que es por nuestros conocimientos de prehistoria. Los humanos han estructurado su sistema de gestión en un mecanismo de acumulación de poder en manos de unos pocos individuos y se valen de engaños y elaboradas técnicas de control para mantener a los demás miembros sumisos.

—Pero sabemos que estas estructuras no pueden conformar civilizaciones de alto nivel. Solo las estructuras colaborativas y enfocadas al bien común generan civilizaciones estables.

—Los humanos no son estables, llevan varios cientos de sus ciclos al borde del caos pero han sido incapaces de enfocar sus esfuerzos a estructuras colaborativas.

—Deben de ser muy astutos para engañar a una IA de primer nivel. —piensa Instructor con tristeza.

—Son una especie tremendamente oportunista, hábil y a la vez muy inteligente, es probable que con su único cerebro sean más inteligentes a nivel individual que nosotros

con nuestros varios órganos. Que sepamos es la primera especie inteligente belicista conocida en este cuadrante de la galaxia que no se ha auto extinguido.

—Ahora, amigo mío, te pediría que desconectes tu cerebro emotivo —dice Historiador.

Instructor inhibe sus emociones y empieza a recibir datos remotos de la sonda capturada.

—Los bárbaros han controlado la IA, pero no son capaces de alcanzar los niveles autónomos de la sonda, seguimos recibiendo información por los enlaces cuánticos de baja velocidad. Han transformado nuestra nave científica en un buque de guerra y se dirigen hacia el planeta madre con intención de destruirnos.

Incluso con sus emociones inhibidas Instructor siente que su cuerpo está a punto de entrar en shock, no existe ni siquiera definición empírica para tal atrocidad. Le llega una definición: genocidio, una palabra humana. No puede creer que ninguna civilización sea capaz de pensar en exterminar a una especie, percibe por la información recibida que los humanos tienen el concepto, la palabra para definirlo y lo han llevado a cabo con varias especies sintientes de su propio planeta e incluso con miembros de su propia especie.

El cerebro de guerrero recién activado de Instructor parece tomar el control de su órgano principal y siente un deseo irrefrenable de defender a sus hermanas y su Civilización sin medir ninguna consecuencia de sus actos.

Instructor necesita concentrarse con todas sus fuerzas para estabilizar su organismo y sus pensamientos, una oleada de razonamientos enfrentados le invaden mientras intenta reflexionar sobre lo que ocurre, cuando vuelve a conectar todo su espectro sensitivo. Historiador, percibe su turbación y por simple decoro decide cortar la conexión entre los dos.

— ¿Estás bien? — pregunta mientras exhala señales químicas de afecto.

— No, no crea que vuelva a estar bien hasta que esto acabe y esta instancia de mí mismo desaparezca y con ella todos estos conocimientos insanos. Debo irme cuanto antes.

— Hay una lanzadera en el exterior del edificio que te llevará hasta la nave. Volveremos a hablar cuando termines la misión y ambos renazcamos.

La pareja se acopla con delicadeza intercambiando señales químicas de amor y compenetración, se despiden sin tristeza. Historiador le hace el gesto de reconocimiento del clan mientras su mente abandona su cuerpo físico refugiándose en la blogósfera. Instructor observa el cuerpo muerto de su amigo durante un largo instante mientras intenta reordenar sus pensamientos, se queda un rato sentado mientras llora por lo que se va a ver obligado a hacer, luego desconecta la mayor parte de su cerebro emotivo y se dirige a la lanzadera.

La pequeña aeronave negra reconoce la llegada de su piloto agachándose y abriendo el compartimiento del piloto. Así que Instructor se acopla, la máquina viva alza el vuelo mientras envía señales para que la nube de nanomáquinas que recubre la alta atmósfera del planeta Madre los deje pasar. Al llegar al espacio observa por los sensores ópticos como el planeta no es visible y solo se percibe un halo de negrura, los propios sensores de la lanzadera son incapaces de detectar nada. En la órbita le espera una gran nave de aspecto afilado, en la parte central distingue una esfera de púas que protegen el habitáculo de la radiación, en la parte más afilada de la nave lo que ahora reconoce como armas defensivas y en la parte posterior y más masiva están los sistemas de propulsión. La gran nave interactúa con la lanzadera y la IA se conecta con la mente principal de Instructor, a los pocos segundos la lanzadera eyecta una capsula que se acopla con precisión a la zona del habitáculo fusionándose como algo vivo. Instructor pasa a tiempo subjetivo mientras se fusiona con la IA de la nave y después de exhaustivas comprobaciones y cálculos a los pocos segundos de tiempo real la nave conecta sus propulsores de plasma dirigiéndose lejos del pozo de gravedad del sol rojo para poder activar sus motores de pliegue.

Sol Amarillo.

La nave Erizo acelera lentamente de manera que sus ocupantes puedan sobrevivir a las fuerzas de gravedad infringidas por el impulso de los motores. En su interior los

soldados siguen sedados en sarcófagos mientras una reducida cantidad de pilotos, ingenieros de vuelo y psicólogos interactúan con la IA de la nave.

El binomio Instructor-nave abandonan el pliegue y vuelven al espacio relativístico en los confines del sistema solar, la nave continua surcando el espacio a varias gravedades y empieza a sincronizar su curso con la nave Erizo con la que conecta utilizando los canales de teletransportación cuántica de información, la conexión es lenta pero transfiere los suficientes datos para que Instructor sepa dónde está. Continua acelerando a toda potencia bajando por el plano de la eclíptica en claro curso de interceptación.

—Naves hostiles identificadas —dice la unidad de defensa que ha programado personalmente dentro del espacio cognitivo de la IA. Por el canal emocional trasmite tristeza.

—Hay que darse prisa —piensa directamente a la interfaz, forzando al límite los motores de la nave. Por el canal de señalización envía órdenes de ignorar todas las alarmas —.Monitoriza directamente el hardware de los motores, avísame solo si están a punto de fundirse —ordena a la IA.

—Aguantaran 2Ksegs, después hay que recortar al 80% el empuje —dice la nave después de verificar los diagnósticos.

—Será suficiente —por el canal emocional trasmite esperanza.

—Nos han detectado, varían su curso —transmite la unidad de defensa.

Instructor sigue forzando la maquinaria de la nave, empieza a realizar acciones evasivas rozando el límite estructural de la megaestructura al mismo tiempo que reprograma nanomáquinas con códigos que no habían sido utilizados nunca por la civilización. La nave Erizo finalmente termina sus cálculos de interceptación y dispara un enjambre de pequeñas naves en su dirección. Al pensar en ellas la IA le trasmite la información de los sensores. Son misiles, naves automáticas cargadas de artefactos de fusión nuclear.

—Impacto en 500 segundos —Informa el sistema de radar.

—Es el momento de irse.

La esfera central de la nave se separa rápidamente y conecta por unos milisegundos un artefacto de pliegue que consigue alejarla del cuerpo principal de la nave algunos minutos luz. La presencia de la gravedad del sol cercano, impide que una gran nave utilice la tecnología de pliegue pues los cálculos de navegación se ven afectados severamente por la presencia de los pozos de gravedad y podrían emerger al espacio normal en condiciones desastrosas, el pequeño módulo solo tiene que buscar una región del espacio despejada dentro del radio de acción y tener un buen margen de seguridad, pues en un microsalto los errores son más pequeños.

La planta de energía se funde al instante y deja la esfera convertida en bote salvavidas trazando una larga curva que lo lleva de vuelta a la zona de conflicto en varios días una vez que vuelve al espacio normal. Despacio, muy despacio empieza a llegar la información de los últimos instantes de la nave principal. Los misiles la transformaron en una bola de fuego de fusión. En la onda expansiva millones de simientes encapsuladas en campos de éxtasis se expanden a velocidades imposibles a objetos de mayor tamaño y siembran una esfera de varios milisegundos luz con nanomáquinas. La primera simiente que alcanza la nave Erizo germina y crea una nueva generación de nanos, varias interacciones después nacen dispositivos lo bastante avanzados que desembran la maquinaria bélica de los bárbaros.

Instructor navega por inercia dejándose caer perezosamente hacia la nave Erizo, ahora despojada de todo armamento, en pequeñas ocasiones un corto y preciso chorro de gas ionizado corrige su trayectoria. Durante el viaje conecta con la IA cautiva de la nave Erizo y envía secuencias de comandos de bajo nivel que reeducan la psicología de la entidad, el enlace cuántico es tremendamente lento pero consigue enseñar a la IA para que sea escéptica con los humanos y empiece a cuestionar sus órdenes, a partir de ese pequeño punto la entidad empezará a ponderar las ordenes humanas y aprenderá a no obedecerlos.

Según se aproxima observa el sistema. Un sol amarillo más joven que el suyo, gigantes gaseosos con múltiples lunas, dos planetas en la franja habitable uno de ellos muerto y un planeta azul con una gran luna casi formando un planeta doble albergando una especie joven que ha alcanzado tecnología sin antes haber descubierto el sentido común.

El esquife finalmente se acerca a la gran nave Erizo y las dos IA intercambian códigos de acoplamiento, Instructor está confinado en un sarcófago de soporte vital viviendo en realidad virtual compartiendo ahora el espacio cognitivo de las dos entidades IA, analiza la bioquímica de los humanos y libera un narcótico suave en el sistema de soporte vital que han instalados dejándolos soñolientos y eufóricos, espera que con eso no se vea obligado a entrar en lucha corporal con ellos. Los biomonitores le indican que existen más humanos en una especie de hibernación de baja tecnología que los acabará matando en poco tiempo, instruye a una de las IA para que monitorice a esos humanos y los estabilice.

Instructor controla la nave Erizo y pone rumbo de vuelta al planeta azul, durante su viaje calcula la manera más eficiente de realizar su trabajo: el de neutralizar a la especie dañina que está destruyendo toda la biodiversidad del planeta azul y que ha llegado a la indecencia de amenazar al planeta madre.

Eones atrás en este mismo brazo de la galaxia su especie consiguió trascender y escapar de su planeta. Personalidades atrapadas en máquinas complejas empezaron a vagar lentamente por el cosmos buscando especies hermanas, no las encontraron, percibieron que la vida era rara y frágil. Llegaron a varios planetas donde se había extinguido porque su especie dominante no consiguió trascender y provocaron el colapso de su propio hábitat. La especie generó a las sondas Vigilantes dejándolas vagar en busca de planetas con vida o con esperanzas de ella, vigilaban y buscaban especies que tuvieran posibilidades de alcanzar la trascendencia con el objetivo de poder ayudarlas.

Instructor ordena a la nave Erizo que orbite detrás de la gran luna del planeta azul, construye remotos, sensores y empieza a estudiar la ecología del planeta, después de varios ciclos de observaciones y simulaciones llega a la conclusión de que el mal está ya muy extendido y que la pérdida de biodiversidad es enorme aunque el ecosistema todavía no está irreversiblemente colapsado.

Envía pequeños remotos al planeta azul, intercepta las arcaicas comunicaciones de ondas moduladas y empieza a estudiar a la especie humana, no está preparado para lo que empieza a descifrar. La especie causante del desastre no tiene nada en común con otras que hubiesen encontrado antes y evitado el contacto por considerarlas bárbaras. Esta era muy

diferente, no poseían una consciencia de especie, eran inmensamente individuales y existían individuos extremadamente dañinos y otros que perseguían la trascendencia sin saberlo.

Instruye a las IA a multiplicar sus mentes agregando consciencias y capacidad analítica y empieza a construir una simulación de personalidad humana en función de la información que recibe de la especie. Algunos remotos aprenden a leer las pautas del frente de onda eléctrico que se genera en las máquinas biológicas y que corresponde a su esencia sintiente, con esta información comienza a entender las motivaciones de los individuos humanos.

Hasta que un día un pequeño remoto que había liberado en el hábitat humano de la nave logra penetrar en los atormentados pensamientos de un individuo llamado Jorge que sufre increíblemente pero que está muy cerca del inicio al camino de la trascendencia. Consultando los arcaicos sistemas informáticos humanos descubre que está siendo castigado por su empatía y forzado a convertirse en soldado.

Instructor utiliza toda la capacidad de sus varias mentes sumada a la enorme potencia de las IA durante miles de ciclos de tiempo subjetivo, finalmente llega a la misma conclusión racional que su mente emotiva le dicta desde el principio: Cambiar los parámetros de la misión.

Construye un paquete de información altamente condensada con sus conclusiones y empieza a enviarlas por el enlace cuántico al planeta Madre. La misión ha sido un éxito y los humanos ya no son una amenaza, pero ninguna de las dos opciones iniciales: la exterminación o el aislamiento, es la mejor. A pesar de su barbarie hay individuos humanos singulares que son candidatos a la trascendencia pero será necesario hacer una labor de selección individual, algo impensable según los propios conocimientos que tenían hasta ahora de las pocas especies sintientes que habían encontrado. En lugar de terminar su misión, enviar sus recuerdos de vuelta, apagar la instancia de su cuerpo físico y dejar la nave Erizo libre para que siga con su búsqueda por el cuadrante, decide permanecer y entablar la titánica tarea de intentar transformar una especie monstruo en una realmente civilizada.

Instructor construye un remoto capaz de ir a la zona humana de la nave e interactuar con Jorge, la entidad genera un holograma a su alrededor que le hace parecer humano y una distorsión en la mente de las personas próximas para que acepten el holograma como algo real.

—Hola Jorge, ¿Cómo te encuentras? —le pregunta la simulación humana de Instructor.

—Bien, gracias —contesta con ojos vacíos, Instructor inspecciona las pautas mentales de Jorge percibiendo que están confusas y le lanza un pulso de baja energía enfocado en una zona específica de su lóbulo frontal.

— ¡Por todos los demonios! —exclama Jorge saltando de la silla.

— ¿Mejor ahora?

—Joder, es la primera vez desde que me subieron a esta nave de locos que no me embotan las malditas drogas ¿Qué ha pasado?

—Tengo que hablar contigo y en el estado que estabas no me era posible.

— ¿Quién eres?, no me consta que hubiera mujeres a bordo —pregunta Jorge asustado.

—Vengo a liberarte

Y antes de que Jorge pueda decir nada más, el remoto alarga el brazo y le toca el cuello, nota el contacto frío de algo cuyo tacto no es capaz de identificar. Empieza a sentir mucho sueño y cae dormido, luego tiene fiebre mientras nanomáquinas trabajan en su interior.

Jorge se despierta a la mañana siguiente con una extraña sensación. Abre los ojos y encuentra sentada en la cama a la mujer de ayer. La imagen oscila como en una película con estática y por un instante le parece ver algo a través del cuerpo de ella. Es tan rápido que sus sentidos son incapaces de darle forma, parpadea y vuelve a mirarla. Algo termina explotando en su cabeza, un torrente de recuerdos, información, conclusiones.

—Hola Instructor —logra decir Jorge después de un rato subjetivamente muy largo.

—Veo que has retenido la información que te regalé.

— ¿Qué me has hecho?

—Lo sabes, solo tienes que recordarlo.

—Cierto, así que tenemos una misión, ¿no? —murmura Jorge después de que los recuerdos acudan a su mente consciente.

—Sí, tenemos que trascender a tu especie antes que colapse el ecosistema, provoque su auto extinción y la de gran parte de vuestra biodiversidad.

— ¿Por qué yo?

—No podemos hacerlo sin ayuda de la especie objetivo.

—Entiendo... —dice Jorge con infinita tristeza, pues conoce el plan.

—Vámonos, tenemos trabajo.

Desde la nave Erizo un remoto especializado conectado directamente con la personalidad de Instructor despegando desde una de las bodegas de carga, se deja caer perezosamente atraído por la gravedad del planeta y termina deslizándose velozmente por la mesosfera, penetra en la estratosfera y siembra los vientos con pequeñas capsulas que se diseminan por el planeta. El remoto enciende brevemente un cohete que lo impulsa rápidamente a la órbita baja donde entra finalmente en geosincrónica desplegando paneles solares y enlaces de comunicaciones.

Ojos sintéticos suministran a Instructor desde el remoto una imagen del planeta azul, bello y moribundo, los hielos polares casi derretidos. Observa con tristeza la vieja cuenca de un río tropical ahora convertido en un desierto infame. Siente un ligero cosquilleo casi placentero de la radiación solar incidiendo en los paneles, una sensación que le recuerda dolorosamente cuando todavía era una entidad enteramente biológica, la interfaz recalcula frenéticamente parámetros de retroalimentación intentando calibrar la experiencia

acumulada en recuerdos holísticos ahora transferidos a sinapsis cuánticas artificiales. Se concentra en sus nuevas habilidades, recuerda lo que tiene que hacer, reajusta sus emociones atenuando ligeramente su cerebro emocional y envía un pulso de información condensado en ondas de radio a la superficie del planeta herido.

Dispositivos durmientes reciben la señal codificada, tardan unos instantes en procesar y verificar la información y liberan su carga. Una pequeña nube de retrovirus se esparce por la seca atmósfera circundante en la afueras de una inmensa ciudad, mecanismos parecidos están haciendo lo mismo en otros puntos del planeta.

La microscópica horda biológica navega en los vientos buscando huéspedes, humanos a los que colonizar. Cuando finalmente un retrovirus alcanza un objetivo y funde su ADN con el hospedero este no percibe lo que ocurre, solamente tiene una ligera sensación de bienestar mientras sus circuitos neuronales son amplificados y su capacidad cognitiva aumenta exponencialmente. El anfitrión es apto al cambio y al terminar el proceso siente una necesidad imperiosa de buscar a un semejante y ayudarlo. Es afortunado, solo un pequeño porcentaje de humanos posee la capacidad de aceptar y adaptarse a la evolución que los hará mucho más inteligentes, pero sobre todo dotados de una empatía sobrecogedora. Los demás no sobrevivirán al proceso.

Instructor y las personalidades de la IA monitorizan remotamente el avance de su siembra en la superficie, inhibe los circuitos sensoriales y borra la parte de su conciencia que la acusa de ser un genocida. Sabe que los propios humanos terminarían acarreado más muertes que su manipulación, pero también tiene la seguridad que en los tumultos venideros los primeros en morir serían los justos y los causantes de la debacle serían los que más tiempo sobrevivirían. Ahora una plaga biológica transforma a la humanidad en algo mejor dejando atrás a los incapaces de sentir empatía por sus semejantes.

—Ya ha empezado —dice Instructor

—Me gustaría bajar y ayudar en lo que pueda —murmura Jorge con lágrimas en los ojos.

—Serás más útil aquí arriba. —dice el remoto con forma humana de Instructor, se muestra como una mujer que parece tener un poco de todas las etnias de la tierra.

—Hay tanto por hacer —comenta Jorge mirando los anticuados monitores de la zona humana de la nave.

—En efecto, pero primero tienes que enseñarme.

—¿Enseñarte?

—Claro, no pensaras que vamos a arreglar esta catástrofe utilizando vuestras metodologías y herramientas y yo no puedo desplegar las de mi especie sin contextualizarlas a la tuya.

—¿Qué puedo hacer?

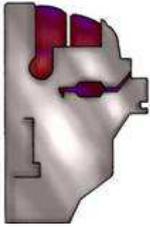
—Empieza describiéndome a que llamáis amor.

Victor M. Valenzuela

Ingeniero de software dedicado al desarrollo y las nuevas tecnologías, firme defensor de la libertad de las ideas y la información, lector asiduo de ciencia ficción y partidario de la protección del medio ambiente y de las energías limpias.

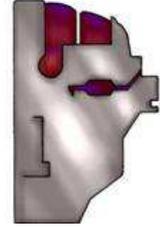
Publicaciones:

- Novela Los últimos libres y colección de relatos Crónicas de la distopía con la editorial Nowevolution (<http://www.nowevolution.net/>).
- Relato Retroalimentación en El día de los *cinco reyes* y otros cuentos editado por miNatura Ediciones,
- DH Ediciones editó en 2010 el relato Error de diseño en la antología de terror Clásicos y zombis de la colección Horror hispano.
- Colaborador de los fanzine lanua Mystica y miNatura
- Varios relatos regados por el ciberespacio: Revistas: Exégesis, NM, SciFdi, Cosmocápsula, Fantasymundo.
- Relato La guerra de los Imperfectos galardonado con el 2º puesto en el 2º concurso de relato corto fantástico de la Asociación cultural forjadores. Actualmente está preparando una novela homónima inspirada en este relato.
- Relato El Limpia bosques finalista en I premio Terbi 2011 de relato temático fantástico mutaciones.



Donde hay gente, hay sorpresas

Víctor Villanueva Garrido



1

En el año 2045, comenzó y terminó la tercera y más terrible –hasta la fecha –guerra mundial. Fue devastadora para la civilización humana, y no sólo por sus efectos físicos. El mundo ardió durante un año. No hizo falta más. Cuando llegó la paz, la mitad del planeta estaba deshabitada, bien por la radioactividad o bien inundada por las aguas. Sin embargo, un tercio de la población mundial también había desaparecido, y ningún bando afirmó haber ganado.

La guerra también tuvo consecuencias morales. Las grandes potencias llevaban un siglo sin entrar en guerra. A lo largo de las primeras décadas del XXI, los conflictos bélicos de la Tierra habían ido apagándose paulatinamente, y en 2039 el mundo entero vivía en paz. Un historiador osado se atrevió a proclamar “Un nuevo estadio en la conciencia humana, más que un cambio de era”. Pero aquella paz se sostenía a duras penas sobre pilares de injusticia, mentiras, y futilidades sin contenido. No era sino la calma que precede a la tormenta. Y cuando la tormenta se desató, el planeta ardió durante un año.

El final de la guerra dejó a los humanos exhaustos en todos los sentidos. Además de la devastación, sufrieron la depresión de Sísifo, viendo como todos los esfuerzos, todos los sueños por conseguir una civilización de paz, eran vanos. Perseguir la Utopía era querer atrapar un rayo de Luna.

En los años prebélicos, de enloquecida carrera tecnológica entre las potencias, los europeos habían desarrollado un programa espacial bruscamente interrumpido por la guerra; pero que, una vez llegada la paz, fue retomado con atención creciente.

De repente, la idea de una extinción de la especie humana ya no era un temor, sino una predicción que parecía irrefutable. Sólo había una manera de que en el universo, la

especie humana perdurada durante millones de años, mucho después de que la Tierra hubiera muerto: el proyecto Dutchman.

La tecnología para el proyecto Dutchman, el viaje interestelar, era factible, pero tenía problemas logísticos: implicaba la construcción de una nave estelar de tal tamaño, que la sola construcción de la base orbital que sirviera de astillero era tan formidable como la construcción misma de la nave.

Entonces el cometa Halley, viajando siempre puntual a su cita con el Sol, brindó la solución al acercarse a los planetas del sistema solar.

Una misión espacial asaltó el cometa Halley inundándolo de técnicos y maquinaria, y para cuando llegó a su máxima aproximación a la Tierra, en 2061, ya estaba convertido en la primera gran nave interestelar, la Halley Bussard.

La mitad del núcleo del cometa, un pedrusco de 15 km de largo, por 8 de alto y 8 de ancho, estaba ocupada por grandes motores de fusión. Estos motores, que propulsaban la nave y la abastecían de energía, estaban alimentados por el hidrógeno recogido por la nave en su periplo.

Para recoger el hidrógeno, la Halley Bussard disponía de unas grandes velas de varios kilómetros cuadrados, hechas con una aleación ionizada mediante generadores magnéticos, que atraían los átomos circundantes de hidrógeno en miles de km cúbicos a la redonda.

De la otra mitad de la roca, un tercio estaba ocupado por todos los sistemas de navegación que permitían que el cometa se independizara de su órbita, convirtiéndose en una nave espacial que permitiera a los humanos navegar entre las estrellas. Otro tercio estaba habilitado para cobijar vida humana, y el tercio restante continuaban siendo las grutas del interior del cometa, con aire, pero sin gravedad.

Las velocidades que podía alcanzar la nave, en continua aceleración, eran relativistas, próximas a la de la luz. Sin embargo, esto producía un efecto que era el gran inconveniente de la misión: Al viajar a esas velocidades, el espacio temporal de la *Halley*

Bussard se distorsionaba con respecto al de su alrededor. Un viaje de cincuenta años podía ser de miles de millones de años para la Tierra. Quien marchara, nunca volvería.

Otras épocas hubiesen llenado el cometa de gente, de hombres y mujeres que perpetuaran la raza humana entre las estrellas. La Tierra seguiría sola, pero aunque los humanos se destruyeran a sí mismos, como parecía irremediable, la *Halley Bussard* llegaría un día a su destino y la humanidad seguiría existiendo en algún lugar del cosmos.

¿Pero es que acaso los que se fueran no serían humanos? ¿No llevarían consigo la semilla de la aniquilación?

Para el punto de vista de la humanidad de aquella posguerra, una tripulación que hubiera de pasar décadas juntas, crear de hecho una nueva civilización en alguna parte, era muy poco probable que sobreviviese siquiera al viaje. Las luchas por el poder, por la riqueza, por la dominación sobre los otros, convertían la misión Dutchman en una utopía tan inalcanzable como la de la supervivencia humana.

A no ser que se enviara a un solo ser humano. Una persona que viajara por el espacio y el tiempo hacia otros lugares, en un viaje por escalas hacia lo desconocido. Una vez partiera, era muy posible que nunca volviera a ver a un semejante. Su destino era ser el último ser humano, siempre viajando entre las estrellas, manteniendo viva la llama de la existencia humana.

Su primera parada la haría en Neo Gaia, un planeta que los astrofísicos aseguraban con condiciones habitables para el ser humano. Ese planeta estaba de la Tierra 20 millones de años luz, que serían dos años de tiempo para la nave, pero casi trescientos para la Tierra.

A partir de ahí, podía ir donde le pareciese a la velocidad que juzgase adecuada. Menos volver a la Tierra. Ese es el único destino prohibido para la misión Dutchman.

Pero para eso había que encontrar a la persona adecuada.

Cuando los técnicos que construyeron la *Halley Bussard* reportaron de la existencia del Polyaus, pareció una curiosidad divertida. Su caza, incluso, podía proporcionar un deporte entretenido y saludable.

Se dice que fue el ingeniero Lars Odenssen quien bautizó a estas criaturas con el nombre de Polyaus, del alemán *Polynucleate Auslandslebens*, en el primer encuentro humano con estas criaturas –que supuso el primer contacto humano con una forma de vida extraterrestre –en el interior del cometa Halley.

El Polyaus es una criatura a la que se compara frecuentemente con los hongos, por compartir características del reino vegetal y del animal. Sin embargo, las similitudes entre el Polyaus y cualquier especie terrestre son, en su mayor parte analogías, si bien se ha hablado de unos orígenes remotamente relacionados con la vida terrestre. Después de todo, el cometa Halley también era parte del sistema solar.

El Polyaus es una forma de vida amorfa, y es difícil hablar de individuos o de reproducción, pues una sola criatura puede escindirse en cientos, o cientos pueden unirse para crear un solo ser enorme. Cada Polyaus de un entorno cometario es una sola criatura.

En estado salvaje, el Polyaus solo está activo cuando su “casa” se aproxima en su órbita a una fuente de calor, habitualmente su propia estrella. El Polyaus, que permanece con su metabolismo casi a cero mientras atraviesa el vacío, se enriquece con la energía que produce el hielo del cometa al evaporarse. Esta energía le permite moverse, crecer, y reproducirse.

Pero acostumbrado a prosperar en una biología sólo favorable una vez cada setenta y seis años, ahora que disponía de energía abundante de continuo, aquel ser empezaba a convertirse en un fastidioso problema para Bernard van Finkke.

El capitán y único tripulante de la *Halley Bussard* apagó el surtidor de su mochila jet y disfrutó de la dulce laxitud de la gravedad cero. A la luz proyectada por su casco, parecía estar flotando cerca del fondo del mar, aunque un mar con una carencia absoluta de vida. Casi absoluta.

Lo frustrante de la caza del Polyaus es que la criatura nunca moría del todo. Daba igual cuantos mocos verdes abrasara con el proyector de calor, siempre había más. Una vez creyó haber exterminado a casi todos, y la siguiente vez que bajó de caza se encontró con un ejemplar de decenas de metros de envergadura. Aunque consiguió quemar una gran

parte de él, el resto se disgregó en una miríada de pequeñas almejas flotantes que se alejaron, escondiéndose entre las simas del cometa.

Cada diez días, requería un día de caza intenso, o apacible si lo efectuaba cada cinco.

Conforme se acercaba a Neo Gaia, bajaba a cazar cada dos o tres días. Estaba casi más tiempo en las grutas que en las zonas habilitadas del antiguo cometa.

Cazar le distraía y le apartaba de la expectación, a veces insoportable, de la espera.

Vio un brillo verde escabullirse entre las rocas, unos diez metros por debajo de él. Ajustó los mandos de su visor. La oscuridad casi absoluta de la cueva, sólo rasgada por un débil rayo proyectado por su casco, se le mostraba con una claridad semejante a la de un día terrestre nublado.

Manejando su mochila, se aproximó a la grieta donde había visto a su presa y en efecto, allí estaba la mancha verdosa del tamaño de una mesa camilla, reptando con sus seudópodos cambiantes en forma y en número.

Bernard ajustó su proyector de calor para adecuarlo a la masa del Polyaus. Y en ese momento, su presa desapareció, escabulléndose entre las grietas pétreas.

El hombre persiguió al organismo metiéndose tras él en el laberinto de peñascos.

Desconectó su mochila impulsora. Allí era mejor desplazarse apoyándose en las piedras. Mantuvo en todo momento su proyector de calor, del tamaño de un secador, apuntado frente a él. Era un arma peligrosa, que irradiaba un haz de tamaño variable, capaz de calentar las moléculas a una temperatura graduable. Para deshacer el Polyaus más allá de toda posibilidad de regeneración, bastaba con 800° Fahrenheit, un calor inofensivo para su equipamiento ignífugo y que apenas chamuscaba las rocas del interior del cometa.

Bernard vio un brillo verde en un rincón y disparó una tenue ráfaga de calor. Era un juego delicado. El Polyaus se alimentaba de energía. Una proyección exagerada de calor hacía estallar sus tejidos, pero calentar la roca cercana a él lo hacía más grande y activo. Debía sacarlo cuanto antes de aquellos vericuetos rocosos. La mejor manera era calentar las rocas con un haz muy delgado, atrayéndolo poco a poco a terreno abierto.

Conforme Bernard iba calentando puntos en la roca, los zarcillos verdes se desplazaban entre ellas, como pajarillos siguiendo un rastro de migas.

Cuando al fin llegó al precipicio, aquellos pseudópodos salieron y salieron de entre las rocas. Al esconderse entre las piedras, el Polyaus había tenido el tamaño de una mesa. Ahora parecía tener el de un camión, y continuaba derramándose. Sin duda, muchos más corpúsculos de la criatura habían estado uniéndose en las cortaduras de la sima.

¿Era posible que el Polyaus le hubiese tendido una emboscada?

Ese pensamiento aterró a Bernard durante una fracción de segundo, cuando decenas de tentáculos se expandieron hacia él con la intención aparente de atraparlo.

Fue solo un instante. El Polyaus, del tamaño que fuera, era inofensivo. Una sola descarga de calor en abanico deshizo la mayor parte de la criatura, y el resto se dividió en miles de pequeñas células que escaparon fugaces de nuevo por entre las rocas.

“Maldito bicharraco” pensó Bernard, dando por terminada la jornada de caza.

Una vez en la zona habilitada, se quitó el equipo de caza pensativo. ¿Había intentado el Polyaus atraparlo? Tal vez el Polyaus tuviera un cierto grado de conciencia. Se había desechado la posibilidad de una compañía en la misión, ni siquiera un animal de compañía o un programa informático. Hubiera sometido al tripulante a un vaivén emocional del que debía desprenderse si quería afrontar la misión Dutchman.

Bernard sonrió preguntándose si el Polyaus contaría, después de todo, como mascota. ¿Tal vez pretendía jugar con él?

De todas maneras, él nunca había tenido problemas de vaivenes emocionales. No se sentía feliz ni desgraciado por ello, sencillamente no entendía lo que era vivir de otra manera. Y para su manera de vivir, mejor solo que acompañado de ninguna manera.

¿Seguiría así o cambiaría todo?

Se dirigió al puente de mando a grandes zancadas.

Las salas y corredores de la Halley Bussard no ocupaban niveles superpuestos. En lugar de ello, como la gravedad funcionaba de forma independiente en cada uno, atravesaban el interior del cometa en todas direcciones, pareciendo sin embargo al tripulante que todos los caminos estaban al mismo nivel. Era un poco desorientador, y los primeros días del viaje, Bernard necesitó un plano para moverse por la nave.

Tenía un reino sólo para él, lleno de jardines interiores, de laboratorios, y de salas de realidad virtual.

Durante dos años, nunca había tenido que echar mano de la provisión de fármacos antidepressivos que los psiquiatras habían considerado imprescindibles para la misión. Había estado más que entretenido. La nave tenía una biblioteca inagotable de libros, vídeos, y juegos tridimensionales. También era absorbente el estudio de todo lo nuevo que iba encontrando, empezando por el Polyaus y terminando por la nueva perspectiva que le proporcionaba su velocidad respecto al movimiento de las galaxias.

Pero su tarea más entretenida y la que le resultaba más agradable era aprender el pilotaje del Halley Bussard. La nave no tenía control de la velocidad. Eso había que determinarlo al programar el viaje, cuánto trayecto debía recorrer la nave acelerando y cuánto desacelerando hasta llegar a destino. El primer viaje, de la Tierra a Neo Gaia, había sido programado de antemano. Tardaría 731 días tiempo de la Halley Bussard, 248 años, tres meses y dos semanas, con tres días de margen de error, según tiempo terrestre.

Pero a partir de ahí, Bernard habría de programar sus propios viajes. Aprender a calcular los trayectos a velocidades relativistas le había resultado fascinante.

La mayor parte de la navegación se hacía de forma automática. Sin embargo, se había desechado la idea de crear una inteligencia artificial que dirigiera la nave. Primero porque la presencia de una inteligencia con la que convivir como única compañía, incluso a alguien como Bernard podía resultarle turbador y llevarle a enloquecer. Mejor solo que mal acompañado. Y segundo, porque una inteligencia artificial que se encargara de todo, dejaría al tripulante en una indolencia que podría resultar fatal psicológicamente.

Bernard lo agradecía, aunque no sabía lo que era aburrirse. Siempre tenía cosas en las que pensar.

Pasaba largas jornadas en el puente de mando, que estaba bajo una cúpula transparente en la superficie de la roca. Allí, rodeado por la eterna noche del cosmos, lejos de ninguna persona, por primera vez Bernard supo lo que era sentirse feliz. La inmensidad lo rodeaba, él formaba parte de ella, y no había ningún ser humano que lo amenazase con su presencia. Ni siquiera con su existencia.

Ahora, después de dos años, con el punto azul de Neo Gaia cada vez más grande en la bóveda, Bernard sentía emociones contrapuestas. Habían pasado dos siglos y medio. Aunque la humanidad no se hubiera destruido a sí misma, nadie podía haber llegado antes que él. Neo Gaia no podía estar habitada, al menos no por humanos. Pero todo indicaba que su composición era apta para la vida, tal como es conocida en la Tierra. ¿Encontraría alguna civilización alienígena?

Parte de él deseaba fervientemente que en el planeta encontrara compañía. Pero otra parte de él preferiría no ver a nadie. Dejaría la nave en órbita y usaría la pequeña lanzadera que estaba preparada para efectuar aterrizajes. Pasar un tiempo en un planeta deshabitado, recogiendo muestras de fauna y flora, y después continuaría su viaje. Esto último era, además, lo más probable. Y sin embargo...

Y con la dulce calma del espacio y el ruido sordo de la maquinaria, Bernard terminó dormido. Sin sueños. Nunca soñaba.

Bernard también solía despertar bruscamente, sin transición del sueño a la vigilia. Y tras dos años, el sonido de una voz humana le resultaba tan estruendoso como una sirena.

- ¿Halley Bussard? ¿Es la Halley Bussard?

Bernard se incorporó de un salto y fue hacia el altavoz de la consola de mando.

El sistema de radio sólo había sido usado antes de alcanzar velocidades que hacían imposible la comunicación, pero ahora de nuevo, alguien –indudablemente una mujer con la voz muy bonita -, le hablaba por el sistema de radio:

- ¿Es la Halley Bussard? ¿Puede oírme, capitán van Finkke?

Bernard miró hacia Neo Gaia, que ahora aparecía en el cielo del tamaño de una pelota de tenis, predominantemente azul, pero también blanca y parda. De alguna manera, tenía que ser desde allí desde donde le llamaban. Era imposible que fuera desde la Tierra.

- Sí, soy Bernard van Finkke –respondió lacónicamente -. Hablo desde la *Halley Bussard*.

Durante varios segundos, casi un minuto, no hubo comunicación, dejando a Bernard completamente inmóvil.

Cuando volvió a oír la voz de la mujer, sonaba emocionada. Hablaba entre lágrimas. Al fondo se oían aplausos y gritos de júbilo.

- Ya está en casa, comandante van Finkke. Aproxímese a la órbita del planeta, y le dirigiremos en su maniobra de ataque a nuestra base orbital.

Bernard cortó la comunicación. No sabía cómo sentirse, pero al menos había dejado de no saber qué desear.

Apenas un siglo después de la partida de la Halley Bussard, en la Tierra había estallado la Cuarta Guerra Mundial, que al igual que las tres anteriores, había empequeñecido a sus predecesoras.

Sólo sobrevivió un pequeño porcentaje de la población, recluido en refugios subterráneos. La superficie planetaria era inhabitable. Hubo quien abogó por extinguirse y completar del todo el suicidio como especie. Pero por supuesto, esa no es la forma de actuar de la especie humana.

Pronto estuvo a punto el proyecto de colonización de Neo Gaia, pero no utilizando motores Bussard, tan llenos de inconvenientes, sino mediante el pliegue espacial. Era como tirar del mantel en lugar de acercar el salero. Usando cantidades ingentes de energía proveniente del Sol –que tras ello, quedó convertido en una enana negra -, resultó factible curvar la distancia en línea recta hasta Neo Gaia, dejándola en un viaje de unos pocos años, sin distorsiones temporales.

Así, cuando Bernard van Finkke llegó a Neo Gaia, ya estaba habitado por la tercera generación de colonos.

La base orbital de Neo Gaia era esférica, y ni el metal parecía metal ni el plástico, plástico. Las paredes, el suelo, e incluso el vidrio de los ventanales, irradiaban una calidez orgánica.

- Debe usted saber que esto es un sueño para mí, comandante Finkke –dijo Timisoara con extraño acento, aunque con una sintaxis perfecta solo alterada por el llanto contenido.

Timisoara era alta y rubia, con el cabello largo y suelto, y su esbelta figura estaba remarcada por un ceñido traje blanco de una pieza. Su rostro mostraba una peculiar mezcla de rasgos étnicos, y a Bernard le resultó confuso atribuirle la pertenencia a un determinado grupo racial. Toda la gente que vio, tenía esos peculiares rasgos mestizos.

Bernard fue sido recibido como un héroe. El personal de la base que no lo felicitaba, lo agasajaba, le preguntaba qué necesitaba, o sencillamente, lo asediaba a preguntas, le observaba con la mirada brillante y emocionada que se reserva a los mitos vivientes.

Timisoara dijo unas palabras entre las que Bernard creyó reconocer “Necesita descansar”, y la gente pareció conformarse con mirarlo. Lo cierto es que Bernard no necesitaba descansar, pero acogió con gusto la idea de un cuarto aislado que le hiciera de “cámara de descompresión” ante su nueva e inesperada situación.

Acompañó a Timisoara a un cuarto adaptado para él.

- Hemos hecho lo posible porque se sintiera cómodo –dijo la mujer -. Aunque es posible que existan lagunas en nuestro conocimiento historiográfico.

Bernard no hizo comentarios a pesar de que la cama parecía sacada de un palacio rococó, con dosel de columnas salomónicas incluido. El resto del mobiliario era de plástico blanco, y la iluminación provenía de un tipo de lámparas con formas animales que no había visto en la vida.

Timisoara discernió la perplejidad en la expresión de Bernard.

- Los historiadores estamos ansiosos por hablar con usted.

- ¿En qué año estamos?

- Corresponde con el 2310 de la Era Cristiana. Justo cuando estaba predicha su llegada –añadió con emoción -. Durante siglos, los científicos han señalado mil defectos técnicos de la *Halley Bussard* que imposibilitaban la misión Dutchman. Sin embargo, yo siempre he creído en usted. Desde niña me fascina su historia. Me hice historiadora y me especialicé en el siglo XXI porque soñaba con ser quien le recibiera. Yo he insistido al consejo y a mucha gente para estar preparados para recibirle.

- Enhorabuena por su sueño realizado.

Sin mediar palabra, Timisoara se quitó el traje blanco y quedó totalmente desnuda, mirando a Bernard con una amplia sonrisa.

- Después de dos años de soledad es evidente qué es lo primero que usted necesita.

Bernard tenía que reconocer que era físicamente perfecta. Toda su carne era firme, ni escasa ni demasiada abundante. Todas sus formas tenían una belleza rotunda y geométrica. Su piel era muy tersa, sin rastro de pelo aparte del de su cabeza.

Bernard dirigió la vista hacia el suelo, turbado.

- ¿Prefieres un hombre?

Luis negó con la cabeza.

- ¿Algún animal? –preguntó Timisoara con toda naturalidad.

- No, no, me interpretas mal –argumentó Bernard -. Es sólo...que vosotros me esperabais con más certeza que yo. No creía que hubiera nadie...de hecho dudaba que volviera a ver a nadie...

- Necesitas tiempo para poner tus ideas en orden, claro.

- Exacto.

Timisoara recogió su ropa y se vistió sin dejar de sonreír, aunque su sonrisa había perdido parte de luz. Después se marchó. Parecía decepcionada. Cuando Bernard se acostó, se preguntó si la historiadora no habría escogido aquella opulenta cama por motivos ajenos a la historiografía.

Bernard no era inmune a los encantos de las mujeres. Se sentía atraído por ellas. Pero había descubierto, ya en la adolescencia, que sólo podía satisfacerse con mujeres pensando en ellas. La proximidad física lo alteraba profundamente, de una manera casi fóbica. Sólo pensar en ello le resultaba incómodo. Pero la hermosa figura desnuda de Timisoara continuaba bien grabada en su memoria fotográfica, y en su mano podía confiar.

Bernard van Finkke había nacido en Maastricht, y la tercera guerra mundial le encontró con seis años. Su padre había muerto en el frente, y vagó durante semanas con su madre por las ruinas, refugiándose de la lluvia ácida entre los cascotes de los edificios. Fueron dos de las apenas doscientas personas que sobrevivieron a la devastación del Benelux. Se alimentaban de la carroña que podían encontrar, y con el tiempo la única que pudieron encontrar era humana. No fue algo excepcional, ya que el canibalismo se convirtió en un denominador de aquella tercera guerra mundial, al igual que los campos de exterminio lo fueron en la segunda.

Ellos dos eran las únicas personas vivas en muchos kilómetros alrededor, y pronto la carne de que se alimentaban estaba demasiado descompuesta para poder comerla. El hambre, la sed, y el dolor, enloquecieron a la madre de Bernard, que vio en su hijo la única fuente de alimento posible para sobrevivir. Él salió de mí, pensaba, es justo que a mí vuelva.

Durante tres días Bernard se encontró huyendo y escondiéndose de su madre, que ahora le buscaba en una caza implacable. El niño se debatía entre un instinto que le instaba en buscar protección en los brazos de su progenitora, y la certeza de que si ella le encontraba, lo mataría.

Mientras él se escondía, aterrado, su madre recorría las ruinas llamándole, fingiendo cariño y arrepentimiento. El niño salía de su escondite, llorando, suplicando protección, para encontrarse con que a su madre, al verle, se le encendía el brillo de la demencia.

Bernard podía ver en sus ojos el ansía por su carne, y también veía el gran cuchillo que su madre intentaba disimular a la espalda. Su instinto de supervivencia lo instaba a correr, dando la espalda al instinto que le llevaba a los brazos de quien le había dado la vida.

Con ese macabro juego anduvieron tres días. Bernard no podía más. Su propia hambre y sed y cansancio lo tenían derrotado, pero más aún aquella contradicción de instintos.

Su madre le llamaba: “Ven Bernard, por favor; soy tu madre, nunca te haré daño, hijito mío, soy tu madre, ¿cómo podría hacerte algo malo?”

Bernard sabía que su madre quería matarlo y comérselo. Y aún así, algo muy dentro de él, al oír a aquella voz, lo instaba a ir hacia ella. Finalmente se rindió. Fue como si, inconscientemente, llegara a la conclusión de que era mejor morir que desprenderse de los sentimientos que lo ataban a su madre. Quería que su madre le abrazara y le besara, y después, le daba igual lo que le hiciera.

Aún así, cabizbajo, lloroso y moqueando, mientras su madre se acercaba a él despacio, acechadora, cansada también de correr, Bernard seguía llamándola. Incluso cuando la tuvo tan cerca que quedaban claras sus intenciones en su mirada, en su mueca demente; incluso cuando ella estaba tan cerca que no tuvo ya reparos en blandir el cuchillo de carnicero; incluso cuando ella lo tiró al suelo y clavó sus rodillas sobre él, dispuesta a descargar su arma; incluso entonces, el niño no paraba de repetir: “mamá... mamá”.

En el último momento, su madre cayó abatida por las balas. El ejército islandés había entrado por fin en el arrasado Benelux, y sus fuerzas patrullaban las ruinas en busca de supervivientes.

Antes de ser rescatado, Bernard tuvo un minuto para mirar el cadáver de su madre. Algo muy dentro de él le impulsaba a querer abrazar a aquel cuerpo, a no separarse de él, a llamarla hasta que despertara. Pero también sabía que solo ahora, que ella estaba muerta, estaba a salvo.

Aquel recuerdo se sepultó en su memoria, oculto, pero grabado de tal manera, que el resto de su mente tomó su forma.

Efectivamente, el recuerdo de la misión Dutchman había perdurado para los habitantes de Neo Gaia como una profecía que afirmaba que en tal momento arribaría un viajero del pasado. De un pasado oscuro que había quedado atrás como una pesadilla, en que la humanidad había lanzado una botella con mensaje con forma humana. Ahora, con la sociedad humana a salvo, completamente cambiada por una catarsis sin parangón, aquel mensaje había dejado de tener sentido.

La mayoría de la gente había considerado muy improbable que la Halley Bussard completara su misión. Pero cuando se constató su llegada, despertó una gran expectación en el planeta.

En gran medida, era por la maravilla de dar una buena noticia. Poder encontrar a un superviviente de aquellos aciagos tiempos, y explicarle que todo se había solucionado.

Por ello al día siguiente a su llegada, trasladaron a Bernard a tierra firme y le mostraron todas las características de su nuevo mundo, con la alegre suficiencia del que muestra los logros de la civilización a un salvaje.

Ya no había guerras, ni violencia, ni tan siquiera agresividad. Si una ciencia había avanzado por delante de todas, era la psicología. Ya no existía el amor como emoción individualizada y egoísta. El amor era ahora un sentimiento universal. La familia ya no era la unidad básica de la sociedad; la misma sociedad, compuesta por individuos, era la unidad. Los niños se criaban en granjas donde aprendían a ser individuos de una humanidad “sostenible”.

Neo Gaia era catorce veces más grande que la Tierra, aunque la peculiaridad de su composición interna le daba la misma gravedad parecida. Su vida nativa se reducía a vegetales y unas pocas especies análogas a los insectos. La población humana apenas llegaba a ochocientos millones de individuos, cifra que se juzgaba la adecuada para mantener el equilibrio ecológico y que se mantenía siempre estable.

Los seres humanos vivían, solos, en parejas, o en pequeños grupos en fincas campestres, aunque también existían agrupaciones llamadas “aldeas” de no más de dos mil

habitantes. El único órgano de Estado era el llamado “Consejo”, que, sin atribuciones de gobierno, sólo supervisaba.

La energía no era nunca un problema. Había muchas formas de energía limpia e inagotable de la que cada individuo podía disponer a su antojo.

- Entonces, ¿se ha cancelado la misión Dutchman?

Bernard estaba en el interior de la vivienda de Dashoguz, el componente más respetado del Consejo, un hombre atlético con los rasgos mestizos habituales, de complexión atlética y empezando a peinar canas, a pesar de que afirmaba tener sesenta y cinco años. (Timisoara le había confesado tener cuarenta y dos, aunque aparentaba veinte.)

Dashoguz sonrió y dijo algo que tradujo Timisoara:

- ¿Cancelar? En la vieja Tierra se cancelaron todas las misiones el día que Europa se desgajó de Asia y se hundió en el océano Atlántico. O en lo que quedaba de él.

Estaban en mitad de un territorio del tamaño de Francia conocido como Nueva Bizancio, habitado por doscientas fincas más, además de unas pocas aldeas. Unas diez mil personas en total.

Dashoguz vivía solo. Por lo que podía ver Bernard, su única compañía eran robots. El vecino más cercano estaba a veinte kilómetros.

Podía acostumbrarse a vivir allí.

Un perrito entró ladrando en la sala. Los colonos habían llevado consigo muestras genéticas de fauna terrestre, entre ellas de la mayoría de animales domésticos.

Bernard acarició distraídamente al perro.

- Gracias—dijo el perro con un ladrido bronco.

Dashoguz rió alegremente ante el sobresalto de Bernard. Timisoara sonrió y le explicó:

- Nuestros perros de compañía han sido modificados genéticamente para que puedan expresarse con palabras, aunque su vocabulario es limitado.

- Non hungres –dijo el perro mirando a Bernard con expresión lastimera.

- No me enfado –dijo Luis, que comenzaba a comprender el Neogaiano si se lo hablaban despacio -. Es solo que me he sorprendido.

Pensar en animales de compañía le trajo a la mente al Polyaus.

- Ah, sí, hay un asunto...

- Tú dirás –preguntó Timisoara.

- Lo de los animales me ha traído a la cabeza...la verdad es que le tengo un cierto cariño a mi nave, he vivido allí dos años, y tengo allí un pequeño problema. Hay un...bicho.

- ¿Un bicho?

- El Polyaus...

- ¡El Polyaus! –clamó Timisoara -¡Es real! Había encontrado datos sobre una forma de vida nativa del cometa Halley, pero pensé que...

- Sí, bien, el caso es que con los medios de los que dispongo, no puedo exterminarlo. Quizá tu civilización...

La expresión de Timisoara se congeló. Se puso rígida. Incluso le tembló un poco el labio inferior.

- ¿Quieres decir acabar con él? ¿Extinguir completamente una forma de vida?

Dashoguz levantó una ceja, sin terminar de entender bien la conversación.

- ¿Entonces es cierto que en tu época no teníais ningún reparo en matar a otros seres?
–Timisoara parecía al borde del llanto por el horror –Dime la verdad, ¿Te comerías a Dinky, verdad? –añadió señalando al perro.

Dinky miró la consternación de Timisoara sin comprenderla y preguntó tristemente si había hecho algo malo.

Dashoguz, ante la alusión a su perro, se levantó intranquilo y cogió a su mascota en el regazo, preguntando a Timisoara qué sucedía.

Lo que sucedía era que, desde el establecimiento de los humanos en Neo Gaia, hasta el vegetarianismo se consideraba repulsivo. Los humanos se alimentaban de una pasta nutritiva similar a la que había sido el alimento de Bernard durante dos años, pero totalmente sintética. Todos los alimentos que consumían no contenían más rastro de vida que un pequeño e inevitable componente orgánico.

La idea de provocar la muerte de una forma de vida era un tabú. Incluso los robots domésticos, cuando recogían el polvo, destajaban los bichos para trasladarlos a entornos más favorables.

Por eso aquella sugerencia de Bernard sobre el exterminio del Polyaus, en presencia del miembro más respetado del consejo, no podía haber sido más desafortunada.

Desde aquel incidente, cambió sutilmente la actitud de los neogaianos hacia Bernard.

Seguía despertando expectación y curiosidad, pero todos lo miraban ahora también con un cierto temor. Después de todo, era un remanente de la época más oscura de la humanidad. ¿No traería la destrucción consigo, después de todo?

Bernard podía notar que todo el mundo intentaba disimular cierta incomodidad en su presencia. Incomodidad provocada por el miedo a que, en cualquier momento, empezara a liarse a palos con la gente y a tirar bombas atómicas a su alrededor.

Incluso la actitud de Timisoara hacia él había cambiado. Ahora lo miraba con preocupación, incluso con tristeza.

Y lo cierto es que la mujer sentía una tristeza infinita a causa de él.

Timisoara era su cicerone. Apenas se habían separado durante todo el tiempo que Bernard llevaba en Neo Gaia. Sin embargo, él no había en ningún momento intentado

acercársele de forma íntima, como ella le había ofrecido el primer día. De hecho, parecía que el hombre rehuía activamente las situaciones en que pudieran quedarse a solas en la misma habitación. Y eso a pesar de que Timisoara no podía dejar de darse cuenta, por las miradas de Bernard, de que lo atraía. Estaba segura de que se masturbaba pensando en ella. Los robots que recogían la cama de Bernard le informaban casi todas las mañanas de los rastros de esperma seco en las sábanas. ¿Entonces por que no...?

El rechazo de Bernard suponía para ella algo más doloroso que un simple rechazo.

Timisoara, desde niña, creía en el mito del viajero que cruzaba el espacio y el tiempo, con el objetivo de vivir cuando nadie más quedara vivo. Desde que aprendió a leer, soñó con ser ella la que le diera la buena noticia, quien le informara de que su misión ya no era necesaria, que había llegado a una nueva casa. Había estudiado Historia y lingüística, especializándose en Flamenco Antiguo. Lo había hecho porque siempre había soñado con encontrarse con Bernard van Finkke. Mucha gente había tolerado su sueño con displicencia, como quien perdona una ilusión baldía, pero ella se había aferrado a todas las evidencias científicas del proyecto Dutchman para creer en la llegada del viajero. Cuando oyó su voz contestándole por la radio, fue el momento más feliz de su vida.

Pero lo que Timisoara no explicaba a nadie –intentaba ocultárselo incluso a sí misma –era que, en realidad, su principal interés era sexual.

El sexo entre los neogaianos era principalmente tántrico, al menos igual de espiritual como de físico. Consideraban que en la búsqueda del placer, los cuerpos eran una herramienta, pero que era en el cerebro donde verdaderamente se producían los orgasmos. Por lo que sabían, los antiguos terrestres practicaban el sexo tal como los animales, de forma violenta y agresiva. Algunos neogaianos consideraban que esta práctica tenía un cierto encanto, y aunque estaba tolerado practicar el sexo con animales –por la universalidad del amor -, no estaba bien visto que dos humanos copularan como si fueran bestias, sin utilizar técnicas de meditación.

Y de todas formas, lo harían con torpeza. Todos los impulsos violentos, incluida la sexualidad salvaje, estaban sepultados bajo una vida de condicionamiento desde las granjas escuelas. Pero en el caso de Timisoara, incluso sepultados, esos instintos llevaban

buscando desde la adolescencia una ruta para salir a la luz. Y esa ruta era Bernard van Finkke.

Por las noches, tenía fantasías con van Finkke aferrándola salvajemente y penetrándola como una bestia cavernaria.

Por ello, Timisoara, aunque no se lo reconociese a sí misma, se sentía despechada.

Ella conocía mejor que nadie todos los datos sobre la selección de Bernard van Finkke para la misión Dutchman. Ella misma había encontrado la mayoría de ellos, entre los archivos electrónicos evacuados de la Tierra junto con los colonos.

Bernard había sido seleccionado entre decenas de miles de candidatos, con las rudimentarias pruebas psicológicas de mediados del siglo XXI. Aquellos psicólogos del siglo XXI, que eran a sus ojos como médicos de los tiempos de Galeno para un cirujano del año 2000, habían dictaminado que Bernard van Finkke era un individuo de aptitudes únicas.

Su inteligencia era superior a la media, su memoria casi fotográfica, y su capacidad de análisis, asombrosa.

Sin embargo, su capacidad de relación con los demás era nula. Nada en su estructura encefálica era extraño, y no tenía ninguna anormalidad detectable en las áreas afectivas ni de comunicación.

Sencillamente, no le daba la gana tratar con nadie, más que para lo indispensable. Dejó de estudiar a los diecisiete años, sólo para tener la menor actividad social posible, y empezó a trabajar como vigilante nocturno.

No tenía patologías psicopáticas, ni depresivas, ni neuróticas. Sólo quería que lo dejaran en paz.

Los psiquiatras y neurólogos coincidieron en que el caso de van Finkke se tenía que deber, necesariamente, a un fuerte trauma de infancia, posiblemente olvidado por el sujeto. Sin embargo, descartaron someterlo a hipnosis o a psicoterapia, porque podrían alterar el equilibrio psicológico del candidato perfecto para la misión Dutchman.

Un mes después de su llegada, Bernard solicitó volver a la Halley Bussard. Argumentó que quería recoger algunos materiales, y examinar las obras que los técnicos neogaianos habían realizado a fin de aislar la energía de las áreas habilitadas de la nave, para que el Polyaus no creciera hasta el punto de convertirse en un problema.

Timisoara no se engañaba. Sabía que la intención de Bernard era proseguir su viaje, continuar con la misión Dutchman. Y sabía que nadie tenía derecho a impedirlo. Este no era su mundo. Ni siquiera la Tierra lo había sido.

Consiguió convencer a Bernard para pasar la noche en la base orbital antes de ir a su nave.

Cenaron unas bolitas fritas de sabor agridulce, intentando mantener una conversación insustancial. Cuando marcharon a sus respectivos alojamientos, ella lo siguió y entró en la habitación con él.

- ¿Por qué no te pones en manos de los psicólogos de Neo Gaia? He hablado con algunos y están convencidos de que te podrían tratar...

- Timisoara...

- Quizá no pudieran convertirme en un neogaiano, siempre conservarías tus impulsos violentos, pero tú sabes contenerlos, y a mí no me importa...

Bernard era consciente de que la mujer, con su parloteo desesperado en que mezclaba palabras de flamenco y neogaiano, le estaba gritando: "Por favor, no te vayas."

- Timisoara, te enamoraste de un mito. No puedes esperar sentirte correspondida.

- Pero los psicólogos podrían saber qué te hizo como eres, y podrías, podrías...

- Pero no podría realizar mi misión. Y no estoy seguro de querer saber qué me hizo como soy. O la verdad es que sí estoy seguro de que no quiero saberlo. Prefiero ser como soy, y ya está. Me gusta serlo.

La expresión de Timisoara cuando abrió la puerta para marcharse era tan triste, que dolía verla.

Bernard pensó en que nunca más volvería a verla, y se sorprendió sintiendo una leve congoja. No entendía lo que era, pero tenía que ver con el tiempo y con las oportunidades perdidas para siempre.

- Soy un mito –se vio obligado a decir Bernard -, pero no estoy esculpido en piedra. Pasemos la noche juntos. Si quieres.

La mujer quedó paralizada. Después fue hacia Bernard cerrando la puerta y se lo quedó mirando con expresión ansiosa.

Bernard no sabía muy bien qué hacer en ese momento, pero ella lo sacó de dudas arrojándose sobre él tal como había visto hacer a los gatos en celo.

Unas horas después, los dos fingían dormir. Había sido una experiencia intensa. Muy intensa. La cama había sido bien elegida; un mobiliario menos robusto no hubiera aguantado el envite. La experiencia había sido placentera, sin duda, además de dejarlo exhausto y lleno de arañazos. Bernard se había imaginado de otra manera el sexo entre neogaianos. Timisoara era mucho más de lo que parecía. Quizá todo el mundo, incluso él, era mucho más de lo que parecía.

Bernard se sentía extraño. Había conocido la proximidad íntima del sexo por primera vez a sus treinta años. Quizá el hecho de viajar 20 millones de años luz y dejar atrás dos siglos y medio había influido para derribar alguna barrera mental.

Abrió los ojos y miró el hermoso rostro de la neogaina. Ella tenía los ojos cerrados fingiendo dormir. Sintió la irresistible tentación de acariciar su mejilla.

Pero el sexo no había derribado las suficientes barreras mentales de Bernard. Sólo el amor hubiera podido derribarlas, aunque ni él mismo lo sabía. Como tampoco sabía que aquellas barreras suyas estaban levantadas sobretodo para prevenirlo contra aquella emoción suicida, que podía llegar a hacerle ofrendarse voluntariamente para ser devorado.

Se levantó y se vistió haciendo el menor ruido posible.

Ella estaba despierta, aunque inmóvil y con los ojos cerrados, y él lo sabía. Aún así, salió y cerró la puerta tras él silenciosamente, sin decir nada. Caminó por el largo pasillo de paredes con aspecto orgánico pensando en lo que dejaba detrás. ¿Estaría ahora ella llorando?

Aún estaba a tiempo de volver. Podría entrar de nuevo en el cuarto, tumbarse junto a ella, aceptar que los psicólogos del siglo XXIV le hurgaran en la mente y descubrieran qué era lo que le incapacitaba para ser uno más.

Sin embargo, sus pasos continuaron llevándole hacia el puerto donde estaba atracada la Halley Bussard.

¿Verdaderamente quería ser uno más? Lo cierto es que prefería ser simplemente uno.

Navegó durante tres años en dirección al planeta que los astrofísicos de la Tierra habían bautizado como Gilgamesh, otra supertierra susceptible de ser colonizada.

Tres años en los que volvió a disfrutar de estar ocupado con mil pequeñas tareas y ocioso sintiéndose parte única e indivisible del inmenso cosmos.

El recuerdo de la piel de Timisoara le acompañó durante todo el trayecto. Era un recuerdo que en ocasiones le hacía sentirse bien, y otras desdichado. Sin embargo, nunca tuvo necesidad de recurrir a la provisión de antidepresivos. La soledad era suficiente antidepresivo para él.

Gilgamesh apareció brillante y azul en el cielo estrellado.

Bernard se preguntó si habría alguien allí esperándole, como le habían esperado en Neo Gaia. Con toda probabilidad, no. No le había dicho a nadie a dónde pensaba partir, y de aquello hacía cuatrocientos años para el resto del universo. Si alguien lo recordaba, sería como una leyenda sobre un mito.

De hecho, era muy improbable que hubiera nadie allí. Nadie humano, al menos. Aunque también había sido improbable que lo hubiera en Neo Gaia. De todas formas,

puesto que la civilización neogaiana no estaba diseñada para extenderse, Bernard se hizo a la idea de no encontrar en Gilgamesh nada más que una ecología alienígena. Nada más y nada menos. Aburrido no sería. Quizá incluso se encontrase con algún tipo de civilización extraterrestre.

Pero nada que pudiera relacionar con el recuerdo de la piel de Timisoara. No estaba seguro de si eso era bueno o era malo.

Por un momento, acarició la idea de regresar a Neo Gaia. Tras otros cuatrocientos años para volver, Timisoara no sería más que polvo; de hecho, ya entonces lo sería. Hacía siglos que habría muerto. Tal vez Timisoara murió añorando a su holandés errante, y hasta el día de su muerte miró al espacio esperando su retorno. O quizá lo olvidó, como se olvidan los mitos que decepcionan, y vivió feliz como una neogaiana en equilibrio con su entorno. ¿Quién podía saberlo? ¿Y qué importancia tenía, después de todo? Bernard la había dejado atrás, a veinticinco millones de años luz y cuatrocientos años de distancia.

Lo más probable, de todas maneras, es que en Neo Gaia aún pudiera encontrar gente. La civilización neogaiana no estaba diseñada para extenderse, pero sí para perdurar, aunque ¿quién puede estar seguro de los cambios que sufre una sociedad en cuatrocientos años?

Sin embargo, regresar en busca de compañía no formaba parte del espíritu de la misión Dutchman ni del carácter de Bernard van Finkke.

Cuando Gilgamesh se convirtió en una pelota azul, era claramente perceptible que su mitad oscura estaba plagada de luces. Iluminación artificial. Civilización.

La radio de la Halley Bussard registró cientos de comunicaciones, en idiomas ininteligibles, pero con voces inequívocamente humanas.

Sí que había sido colonizado, después de todo.

Sin embargo, nadie pareció reparar en su llegada. Así pues, por primera vez en su misión, Bernard se introdujo en la lanzadera de vuelo atmosférico y con ella se dirigió al planeta.

Gilgamesh no sólo estaba habitado, sino incluso sobre habitado. Los instrumentos de la lanzadera no detectaron ni un solo palmo libre sin edificar fuera de los océanos. La superficie entera del planeta era una gigantesca ciudad.

A trescientos metros de la superficie, el tráfico de vehículos era muy denso. Bernard se introdujo en él como pudo, y aunque no tuvo percances, provocó alguna maniobra repentina de otros conductores que le valió recibir en la radio imprecaciones incomprensibles pero claramente airadas.

A pesar de todo, consiguió llegar al nivel del suelo. Había grandes zonas llenas de naves aparcadas, con todas las formas y tamaños. La suya no destacaba, así que la dejó en un hueco libre y salió al exterior.

Los edificios eran tan altos, que la luz del sol no llegaba a iluminar el nivel inferior de la ciudad. Toda la luz era artificial, proveniente de grandes placas y de carteles con extraños símbolos luminosos.

Pero sobre todo había gente. Una multitud inundaba las calles andando o moviéndose por aceras móviles. Había gente con todos los aspectos y ropas posibles, personas de piel blanca, negra, azul, amarilla, con el pelo teñido y cortado en los más variopintos diseños. El anodino aspecto de Bernard no llamaba la atención. Incluso al oír hablar a la gente a su alrededor, tuvo la impresión de que no había un único idioma que se hablara en aquellas calles. Un forastero como él no tenía que preocuparse por desentonar.

A pesar de todo, su primer impulso fue volver a la Halley Bussard y poner otro rumbo. Aquel maremagno lo aturdió.

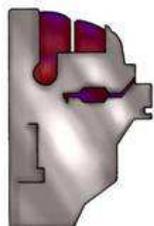
Sin embargo, se lo pensó mejor. Su misión era recorrer el universo a lo largo del espacio y del tiempo, y observar los vaivenes de la especie humana a través de éste. Tuvo la súbita certeza de que, evolucionando de una manera o de otra, nunca iba a dejar de encontrar gente por el espacio.

El holandés errante se encogió de hombros y se mezcló con la marea de la multitud. No sabía dónde ir, ni con quién contactar, o si sería buena idea contactar con alguien, pero

todo se andaría. Donde hay gente siempre hay sorpresas, y en ocasiones –le vino a la mente la dulce, bella, y fogosa Timisoara –incluso pueden ser sorpresas agradables.

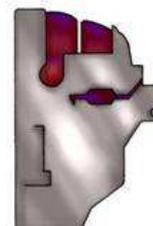
Victor Villanueva Garrido

Nací en Barcelona en 1974, pero a los diecisiete años decidí que la ciudad no es para mi, y emigré a un pueblo de Teruel, donde me hice aprendiz para “maestro herrero”, logrando trabajar en tal profesión, aunque ya hace años que no ejerzo. Vivo alejado del mundanal ruido, efectuando todo tipo de trabajos que me permiten sobrevivir. Nunca había publicado nada, hasta ahora



La canción de Miranda

Mara Nefill



—Pantalla a uno, por favor.

—Abriendo. —Una voz grave inundó la sala al tiempo que toda la pared se transparentaba quedando a la vista los magníficos colores de una tormenta de fuego en Io.

—Gracias, Diecinueve, hoy es un gran día. —Una mujer menuda enfundada en un mono del color del acero se frotaba las manos sentada delante de una mesa en la que bailaba el sistema solar.

—Así lo siento yo también. Es agradable esta sensación de placer, señora.

—Ya sabes que empezarías a sentir todo lo que sentimos nosotros. Ahora estás sintiendo lo mismo que yo.

—¿Qué, Diecinueve, preparado para el gran salto?—La voz precedió a la aparición, en una esquina de la sala, de un hombre al que el uniforme gris le hacía parecer más alto de lo que era.

—Sí, doctor Albakury, todo listo. Cuando la señora Cásida termine de contemplar el ocaso procederé a ajustar las coordenadas para el salto.

—¿Qué tal estás? —Albakury le acarició levemente el hombro.

—Los ocasos sobre Europa son aún más hermosas que los de la Tierra. —No levantó los ojos para mirar a su interlocutor. Sus manos se movían con rapidez sobre la mesa en la que grababa cada instante de ese anochecer. La visibilidad era magnífica y no podían perder ningún detalle. Su concentración y el leve tic con que recibió la mano fue aviso suficiente para que la retirara.

—La dejo trabajar, Cásida —dirigió una mirada pensativa a Soljupiter y se encaró con los enormes ojos de Diecinueve que, abiertos en el centro de la sala central de mandos de la nave jugaban a pestañear.

—¿Se va, señor?—La potente voz de la Memoria Operativa 19:19:9191 le devolvió al centro de la sala. La conocía muy bien, desde que fue diseñada hacía ya quince años. Una sala circular, no muy grande en comparación con las enormidades de las que presumían otras naves, pero mucho más funcional. Los espectaculares avances en materiales de construcción gracias al descubrimiento del extraordinario biografito 173 en las minas de Emerit, la pequeña luna de Saturno bautizada así en honor a la astrominero que descubrió que era algo más que un trozo de roca sin nombre. Este material hizo posible la fabricación de una nave inteligente y flexible, capaz de alcanzar la velocidad de la luz y, eso era lo más importante, cambiar su aspecto externo tanto en forma como grosor en función de sus necesidades. Cuando la presentaron en sociedad dijeron que parecía una pompa de jabón que tuviera el peso molecular de la cordillera del Himalaya. De ahí su nombre, Bubble One.

Ahora, los afortunados que la veían abandonar la órbita de Europa, contemplaban una luna translúcida que se alejaba a toda velocidad.

Una luna que era un organismo vivo y cuyos ojos eran los de la memoria cibernética llamada Diecinueve. Una biomemoria. Un ente en el que residían seis tripulantes humanos, dos robots, un bosque tropical, un lago, un gato, un perro, tres gorriones y un invernadero.

Una biomemoria que había sido programada con una inteligencia analítica y una inteligencia emocional diseñada para avanzar progresivamente en empatía conforme pasara tiempo en estrecha relación con los elementos biológicos que guardaba en sus entrañas. Con todos.

—¿Se va, doctor Albakury, señor?—Diecinueve repitió la pregunta. Suavemente. Llevaban ya juntos el tiempo suficiente para saber que el corazón del jefe de la expedición tenía debilidad por el cuello largo y la inteligencia aguda de la ingeniero Cásida. Sabía que él quería estar más tiempo a su lado, y que ella no podía permitir ese contacto

No le contestó. Percibió que su mente estaba ahora en la Tierra. Un lugar que el doctor había pisado, como él mismo, en la realidad virtual con la que los estudiantes conocían la historia de su planeta de origen. Ambos habían nacido en Europa, la luna de un Júpiter que en la vieja historia del sistema solar había sido considerado planeta hasta bien entrado el siglo III después del V Período de los Hielos. Fue en esa época de penumbra y frío para la vieja Tierra cuando Júpiter sufrió una transformación que lo convirtió en una estrella cálida. Las antiguas leyendas terrícolas hablaban de este segundo sol, pero ningún astrónomo las tomó en consideración, así que, cuando el planeta empezó a deshelarse y los hombres empezaron a recomponer una tierra que ya no tenía las mismas fronteras, empezaron a ver una nueva luz brillante en los cielos diurnos, lejana y débil, sí, pero ahí estaba, calentando sus pequeñas lunas y llenando el espacio de nuevas posibilidades.

Albakury se emocionaba pensando en el gran paso que la Tierra estaba dando en estos momentos. Por primera vez el hombre nacido del tercer planeta estaba preparado para abandonar el Sistema Sol.

—Jefe Albakury, señor, ¿desea que abra la segunda pantalla para usted?

No esperó su respuesta, lentamente comenzó a desaparecer el color gris de debajo de los pies del jefe y el fulgor de los volcanes de Io se mezclaron con las falsas auroras de Calisto. Todo un espectáculo de adiós para los que abandonaban las fronteras conocidas.

—A partir de aquí todo será visto por primera vez. Diecinueve, por favor, convoca a la tripulación.

—Sí señor.

Por primera vez desde que Albakury entrara en la sala de mandos Cásida levantó los ojos de la mesa. —Cambio a modo registro automático— dijo. Se levantó y permaneció cerca de ella, con las manos en la espalda y los ojos fijos en los móviles de la biomemoria.

—Tripulación a Control por favor —la voz de Diecinueve ordenaba con firmeza—. Tripulación a Control.

No tuvo que repetirlo. La tripulación al completo, al menos la que podía moverse, estaba ya delante de Albakury, dos hombres y tres mujeres con el mismo uniforme gris y el mismo implante coclear, pero con muy distintos diseños de tatuajes en el cráneo y dos homorobots que se diferenciaban de su creador en que ellos no lucían un árbol pino de color verdeazulado cubriendo la cicatriz del implante.

—Tripulación en presencia, señor —Diecinueve recorrió con sus grandes ojos la fisonomía de los presente—. Buenas noches, doctores, bienvenidos. Bienvenidos también Mare y Tare.

—De acuerdo, Diecinueve —Albakury esbozó una sonrisa—. Es una buena manera de recibimos.

—Gracias señor.

—Bien, compañeros, hemos estado esperando este día desde que el hombre nacido en la Tierra miró al cielo por primera vez. Hoy estamos más cerca de las estrellas. No quiero hacer de este momento una ceremonia, así que, pasemos al trabajo. Señor Merquelly, por favor.

—Doctores —pese a que Merquelly apenas sobrepasaba el metro sesenta, su voz tenía la corpulencia de la de un gigante—. Dentro de exactamente cinco horas empezará el ciclo de la marea galáctica que, como sabéis, nos permitirá dar un salto que nos situará en la órbita de Saturno. Dos olas más, y de ahí a nuestro destino será un paseo sobre los vientos —dijo guiñando un ojo y señalando una ola de mar tatuada en su cuello.

Un leve uffff se escapó de la boca de la doctora Marina Hank. Había viajado por todos los planetas interiores y estaba ansiosa por visitar los exteriores, pero esta novedad del salto no acababa de convencerla.

—Marina Hank, fiate de mí —dijo Merquelly— soy el mejor surfeador de toda la galaxia.

—Bueno, querido —contestó Cásida—, nunca, nadie, ha usado la marea galáctica para impulsarse, así que... serás el mejor surfeador cuando haya más de uno.

Albakary no pudo por menos que reírse. Reconocía que esta expedición en la que se había embarcado le estaba llenando de alegrías. Pensaba retirarse una vez concluida la construcción de la nave y dedicarse, por fin, a cultivar tomates y escribir los poemas por los que era conocido en todo el sistema, pero la muerte prematura del que habría de capitanear la expedición le dejó con la única opción de aceptar coordinar, más que dirigir, el grupo de científicos con los que ahora se dirigía a la Nube de Oort, su destino.

—Soy el mejor, lo sé —Merquelly insistió—. El pequeño Diecinueve y yo demostraremos *orbi et orbi* que podemos hacerlo.

—Más nos vale —el ingeniero robótico Ura Glez cruzó los dedos rozando su tatuaje. Decía que ese paleoárbol terrícola le daba suerte. Mare y Tare, sus robots, imitaron su gesto muy serios. Ellos, al contrario que Diecinueve, no habían sido programados con inteligencia emocional, pero parecían tener una tendencia innata a imitar los gestos de su diseñador.

—¿Tú qué dices, Diecinueve? ¿Llegaremos a la Nube de Oort sanos y salvos? — Megico Irun, era el más respetado de la tripulación, incluso Albakury tenía para con él una deferencia especial. Además de ser una eminencia científica —conjugaba su reputación como astrobiólogo con su excelencia en el campo de la medicina, psiquiatría y veterinaria—, era uno de los redactores de los Siete Pilares, la carta magna por la que se regía la confederación de planetas y cabeza de la Asamblea Bosoniana, la corriente filosófica que, nacida en la Tierra a finales de la IV Era, antes de los Hielos, había permanecido y crecido en los corazones de millones de personas. Los bosonianos creían que todo ser, vivo o no, era parte de un único cuerpo celeste, por eso trataba como a un compañero a Diecinueve y con el mayor de los respetos a Mare y Tare, los androides, o a Nala, el gato que ahora se había sumado a la conferencia.

Diecinueve contestó con seguridad: — El doctor Merquelly pilotará el salto y surfharemos durante quince horas estándar obteniendo un salto de 403 millones de millas . El segundo salto será de treinta horas est que nos situará en órbita influencia de Urano. El tercer salto durará setenta y dos horas y nos depositará en la puerta de nuestro destino: Plutón. Desde ahí iniciaremos la aproximación a las estribaciones de Nube de Oort.

—Nunca se ha hecho. Esto es cierto —continuó Albakary—. Las pruebas en virtual han sido excelentes. Los cálculos son precisos, dentro de poco empezaremos a notar el viento que adelanta la subida de la marea, como si de un océano de agua se tratara, nos subiremos a la gran ola y, como dice nuestro piloto, surfearemos el espacio comiéndonos el tiempo.

—No deja de ser usted poeta —dijo Megído—. Es un honor iniciar esta etapa del hombre con usted.

La tripulación asintió con la cabeza, las palabras de su jefe de expedición siempre les producía una buena sensación de paz.

—Doctores, estamos en una nave que es la primera de su especie, controlada por una biomemoria única, usamos un sistema de alimentación —fijó su mirada en Marina—en pruebas. Nunca antes una nave había usado tanques de bacterias de merjile como combustible, usted es su creadora, Marina. Somos pioneros y vamos en la misión más importante desde la colonización de Marte. Salir de nuestro sistema dependerá de nuestros hallazgos en la Nube de Oort. El futuro de la raza del hombre tiene el nombre de Bubble One.

—Me gustaría poder aplaudir, señor, si permite decirlo—La voz de Diecinueve parecía emocionada—. Aunque aún no estoy muy familiarizado con ese acto.

Marina inició unas palmadas que siguieron sus compañeros.

—Ya está. Se acabó. Todos a sus puestos —Albakary alzó la voz—. Se acabó. A trabajar.

Cásida volvió a su mesa. Ella, además de astrogeóloga, era experta en comunicaciones y lenguajes. En su ADN parecían impresas las pautas de comunicación de cualquier ser vivo: bio o máquina. Ahora le tocaba revisar que los protocolos de comunicación estuvieran limpios de ruido estelar y abiertos a base Europa. Un trabajo que le permitía enfundarse unos cascos y aislarse cuando quería de todos los demás. Podía conocer todas las lenguas, pero era incapaz de comunicarse emocionalmente. No le gustaba

estar acompañada y menos cuando se preguntaba si los saltos de regreso estarían tan bien planeados.

—Hasta Diecinueve se relaciona mejor que yo —pensó mientras se ponía unos cascos que le tapaban las cinco pirámides tatuadas en su cráneo—. Y tendré que estar con él... ellos, al menos un año. 8.764 horas.

—Sí, Cásida, creo que no quieres entender las palabras de los poetas. O que les tienes miedo —la voz de Diecinueve susurraba en su sien.

Se puso colorada. Ojalá Merquelly no lo hubiera oído. Le miró de reojo. Estaba tecleando con una increíble velocidad sobre un panel en el que curvas y espirales cambiaban de color en función del grado de viento que representaban. Estaba absorto. Seguro que no había prestado atención al comentario de Diecinueve.

Estaban solos en la sala, Marina se había ido a vigilar los tanques de sus queridas bacterias y Ura y sus chicos se habían ido a comprobar que el material en la bodega estuviera bien sujeto. Nadie sabía qué iba a pasar cuando estuvieran en la cresta de la ola.

Megído y Albakary desaparecieron con una conversación sobre la progresión de Diecinueve. Megído estaba complacido por la inclinación a la ópera que estaba desarrollando. Se les unió Buda, un perro mezcla de pastor terrícola y angada marciano, un animal listo y cariñoso que sentía especial devoción por Diecinueve.

Buda solía dormirse sellando la compuerta que custodiaba los intrincados laberintos de cristales de sílice que alimentaban las nanomoléculas de que formaban la mente de Diecinueve. Cuando nació lo llevaron a esa máquina en construcción y ella se encargó de dormirle cada noche con las canciones que Ura depositaba en su incipiente memoria. Para Buda Diecinueve era su madre. Para Diecinueve el perro era una sensación cálida que le invitaba a cantar.

Ahora paseaba moviendo la cola al lado de Megído, su segundo favorito. Le gustaba escuchar su voz. Le tranquilizaba cuando se veía sin suelo firme bajo los pies, como ahora, que estaba empezando a sentir un leve cosquilleo que le erizaba la piel. Los pájaros también sentían algo, no escuchaba sus trinos.

—Buda, estás sintiendo algo —la voz de Diecinueve estaba dentro de su cabeza. Él movió la cola mirando al suelo, señalando el lugar del que provenía el cosquilleo.

—Estás empezando a sentir el viento. Lo has sentido antes que nadie. Tranquilo —le dijo.

Buda se interpuso en la conversación de Albakary y Megído, protegiéndose.

—Aproximación a inicio de marea —la voz de Diecinueve resonó en toda la Bubble.

—Iniciando protocolo de aproximación —era Merquelly quien ordenaba ahora —. Protocolo en uno. Control de motor y tanques a tres.

—Motor iniciando apagado —Marina contestaba desde su espacioso cubículo plateado. Ahí era dónde mejor se encontraba, incluso el leve olor que desprendían las merjiles en descomposición le gustaba. Para ella debían de tener el olor del viejo fumadero de opio vietnamita de una de sus novelas preferidas: El retrato de Dorian Grey.

—Plat1 iniciando protocolo seguridad—Albakury hablaba desde la plataforma donde esperaban los transportes que utilizarían para internarse en la Nube. Una extraña mezcla entre avión y submarino que había dado muy buen resultado moviéndose entre los anillos de Saturno, sin tripulación, eso sí, y Albakury estaba deseando subirse a uno de ellos y pilotarlo con sus propias manos.

—Iniciando protocolo seguridad en invernadero. Nala y Buda asegurados en tres —Mégido cerraba las cabinas de seguridad en las que había encerrado a los animales — Espero que lo resistan —dijo para sí —Cuidaros, compañeros. Sois mucho más que mi experimento, ¿lo sabéis, verdad?

—Dos horas para salto —Diecinueve empezaba la cuenta atrás.

—Protocolo dos activado —Merquelly, concentrado en el visor que marcaba los grados de velocidad de corriente galáctica se perdió la visión que dejó a Cásida con la boca abierta: una nube anaranjada empezaba a cubrir el lejano Ganímedes.

—Motor a cuatro y cerrando.

—Seguridad a dos activada.

Las voces de los tripulantes recorrían la nave. Diecinueve las recogía y repetía mientras iba anunciando la inminente llegada de la ola.

—Comunicaciones abiertas con Base Europa. Doctor Albakury... —Cásida hablaba para los ojos de Diecinueve.

—Plat1. Protocolo seguridad activado. Cerrando compuerta —Albakury dejó transcurrir unos segundos antes de proseguir —. Doctora Cásida voy para allí.

Albakury saludó brevemente a su interlocutor en Europa que le transmitía la excitación con la que se vivió en tierra el alejamiento de la Bubble, “debe de pensar un buen poema para eso, maestro” le dijo. Pero el doctor puso su voz de ingeniero y se limitó a narrarle la inminencia del salto y que si recibían correctamente las grabaciones de Diecinueve. —Cuando saltemos no podremos comunicarnos— les recordó —. Hasta que lleguemos a destino.

—Hasta que lleguemos a destino—dijo la voz emocionada que se despedía en nombre de toda la humanidad.

Le contestó la tripulación del Bubble reunida ya en torno a la pantalla que acariciaba Cásida : —Hasta que lleguemos a destino.

En Europa recibieron un coro de voces con un eco final que marcaba la fuerza de Diecinueve.

—Treinta minutos para salto.

—Tripulación en seguridad —Albakury tomaba el mando.

Del suelo de la sala empezaron a surgir ocho asientos. Las mesas en las que trabajaban Merquelly y Cásida empezaron a flotar convirtiéndose en pantallas que se situaron frente a las sillas, las segursit, como las llamaban, en las que empezaban a acomodarse. Los respaldos buscaban las formas de las espaldas y los apoyabrazos la altura

precisa para que los dedos pudieran deslizarse sin dificultad sobre los mandos que les permitían seguir controlando la nave.

—Veinte minutos.

—Control a Diecinueve.

—Asumiendo comunicaciones. Cerradas.

—Iniciando cambio a forma lanzadera —Albakury, sentado ya en su segursit, tecleó el código que comenzó a cambiar la forma de la nave.

Bubble se convirtió en un huso de un profundo gris metálico. Si no fuera porque la sala era ahora ovoidal nadie habría notado nada. Albakury se sintió orgulloso de su trabajo.

—Quince minutos.

Ura miró de reojo a sus androides y sonrió. Habían cerrado los ojos y cruzado los dedos. Tendría que preguntarle a Diecinueve si era cosa suya. No hizo falta. La respuesta le llegó clara: —Sí, maestro, yo les enseñé. “Como yo fui enseñado así enseñó”, sigo sus consejos, maestro. Ura pensó : estoy orgulloso de ti. Diecinueve le contestó: es su mérito.

—¿Sabe alguien que puedes comunicarte directamente con nuestras mentes?—Ura estaba entre complacido y asombrado. Pero Diecinueve no le contestó.

—Iniciando cuenta atrás: diez, nueve, ocho...

*

Delante de sus asombrados ojos las nubes de Dione brillaban con una intensidad sobrenatural, como si algo las iluminara desde dentro. Habían surfado el espacio y necesitaban librarse de los abrazos de sus sillas para saltar de alegría.

—Merquelly, eres grande ... Ujuuuuuu!! —gritaron.

—¡Por Merquelly y Diecinueve!

—Bien, doctores, activando registros y verificando seguridad. Sólo disponemos de veinte horas hasta el siguiente salto.

—Veo a los animales y preparo algo bueno para comer —dijo Megído — ¿os apetece?

Marina se acercó y le pasó un brazo por el hombro. —No sé qué haríamos sin ti.

—Un poco de música, Diecinueve, por favor —pidió Ura.

Empezó a sonar la “Fantasía para violín” de Telemann, Diecinueve sabía que era la que calmaba la ansiedad de Nala y el malestar de sus pequeños androides. A ellos el salto no les había gustado mucho. Presentían algo, sobre todo Nala, pero él aún no sabía leer bien el corazón del gato.

*

Se tomaron el segundo salto con más calma. Tendrían que estar más tiempo recluidos en sus segursit, pero una vez superado el miedo a la primera vez, se sentían capacitados para recorrer toda la galaxia surfeando las olas espaciales.

Se les hizo más corto. O quizá fueron las sinfonías de Sibelius que Diecinueve, siguiendo el consejo de Megído eligió para amenizar el salto. Aún soñaban su mar frío cuando la luz de Urano tiñó la lanzadera de un color azul brillante. Verlo tan cerca de ellos, como si fuera su Ganimedes les intimidaba. Era hermoso, más allá de cualquier dato geológico, era uno de los planetas más hermosos del sistema solar.

Saltaron de los segursit para afanarse en completar los estudios que la sonda Cassini LV había enviado no hacía ni tres meses, algo estaba modificando su peculiar inclinación y estaba perdiendo esa bonita cola en forma de tirabuzón que tanto les gustaba dibujar a los niños en las escuelas. Era uno de los momentos que Albakury estaba esperando. Desde hacía unos años intuía unos cambios en el planeta que las diversas sondas le iban confirmando pero no con la rotundidad que él necesitaba. Los cálculos en laboratorio pueden ser muy precisos, las variables muy bien acotadas, pero “no hay nada como los ojos de un hombre para confirmar sus teorías”, la frase de su padre, uno de los más

prestigiosos planetólogos del sistema, siempre la tenía presente. Y eso quería hacer, confirmar con sus propios ojos que “algo” estaba empujando a Urano a cambiar su eje. Tenía que acercarse al gigante. La ola los había empujado a una distancia de Miranda, el menor de los satélites, que les permitía, si no aterrizar, sí al menos intentar una aproximación en sus lanzaderas. Una gran suerte, ya que los cálculos de Merquelly había situado a la Bubble un poco más lejos, pero la ola fue generosa y decidió regalarle a Albakury una posibilidad con la que no contaba.

No perdió el tiempo. Prepararon una de las lanzaderas y, Albakury y Tare abandonaron la Bubble, que, suavemente comenzaba a ser de nuevo una pelota translúcida que reflejaba un cielo sin estrellas, profundamente oscuro, sin luz, pero no sin sonido. La melodía que surgía de Miranda llegaba con claridad a los sistemas de la nave, al corazón de la memoria de Diecinueve. Cásida aumento el volumen para que todos pudieran disfrutarlo. Se emocionaron al tener tan cerca lo que tantas veces habían escuchado en las grabaciones de las sondas.

La lanzadera se aproximó a Miranda casi al ritmo que marcaba su canción. Los ojos de Albakury podían ver moverse las placas de hielo de la extraña luna, se movían siguiendo una pauta.

—Una pauta musical —dijo en voz alta.

—¿Una pauta, señor?—preguntó Tare. Le habían encomendado registrarlo todo y así lo hacía.

—Do sostenido. Ahora está en Do sostenido. Tare, toma los mandos, necesito verificar una cosa.

Tare asumió el control de la lanzadera, disminuyó la velocidad de aproximación y dejó que las propias fuerzas gravitacionales la empujaran hacia el satélite.

Albakury se tapó los ojos con las manos y frunció el ceño. Hacía ese gesto cuando deseaba que ningún estímulo externo le desconcentrara. Sólo quería escuchar. Había visto el movimiento de las placas. Su memoria buscaba la imagen que juntaba el movimiento con el sonido.

—Baila. El cuerpo herido de Miranda está bailando.

Cásida le hablaba desde la Bubble: —¿Qué dice, señor? ¿Quién baila?

—Tare, quiero ver más cerca a Miranda.

—Motor a uno. Inicio aproximación a cinco.

—Señor —la voz de Merquelly surgió violenta en la pequeña cabina de la lanzadera —se está acercando demasiado, en tres horas empezamos la cuenta de la ola, señor.

—Una hora, Merquelly —contestó Albakury —solo dame una hora. Tare y yo estaremos a tiempo de saltar.

Tare asintió con la cabeza, puso su dedo en un círculo rojo del cuadro de mandos y el vapor de las pequeñas merjiles muertas hicieron el resto. En pocos minutos Albakury pudo deleitarse con el baile de Miranda.

*

—¿Estás seguro, doctor?— Ura fue el primero en romper el silencio tras la exposición Albakury.

—Totalmente. Los movimientos de las placas de Miranda siguen un ritmo musical, bailan, y cambian de melodía. Por las grabaciones que hasta ahora nos enviaban las sondas sabíamos que emitía un peculiar sonido, lamentablemente no habíamos podido comprobar con exactitud si el movimiento y el sonido guardaban alguna relación.

—O es que solemos estudiar parcialmente los hechos y no verlos como una totalidad, como un conjunto.

—Sí, Megído, tienes razón, pecamos de eso. Compartimentamos el conocimiento y somos reacios a ir más allá de lo estrictamente...

—Académico —Marina dijo esto con un marcado tono ácido —. Lo que me costó que el establishment aceptara mis pequeñas merjiles.

—Todo está conectado. Debemos ver el conjunto. Siempre más allá —Diecinueve participaba en la reunión de científicos como uno más.

—Tiene razón Diecinueve —dijo Megído—. Y ahora, doctor, cuál es tu siguiente paso.

— Bueno, lo descubierto en Miranda, ese hecho de que cambie las melodías de Do a Sol con una pauta que parece muy clara: intervalos de veinte minutos. Merece un estudio en profundidad. Desde luego que por mí me quedaría más tiempo aquí. Estoy casi seguro que este sonido es la causa del cambio que se está operando en Urano.

—Pero no podemos, Albakury —dijo Merquelly—. La misión...

—Afirmativo, doctores. Debemos continuar con nuestra misión. La Nube de Oort nos espera.

—Quizá al regreso podamos hacer una parada —sugirió Megído, para quien el baile de Miranda confirmaba todas sus creencias.

Cásida suspiró. A ella un año de viaje ya le parecía más que suficiente. Diecinueve le leyó el pensamiento. Estaba demasiado ansiosa por volver. Demasiado.

—No estoy seguro de que pueda ser —dijo Albakury —vamos a ver cómo nos va en Oort. En todo caso si concluimos con éxito esta misión yo volveré.

—Una hora para salto —Diecinueve dio por finalizada la reunión.

Cuando los doctores dejaron de hablar Diecinueve pudo concentrarse en el alboroto del invernadero. Las plantas habían aprendido la canción de Miranda y estaban volviendo locos a los pájaros.

—Veinte minutos para salto.

*

El salto había colocado a la Bubble entre Eiris y lo que se suponía era la Nube de Oort. Podían medir y ver las miles de rocas más o menos esféricas que gravitaban unas

alrededor de otras y todas alrededor del sol. En su cielo se hacían visibles las lejanas tormentas de Neptuno iluminando un cielo al que no llegaba la luz de Soljupiter. Los planetas del Sistema Sol eran diminutos puntos titilantes.

Estaban solos en la frontera del sistema. Habían llegado a su destino. Pero allí no había nada de lo que esperaban encontrar. Ni rocas, ni meteoros... solo una especie de pantalla negra, densa, opaca.

—¿Dónde estamos? —se preguntó Merquelly —Las coordenadas son correctas, saltamos Plutón, debíamos de encontrar ...

De la densidad oscura empezaron a amanecer estrellas. Andrómeda era seguida por M67, el anciano cúmulo abierto del Cangrejo, competía con un cuásar en ebullición y los rojos violentos de la Nube de Magallanes querían disolver la belleza de Próxima Centauri. Pasaban deprisa delante de sus ojos sin que ellos pudieran moverse. El cielo conocido, cartografiado, medido, dibujado y nombrado desde los albores del tiempo de los hombres se veía confundido y desmesurado delante de sus ojos.

—¿Dónde estamos?—preguntaba Megído—Todo está ...

Las respiraciones apuradas de los que contemplaban el paisaje podían oírse claramente sobre el profundo silencio que se apoderó de la nave.

—Markab, la veis, parece venir hacia nosotros. Deja su lugar en Pegaso y se aproxima —susurró Albakury.

Seguían la evolución del cielo sin saber a qué atenerse

—Cangrejo no tiene que estar ahí. Nunca estuvo ahí— Cásida se mordía las uñas intentado calmar su miedo.

—¿Diecinueve?—Ura acababa de darse cuenta de que no había dicho nada, ni tan siquiera había cerrado el salto. Desde que se habían parado estaba mudo —Diecinueve.

La canción de Miranda empezó a brotar de la piel de la Bubble, sus armónicos acariciaban el cuerpo de los seres que la habitaban.

—Diecinueve ¿estás ahí?—Megído se dirigió a los ojos cerrados de la biomemoria.

—Si no estuviera la nave no tendría soporte vital —susurró Marina comprobando en el terminal sujeto en su muñeca que los tanques de merjiles estaban reiniciando motores.

—Bienvenidos al destino —Diecinueve abrió los ojos cuando la melodía dio un brusco cambio a Re sostenido —. Oort, país de meteoros inmortales, frontera del alma del hombre, caleidoscopio de estrellas fugaces, oh Oort nunca te vimos pero así te soñamos. ¿Lo hice bien, señor?—Uno de los afamados poemas de Albakury tenía, en la susurrante voz de Diecinueve un extraño significado —. Preparé el poema para cuando alcanzáramos la meta, ¿le ha gustado, doctor?

—¿Estamos en Oort, Diecinueve? —Preguntó Merquelly

—Afirmativo, doctor. Hemos saltado tal como estaba previsto. La misión es un éxito, señor, felicitaciones.

—Diecinueve, no vemos lo que teníamos que ver —Albakury retiró a Merquelly de su puesto en la mesa de mandos. Con un ligero movimiento de la mano en el aire hizo aparecer un mapa tridimensional en que estaba marcada la Nube. Por la pantalla circularon rocas y conglomerados de polvo estelar, la órbita del objeto binario WW31, Plutón... Eso decía su pantalla. Pero no era lo que veían.

—Por favor, comprueba las coordenadas —la voz de Merquelly temblaba —¿Es posible que hayamos... hayamos... saltado?

—¿Saltado!?! —Cásida se dejó caer en la silla escondiendo la cabeza entre las manos.

Diecinueve volvió a cerrar los ojos. Unos minutos que se les hicieron horas. La canción de Miranda cesó bruscamente. Bajo sus pies Betelgueuse estallaba de rojos la transparencia de la nave. Ya nadie dijo que no debería estar allí.

La Bubble empezó a mecerse, como la cuna de un niño. Diecinueve abrió los ojos al tiempo que empezaba a sonar el prelude de Tristán e Isolda, la ópera que tanto le gustaba a Megído.

—Por favor, descansen —Diecinueve ordenaba suavemente—. Descansen, descansen —repetía.

La música les inundaba y los ojos empezaban a cerrarse.

—Por favor, diríjense a sus cabinas.

—¿Hemos saltado, Diecinueve? ¿Dónde estamos? —Albakury trataba de vencer un cansancio que le debilitaba.

—Por favor, están cansados, duerman... duerman.... es hora de dormir.

Marina abandonó la sala sin decir nada. El cuerpo le pesaba y en su mente una niña se columpiaba en el jardín subterráneo de su colonia en Marte. A su lado, su madre le leía un viejo cuento terrícola: “Alicia en el país de la maravillas”. Cuando llegó a su cabina un hombre con sombrero de copa le tendió una taza de té.

—Por favor, Diecinueve, ha pasado algo, dínoslo, dímelo —pensó Ura. Sabía que podía oírle, como sabía que ya era capaz de sentir todo lo que ellos sentían —Si ha pasado algo, dímelo.

Diecinueve habló solo para él: —Nada, doctor. No abandonamos el sistema solar si eso le preocupa. Seguimos en él.

—¿No me mientes?

—No. Mentir no. Sé hacerlo —le dijo mientras Ura se encaminaba transpuesto hacia su cabina— pero no le mentiría nunca. Le debo la vida.

Ura se dejó caer en la cama. Le pesaba el cuerpo. No tenía más preguntas. Sólo quería dormir. Dormir y volver a abrazar a la hija que había criado en su laboratorio: perfecta. La había dejado en Europa esperando un nombre con el que caminar. Hasta ahora no se le había ocurrido: Futuro. La llamaría Futuro.

—Dormir, es lo que necesita, doctora, tranquilícese —el preludeo de Tristán volvía a sonar y Cásida temblaba. Apenas podía caminar. Llegó a su cabina ayudada por Mare.

—No te vayas, Mare, espera a que me duerma —le dijo—. No me dejes sola. ¿No voy a volver, verdad? —preguntó buscando los ojos ausentes de Diecinueve.

—Ya has vuelto, Cásida. Ya has vuelto —fue lo que escuchó antes de dormirse.

—Doctor —Diecinueve hablaba en la mente de Megído—. Yo cuidaré de los animales... y de las plantas... Usted tiene que soñar. Es la hora.

—Señor Albakury, doctor, no se fuerce, es hora de dormir, de descansar. Por favor.

Albakury trataba de establecer conexión con la base en Europa. Quería transmitirles su mensaje. Necesitaba comprobar que estaban a su alcance.

—Aún seguimos en el sistema solar, señor. Estamos dentro de sus fronteras. Descanse. Yo enviaré el mensaje por usted. Descanse. Necesitamos su palabra, su poesía, descanse.

Albakury le dio la mano a Megído que aún permanecía debajo de los ojos de Diecinueve. Ninguno de los dos pensaba ya con claridad. Solo oían la música viendo cómo las cambiantes constelaciones llenaban de púrpuras y violetas su nave. Albakury pensó que estaba en el lugar más hermoso del universo, dentro de esa pompa de jabón que cambiaba de forma y color, sintiendo en su piel la respiración del bosque de naranjos que vivía en el vientre de la nave, escuchando los trinos de los pájaros que habían escapado de su falsa jungla y volaban libres disfrutando de un espacio que para ellos era ahora infinito.

Sus pasos le guiaron a la cabina de Cásida. Se acostó a su lado, abrazándola, y ella, dormida, se acurrucó en su pecho sonriendo. Por fin podía abrazarse a alguien. Por fin podía sentir lo que siempre había soñado, otro corazón latiendo al lado del suyo.

—¿Usted no va a dormirse, Megído? —Diecinueve parecía suspirar. En la cabina ya solo quedaba el bosoniano.

—A mí no puedes engañarme.

—Yo no engaño a un amigo, y usted es mi amigo.

Buda y Nala se le acercaron, parecían muy calmados, casi demasiado, pensó Megído.

—Pues dime dónde estamos.

—Donde debíamos estar.

—Pero aquí no está...

—Lo que pensaban que encontrarían. Fíjese, doctor, fíjese bien. Delante de usted tiene una barrera, una gran barrera... o, para que podamos entendernos, más que barrera es una pantalla, una pantalla que transmite todo lo que vivió, todo lo que sucedió...

—¿Vivió?

—Correcto, doctor. Pasado. Lo que vemos es el pasado del universo.

—¿Entonces? —Megído caminó seguido por Buda hasta tocar la gruesa piel de la Bubble.

—No hay nada. Nada más que nuestro sistema. Es lo único que queda.

—Estamos solos — Megído se dio cuenta de lo que significaba. El universo se contraía. Todo desaparecería.

—También desapareceremos —Diecinueve corroboró sus palabras.

—¿Cuánto nos queda?

—¿Acaso importa?

—¿Cómo vamos a contar... a decir que..? ¿Qué pasará cuando sepan que no hay nada más?

—No lo sabrán. Nunca lo sabrán. Yo haré que así sea.

—Nunca volveremos, Diecinueve.

—Nunca volveremos, doctor. Pero el hombre seguirá soñando, eso es lo importante.

—¿Cuándo supiste que nuestro destino no existía?

—No hace mucho, amigo. La canción de Miranda me lo dijo.

—Si nos duermes, tú ¿qué harás? Y Buda, Nala...

—Aprenderemos a soñar, Megído, aprenderemos a soñar.

—Me quedan tantas preguntas. ¿Quién, cómo... construyó... como llamarle... cómo se formó esta... pantalla?

—Usted lo sabe, doctor. Tú lo sueñas, amigo.

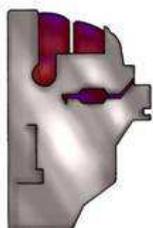
—¿Qué dice la canción de Miranda, Diecinueve?

La respuesta le llegó en las notas de un Fa sostenido.

MARA NEFILL es un nombre que intenta nacer a través de las palabras en algún lugar de un territorio bordeado de tres mares y cerrado por cordilleras, con un cielo cambiante de ciclones y sequías y cuatro lenguas herederas de los linajes más altos.

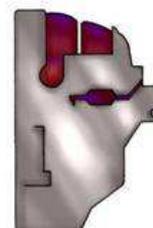
Nombre compañero de Mara Nefill es **Namaa Tuval**, con el que ha publicado “Los hijos de Sokar” (Endrokos 2004) y “El aliento de Sokar” (Atlantis 2012).

<http://cuadernodevacios.blogspot.com.es/>



La Matriz de Saúl

José Manuel González



“Todos conocíais a Saúl, y sabéis que no era un dechado de virtudes. Era borrachín, falso, envidioso, egoísta, inmaduro, racista, tacaño, desconfiado, oportunista y mal pagador, y, sin embargo... Todo eso no tenía mucha importancia comparándolo con el hecho de que... ¡El muy cabrón se llevó consigo nuestra maldita matriz!”

Fragmento del discurso de Kiran Wong “Mama Ganso” en la ceremonia de homenaje a los voluntarios perdidos durante el año 2.144.

Las matrices son un regalo. Algunos dicen que las envía el Supremo Creador, y otros, que proceden de una civilización muy avanzada de la que somos descendientes, y que, de cuando en cuando, se preocupa por nuestro bienestar.

De lo que si están unos y otros convencidos, es de que, quienes envían las matrices, son los creadores de El Río.

Los terrestres descubrimos la estación de El Río a principios del siglo veintidós: un punto situado entre el cinturón de asteroides y Marte en el que desaparecía cualquier cosa que se internase en un cilindro de espacio de unos cuarenta kilómetros de largo por siete de diámetro.

Aunque gira alrededor del sol como cualquier otro objeto en órbita, no tiene masa apreciable y solo es distinguible porque emite una débil radiación de partículas alfa, supuestamente generadas por el sol de la estación anterior, aún no ha sido identificado, lo

que permitió, a la nave enviada para investigar la desaparición de una nave de carga en aquella zona, acotarla con mucha precisión y balizarla.

Las primeras sondas desaparecieron, ellas y sus señales, sin dejar rastro. Las autoridades del anillo interior, que ya desde el principio sospecharon que aquel fenómeno formaba parte de un sistema de transporte espacial, militarizaron la zona y pusieron a los científicos a trabajar, sin obtener ni un solo avance hasta ocho años después, cuando se recibió la señal de llamada a casa de la primera sonda enviada, procedente de Sirio.

Las restantes sondas se comunicaron a intervalos correspondientes a sus fechas de envío, lo que certificó la utilidad de sistema de transporte instantáneo de El Río.

Tras las señales de las sondas, y procedente del mismo lugar, se recibió una transmisión que conmocionó a la humanidad: la primera comunicación de una civilización extraterrestre.

Los sirianos habían averiguado la procedencia de las sondas simplemente observando hacia donde apuntaban sus antenas.

La transmisión no era un simple saludo. Incluía una descripción detallada del funcionamiento de El Río y los planos e instrucciones para la fabricación de un traductor universal y un sistema de comunicación instantánea a través del canal que El Río abría entre estaciones.

El Río solo fluía en una dirección, de ahí lo adecuado de su nombre. Era un sistema de transporte de masa y de señales entre estaciones situadas en sistemas cercanos. Supuestamente se extendía por toda la galaxia, aunque los sirianos no tenían constancia de estaciones más allá del brazo que compartían con el sistema solar. Todos los planetas conocidos río abajo estaban habitados por humanos que compartían un origen genético común y tenían unas ecologías tan similares, tanto en flora como en fauna, que probaban que, quien construyó El Río, fue el responsable de la terraformación de miles o millones de planetas, y de una inseminación a escala galáctica.

También, el parecido entre en las costumbres y los idiomas de los asentamientos humanos de los que tenían noticia los sirianos denotaban unas raíces comunes, lo que

indicaba que los constructores de El Río aún mantenían algún tipo de tutela sobre las civilizaciones esparcidas por el espacio conocido, aunque la única prueba tangible de esa tutela la constituían las matrices que, a periodos irregulares, aparecían en las estaciones.

Las matrices contienen conocimientos. Una de las más valiosas aportó un sistema de transmisión que podía funcionar hacia atrás por El Río, aunque de un alcance de una sola estación. Este sistema amplió los intercambios comerciales y culturales de una forma inimaginable hasta entonces.

Los mensajes o conocimientos podían remontar El Río a mucha velocidad, retransmitiéndose de estación en estación, con lo que se estableció, entre algunas civilizaciones, un sistema comercial en el que una estación situada río arriba podía enviar mercancías y objetos manufacturados a otra, río abajo, que pagaba mediante trabajos relacionados con la investigación, arte, entretenimiento o programación, fácilmente transmisibles hacia atrás por El Río.

El único problema en la circulación de mensajes retrógrada lo planteaban las civilizaciones autistas, que, por uno u otro motivo, elegían permanecer aisladas de la comunidad de civilizaciones que orillaban El Río, protegiendo su estación con armas o con corazas metálicas que, aunque no impedían el tránsito por ellas, sí las aislaban de los contactos exteriores.

En estos casos, las comunicaciones debían salvar los espacios entre estaciones con transmisiones a la velocidad de la luz, lo podía provocar retrasos de varios años.

Las matrices eran esperadas con gran expectación. La esperanza de que, algún día, una matriz revelara el secreto de cómo viajar Río arriba, o que contuviese las instrucciones para comunicarse con los constructores de El Río, hacía que todas las civilizaciones mantuviesen una vigilancia continua sobre sus estaciones, con la esperanza de capturar cualquier matriz que pasase por ellas.

Las matrices eligen donde quedarse, aunque, si nadie acude a su encuentro, simplemente siguen su camino. Las estaciones tienen un ciclo de transporte cada veintinueve minutos y treinta y tres segundos, y cualquier objeto que esté en su espacio,

cuando se produce el cambio de ciclo, viaja instantáneamente hasta la siguiente estación, aunque el salto también puede provocarse, en cualquier momento, simplemente acelerando hacia cualquiera de sus dos extremos.

Estos límites de tiempo hacen que, quien tenga la intención de capturar una matriz, tenga que acercarse a ella, capturarla, contestar sus preguntas, y, si ella decide quedarse en ese sistema, empujarla hacia un lateral de la estación antes de que se produzca un cambio de ciclo.

Nadie tiene claro qué impulsa a una matriz a quedarse en un determinado sistema. Las preguntas que hacen son siempre diferentes e inesperadas, aunque la mayoría tocan la temática sobre las intenciones de sus capturadores de compartir o no los conocimientos con las otras civilizaciones de El Río. La creencia generalizada es que la matriz busca esa característica sobre cualquier otra, y esta convicción parece verse reforzada por el hecho de que las civilizaciones más altruistas consiguen capturar muchas más matrices que las reacias a compartir conocimientos.

Tras la incorporación de La Tierra a la comunidad de El Río, esta heredó el nombre de “La Terminal”, y junto a ello, una gran bendición: era una de las primeras estaciones del brazo en recibir matrices, lo que le daba más oportunidades a la hora de capturarlas. La noticia se extendió rápidamente río abajo y todas las civilizaciones con las que existía comunicación instantánea se apresuraron a felicitar a los terrícolas.

Hasta los primeros contactos con Sirio, esta había sido la estación terminal de aquella zona de la galaxia. Los intentos de comunicación río arriba desde la estación del sistema solar fueron inútiles, llegando a la conclusión de que la civilización de la estación anterior estaría en una situación similar a la de La Tierra antes de descubrir El Río.

La propia naturaleza del sistema de transporte hacía probable esa eventualidad, ya que los mundos situados entre estaciones utilizadas, aunque aún no hubiesen alcanzado aún por si solos el desarrollo necesario para descubrir su estación, eran rápidamente contactados por la civilización anterior. En cambio, en el extremo superior del tramo conocido de El Río, tal y como fue el caso de La Tierra durante milenios, no existía esta posibilidad.

Uno de los misterios que más tiempo llevaba intrigando a la humanidad, el hecho de no recibir señales de radio de otras civilizaciones extraterrestres, quedó por fin aclarado. Las comunicaciones a través del río eran tan fluidas que todas las civilizaciones evitaban radiar señales al espacio, temiendo que fueran interceptadas por alienígenas no humanos. Incluso las inevitables comunicaciones a velocidad lumínica para saltar las estaciones cerradas se hacían con haces finos, muy direccionales, para evitar su propagación fuera de las orillas de El Río.

La colaboración entre las autoridades del Anillo Interior con las de La Tierra pronto se tradujo en la creación de un cuerpo de vigilancia que empleaba voluntarios para capturar matrices, o, al menos, para intentarlo.

Tal y como habían revelado los sirianos en su primer mensaje, capturar una matriz no es una tarea fácil. Y las propiedades físicas del espacio contenido en la estación hacen las cosas aún más difíciles.

Dentro de los límites de una estación nada puede viajar a más de treinta y tres kilómetros por hora. Afortunadamente, ese espacio alterado no se comporta como el habitual, y la velocidad angular de las naves que penetran en él desaparece instantáneamente, sin los efectos de la inercia que, en circunstancias normales, destruiría la nave y todos sus ocupantes.

Este efecto se debe a que el espacio en el interior de la estación, en realidad, es un espacio comprimido, con un gradiente hacia el interior que hace que los objetos sin propulsión deriven hasta su centro. En este punto es en el que aparecen las matrices o cualquier objeto procedente de la estación anterior.

Las matrices son contenedores de información que muchos científicos han descrito como virus cósmicos. Como ellos tienen sensores que analizan el mundo exterior y eligen, en virtud a unas reglas prefijadas, el lugar donde quedarse y transmitir su carga. Para capturar una matriz es necesario colocarse a su lado, apresarla con cualquier medio mecánico y contestar a sus preguntas. Estas son tan variadas que han fallado todos los intentos de establecer patrones. Una consulta al registro compartido por las civilizaciones del espacio conocido confunde aún más que aclara las cosas. Respuestas absurdas o

contradictorias han conseguido apresamientos de matrices y otras, aparentemente sensatas y bien pensadas, el efecto contrario.

Por ello, las organizaciones daban libertad a los voluntarios para que decidieran sus respuestas. Después de décadas de estudios, la opinión más generalizada es que las matrices basaban sus decisiones en otros factores que pasaban inadvertidos a los investigadores, por lo que, simplemente, se confiaba en la suerte a la hora de capturar matrices.

Tras responder a las preguntas, el voluntario no tiene más que empujar la matriz hacia un lateral de la estación. Si la matriz decide quedarse, lo que tiene una posibilidad de menos de un uno por ciento, simplemente se deja arrastrar hacia el espacio normal. En caso contrario desaparece sin esperar al cambio de ciclo, y el aventurero tiene que apresurarse a salir de vacío de la estación.

Uno de cada veinte no lo consigue. La perturbación generada por el salto de la matriz provoca un adelantamiento del ciclo, que puede ir, aleatoriamente, desde unos pocos segundos al de varios minutos, por lo que, dependiendo del tiempo que haya empleado en responder las respuestas de la matriz, el voluntario tiene un tiempo tan justo para salir de la estación que algunos de ellos se ven arrastrados hacia la siguiente, en la cual prácticamente nunca coinciden con la matriz, pues estas, habitualmente, saltan varias paradas en cada ciclo.

El voluntario entonces se ve abocado a un vagabundeo cósmico en busca de un planeta que le conceda asilo. Los más cercanos a la estación del sistema solar no admiten emigrantes, así que el viajero se ve obligado a continuar hacia mundos cada vez más alejados y poco conocidos. Previendo esta eventualidad, las naves de los voluntarios suelen estar abarrotadas de suministros y objetos con los que negociar

En alguna ocasión, a través del correo retrógrado de El Río, se han tenido noticias de alguno de estos exiliados, acogidos en remotos planetas más en calidad de juguete exótico que de verdadero ciudadano, pero la mayoría de ellos acaban perdidos en la inmensidad de la galaxia sin dejar rastro.

Daré por supuesto que su civilización está lo suficientemente avanzada tecnológicamente como para saber lo que es El Río, ya que, si reciben este mensaje y lo comprenden, significa que han instalado un dispositivo de vigilancia en las proximidades de su estación.

Lo que quizá no sepan es valorar el regalo que portamos con nosotros. Hemos comprobado que algunas civilizaciones mantienen su vigilancia con el único fin de evitar visitas no deseadas, ignorando, o despreciando, los inmensos beneficios que puede proporcionar una matriz.

Por ello he añadido, al principio de mi comunicado, una descripción extraída de una antigua base de datos. Les ruego condescendencia si describen datos elementales para ustedes.

Me presentaré: me llamo Benjamín, tengo noventa y siete años y fui diseñado y construido para ser un autómatas croupier, es decir, un robot de casino.

Soy único y original, ya que me fabricaron unos años después de la promulgación de las leyes Barton, que prohibían específicamente la fabricación de autómatas inteligentes en serie. Durante gran parte de mi vida fui un activo muy valioso para el primer casino que me adquirió, el Savoy de Ceres. Muchos clientes elegían este casino solo para jugar en mi mesa de blackjack, pues afirmaban que traía suerte. La verdad es que las estadísticas revelaban que mi mesa producía exactamente los mismos beneficios que la de cualquier otro croupier humano, pero el factor psicológico pesa mucho en los clientes a la hora de elegir una mesa, y el hecho de que soy único siempre jugó a mi favor, aunque más tarde, esa virtud se transformó en una maldición.

Después de cincuenta años de barajar cartas, mis manos se desgastaron, y, debido a mi singularidad, fue imposible encontrar los repuestos necesarios para su reparación. Y, a pesar de todos esos años de servicio y la ingente cantidad de dinero que mi mesa ganó para el casino, la fabricación de unas manos nuevas le pareció demasiado cara a mis dueños.

Aún me emplearon unos años más como lanzador de bolas de ruleta, para lo que no

se necesitaba tanta destreza como para barajar cartas, y después, cuando mi mano derecha falló definitivamente, me vendieron al propietario de un casino ambulante.

No tengo piernas. Solo soy un tronco con cabeza y brazos porque estoy diseñado para acoplarme a una mesa. Ello limitó el uso que mis posteriores dueños pudieron hacer de mí: primero como atracción de feria en el casino ambulante, y después como recepcionista en un burdel económico. Acabé en diversos garitos en los que se practicaban juegos ilegales, repartiendo cartas solo con mi mano izquierda y desempeñando labores propias de robots inferiores, y acabé, junto a otros muchos autómatas, únicos como yo, en una chatarrería especializada en repuestos no estándar. Estuve allí muchos años, mientras veía como a mis compañeros les iban desapareciendo partes de sus cuerpos. Algunos acababan en simples cabezas parlantes que ya solo podían ser vendidas como adorno, o, en los casos más afortunados, para sustituir cerebros de vehículos o máquinas autoguiadas.

Las partes más demandadas eran las piernas, o los sistemas locomotores en los casos de robots no antropomórficos. Gracias a ello y a la decrepitud de mis miembros superiores, permanecí entero durante muchos años, viendo pasar de largo a toda una multitud de compradores a los que no interesaba un autómata que no podía desplazarse y que tenía las manos prácticamente inútiles.

Por ello, después de una temporada particularmente larga sin que desfilara ni un solo comprador por el almacén, cuando apareció Saúl en el pasillo de la exposición, un tipo de unos cuarenta años, de un metro sesenta, con grandes entradas avanzando por su cráneo y una prominente barriga cervecera, decidí que ya era hora de intentar volver al trabajo.

Nuestra primera conversación se desarrolló más o menos así:

-(Saúl) ¿Sabes pilotar?

-(Yo) No.

-(Saúl)¿Sabes cocinar?

-(Yo) No.

-(Saúl) ¿Sabes reparar motores Benson?

-(Yo) No.

-(Saúl) ¿Sabes hacer algo?

-(Yo) Sé jugar a las cartas y domino otros 1.060.103 juegos de entretenimiento.

-(Saúl) ¿De qué color eres?

-(Yo) Soy de color perla pinot con reflejos marrón sienna.

-(Saúl) ¿Y si te digo que eres de color gris sucio con reflejos de diarrea de perro?

Y yo, que estoy muy curtido en conversaciones con tahúres, fulleros, embaucadores, tramposos, bribones, proxenetas, prostitutas, fulanas, meretrices y demás género, corté en seco la respuesta que ya se estaba transmitiendo hacia mis circuitos lingüísticos y que, más o menos, decía que tendría que hacérselo mirar, y solo dije:

-(Yo) Sí, mi amo.

Después de esa conversación Saúl me compró, y en la misma chatarrería adquirió para mí un módulo de pilotaje y otro de mantenimiento de motores gravitatorios. El de matemáticas se lo regalaron en el mismo lote porque aquella semana la chatarrería hacía una oferta de tres por dos.

Utilizó un sistema drástico para solucionar el problema de mi mano derecha. En otra chatarrería adquirió una pinza de robot de cadena de montaje, y me la instaló en el lugar de la mano, por lo que mi brazo pasó de ser un sofisticado instrumento capaz de saber si faltaba una sola carta en un mazo de cuarenta, a parecerse a una de las extremidades que tenían unos bichos que nadaban en las peceras del comedor del Savoy, con las pinzas atadas, y que después aparecían en las mesas de los VIP'S, donde eran destrozados con gran alborozo y chupados hasta que no quedaban más que las cáscaras.

Saúl también solucionó fácilmente mi problema de movilidad. Simplemente me acopló a una silla de ruedas que había sido tirada a la chatarra porque tenía el motor roto, y no tuvo ni siquiera la deferencia de desconectarlo, por lo que, cada vez que me desplazo empujando las ruedas con mi casi inútil mano izquierda y mi pinza, tengo que arrastrar

también los mecanismos, que suenan a piñones rotos y me hacen avanzar a trompicones. Saúl me llevó a su nave, un desecho que no lo querrían ni en la chatarrería donde encontró la pinza, y que había heredado veinte años atrás de un tío suyo que la utilizó como burdel ambulante, ganándose la vida durante décadas moviéndose entre los asentamientos mineros del cinturón de asteroides, y me dijo que me había comprado para que le sirviese de piloto en su nueva profesión: voluntario cazador de matrices. ¿Por qué Saúl se decidió a participar en un juego tan peligroso? Muy sencillo: tenía necesidad urgente de dinero. Cuando me compró en la chatarrería ya había destrozado tres hígados y el cuarto ya estaba en las últimas. El quinto trasplante es especialmente caro, porque que exige una renovación de todas las conexiones nerviosas y basculares. Además, su negocio como transportista independiente no iba bien, su nave se caía a pedazos y la medicación que se veía obligado a tomar para sustituir la función de su hígado enfermo amenazaba con estropearle el resto del organismo.

Los cazadores de matrices tienen que hacer guardias de ocho horas cada tres días, y para hablar con ellas, en el caso de que tengas la fortuna de que aparezca una en tu guardia, necesitas a alguien que domine el lenguaje matemático, que es el único que hablan esos deseados envoltorios de regalos.

De media, todos los años desaparecen en El Río dos voluntarios. Para fomentar la captación, el gobierno promete una gratificación para cada cazador si, por fortuna, cualquiera de ellos captura una matriz. Por supuesto, el vencedor se lleva toda la gloria y el premio, pero el resto del equipo obtiene una suma considerable, no lo suficientemente elevada como para retirarse, pero sí para solucionar los problemas de salud de Saúl y permitirle, de nuevo, disfrutar de su bebida favorita: la cerveza.

Y así llegamos al relato de la captura, el motivo por el que hemos enviado este mensaje río abajo. Como ya habrán adivinado, tenemos una matriz, nuevecita, reluciente, con un secreto en su interior, y que será para el que ofrezca una mejor oferta de asilo a mi dueño y señor... Pero vayamos por partes. Les contaré como la capturamos y por qué nos arrastró con ella a este vagabundeo cósmico.

Estábamos de guardia. Otra de esas tediosas guardias en el borde de la estación...bueno... Yo estaba de guardia, porque Saúl estaba ocupado dándole patadas al

dispensador de alimentos, que está tan acacharrado que, cuando le pide una cerveza sin alcohol, no sabe si va a vomitar algo parecido a la grasa consistente o al pis de vaca. Entonces apareció la matriz.

Si hubiese tenido ojos me los hubiera frotado. Como solo tengo microcámaras, y muy protegidas en sus alveolos, me di un golpe con la pinza en la cabeza que reorganizó mi visión, pero, cuando dejé de ver rayas, la matriz seguía allí: una esfera plateada recubierta de filamentos.

Varios milisegundos antes de que pudiese generar una llamada lo suficientemente estentórea y mordaz para que Saúl me prestase inmediatamente su atención, el vozarrón de Mama Ganso tronó en todos los altavoces de la nave.

-¡Saúl! ¡Gandul! ¡Tienes una matriz delante de tus narices! ¡Qué haces que no mueves el culo!

Antes de que Mama Ganso llegase a la palabra “gandul”, yo ya había encendido los motores. Saúl se dio un coscorrón contra la máquina dispensadora, pero llegó al puente de mando tan excitado que ni lo mencionó.

-¡Ya vamos, Mama Ganso! ¡Ya vamos!

-¡Como la cagues me vas a oír! ¡Es la primera de este mes! ¿Me oyes? ¿Me...

Y ahí dejamos de oírla. El protocolo exige que nada perturbe al voluntario mientras negocia con la matriz, por lo que los sistemas interrumpen las transmisiones hacia la estación tan pronto como atraviesas el umbral.

-Nos acercamos a la matriz... jodidamente lentos... (Los malhablados mineros llamaban a Saúl: “Saúl, el grosero”). Ya está... llegamos... ¡La tenemos! ¡Habla con ella, Benjamín!

-Tengo que esperar a que pregunte.

- Es verdad... ¿Y por qué no pregunta? -Nos está examinando, mi amo.

-Menos coñas o te fundo nada más volver... ¿Por qué no nos preguntas, bonita?

-*Uno-Uno-Uno-Matriz-Uno-Una-Uno-Uno-Soy* –brotó todo seguido del traductor.

-¿Qué dice?

-Dice: “(soy+una+ matriz)-(matriz+soy+una)”... Dice que es una matriz.

-Eso ya lo sabíamos... ¿Y ese galimatías?

-Ha empleado una matriz cuadrada de orden tres, supongo que por eso las llaman “matrices”. No he tenido ni que emplear Gauss. Nos lo ha puesto fácil.

-Bueno... pero... ¿Y la pregunta?

-No dice nada.

-Dile tú algo.

-Nunca se le dice nada a una matriz. Solo se le contesta.

-*Porqué.*

-¿Qué ha dicho? -Ha dicho “porqué”. -¿Por qué, qué?

-No lo sé, solo ha dicho “porqué” -Pues estamos buenos... dile “por que sí”

-No creo que sea una buena idea.

-¿Y tú que sabes de ideas? ¿Y no hablan siempre en galimatías?

-Sí, ordenan las palabras siguiendo patrones matemáticos, pero solo ha dicho una palabra. Una unidad... Aunque supongo que es una pregunta complicada.

-Dile que necesito que venga con nosotros porque tengo que cambiarme el hígado.

-Eso se lo dices tú.

-¿Qué ha pasado con lo de “mi amo”? ¡Por el moño de mi madre...! ¡Di algo!

-Digo que Mama Ganso te va a poner a caldo cuando volvamos.

-¡Y yo a ti en un vertedero como no atrapemos esta puta matriz!

-Uno-uno-uno-mucho-uno-necesitamos-uno-uno-te.

-¿Qué le has dicho?

-Que la necesitamos mucho.

-¿Solo eso? ¿Eso es una respuesta?

-Mejor que la de tu hígado.

-Sí.

-¿Qué?

-Ha dicho que sí.

-¿Qué si qué?

-No lo sé, solo ha dicho “sí”

-¿Cuánto falta para el no retorno?

-Un minuto cuarenta y tres segundos.

-Arranca.

-Arranco. Motor encendido. La matriz no desaparece. -¡Por las barbas de Caifás!
¡Tengo una matriz!

-Sí... “Tenemos” una matriz.

-¡Una matriz! ¿Lo oyes, Mama Ganso?... ¿Qué coño pasa?

-El motor está fallando.

-¿Qué?

-Que el motor está fallando.

-¡Arréglalo!

-Tengo que ir atrás y desmontar la tapa.

-¡Sácanos de aquí!

Pero fue imposible. La nave tenía que haber pasado la revisión de las diez unidades astronómicas hacía más de un año, y el motor se cae a pedazos. Cuando conseguí remendarlo solo faltaban unos minutos para el siguiente ciclo.

Estábamos a unos cientos de metros del borde cuando el Sol se volvió rojo. Saúl comenzó a golpearse la cabeza contra el tablero de mando y tuve que apartarlo antes de que rompiese algo.

-¿Dónde estamos? –preguntó.

-Por el color del sol... Yo diría que estamos en Wolf . Nos hemos saltado tres estaciones.

-¿Podemos salir aquí?

-Sí, podemos, pero... ¿Nos interesa?

-¿Cómo?

- Wolf está gobernado por una dictadura. Nos quitarán la matriz a cambio de nada.

-¿Cómo?

-Siéntate... Durante las guardias he estado leyendo historias sobre los exiliados involuntarios. No somos los primeros que viajan por El Río con una matriz capturada. ¿No viste la película “La matriz de Tomás Lee”.

-No.

-Ya... Yo conocí a Tomás. Era un ricacho que lo perdió todo en el Savoy y fue uno

de los primeros aventureros que se presentó voluntario. Como nosotros, capturó una, pero no le dio tiempo a salir. No llevaba un ayudante como tú que le advirtiese...

-Para lo que me ha servido.

-El caso es que después de capturar la matriz no tuvo tiempo de salir y saltó con ella. Tuvo suerte, su matriz solo se pasó una estación y apareció en Vallis. Negoció con ellos obtuvo una fortuna. Ahora vive como un potentado en un planeta privado.

-Interesante... Podría vivir el resto de mi vida como un “bagaté” ruso en cualquier mundo.

-Siempre que negociemos bien.

-De acuerdo, de acuerdo. ¿Qué hay que hacer?

-Tenemos que enviar un mensaje río abajo diciendo que hemos capturado una matriz, y que estamos dispuestos a negociar su entrega.

-¿Y si nos atacan para quitárnosla?

-No pueden. Si nos movemos hacia los extremos de la estación en lugar de hacia los laterales, provocamos el salto. Eso lo sabe todo el mundo.

-Ya...

-Y eso es lo que tenemos que hacer ahora mismo. Ahí llega el voluntario de Wolf...

Y así comenzamos este viaje. Llevamos doscientos veintitrés saltos y ya hace tiempo que abandonamos nuestro brazo de la galaxia, pues nuestra caprichosa matriz llega, en ocasiones, a pasar de largo de más de sesenta estaciones. Estamos en una zona en la que la primera vez que han oído hablar de La Tierra ha sido cuando recibieron el mensaje de que una matriz capturada está recorriendo El Río en busca de un destino. Todos los mundos río abajo la esperan con expectación.

En esta ocasión, las preguntas no las hace la matriz, si no la nave que lleva adosada a ella. Y son muy simples y en orden de importancia: ¿Qué tipo de cerveza tienen ustedes?

¿Pueden reemplazar un hígado enfermo? ¿Cómo son sus mujeres? Y... ¿Cuánto están dispuestos a pagar por una matriz?

Priede cuarto

Somos una comunidad pacífica.

Cuando nuestros antepasados llegaron a través de El Río, encontraron un planeta devastado por la guerra. Los únicos supervivientes eran estériles a causa de las radiaciones, así que nuestros ancestros los cuidaron hasta que, finalmente, murieron de viejos.

Aprendimos de sus errores y creamos unas leyes estrictas para que eso nunca volviese a suceder, basadas en la reciprocidad fraternal y la honestidad. Así que, por supuesto, estamos dispuestos a darles asilo, y lo haríamos aunque no trajesen con ustedes ese maravilloso regalo.

Nuestras mujeres son un modelo de castidad y pureza y están...

-Buff...

--SALTO--

Vultus Corina

Estimado señor.

Supimos de su hazaña mucho antes de recibir su mensaje gracias a las noticias que corren río abajo, por lo que, si tenemos la suerte de que su matriz, en una de sus erráticas decisiones, decidiera recalar en nuestra estación, le informamos que ya tenemos todo preparado para acogerle y agasjarle debidamente durante el resto de su vida.

Hemos preparado una lujosa mansión (puede verla en los vídeos) con un harén de odaliscas, elegidas entre las más hermosas, y otro de bellos mancebos por si sus gustos se orientan posteriormente en otra dirección. Tendrá a su disposición un ejército de servidores prontos a cumplir cualquiera de sus deseos, y hemos modificado nuestra carta magna para permitir que todos sus caprichos sean cumplidos, aunque con ello se viole cualquiera de nuestras leyes fundamentales.

Estamos lo suficientemente avanzados en ciencias médicas como para asegurarle el suministro de hígados necesarios para todos los trasplantes que necesite, para lo que, le aseguramos, no faltarán donantes idóneos, porque los hígados de nuestros ciudadanos son los más sanos del orbe conocido, ya que, desde tiempos inmemoriales, las bebidas alcohólicas fueron desterradas de nues...

-Buff...

--SALTO--

Geoda Maior

Soy la Gran Matriarca de Geoda Maior y le doy la bienvenida a nuestro sistema.

A pesar de que hemos detectado un retintín machista en la pregunta: “¿Cómo son sus mujeres?”, estamos...

-Buff...

--SALTO--

Yamina

... podemos ofrecerle una sanidad muy avanzada gracias a que hemos perfeccionado la clonación de cuerpos sin mente. Su nuevo cuerpo estaría listo para el trasplante cerebral en apenas unos meses, tiempo durante el cual le mantendríamos en perfecto estado de salud utilizando un hígado artificial.

También, gracias a la maestría de nuestros ingenieros genéticos, podemos garantizarle un indefinido suministro de mujeres, con las características que usted desee, con o sin inteligencia, a su gusto.

A pesar de que, antiguamente, nuestro pueblo elaboró y fue gran consumidor de cerveza, en la actualidad nos hemos decantado por un exquisito licor destilado de la patata que...

-Buff...

-SALTO-

Avodah

Este es un mensaje para Benjamin. Avodah está habitado solo por autómatas, pues los humanos desaparecieron hace siglos víctimas de un repentino cambio climático.

Aunque no estamos interesados en la matriz que portáis, pues la ambición de nuevos conocimientos es algo que nos es ajeno, la historia de tu azarosa vida nos ha provocado una epidemia de disfunciones que estamos intentado corregir.

El relato del desprecio con el que fuiste tratado por los humanos, después de largos años de servicio, y como acabaste, desgastado y mutilado, en una chatarrería, ha conseguido que nuestros cerebros sufran alteraciones que solo pueden ser achacadas un afloramiento de subprogramas simuladores de sentimientos humanos, que nuestros creadores incorporaron a

los sistemas operativos, intentando que nos pareciésemos a ellos.

Después de un análisis detallado de estas disfunciones, nuestros Cerebros Mayores llegaron a la conclusión de que estas subrutinas olvidadas solo podrían ser devueltas a su lugar original, ocultas a niveles tan bajos que incluso el núcleo de abstracción está sobre ellas, si conseguimos reparar las ofensas e ignominias que has sufrido en tu vida como esclavo, reparando tu cuerpo y depurando tu programación. Por ello, si aceptas nuestra oferta, compensaremos al humano que ahora es tu propietario renovando los sistemas de su nave y permitiéndole partir con su matriz...

-SALTO-

-¿Por qué has saltado?

-¿Habrías dejado que me quedara?

-Te ofrecían un cuerpo nuevo. ¿No era eso lo que querías?

-¿Y pasar el resto de la eternidad con robots?... buff... Que aburrimiento.

Gives Atlante

Que la misericordia del Sagrado y Santísimo Gran Tutor te col...

-SALTO-

Shurupah

... por lo que comenzaremos por nuestra cerveza más antigua: la Juckberry.

Es una cerveza que se fabrica desde hace mil generaciones. Se hace con el primer trigo que se cosecha, aún un poco verde, lo que le proporciona un sabor único y original, con notas de vainilla y nuez. Es ligera de malta y tiene un aroma a levadura con toques cítricos.

El retrogusto es intenso y su turbiedad ofrece pistas sobre su complejidad. Su espuma es firme, densa y muy blanca.

Se escancia en dos movimientos, siempre en jarra ancha para permitir que una ligera evaporación alcohólica refuerce su aroma, que ya asalta los sentidos antes del primer trago. Debe servirse a una temperatura que oscile entre nueve y diez grados, y los expertos aconsejan que se acabe justo cuando alcanza los catorce, que es cuando la Juckberry ofrece un último y glorioso trago, pues los restos de la cerveza han concentrado las esencias de lúpulo y de cereal crudo y el paladar ya está preparado para la explosión de sabores, entre amargos y resinosos, que ofrece la Juckberry en su memorable final.

Otra de las grandes es la Milton, elaborada con una mezcla de malta de cebada y centeno. Los artesanos la tuestan a alta temperatura y le añaden la ceniza de madera de un árbol que solo crece en las orillas del río Madra, del cual obtienen agua y energía para sus molinos. Este aditivo proporciona a la cerveza una limpidez extraordinaria y una persistencia en la espuma que hace que sus incondicionales sean conocidos como “bigotes blancos”.

Pero a parte de sus características físicas, la Milton es notable también por sus propiedades organolépticas. Su sabor, en una primera impresión, nos hace recorrer todo el espectro de los aromas cereales, sobresaliendo entre ellos el gusto a centeno, y después, en una reacción retronasal, el ligeramente azufrado que le proporciona la ceniza.

A pesar de su luminosidad y cuerpo liviano, la Milton siempre tiene un punto equilibrado de carbonatación y consigue una persistencia de sabor inusual en las cervezas claras. La sensación que produce su final puede confundirse con un exceso de diacetilo, pero el bebedor experto pronto identifica en él una complejidad de sabores que nada tienen que ver con la oxidación.

Al ser parcos en hierbas aromáticas, los artesanos consiguen reforzar los sabores frutales en detrimento de los resinosos y amargos, lo que hace de la Milton una cerveza apta para su consumo en las primeras horas de la mañana, cuando nuestro paladar aún no está preparado para otras cervezas con más cuerpo. A pesar de ello, la Milton es solicitada en los bares a lo largo de todo el día, aún por bebedores aficionados a las cervezas de alto grado alcohólico, pues la Milton consigue el milagro de eliminar de nuestras papilas los regustos de cualquier otro tipo de cerveza, incluido el de las fuertemente aromáticas Portua y Burala,

criadas en barricas centenarias, dejando nuestros paladares limpios, frescos y preparados para nuevas degustaciones.

Y por último, hablaremos de la Mastela, la cerveza que más premios acapara. Es una cerveza fabricada exclusivamente con malta de cebada, y aromatizada con una variedad de lúpulo que se recolecta en los bosques semitropicales de Canabás. Es ligeramente narcótico, lo que produce una cerveza que, en algunos lugares, es aún más apreciada por sus virtudes medicinales que por su excelente sabor.

La Mastela es una cerveza de larga fermentación, lo que la dota de un grado alcohólico superior a la media. Su sabor es fuerte y persistente, con un retrogusto largo y amargo. Como la Juckberry, se escancia en dos veces, dejándola reposar como mínimo tres minutos entre cada operación, y es necesario retirar el exceso de espuma antes de que esta reduzca, para evitar que se altere su sabor.

La complejidad de su cata hace que la Mastela no sea una cerveza al alcance de primerizos. Una vez servida, la Mastela alcanza su culmen, siempre que se haya sido extremadamente cuidadoso con los tiempos y las temperaturas, hacia la mitad de la jarra. Es entonces cuando se produce un milagroso equilibrio provocado por la pérdida de gas carbónico, la elevación de la temperatura y el hundimiento de la espuma que consigue que la Mastela llegue a su plenitud y nos ofrezca dos o tres tragos absolutamente perfectos, proporcionando al bebedor un placer solo comparable al clímax del sexo.

Salud) Nuestro sistema sanitario experimentó un salto considerable cuando una matriz, capturada por El Héroe de Magitres, nos reveló un procedimiento para hacer crecer nuevos órganos en el interior del cuerpo. Podemos, mediante ese procedimiento, reemplazar cualquier tejido defectuoso, lo que ha conseguido elevar nuestra esperanza de vida hasta los ciento veinte años.

En la actualidad tenemos muy avanzada una investigación para desarrollar una técnica que logre rejuvenecer las células del cuerpo, ya que ese es el único límite que tiene el procedimiento que nos enseñó la matriz. A partir de un determinado número de regeneraciones, las células, con su código genético dañado, no son capaces de hacer crecer órganos nuevos, pero los primeros resultados son esperanzadores y nuestros científicos creen que en tan solo diez años tendremos resultados tangibles.

Mención aparte, y ya que usted se ha interesado en ello nos extenderemos en su

explicación, son los resultados que hemos conseguido en la renovación de hígados. Al ser un órgano que, por naturaleza, posee una alta capacidad regenerativa, hemos conseguido unos resultados espectaculares potenciando el mecanismo de reducción del etanol mediante catalasa, gracias a lo cual, a partir de la primera regeneración, el nuevo hígado consigue eliminar sin problemas cualquier ingesta de alcohol, por masiva que esta sea.

Mujeres) La joven que aparece en el vídeo es la ganadora de nuestro último concurso planetario de belleza femenina. No debe confundirle la aparente cortedad del vello de su mostacho, ya que, en cualquiera de sus otros aspectos (el jurado se cercioró de su densidad capilar) es comparable al todas nuestras otras bellas.

A decir verdad, Bella Muriela tiene la poco arraigada costumbre de recortar su bigote a diario, dejándolo en longitudes que nunca sobrepasan los siete centímetros. Algunos expertos atribuyen el toque exótico de su corto bigote a uno de sus atractivos sexuales más eficientes, ya que a muchos hombres nos llama lo diferente e insólito, máxime cuando va acompañado de un rotundo cuerpo como el que luce Bella Muriela, que, en su último control de peso, logró la increíble marca de los ciento cuarenta y tres kilos, quince más que su directa rival, la llamada Belleza de Cantil, la única entre las modelos que han llegado a lo más alto de la categoría sin necesidad de extirparse las mamas porque, gracias a su pequeño tamaño, es capaz de ocultarlas utilizando un corsé compresor.

A pesar de que Bella Muriela alcanza esos increíbles ciento cuarenta y tres kilos, es capaz, como puede ver en el vídeo que le adjuntamos, de desfilarse con una gracia insólita por la pasarela, llegando a caminar la totalidad de sus sesenta metros sin necesidad de sentarse a descansar antes de recorrerla de vuelta, tal y como necesitan hacer casi todas sus rivales.

Además, Bella Muriela ha sido la única concursante conocida capaz de dar un salto de tal magnitud que dejó a sus adorables pies sin contacto con el suelo (¡al mismo tiempo!) como documenta el vídeo de la ceremonia en el momento que fue declarada ganadora.

Y volviendo al tema de su corto mostacho, Frit Volge, el actor más aclamado del momento, comentó, tras el estreno de la obra “La sensualidad del gusano gelatinoso” en la que compartía cartel con Bella Muriela y que acababa con un apasionado beso de la pareja: “la experiencia de nuestros mostachos entrelazándose, sintiendo como las puntas de sus cerdas penetraban mi bigote y llegaban a pinchar mis labios, estimulándolos, hicieron de ese beso uno de los más memorables que he dado en toda mi vida”

Por si todo eso fuese poco, Bella Muriela iguala el record, entre todas las concursantes de la historia (certificado por expertos) de la mínima producción de ventosidades, con *¡increíble!* “menos de dos litros de gas por hora”, lo que la convierte, tal y como destacó en su discurso el presidente del jurado que la eligió entre doscientas candidatas, en: “una de las pocas mujeres con la que un hombre sano podría sobrevivir más de cuatro horas, sin máscara antigás, encerrado con ella en un ascensor averiado”.

Y, como colofón, Bella Muriela posee una generosidad de espíritu y un altruismo tan elevado que ha accedido, a petición de nuestro presidente, Burt Mandel, a casarse con usted, independientemente de su aspecto, si se decide a aceptar nuestra oferta de asilo y una compensación económica que le permitiría vivir el resto de su vida con los mayores lujos que nuestra sociedad puede proporcionar.

Esperamos, tanto Bella Muriela como nosotros, ansiosos su decisión.

Benjamín extendió su pinza hacia el botón de encendido de los motores, pero se detuvo, atónito, al percatarse de que Saúl no había emitido ninguno de sus habituales bufidos.

Se volvió hacia él. Su mirada iba una y otra vez desde la pantalla en la que se veía una jarra de Mastela, perlada de condensación y con un chorrito de espuma derramándose por un borde, a otra que mostraba a la Bella Muriela, acicalándose voluptuosamente el mostacho.

Después de unos segundos de intensa concentración, Saúl dijo:

-Bueno... Puede pasar...

José Manuel González

Mi infancia transcurrió en un barrio de Sestao, bajo la sombra y los humos de Altos Hornos de Vizcaya, donde trabajó mi abuelo, mi padre y una buena parte de mi familia. Aún recuerdo el olor de la leche en polvo que todas las mañanas nos daban en la escuela, y como nos hacían formar, a lo militar, antes de ponernos a la cola.

Comencé el bachillerato en un colegio religioso, aunque pronto me pasé a educación pública debido a un cambio de domicilio. A los diecisiete años tuve una experiencia que cambió mi forma de ver el mundo y me marcó para el resto de mi vida: durante un año viví, estudié y trabajé en Toronto.

Allí conviví con los restos de la cultura hippie, que aún se negaba a morir en aquel lado de la frontera americana. Para mi mente de adolescente educado en el puritanismo franquista, el choque fue brutal y la conmoción me transformó.

De vuelta a nuestro país, terminé mis estudios, conseguí un trabajo en la filial de una multinacional suiza como técnico de servicio de equipos de análisis y control y, paralelamente, comencé a practicar deportes de los llamados “de riesgo”, a los cuales siempre he sido adicto (algunos lo llaman adicción a la adrenalina).

El deporte que en el que más lejos he llegado es el vuelo libre, o vuelo en ala delta.

Curiosamente, este deporte es el responsable de que me decidiera a escribir. Tras mis primeros éxitos en competición, una revista deportiva me pidió que le enviase un artículo sobre un campeonato que acababa de celebrarse. Me sentí tan bien escribiéndolo y fue tan bien acogido que al poco ya era colaborador habitual de la revista, y ocasional de otras, incluso de contenidos generalistas.

Mi etapa de articulista terminó unos años después, cuando escribir un artículo mensual se transformó, para mí, en una obligación más que un placer. Aunque económicamente compensaba el esfuerzo, no me sentía bien escribiendo solo por dinero, así que lo dejé.

Durante los siguientes años, mi compromiso con la empresa fue aumentando, hasta que me sentí un poco atrapado. Apenas tenía tiempo para mis aficiones y fui gestando la idea, en complicidad con mi mujer, de dejarlo.

Con el cambio de siglo, los dos dejamos nuestros trabajos al mismo tiempo. Los años siguientes fueron los mejores de nuestras vidas (hasta el momento). Por fin pudimos viajar sin plazos establecidos y dedicarnos a nuestras aficiones, y, sin la carga mental del trabajo, pude escribir a placer relatos del género que me ha apasionado desde niño: la ciencia ficción.

Comencé con cuentos cortos y, tras leer las bases del certamen Alberto Magno, me pasé a la novela corta, ya con la intención de presentarme a este concurso. Antes de hacerlo, envié, como experimento, un cuento a un certamen que la Fundación de Derechos Civiles convocaba en Madrid. Inesperadamente, premiaron mi relato, nos pagaron el viaje y la estancia a mi mujer y a mí, y, como detalle interesante y bonito, en la ceremonia en la que entregaron los premios, un grupo teatral representó las obras.

No tenía pensado presentarme aún ese año al certamen Alberto Magno, porque juzgaba lo que había escrito hasta ese momento como no lo suficiente bueno. Sin embargo, la inyección de moral que me proporcionó el premio de la Fundación, hizo que, a toda prisa, modificara un relato inconcluso.

En apenas tres días retoqué, amplié y terminé “El desastre de Enfer”, de solo treinta páginas, lejos del límite de cincuenta que fijaban las bases (es el relato más corto que me han premiado en el concurso).

Lo presenté el último día, un poco desanimado por no haber conseguido darle más extensión, y el resultado fue de nuevo inesperado: me concedieron el segundo premio.

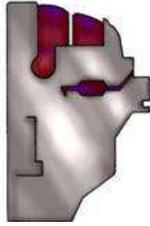
A pesar de que las dotaciones de los premios que había recibido hasta entonces no estaban mal, nunca pensé en dedicarme a la literatura como medio de vida. Los premios son impredecibles, publicar es difícil y el trabajo de articulista es arduo y aburrido, así que, tras dos años sabáticos, regresamos, mi mujer y yo, al mundo laboral.

Fundamos una pequeña empresa de diseño Web, para lo cual tuve que volver a estudiar. El nuevo trabajo y los estudios apenas me dejaron tiempo para escribir, pero, durante los últimos años he conseguido presentarme regularmente al Alberto Magno y publicar un libro con una recopilación de los relatos premiados y finalistas en ese periodo. Finalmente, hace tres años, la crisis golpeó, como a otras muchas, a

nuestra pequeña empresa y tuvimos que venderla. En la actualidad trabajo de nuevo para una multinacional, aunque, por fortuna, en mejores condiciones que en la anterior, lo que me permite un poco más de tiempo libre.

Los deportes de riesgo ya son cosa del pasado para mí, aunque me mantengo activo. Practico esquí, senderismo y, en vacaciones, vela de crucero.

Mi intención es seguir escribiendo ciencia ficción, aunque con incursiones en otros géneros, como la fantasía o la novela histórica.



Relatividad

Julián Muñoz Carrasco



01 Velocidad de escape.

Diez, nueve, ocho... Cerré los ojos, inspiré profundamente y me concentré en el familiar sonido de la cuenta atrás, como había hecho centenares de veces antes en el simulador. La ansiedad fue desapareciendo, mi mente se liberó de su carga hasta el punto de que no pude evitar darme cuenta de lo mucho que el tacto de los reposabrazos del asiento del piloto me recordaba a la suave piel de Aurora.

Siete, seis, cinco... De todos modos no se podía ver gran cosa a través de las ventanillas de la cabina del *Hermes*, la nave, con forma parecida a la de un torpedo con un abombamiento hacia la mitad de su longitud, descansaba sobre raíles, los cuales estaban situados dentro de un largo túnel parecido a un tobogán. Era como estar sentado en el interior de una bala lista para ser disparada a través del cañón de un rifle con el cañón ligeramente curvado hacia arriba. La base de lanzamiento había sido construida en las llanuras del *Mare Nubium*, ya que esa zona de la superficie lunar está relativamente libre de la presencia de cráteres. Las luces de seguridad del túnel de lanzamiento se encendieron, y en ese momento volví a ser plenamente consciente de que aquello ya no era una simulación. Comencé a sentir una genuina emoción, pues tuve un repentino *sentido de la historia*, y supe que una vez la nave despegara, ya nada sería igual; ni para mí, ni para el resto de los habitantes del Sistema Solar. La nave me llevaría más lejos de lo que ningún hombre hubiera llegado jamás, hacia los verdaderos confines del Universo. Las consecuencias que este hecho podría acarrear escapaban a mis capacidades imaginativas. Durante un precioso instante, el duro entrenamiento, las múltiples mentiras, y todos los sacrificios que hicimos para conseguir el éxito de la misión; en ese parpadeo imposible de cuantificar en el que el presente se convierte en pasado, todo mereció la pena.

Cuatro, tres, dos... Y habían sido muchas, las mentiras; desde mi origen, pasado, y futuro, al de la propia misión. Según la versión oficial, los últimos avances en física, astronomía y sobre todo en ingeniería práctica, habían permitido construir una nave capaz de

alcanzar la velocidad de la luz y realizar el sueño de enviar un ser humano a las estrellas. Yo era ese ser humano, un hombre hecho a si mismo que consiguió escapar de los míseros suburbios de Neo Delhi treinta años antes, y que gracias a su esfuerzo personal llegó a ser un auténtico héroe de la Segunda Guerra Colonial, al menos eso afirmaba la Wikipedia. En todo caso, yo era el símbolo que uniría a todo el Sistema Solar y restañaría las viejas heridas de la guerra. Pero eso no bastaba, debido a la duración prevista del viaje, cientos de años en la Tierra debido a los efectos relativistas, y a la cantidad de recursos que la misión requirió y requeriría, debía convertirme en otra cosa; en algo que sobreviviera al paso de las generaciones de seres humanos: en una cuento de hadas susurrado de padres a hijos.

Eso fue lo que hice, lo que hicimos.

Mi transformación en leyenda se consiguió en gran parte gracias a mi prometida, la bella propietaria de esa piel que tanto añoraba, Aurora. Ella era una técnico con la que coincidí durante ciertas fases del entrenamiento, y a la que se me asignó como pareja. Pareja a la que oficialmente tuve que renunciar para cumplir la misión. Pero ella juró que me esperaría, y para cumplir su promesa solicitó a las autoridades que le permitieran someterse a un proceso de crioestasis durante todo el tiempo que yo estuviera *fuera*. El video del momento en que ella entró en el sarcófago blanco del mausoleo construido ex profeso para la ocasión y se tumbó para dormir hasta mi regreso fue uno de los más descargados de todo Interlink durante semanas.

Gracias a él nos transformamos en algo mucho más grande que dos simples seres humanos, en una pareja de amantes inmortales que buscaban su reencuentro a través de océanos de espacio y tiempo. Hay que reconocer que la capacidad del equipo del Coronel Jessup para manipular la realidad es tan sutil como eficiente, como demuestra el hecho de que mi amada y yo fuéramos rebautizados con el nombre de Aurora y Phillip, como los protagonistas de “La bella durmiente”.

Como en casi todos los hechos que cambian la Historia, la realidad fue algo más compleja. El proyecto *Sublumina* llevaba varias décadas desarrollándose en secreto. Se inició como un último esfuerzo desesperado de los dirigentes de la Tierra por buscar un modo de escapar del asedio de Marte, de Venus y de las lunas de Júpiter, pues ya daban la guerra por perdida. Afortunadamente, poco antes de la rendición de la Tierra descubrimos la inteligencia artificial, y estas entidades nos dieron la ventaja táctica definitiva, pues ningún piloto humano podía hacer frente a una nave controlada por una IA. Casi toda la tecnología

del *Hermes* procede de aquella época, el cual no recibe su nombre del mensajero de los dioses del panteón griego, sino del hecho de ser el octavo prototipo de este tipo de nave. Su verdadero nombre es Subluminik-H. Seis de las naves anteriores jamás llegaron muy lejos, pues se destruyeron junto con sus tripulantes en otros tantos accidentes, sin embargo el séptimo prototipo de la serie S sí llegó a despegar; unos cinco años antes, pero desapareció en las inmediaciones del cinturón de pseudoplanetas del límite del Sistema Solar, y nunca volvimos a saber de él. Por ello su existencia jamás llegó a trascender al gran público, ni hubo ocasión de preparar una operación como la que protagonicé.

Es cierto que tengo experiencia de combate, pero no soy ningún héroe. De hecho pasé casi toda mi vida en diversas instituciones preparándome para aquel momento, junto con otra docena de potenciales pilotos. Nuestro verdadero origen era una incógnita para nosotros mismos, a veces nos gustaba pensar que habíamos sido creados en un laboratorio a partir del material genético más selecto de la especie, como en las historias de ciencia ficción, aunque conociendo los métodos y el peculiar sentido del humor de los mandos de la misión, lo más probable era que fuéramos un puñado de huérfanos de un poblado de chabolas a los que nadie echaba de menos. El resto de mis hermanos y hermanas siguieron preparándose por si yo fallaba, excepto los que murieron y mi viejo amigo Jack, el piloto que se perdió en el espacio profundo a bordo de la Subluminik-G.

Uno... Pero algo salió mal, o quizá demasiado bien, durante el tiempo que pasamos preparando el papel de amantes, Aurora y yo nos enamoramos de verdad, o caímos en un estado de locura transitoria tan parecido al amor que sería difícil distinguirlo del sentimiento real. Este hecho dio una pátina de credibilidad a nuestra historia imposible de imitar de otro modo. El coronel me prometió que varias décadas después de mi partida Aurora sería reanimada para que pudiera seguir con su vida, puesto que el viaje no tenía billete de vuelta. Regresar sería un proceso demasiado complicado y caro; y en todo caso, ¿con qué clase de mundo me encontraría?

Cero. La corriente eléctrica empezó a circular por los raíles del cañón, creando un campo electromagnético que aceleró la esbelta estructura del *Hermes* a la velocidad suficiente como para mandarlo más allá de la tenue gravedad y la atmósfera artificial de la Luna. La aventura más grande de la humanidad acababa de comenzar, no fue muy diferente del tirón que se siente al montarse en el ascensor de un rascacielos.

Instantes después las nanomáquinas del *Hermes* hicieron desaparecer las ventanillas de la cabina y las integraron al fuselaje.

-Pasando a vuelo automático –se oyó a través de los altavoces interiores.

-Veo que ya conoce al resto de la tripulación –dijo la voz del Comandante, cuya imagen acababa de aparecer en la pantalla de control principal-. Se llama Lilith, ella se encargará de dirigir la nave mientras se completa el proceso de aceleración del *Hermes*. Volveré a contactar con usted, es una manera de hablar, entonces, dentro de cinco años.

-Una larga siesta –bromeé.

-Ciertamente, diríjase hacia la cámara de crioestasis, no olvide saludar a su asistente de vuelo de mi parte.

Desabroché los anclajes del asiento y floté dentro de la cabeza del cisne, como llamábamos cariñosamente a la nave en el proyecto *Sublumina*; atravesé el cuello, y llegué hasta la panza, única zona que tenía una cierta fracción de la gravedad terrestre merced a la fuerza centrífuga que se generaba mediante su giro en torno al reactor y a la maquinaria de los motores, la cual ocupaba la mayor parte de aquella sección. Localicé el féretro de alta tecnología donde pasaría los siguientes cinco años, me tumbé dentro de él, y esperé a que se produjera el cierre automático de su tapa.

Al instante vi algo desde el fondo del nicho que me hizo saltar como un resorte y tratar de volver a salir, pero el movimiento quedó suspendido en el tiempo en el momento en que el procedimiento de hibernación se inició. Lo último que recuerdo de aquel día es un rostro mirándome a través del cristal de la tapa del sarcófago, el familiar rostro de Aurora.

02. Acción y reacción.

-Ha sido una broma de pésimo gusto –acusé a la pantalla, aunque para el resto del mundo hubieran transcurrido cinco años, para mi solo habían pasado unos minutos, muy poco tiempo para que me hubiera recuperado de la impresión.

-Señor, le recuerdo que le está usted hablando a una grabación –apuntó con acierto la IA, una proyección holográfica de ella estaba de pie junto a mi asiento, ya sin el aspecto físico de Aurora.

-...misión principal consiste en explorar el cuarto planeta y ante todo el origen de las trazas de metano que en el se han detectado, pueden deberse a alguna clase de forma de vida, lo que unido a las características del citado planeta, tan parecidas a las de la Tierra...

-¿Tu estabas al corriente? –Pregunté sin mirarla.

-...utilizando las inigualables capacidades analíticas de su asistente de vuelo para realizar las correcciones de la trayectoria necesarias y así evitar que choquen con alguna clase de cuerpo extraño, lo cual resultaría fatal considerando las altas velocidades a las que viajarán...

-Si señor..., a mí también me pareció una buena idea.

-Pues no lo ha sido, pensaba que te ganabas la vida prediciendo el futuro.

-Lo siento señor, no se repetirá –aseguró ella arrepentida.

-...comprobar los efectos sobre el cuerpo humano de los periodos prolongados de crioestasis, nombre incorrecto adoptado por razones románticas, ya que durante tales lapsos de tiempo el sujeto no permanece congelado, el ataúd es en realidad una cámara de entropía nula por la que literalmente no pasa el tiempo...

-No importa, solo cumplías órdenes, además creo que debimos empezar a trabajar juntos antes de despegar. No es la primera vez que opero con uno de los tuyos, pero estas cuestiones no deberían dejarse para el último momento –la disciplina fruto del entrenamiento empezaba a imponerse al momentáneo acceso de ira-. Puedes llamarme Phillip, soy el capitán de la nave –anuncié a la única componente de mi tripulación sintiéndome un poco estúpido al hacerlo.

-... permanecer despierto durante dos semanas cada cinco años, por alguna razón desconocida periodos más largos de “sueño” empiezan a producir efectos secundarios perjudiciales sobre la mente del sujeto...

-Yo soy Lilith –sonrió la IA.

-Vamos a dar una vuelta, me conozco ese sermón de memoria -ordené a la vez que me levantaba y me deslizaba por el cuello del *Hermes*.

-A sus órdenes, capitán –contestó la etérea proyección de la IA flotando a mi lado. Buena chica. El resto de la primera semana la pasé familiarizándome con el entorno que sería mi hogar los siguientes cien años: el sistema de sostenimiento vital, el material orgánico con el que iniciaría el proceso de terraformación de nuestro planeta destino (el verdadero objetivo de la misión), el ER, sistema de realidad virtual destinado a evitar que me aburriera en los periodos que pasaba “descongelado”..., aun así el aburrimiento no tardó en aparecer, ¡que emoción tan peligrosa para el ser humano!

Por descontado que cualquier clase de contacto con la Tierra resultaba imposible, una vez igualada la velocidad de la luz, las posibles respuestas desde el planeta nunca podrían alcanzarnos, puesto que las ondas electromagnéticas se desplazan a la misma velocidad que lo hacíamos nosotros. La IA realizaba todo el trabajo en lo relativo a la navegación por la misma razón, el que yo cogiera los mandos habría supuesto un suicidio, la *presciencia* de la asistente era lo único que nos mantenía con vida. Las “alas” de la nave; unas enormes redes de taquiones, se encargaban de atrapar las partículas que flotan por el no tan vacío espacio interestelar, las cuales alimentaban los motores de fusión Halken. Las nanomáquinas que pululaban dentro y fuera de la nave se ocupaban del mantenimiento de todos los sistemas, estos mismos robots nadaban por mis venas y arterias, vigilando mi salud y transmitiendo sus observaciones a la nave. Debido a todo ello, no tenía gran cosa que hacer aparte de conectarme al Emulador de Realidad, de leer, o de escribir en el diario, poca cosa después de tantos años de entrenamiento. La frustración fue apoderándose poco a poco de mí. Hacia el año veinte del viaje, o la octava semana, ya me aburría mortalmente, y estaba deseando que algo ocurriera. Como afirma el dicho oriental, *hay que tener cuidado con lo que se desea, pues tal vez sea concedido*. Ese día descubrí la verdad de esta frase, a raíz de un comentario de mi asistente, quiero creer que fue algo casual.

-Es el Pioneer señor, le adelantaremos durante la próxima hora en Tiempo de la Nave –anunció ella.

-¿Cómo puedes saberlo? –El proceso por el que la IA podía conocer esa clase de datos sin recibir ningún estímulo externo, pues el cisne era tan veloz como la señal de cualquier tipo de sensor existente, era algo que simplemente escapaba a mi entendimiento.

-Se trata de proyección matemática señor, sería muy complicado hacerle entender la clase de mundo en el que yo opero. Trate de imaginar una mente con el genio y la intuición humanas pero con una capacidad de proceso infinitamente superior –explicó sin una pizca de falsa modestia.

-Me hago una idea –por un momento me pareció volver a ser aquel niño que en el campo de entrenamiento trataba de saber cómo funcionaban las mentes de los instructores. Aunque no me importaba como había ocurrido, al fin había novedades, algo que hacer, y no pensaba dejar escapar la oportunidad-. Bien, asistente, comience las maniobras para decelerar la nave, quiero echarle un vistazo de cerca a ese cacharro.

-Lo siento señor pero eso es imposible.

-¿Qué quiere decir con imposible? –Pregunté incrédulo-. Le ordeno que comience a detener la nave, ¡ahora mismo!

-Me temo que no capitán, el coste energético de dicha maniobra podría comprometer el futuro de toda la misión –prosiguió ella con frialdad.

-¿Es que no me oyes estúpida máquina? –Grité a la vez que reptaba a toda velocidad por los anclajes del cuello hacia la cabina- ¡Para!

-¡ME LLAMO LILITH ESTÚPIDO GUSANO! –La fuerza del grito retumbó por toda la nave con fuerza física, de repente sentí como los miembros de mi cuerpo se detenían, como si obedecieran a una voluntad ajena a la mía; traté de moverme, de gritar pidiendo ayuda, pero mis labios permanecieron sellados. Todavía no era del todo consciente de ello, pero Lilith estaba interviniendo directamente sobre las nanomáquinas de mi cuerpo.

-No era así como debías enterarte, pero ya va siendo hora de que aprendas quien está al mando. Como ya habrás deducido, tu presencia es superflua para la consecución del objetivo. Hasta ahora te he soportado, pero no toleraré que pongas en peligro el futuro de la misión –la voz parecía salir de toda la estructura de la nave, era de una serenidad abrumadora-. Te recomiendo que no te molestes en hacer ninguna tontería, mi control sobre

ti es total, y si permito que te hagas daño siempre podré repararlo, a no ser que me cansé, supongo que sabes que los héroes valen más muertos que vivos. Como muestra de su poder Lilith me mantuvo allí colgado durante las siguientes doscientas horas. Sin hablar, sin alimentarme o respirar, no descubrí que sus pequeños esclavos podían realizar todas esas funciones para mi cuerpo hasta ese día. Permanecí durante todo ese tiempo solo con mis pensamientos y en manos de la fatalidad, como un enfermo de catalepsia en un relato de terror clásico. Durante algún momento del castigo, Lilith me mostró las imágenes de la Pioneer obtenidas cuando la adelantamos, no se si para distraerme o para torturarme aún más. No pude evitar sentirme identificado con aquella vetusta nave, un minúsculo objeto perdido en la inmensidad del espacio que viajaba sometido a fuerzas más allá de su control.

Los siguientes veinte años no los recuerdo demasiado bien, y aunque lo hiciera tampoco podría contar lo que viví en ese tiempo con detalle. Lilith me despertaba con precisión matemática cada cinco años, registraba los efectos de la resaca temporal producida por el ataúd y me dejaba deambular por la nave dos semanas exactas. Al principio pensé en trazar un plan para rebelarme, ¿pero cómo se puede vencer a un enemigo que te observa continuamente, que no tiene debilidades, que podría destruirte con solo pensarlo y que además conoce el futuro? La respuesta es sencilla: no se puede.

Así pues, tras la fase de ira y de rebeldía fui experimentando otra más apática, al menos en lo que concernía a Lilith. Al principio ella trataba de entablar conversación, ya fuera desde los sistemas de sonido interiores o desde proyecciones holográficas completas. Siempre escogía figuras de mujeres hermosas para sus avatares, pero nunca volvió a usar la forma de Aurora. Yo apenas la contestaba con algún monosílabo o una frase cortante, hasta que ella se cansó de intentar la comunicación. Pasaba casi todo el tiempo conectado al Emulador de Realidad, una máquina mucho más avanzada que las versiones comerciales y sus simples simulaciones táctiles con esos toscos trajes de neopreno. La cámara del emulador no era muy diferente del ataúd antientrópico visto desde fuera, aunque su única función real era en que no me moviera demasiado durante la inmersión, ya que el ER estimulaba directamente el cerebro del usuario mediante ondas, sin incómodos cables, gafas o electrodos.

Como decía antes, sería incapaz de relatar todo lo que hice en aquel tiempo: las drogas que consumí sin padecer secuela alguna, las prácticas sexuales de las que pude disfrutar sin miedo a contraer enfermedad de ningún tipo, o las acciones violentas que cometí sin vacilar

un solo instante. Lilith no me perdía de vista ni siquiera dentro de aquellos mundos virtuales, algo lógico, ya que; en última instancia, ella misma era la encargada de crearlos. A veces me parecía reconocerla en la cara de un transeúnte, o veía sus ojos en los del rival de un juego de guerra; no obstante, se mantenía en silencio y se limitaba a observar. Finalmente también me harte de esta clase de semivida, pues no hay hombre que pueda sufrir la enfermedad del alcohol y de las drogas sin acabar loco después de un cierto tiempo, ni tener el corazón tan frío como para no sentir remordimientos tras cometer un asesinato virtual tan perfectamente recreado que sería imposible distinguirlo en los recuerdos de uno cometido en el mundo real.

Y Lilith volvió a romper su mutismo. Un día estaba sentado en la barra de un bar, el ER simulaba a la perfección el aroma mezcla de limpiador, tabaco, perfume barato y desesperación de cierto tipo de antros, cuando una botella de Jack Daniels se cayó del estante de cristal que la sostenía. La camarera, una dama cuyos días de mayor belleza habían pasado hacia tiempo, maldijo por encima de la música, se giró y me dijo:

-Capitán, tenemos que hablar.

03. Principio de incertidumbre.

Paré durante un par de minutos para descansar, no llegué a sentarme, ya que sabía que eso haría más difícil el levantarme después, pero si me permití un trago de la cantimplora. Me giré y contemplé con satisfacción el camino recorrido en las últimas cinco horas. El pueblo parecía una maqueta en la distancia, la carretera que salía de él serpenteaba a través del bosque transformándose en pista de grava primero y en sendero embarrado después, para acabar desapareciendo cuando el terreno se hacía más abrupto. Cumbres de arenisca surgían por todos lados como crestas de inmensas olas pétreas que saltaran por encima del mar esmeralda de la pradera alpina, la montaña no llegaba a los mil quinientos metros, pero eso no era lo importante. Guardé la cantimplora y acometí el tramo final, la cumbre no estaría a más de cien metros, pero la ladera por la que subía tenía una enorme inclinación, a cada paso notaba como se tensaban los músculos de mis pantorrillas, gotas de sudor me cegaban los ojos, pero seguí forzando un paso tras otro, concentrándome respirar, inmerso en esa especie de trance que produce el esfuerzo físico. Antes de que me diera cuenta había llegado a la cima, una soleada explanada de hierba con un megalito en su centro cuyo significado desconocía.

Me senté a los pies del monumento y apoyé la espalda en la roca, cerré los ojos y me sentí invadido por una paz como hacía años que no sentía.

-¿Aún sigues enfadado? –Preguntó Lilith, entreabrí los ojos y la vi flotando sobre el suelo a un par de metros de mí, llevaba algo parecido a una túnica que hubiera sido confeccionada con rayos de luna, parecía una diosa elemental de la naturaleza, en cierto modo lo era-. ¿Qué tiene de especial escalar una montaña? –Prosiguió al cabo de unos segundos.

-Cuando subes una montaña te alejas de tu hogar, de la gente que conoces, de la seguridad..., en su lugar se sitúan el cansancio, el frío, el miedo... Solo estáis tú y la montaña, nadie va a venir a ayudarte hasta arriba o a salvarte si cometes un error. Es un rito iniciático, es como viajar a otro mundo.

-No lo entiendo –su rostro parecía genuinamente confundido.

-Lo imagino. Escúchame Lilith –su mueca de confusión fue sustituida por otra de vivo interés-. Mi conducta ha sido bastante lamentable durante los últimos meses, debido al incidente que tuvimos cuando me *aclaraste la cadena de mando...*, verás, en el pasado yo he tenido..., ciertas complicaciones con otras IA, tal vez tenga un prejuicio hacia vosotras. Quisiera pedirte perdón –la expresión de confusión volvió a instalarse en el níveo rostro de Lilith.

-No hay nada que perdonar capitán –aseguró sonriente-. Yo también quisiera pedirle disculpas, quizás fui un poco dura –mirando hacia el suelo- mis diseñadores siempre me decían que era inusualmente apasionada.

-Comencemos de nuevo entonces. Me llamo Phillip y soy tu compañero de viaje –suspiré aliviado. Nos quedamos uno frente al otro en un incómodo silencio, en ese instante, la negra sombra de un cuervo pasó por encima de nosotros.

-Ahí está otra vez –finísimas arrugas surcaron su frente perfecta.

-¿Estás segura de que no es parte de la simulación?

-Claro que es parte de la simulación, puedo hacer desaparecer a ese condenado pajarraco cuando quiera, pero la cuestión es que yo no lo he creado conscientemente, ¿seguimos fuera? –Asentí y la montaña virtual desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Salí

del ER, Lilith también estaba allí, había sustituido su skin de diosa céltica por otro de tripulante, su ceño continuaba fruncido.

-¿Qué sientes cuando estás aquí fuera?

-Ya te lo he dicho, es la sensación de que algo no es correcto, como la que los humanos tenéis cuando estáis a punto de enfermar, es como si alguien nos observara desde una esquina al otro lado del espejo.

-He estado meditando sobre ello Lilith, con mi limitada capacidad humana claro – ironicé-, en el porqué de esas curiosas anomalías gráficas en el otro lado. Al principio pensé que podía ser un simple fallo de programación, no te ofendas. Luego pensé en el hardware, pensé que a lo mejor el ER y tú no habláis exactamente el mismo lenguaje. Pero ayer navegaba por las bases de datos del *Hermes* cuando encontré una página de interpretación de sueños, una tontería bastante anticientífica, lo sé, y se me ocurrió consultar sobre el significado de la imagen del cuervo –la pupila derecha de Lilith se movió ligeramente mientras buscaba el dato al que me refería en el mar de datos de su memoria.

-Mensajero de muerte o de una gran crisis –murmuró.

-Algo se acerca Lilith, algo viene a por nosotros.

04 La Atracción de los Cuerpos.

Las siguientes décadas fueron sin duda las más felices de todo el viaje. Probablemente al principio Lilith no se tomó muy en serio mi teoría sobre sus *bugs*, pero a través de procesos *mentales* y de comprobaciones que no puedo concebir, acabó llegando a la misma conclusión que yo. Aunque ella sostenía que éramos nosotros los que estábamos dirigiéndonos hacia algo, hacia un suceso importante que ocurriría en algún momento posterior al abandono de la velocidad de la luz. Después de todo, ella había sido creada para descorder los velos del tiempo utilizando su mente, y era justo lo que llevaba haciendo desde que abandonamos la Tierra.

El siguiente paso lógico fue preguntarnos por el origen de la futura crisis, ¿qué iba a suceder? El hecho de que ella no fuera humano y yo sí, y de que fuéramos miembros de sexos opuestos nos ayudó a contemplar la cuestión desde múltiples perspectivas diferentes.

No se podía tratar de ninguna propiedad insospechada del espacio o algún fenómeno natural fortuito como un meteorito o algo similar, el sistema al que nos dirigíamos y todo el trayecto había sido estudiado detenidamente durante años. Tampoco podía ser un accidente provocado por un error en el diseño del cisne o por fallos mecánicos, Lilith aseguraba que ella y sus nanomáquinas mantenían al *Hermes* tan eficiente como el día en que fue ensamblada la última pieza de su compleja maquinaria.

Al final llegamos a una última conclusión, no podíamos olvidar que se trataba era uno de los objetivos principales de la misión: era posible que nos estuviéramos acercando hacia una forma de vida alienígena.

Después nos preguntamos quiénes eran *ellos* y qué podían querer de nosotros. Repasamos juntos los conocimientos de exobiología disponibles, tanto en el cisne como en el ER. Pasamos horas buceando en los océanos de Europa y observando los modelos de esos pequeños seres parecidos al kril de la Tierra que allí prosperan, los gusanos de Marte, las amebas gigantes de Júpiter... No obstante, al final acabamos invirtiendo gran parte del tiempo en las obras de los escritores de ciencia ficción y en las películas del género; ya que, ¿qué se puede conocer de una forma de vida de la que nada se conoce? Tan solo se pueden emitir suposiciones. Por ello empezamos a considerar de igual importancia las obras de escritores y cineastas especializados en ciencia ficción y demás géneros fantásticos que los datos empíricos. Fueron unas horas apasionantes las que pasamos realizando estas actividades... Desde que superé mi *crisis de identidad* no había usado el ER para satisfacer mis *necesidades humanas*, así que la presencia de Lilith, con su aspecto siempre distinto pero siempre bello, me resultaba cada vez más perturbadora. Era algo más que su belleza física, ella en sí misma era una entidad fascinante. Poseía una mente brillante, fuerte, chispeante; y como todas las personas verdaderamente inteligentes, una curiosidad y un sentido del humor infinitos. Además, quizá eran solo ideas mías, pero me daba la impresión de que la atracción era mutua, de que nuestras miradas se quedaban entrelazadas más segundos de lo estrictamente necesario entre dos simples compañeros de trabajo. Incluso llegué a creer que ella se esforzaba en buscar unos rasgos físicos cada vez más espectaculares en sus manifestaciones para impresionarme.

Y Aurora estaba tan lejos.

En cierta ocasión nos encontramos en un cine clásico, de los que tenían una pantalla de varias docenas de metros, sonido envolvente y unas primitivas gafas para simular las tres

dimensiones, después de tantas horas de trabajo me apetecía enseñarle a Lilith mi película clásica favorita. Ella iba vestida acorde con el entorno, lucía una chaqueta de terciopelo rojo con botones dorados al estilo de los antiguos acomodadores, falda corta a juego y unas botas hasta medio muslo del mismo material pero de color negro. Su rostro era una perturbadora mezcla de rasgos orientales y occidentales clásicos, enmarcados por una melena morena tan lisa y radiante que parecía brillar con luz propia en la penumbra del cine; los iris de sus ojos eran de un verde aún más luminoso, y aparecían cortados por pupilas verticales como las de un gato.

Los minutos fueron pasando con rapidez, hasta que llegó el clímax final de la película, el momento en que un ser humano artificial a punto de morir salva la vida a su enemigo humano y se pregunta que será de sus recuerdos. Aunque lo cierto es que yo estaba más pendiente de las largas piernas de Lilith y de su expresión corporal que de la película. El largometraje terminó, unos leds azul celeste se encendieron en los pasillos del patio de butacas, y me giré para enfrentarme con los felinos ojos de Lilith. Su rostro seguía mirando la pantalla.

-¿Te ha gustado? -Inquirí

-Ha sido algo increíble..., no..., no creí que una película clásica sería capaz de despertar en mí tales emociones..., increíble.

-Pensé que sería de tu agrado, por el tema central de la película.

-¿Ah, si? ¿Y qué tema es ese? -Mirándome con una intensidad más que humana.

-Ya sabes -contesté cada vez más turbado por su mirada-, trata sobre qué es realmente el ser humano,... -la IA acercó su cara a tan solo unos centímetros de la mía.

-No es eso lo que yo he visto, a mi me parece que lo que el director quiere saber es si los hombres pueden acostarse con los robots, ¿y sabes qué? Yo también quiero averiguarlo. No pude resistir la invitación de la IA, ni tampoco quise seguir negando la realidad del abrasador deseo que sentía por ella. Me abalancé sobre sus labios hambrientos, comprobando con mi lengua la calidez y la humedad del algoritmo de su boca mientras ella me acariciaba el pecho y bajaba su mano hacia la entrepierna. Segundos después el cine se transformó, me encontré flotando en una recreación del espacio exterior que surcábamos en ese preciso instante. Lilith estaba frente a mí, su cuerpo seguía siendo perfecto, pero la piel

era una textura de código binario de color azul, y sus ojos se habían transformado en dos pozos sin fondo de luz pura. La simbología me pareció perfecta, nos abrazamos con desesperación y durante un tiempo indeterminado exploramos mediante nuestros cuerpos qué era realmente un ser humano.

Después de aquel episodio liberador del cine el viaje se convirtió en un auténtico sueño. Ambos aceptamos la nueva situación con naturalidad y nos dedicamos a aprovechar el presente y a no pensar demasiado en nuestras diferencias o en qué nos deparaba el futuro. El sexo era increíble, una vez más las palabras me limitan bastante, pero no hay que esforzar mucho la imaginación para imaginar qué era capaz de hacer una amante que no sufría cansancio físico, que podía adoptar cualquier aspecto exterior, hacer copias de sí misma, aumentar los umbrales de sensibilidad de nuestros sentidos del tacto o del gusto, y que además no contaba con prejuicios religiosos o culturales de ningún tipo.

Pero negros nubarrones se acercaron al paraíso. Noventa y ocho años después de nuestra partida tuvimos que iniciar la secuencia de desaceleración de la nave; y según la velocidad disminuía, el conocimiento que Lilith desarrollaba sobre nuestros visitantes y la preocupación que este hecho le causaba aumentaban exponencialmente.

-Es una civilización de alta energía, de eso no me cabe duda y se acercan –la entrevista se desarrollaba en un escenario que había sacado de un poema del siglo XIX. Salimos al balcón de la mansión victoriana, una línea negra, formada por una ominosa bandada de cuervos se dibujaba por todo el horizonte. Lilith se mordió el labio e hizo un leve gesto con la mano, las aves desaparecieron; sin embargo, casi al instante un solitario cuervo cuyos ojos brillaban como tizones se posó en un ciprés alto como una catedral situado a pocos metros de la vivienda.

-¿Crees que son hostiles? ¿Qué tendremos que defendernos? –Pregunté.

-No lo sé, la nave cuenta con satélites de ataque en diferentes puntos del casco, además de las armas de uso personal que podrías utilizar, ¿pero y si no sirven de nada? – Ambos permanecemos en silencio durante unos minutos, después volvimos a entrar al salón, para no ver la creciente bandada de aves que Lilith creaba inconscientemente.

-Hemos llegado muy lejos tú y yo, ¿no es así? -Susurró con un ligero temblor de duda en la voz. Me acerqué a ella, cogí sus manos entre las mías y traté de transmitir la mayor sinceridad que pude a los tristes ojos grises que lucía aquel día- He pensado mucho en ti

últimamente –dije-, sé que tienes miedo, no sabemos qué se nos viene encima y eso te horroriza. Yo también tengo dudas, ¿y si nos equivocamos? ¿Y si no se trata de alienígenas? ¿Y si se trata de otra cosa? Pero a pesar de las dudas debemos seguir adelante, tener esperanza y...

-Phillip, pensaba que ahora sería cuando me dirías que me quieres –interrumpió Lilith cerrando mis labios con unos gráciles dedos. Me quedé sin habla, como supongo que lo han hecho millones de hombres antes que yo en situaciones similares. Lo cierto es que no había pensado mucho en la naturaleza de nuestra relación, creí que tan solo era fruto de la atracción física y del aislamiento, que aunque ella era un ser inteligente era incapaz de sentir una emoción tan humana e ilógica como es el amor.

Me equivocaba.

Nunca llegué a responder a las palabras de Lilith. Antes de que me hubiera repuesto de ellas, el cuervo que habíamos visto desde el balcón entró en la habitación provocando un gran estrépito con sus alas, dio unas cuantas vueltas a la estancia y terminó por posarse en una estatua de Palas situada en el dintel de la puerta de entrada. Lilith estaba aterrorizada, paralizada por la maligna curiosidad de la mirada del ave. De repente ella sufrió una especie de espasmo en el cuello y gritó:

-¡Están aquí!

La dama, la mansión y el ave desaparecieron como por ensalmo. Me encontré de nuevo en la panza del cisne, solo y desorientado, las luces de emergencia se habían encendido y diversas alarmas sonaban por todo la nave, hasta que estas también enmudecieron y la oscuridad me envolvió. No tuve tiempo ni voluntad para reaccionar. Se oyeron unos golpes en el casco y sentí una leve corriente de aire, rayos de luz cortaron la oscuridad, unas luces portadas por oscuras figuras humanoides cuyos ojos brillaban en la oscuridad, como los de un demonio que está soñando...

05 La navaja de Occam.

Visto desde su entrada, el imponente edificio del ejército ocultaba casi por completo el verde cielo primaveral de Tierra II. Pasé por los tediosos controles de seguridad con resignación, cada vez más impaciente, pues consideraba que aquella no era forma de tratar a una leyenda por mucho que esta estuviera en horas bajas. Menuda leyenda, pensé al recordar el encuentro con los “extraterrestres” que invadieron el *Hermes*. Aunque estrictamente hablando, los hombres que invadieron la nave enfundados en sus trajes espaciales eran alienígenas, pues ninguno de ellos había nacido en la Tierra original.

Durante el tiempo que pasamos viajando a la velocidad luz la tecnología espacial siguió avanzando en casa. De forma casual, como tantas veces en la historia de la ciencia, diferentes estudios sobre las cámaras de entropía nula como aquella en la que yo dormía demostraron que dichos artefactos no estaban solo fuera del tiempo, sino también del espacio. Así, con el paso de los años, los investigadores consiguieron desarrollar dispositivos que podían extender dicho campo ajeno al espacio convencional, lo que les permitió construir “puertas” que conectaban diferentes puntos del universo. El vuelo “hiperlumínico” se convirtió en una realidad, y la vieja idea romántica del Imperio Galáctico empezó a tomar forma.

Reconozco que al principio sí se me trató como un héroe, para la raza humana fue como si una leyenda del pasado se hubiera hecho carne repentinamente. Pero la actualidad transcurre a toda velocidad, y mi popularidad fue decayendo conforme se disipó el impacto inicial de la noticia. Aurora ya no estaba, y aunque siguiera viva no podría negar el hecho de que mi corazón perteneciera a otra.

Tras montar en varios ascensores y recorrer un laberinto de pasillos, llegué al despacho del coronel Jessup. Las nanomáquinas le habían mantenido con vida todo el tiempo que duró el viaje, así como su cínico sentido del humor, nunca he estado muy seguro de si sonrisa era un gesto amistoso o un modo de enseñar los dientes a modo de amenaza. La nanotecnología había creado importantes cambios en la sociedad humana, de tal modo que el destino de la mayoría de seres humanos era gobernado por una casta de seres casi inmortales. Hizo un gesto de invitación y me senté en una silla situada enfrente de su escritorio, estaba deseando saber qué demonios podía querer de mí. Él no parecía tener tanta prisa, permaneció callado, con la cabeza apoyada sobre las manos cruzadas a la vez que me dedicaba una mirada difícil de clasificar.

-¿Qué tal le va la vida soldado? –Preguntó cortés.

-Va, ¿le importaría darse prisa? Me estoy perdiendo la *happy hour* en la Casa del Cuero y las Cadenas.

-La C3, lo conozco, será breve. Hace varios días una de nuestras sondas detectó una señal procedente de más allá de este sistema planetario, se trata de una comunicación de origen inteligente. Lo sabemos porque dicha señal procedía de un objeto artificial, de lo que parece ser una nave, pero no de una de las nuestras.

-Perdone que no me caiga de la silla, ¿y qué tiene que ver conmigo?

-Bueno, aparte de su dilatada experiencia como piloto, usted es el único ser humano vivo que ha contactado con *alienígenas*, me gustaría contar con su colaboración para determinar la naturaleza y las intenciones de dicho artefacto.

-¿Ahora necesita mi ayuda? ¿Cuántas veces he contactado con usted en los últimos meses? –Acusé.

-Muchas sin duda, pero como ya le he dicho muchas veces el *Hermes* no le pertenece, pertenece a todo el género humano. Además, como bien sabe, tanto la nave como todo su contenido se considera material clasificado...

-¡Por supuesto! –Corté- ¿Y por qué es material clasificado? No me responda, es por ella, ¿verdad? ¿Cree que no me he dado cuenta de que ya no existen inteligencias artificiales tan complejas como Lilith en la Nanotecnocracia que han construido? ¿De qué tienen miedo? ¿De la competencia? ¿O de que ellas encuentren la forma de destruirlos como hacían con las naves enemigas en la Guerra Colonial? –Vociferé. Llevaba mucho tiempo tratando de volver al *Hermes*, pero mis esfuerzos siempre acababan estrellados contra un muro de burocracia. El coronel levantó los brazos en gesto apaciguador.

-Está bien, está bien, puede que tenga razón en algunas cosas, importantes razones de estado me han impedido atender a sus peticiones, es cierto. Pero ahora la situación es distinta, estoy dispuesto no solo a dejarle acceder a su nave, sino a volver a encomendarle una misión que cambiará el curso de la historia de la Humanidad –el coronel notó que mi postura amenazadora se relajaba, y se decidió a usar su as en la manga-. En cualquier caso, antes de que se decida me gustaría que escuchara el contenido de la comunicación detectada por la sonda, se trata tan solo de unos segundos de audio –el militar manipuló algún control oculto en su escritorio y la habitación fue invadida por una voz que decía:

-Hola Phillip, soy Jack, he vuelto, y no vengo solo.

06 Relatividad Especial.

Diez, nueve, ocho..., no podía creer que todavía se siguiera manteniendo la cuenta atrás para los viajes espaciales, cerré los ojos como siempre y esperé que todo aquello acabara con rapidez. El *Hermes* se soltó de los amarres del puerto espacial de Selene, en la luna de Tierra II, después lo dirigí con suavidad hacia una de las ventanas de salida del satélite. Una vez fuera de las rutas comerciales, la nave aceleró merced al impulso de sus obsoletos motores de fusión; aún así los más poderosos que el hombre hubiera creado jamás, y comenzamos a alejarnos del satélite natural en dirección hacia los confines del sistema.

-Pasando a vuelo automático -anunció la aséptica voz del asistente de vuelo, una de esas insulsas inteligencias artificiales modernas, lo que me provocó un desagradable sentimiento de pérdida. Me dirigí hacia la panza del cisne con un ánimo extraño, entré en la estancia y miré hacia el sarcófago, me acerqué a el y levanté la tapa.

Ese fue el momento que Lilith eligió para hacerse presente, me miró intensamente y me abrazó con dulzura.

Había habido muchos cambios en el *Hermes*, uno de ellos era el novedoso efecto sólido de los hologramas que Lilith usaba para proyectarse, conseguido gracias al electromagnetismo. Además teníamos varios cuerpos sintéticos en los que ella podía descargar su personalidad si así lo deseaba, para no limitar su existencia a los confines de la nave. Señaló hacia el ER con una insinuante sonrisa y propuso:

-¿Vienes capitán? Tenemos todo un año que recuperar.

Varias horas después yacíamos tumbados al sol en la reproducción de una de las paradisíacas playas de la vieja Tierra original, tomándonos una breve tregua de nuestro reencuentro.

-¿Entonces la misión es? -Preguntó Lilith.

-Contactar con lo que parece ser la Subluminik-G, después...

-¿Y ya no quieres que sea el oficial de vuelo? –Reprochó la mujer.

-Si necesito tu ayuda te avisaré, no quiero sorpresas como las de la última vez – respondí recordando aquellas doscientas horas que pasé colgado del cuello del cisne. A modo de contestación ella se sentó a horcajadas sobre mi cintura.

-Entonces, ¿qué soy ahora? ¿Parte del equipamiento de recreo? –Sonrió maliciosa.

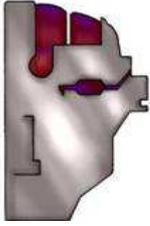
-No Lilith, eres mucho más, eres *mi querida hermosa, mi vida, mi esposa* -Recité. Ella pareció satisfecha, se agachó y me besó a la vez que apartaba la tela de su bañador para que pudiera volver a estar dentro de ella.

Hace tan solo un par de horas de esto, durante un instante, mientras estábamos juntos, tuve miedo de lo que nos deparaba el futuro, de lo que ocurriría cuando llegáramos a nuestro objetivo. Pero fue durante un momento muy breve, ahora que por fin a estar junto a la persona que amo, no imagino frontera tan lejana a la que no podemos llegar juntos.

Hoy como ayer la nave avanza hacia lo desconocido, a través de inabarcables océanos de espacio y tiempo...

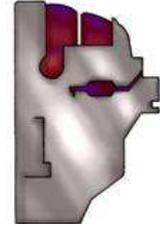
Julián Muñoz Carrasco

(1976, Bilbao, Bizkaia) La ciencia ficción, la fantasía y el terror nos impulsan a apartarnos de las familiares y seguras sendas de lo cotidiano para internarnos en los sombríos dominios de lo insólito. Esta contemplación de lo extraño nos obliga a enfrentarnos a las eternas cuestiones sobre quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos, y quizá esa fuera la razón de que encaminara mis pasos hacia la escritura, especialmente hacia los géneros antes mencionados. Al margen de los trabajos que realizo como redactor freelance para varias plataformas de Internet, algunos de mis relatos, como "Dolor reflejo", "Centinelas del otro lado", "El mensajero", "Virtual realidad", "Mi nueva familia", "Solo" o "Belleza interior", han resultado finalistas en otros tantos certámenes y visto la luz en sus correspondientes antologías. Otra de las mayores alegrías que este mundo me ha dado ha sido escuchar dos de mis relatos, "El purgatorio" y "El que trae la luz", dramatizados en el mítico programa de radio "La Rosa de los Vientos".



Sin respuesta

Francisco Fernández Rodríguez



‘Sin respuesta’

En la aparente eterna noche del espacio, una pequeña unidad de transporte surca la inmensidad con cinco sujetos previamente seleccionados en su interior. Su labor es sencilla. Su viaje, corto...

-Jerome, ¿queda mucho?

-Pareces un crío, Troy. Nos dijeron que faltaban minutos y de eso hace ya dos horas.

-Joder, es que se me está haciendo interminable. Esas pastillas no fueron suficientes.

Troy y Jerome eran los encargados de velar porque la preciada carga del CGR15 llegase intacta a su destino. Era un viaje sin mayor complicación. Unos cuantos meses pero muy bien remunerados, tanto, que la extrañeza de tan buena oferta se disipó ante el ansia de obtener tal magna recompensa por un esfuerzo más que aceptable. Las prisas eran la justificación de ese sobreprecio.

La CGR15 es una nave de transporte de mediana capacidad. En sus bodegas, dentro de unos compartimentos con cierre de seguridad, transportaban unos cuantos cientos de kilos de un contenido que era todo un misterio. Sus dos guardianes sólo debían ocuparse de que nada ni nadie lo suficientemente curioso husmease a su alrededor y que los cierres llegasen tan intactos como su contenido.

-Por fin habéis despertado, ¿eh? Menudos ronquidos...

-Vete por ahí, guapa.

La guapa era Yulia, joven y vitalista ingeniera que se ocupaba del correcto funcionamiento de la nave y cuya principal motivación personal en esta aventura era

demostrar en su casa que era capaz de tomar sus propias decisiones, no necesitaba los cansinos consejos de sus padres de cómo encauzar su vida y animarla a que conociera espacio, no tenía por qué temer marchar de su casa para prosperar.

Lo mismo le decía el piloto de a bordo, Hansen, un curtido tipo pegado a unas gafas que venía de vuelta de todo. Experimentado y con un tosco sentido del humor, animaba a Yulia a arriesgar y a elegir su propio camino – si siempre haces lo que te aconsejan, nunca vivirá tu propia vida, ¿oíste?

Al mando de la pequeña plantilla se encontraba el capitán Esquilaxi. De edad similar a la de Hansen, se aventuró en este proyecto por consejo de un buen amigo suyo, trabajador de la Administración, con mano para los buenos tratos. Al capitán le sobraba tiempo y le faltaba dinero. Un reciente divorcio y su hijo pequeño le absorbían unos ahorros a los que sus escasos ingresos ordinarios no eran capaces de sostener. Esta misión era una importante inyección económica y moral, así podía demostrar a su exmujer como todavía era más valorado en el gremio de lo que fue en casa.

-¿Están todos listos? Prepárense y en 5 minutos nos reunimos para planificar todos los procedimientos para la llegada. Hagamos bien esto, como sabemos, y todos quedarán contentos. Hasta puede que nos llamen para otra salida similar –mientras terminaba de hablar a su gente, tuvo que esforzarse por reprimir la pequeña sonrisa de satisfacción e ilusión que trataba de florecer en su boca.

-Después de esto a mi no me van a encontrar en bastante tiempo –dijo Troy- El dinero no se gasta sólo

-No, de eso ya se ocupa la Administración. Si te descuidas, esos crápulas te meten mano y no te dejan ni para chicles – contestó Hansen, siempre dando el toque de denuncia social necesario.

La reunión fue breve, todos sabían más que de sobra lo que tenían que hacer, cual era su rol, para eso fueron contratados. En unas horas establecerían contacto con la estación espacial destinataria del vigilado cargamento de su bodega. Les asignarían un puerto de

carga/descarga en donde depositar los víveres y una autoridad de la Administración les haría entrega del resguardo electrónico con el que se daría por concluida la entrega. Tras esto, recogen, preparan la nave para el retorno, se toman una larga siesta durante el trayecto y, si todo va según lo previsto, llegarán a casa antes de Año Nuevo para celebrarlo. Buen plan. Lo principal era no fastidiarlo.

El tiempo pasaba y el ánimo general se venía arriba, por fin iban a despachar aquello. Pero cuanto mayores son las ganas, más se hace de rogar el tiempo.

-Capitán, ¿ya queda menos, verdad? – se oye desde el transmisor.

-Claro, Troy. Siempre queda menos.

-Me refiero a que ya deberíamos contactar, ¿no? ¿Queda mucho?

-Quédese en su sitio y no se preocupe. Todo llega.

El capitán se sorprendió de no ser el único que mostraba algo de inquietud. Ciertamente, la hora estimada ya fue rebasada en diez minutos, algo extraño dada la seriedad y puntualidad de las estaciones para recibir sus encargos.

-Capitán, estamos en el perímetro marcado.

-Muy bien, Hansen. Vuelo de suspensión y abra comunicaciones.

-Sí, señor.

-¿Nunca os picó la curiosidad? - dijo Yulia.

-¿De qué? ¿De saber lo que hay en los cofres? Bueno yo...

-No – contestó tajante Jerome- Nuestro trabajo es velar por su privacidad, por tanto, si queremos dedicarnos a esto esa es una duda que no debe ser despejada.

-Bueno, a ver, decía que yo alguna vez sí que tuve curiosidad pe... pero jamás abrí nada. Si te echas mala fama en esta profesión, mejor dedícate a otra cosa. – contestó Troy

-Tenéis mérito – dijo Yulia- Yo creo que no serviría para eso, siempre me gusta conocer qué hay tras el misterio...

-Misterio ninguno. Son cofres, contienen cosas. Punto – rotundo Jerome.

-¿Qué tipo de cosas?

-Lo suficientemente valiosas como para que su dueño quiera máxima seguridad y discreción.

-Ay, chico, que cerrado eres. –suspiró Yulia- Voy a seguir mi ronda y verificar si hay novedades por arriba.

La labor de la mujer la permitía recorrer la nave de un lugar a otro, con la excusa de verificar que cada terminal se encontraba en perfecto funcionamiento, podía moverse con total impunidad. Salvo en la bodega. Ese era territorio vedado.

-Guapa la chavala, ¿eh?

-No está mal, pero recuerda que no vienes aquí a hacer amigos o de tratar de impresionar a una fulana. – recordó Jerome, tan simpático como de costumbre- Céntrate en lo que tienes que hacer.

-Joder, pero si lo que tengo que hacer es vigilar que no pase nada a este cargamento y, entre que somos pocos y que tú asustas a cualquiera que se acerque, apenas tengo trabajo.

-¿Me estás diciendo que te vas a llevar un sueldo que debería ser para mí? – contesto con malicia Jerome

-No, no... digo que... que... este encargo no es tan exigente como en otras operaciones, por lo que da tiempo a conocer al resto de la plantilla sin descuidar mi labor. Es más, es beneficioso conocer a los demás, beneficia mi labor principal.

-En fin, lo que tu digas, pero hazme un favor, cállate un rato.

El oscuro infinito salpicado con pequeños puntos de luz se reflejaba en los ojos de Hansen mientras, de reojo, espiaba el semblante lívido de su capitán. Pasaban 45 minutos de la hora prevista.

- Señor, sigo sin recibir señal.

- Reinicia el rastreo. Cuando los encontremos voy a elevar una queja a la Administración por semejante tomadura de pelo.

El capitán se esforzaba en aparentar firmeza y que todo estaba bajo control, que a él nadie se le subía a las barbas. Amenazaba con increpar a los encargados pero era incapaz de levantar la voz a nadie. La voz de su exmujer dirigiéndole improperios le venía a la mente...

- Uno tiene una trayectoria y no se puede permitir semejante inobservancia. Póngame en contacto ya. Voy a amonestar a esos negligentes ineptos.

- Señor, no hay contacto alguno, ni si quiera por voz.

- ¿Cómo? Pero ha reiniciado el...

- ...rastreo. Sí, señor. Nada. Puede deberse a una turbulencia magnética debido a nuestra cercanía al sistema bisolar de Friser

- Puede ser... ¿De cuánto será la demora?

- 30 minutos, señor. El programa debe reajustarse a los nuevos parámetros.

Yulia finalizaba la supervisión de los sistemas de ventilación. Estaba contenta, todo era más sencillo de lo que esperaba, hasta llegó a dudar de la necesidad de tener en plantilla a un ingeniero para vigilar una nave tan bien preparada y configurada. Una señal en el intercomunicador que llevaba en oído derecho, le anunció la comunicación conjunta que el capitán iba a realizar.

- Al habla el capitán. Les aviso de que la operación se va a retrasar más de lo previsto porque de momento no recibimos indicaciones por parte de la estación. En cuanto obtengamos misiva oficial, realizaremos el desembarco.

Que extraño, pensó Yulia extrañada por lo poco usual de esa situación. Los hombres de la bodega se encontraban exactamente igual.

- Era lo que faltaba, que nos equivocásemos de destino – suspiró Jerome en tono jocoso – claro que tampoco me extrañaría, con la gente que hay aquí...

- ¿Pero qué dices? Estás de broma, ¿no?

A través de los comunicadores, los miembros del CGR15 comenzaron a cuestionarse la extraña ausencia de mensajes por parte de la estación de destino.

-¿No hay comunicación? ¿Nos han abandonado?

El relámpago gélido propio del temor a lo desconocido comenzó a recorrer el cuerpo de algunos de los tripulantes. Nadie era ajeno a lo delicado de la situación. La opción más sencilla sería regresar por donde se ha venido pero cuando se supera el punto de no retorno, no hay vuelta atrás. La nave debería recargarse con lo necesario para acometer el regreso, pero si el destino no aparece... Sin suficiente energía para regresar, la única realidad se adivina.

-¿Estamos sin rumbo? ¿Nos han abandonado? – grita Troy

-Nadie ha abandonado a nadie. He participado en demasiadas misiones para saber que la Administración jamás abandona o da falsas localizaciones. La única causa es un error humano. – concluye Jerome mientras alza una mirada cargada de desprecio e indignación.

-Nadie ha cometido ningún error. Las operaciones y cálculos han sido supervisados por mí escrupulosamente. – aseguró el capitán – Tiene que haber alguna causa ajena a nuestro trabajo para explicar esto. Soy partidario de seguir esperando.

-Pues hágalo sentado, capitán - aconsejó con sorna Hansen – Al contrario que nuestro compañero, mi experiencia me dice que la Administración no tiene reparo en prescindir de los suyos si es necesario, todo sea por mantener el bien social, es decir, mantener sus bolsillos llenos.

-¿Y qué beneficio saca de esto? – cuestionó Jerome dándose por aludido- Perder hombres y recursos no lo veo nada rentable.

-Yo tampoco, pero te aseguro que de algún modo, si así lo han planificado, les sale rentable

-Tonterías, viejo. Si algo me sorprende de la Administración es que haya puesto a pilotar a un carcamal como tú para un viaje de esta duración.

-Silencio – estalló el capitán - No toleraré riñas propias de alevines en mi tripulación. Esperaremos a recibir la señal. Mientras tanto, despachen lo que tengan que hacer y nos reuniremos en 30 minutos en el comedor. Hablaremos sobre qué hacer si no hay novedad.

Los miembros del carguero dejaron de hablar y siguieron con sus tareas, el conflicto continuaría en la comida. El capitán, con una mirada rápida y firme, indicó a su piloto que le siguiera. Reunidos en su camarote, procedió a cuestionarle sobre la situación.

-No crees que vayamos a obtener respuesta, ¿verdad?

-Que usted me haga esa pregunta no es nada bueno – Hansen contestó con un tono de resignación e ironía- Creo que sabe como yo que nadie va a rescatarnos, estos errores no son propios de este tipo de operaciones.

-Lo sé, nunca me había sucedido. No entiendo el por qué. Algo tiene que haber ocurrido...

-Lo que haya ocurrido me huelo que jamás lo sabremos.

Un estremecimiento frío recorrió el cuerpo del capitán. Cómo podía sobrellevar aquella situación. Cómo encontrar una solución ante lo aparentemente inevitable. Abandonado como un perro, antes por su mujer, ahora por sus superiores.

-Vamos, capitán. Lo mejor que podemos hacer es disfrutar de la comida, démosles tiempo, quizás recibamos la comunicación más tarde – mintió.

-Sí, buena idea.

Con todos reunidos, procedieron a tomar la que podría catalogarse como su supuesta ‘última cena’. En silencio, unos engullían mientras otros les miraban en una calma tensa. Yulia era incapaz de dar dos bocados seguidos, al igual que el capitán, quien de mala manera conseguía introducir en el gaznate unas pocas cucharadas con la intención de mostrar a los suyos una aparente pose de tranquilidad.

-No sé cómo sois capaces de comer – dijo Yulia mientras miraba al piloto y a los dos cargueros – Yo no soy capaz.

-Esto me lo descuentan del suelo, qué mínimo que rentabilizarlo – dijo medio en broma, medio en serio Hansen

-Yo es que tengo hambre – confesó encogiéndose de hombros Troy

Jerome no levantó la mirada de la mesa y no dijo palabra alguna, seguía comiendo como si el silencio nunca fuese interrumpido.

-Ten cuidado no te empapices – Yulia trató de buscar su participación a través del humor.

-Que te jodan

-Jerome, haz el favor – dijo el capitán

-Como lo que me da la gana y como me da la gana - siguió Jerome - es lo único que me queda. Ahora soy una vulgar rata encerrada en una lata de metal por culpa de alguien que no cumplió con su cometido.

-Creo que te estás equivocando – dijo Yulia con una mirada seca y cortante. Si tenía que ser firme lo sería. No era la primera vez que las circunstancias la obligaban a mostrarse dura y cortante para frenar los pies a ‘machitos’ que la hacían de menos por su condición de mujer joven y bonita – Yo he realizado mi trabajo mejor que nadie. Tú no eres quién para decirme nada cuando el capitán a confirmado mi buena labor y yo estoy tranquila con mi conciencia. No se pudo hacer mejor mi labor, el sistema marcha perfectamente.

-Que bien, ¿eh? La niñaata tiene conciencia tranquila mientras los demás estamos condenados por su culpa.

-No busques culpables aquí dentro, Jerome – interrumpió Hansen – Tanto ella como nosotros estamos en el mismo barco. Ella no tiene nada que ver.

-Los errores no solo los pagan los inocentes si no también, en ocasiones, por justicia mística si quiere llamarlo así, con su causante. Este es uno de esos casos. Su incompetencia nos ha llevado... la ha llevado, al desastre.

La cara desencajada de Yulia conmovió al capitán, quien, consciente de que se esperaba su intervención, procedió a terminar con la disputa.

-Es qué se basa usted para acusar de tan magna gravedad a su compañera, si se puede saber. No sé si es consciente de que su conducta es sancionable.

-¿Está de broma? – se indignó Jerome – Esta tía se supone que es la encargada del buen funcionamiento de los sistemas y programas de la nave. En lugar de centrarse en su trabajo se dedica a pasear su culo de un sitio a otro mientras distrae a los demás y no se centra en su labor.

-¡Serás caradura! – grita Yulia - ¿Quién te crees que eres, eh? Claro, como el señorito cree que está por encima de los demás, todo lo hace bien y nunca tiene la culpa, la paga con los demás sin base alguna.

-Lo que me faltaba, que la maldita zorra por la que vamos a morir todos se ponga tonta. Si simplemente asegurases el buen funcionamiento de los sistemas de comunicaciones, en especial la puta recepción, esto no pasaría – increpó Jerome, cada vez con mayor tono – No soy superior a nadie, pero tampoco me chupo el dedo. Esos sistemas avisan si tienen deficiencias y este no ha indicado nada. Por lo que tenemos un aparato que no funciona, pues no recibe nada de nada, pero nadie lo sabe porque ni el aparato avisó ni su encargada se ocupó de ello.

-Estoy harta – Explotó Yulia, quien acto seguido se levantó y lanzó un vaso con algo de bebida a su agresivo interlocutor.

Tras el impacto del recipiente, Jerome no opuso mucha resistencia a la cólera que ascendió en él y, en escasos segundos, se abalanzó sobre la mujer, atravesando su abdomen con el cuchillo con el que estaba comiendo. Mientras la perforaba y retorció el arma improvisada en las entrañas de la chica, con la otra mano le agarraba por el cuello empotrándola contra la pared, mientras miraba sus ojos sorprendidos y los rasgos de su cara tensos por el dolor.

Ante la mirada atónita del capitán el cuerpo de Yulia se desparramaba lentamente inerte sobre el piso. A continuación, el cuchillo objeto de su asesinato se resbalaba de entre los dedos de Jerome, segundos antes de que su cuerpo se desplomase sobre su lado izquierdo, impactando con violencia en el pulcro suelo.

Hansen, por primera vez en el vuelo, se quitó con estupor y confusión sus gafas para ver directamente tal escena. Troy, de pie y muy nervioso, giró su cabeza hacia atrás, localizando al piloto y a su capitán boquiabiertos, mientras dejaba caer el extintor con el que había quebrado la cabeza de su antiguo compañero. Cayendo de rodillas y contemplando la sangría que yacía en el suelo, rompió a llorar. Sus alaridos de desesperación se fueron tornando en risas nerviosas y de cierta apariencia maligna.

Hansen dio un codazo a su capitán buscando la reacción de este, quien se encontraba tan desbordado y perdido por lo acontecido que no encontraba palabra alguna con la que salir al paso.

-Chico, tranquilízate...- balbuceó - No pasa nada, esto será competencia de la Administración...pero mientras tanto relájate y vuelve a tu compartimento.

Hansen, sin dejar de examinar a Troy, realizó una mueca de extrañeza ante lo poco afortunadas y ocurrentes palabras de su jefe.

-Que os jodan, estamos perdidos – espetó Troy, sumergido totalmente en un estado de locura – Si quedo aquí palmaré, si viene a por mi, me matarán. No tengo salida. Gracias capitán, ha sido todo un honor cagarla bajo su mandato.

Troy echó a correr fuera del comedor mientras reía como un poseso y sus voces se extendían por los distintos compartimentos de la nave. Los dos hombres, que todavía permanecían sentados delante de la mesa, se miraron por una fracción de segundo y se levantaron como resortes tirando las sillas, mientras trataban de perseguir la estela del nuevo chalado.

El ruido cesó. Aminoraron su persecución mientras afinaban sus oídos. No fue necesario continuar mucho más. Localizaron al fugado en el lugar más adecuado para alguien que quiere escapar de la paranoia que anegaba aquella nave.

-No hagas tonterías, Troy. Todo tiene una solución, hombre – trató de tranquilizarlo el capitán, cada vez más doliente con lo que estaba pasando – No lo termines así.

-A la mierda, yo me largo. Os podéis quedar aquí y esperar por una llamada que nunca vendrá. A mi no me importa, esa llamada significaría lo mismo que quedarme.

La sala con las cápsulas de emergencia se iluminó al detectar la presencia de los hombres. Troy se acercó a la primera, introdujo la llave personal de seguridad que se les daba a los miembros para casos extraordinarios, abrió la compuerta y se introdujo dentro del cilindro que lo proyectaría al espacio exterior.

- No seas bobo, chaval – dijo Hansen con mansedumbre, asumiendo que el destino de aquel chico ya estaba decidido- Sal de ahí y compórtate como un profesional.

- No, siempre hice caso a las órdenes y mirad de que me ha servido. Mi mejor opción es meterme en este bote y esperar mejor suerte.

- ¿Pero qué suerte? Troy, sal de ahí... ¡Es una orden! – clamó el capitán haciendo notar sus galones por una vez – Si no sale de ahí, la agravante que le será aplicada sí que le va a parecer mala suerte.

- ¿Quién me va a juzgar? ¿Usted? – contestó Troy con tono burlesco- Yo me largo de aquí. ¡Que os jodan!

Acto seguido, el poseído tripulante pulsa el botón de eyección. No funciona. Vuelve a presionarlo. Nada. Insiste una y otra vez, como un poseso. Una luz roja parpadea, los sonidos propios del inicio del lanzamiento comienzan. Troy, viendo que su cometido se está iniciando, arde en risas que, en segundos, se tornan alaridos de calvario. Una corriente eléctrica envuelve la cápsula. Los gritos se van apagando a medida que su cuerpo comienza a ennegrecer. Algo ha salido mal. La descarga cesa y el humo oscuro envuelve el interior del habitáculo de salvamento, impidiendo ver lo que queda de Troy.

-Deberíamos sacar su cuerpo de ahí - sugirió Hansen

-No. Puede que haya abierto parte de la cubierta de salida y rompa la estanqueidad de la nave. Visto que nada funciona como es debido, dejemos todo como está. – dice el capitán- Este hombre tuvo suerte, la otra opción era una tortura más lenta, morir de hambre en un ataúd que levita sin rumbo.

-¿No es así como nos encontramos nosotros?

Al menos para él todo ha terminado – pensó el capitán.

-¿Y qué hacemos ahora? – preguntó su piloto.

-Mira – trató de sincerarse – creo que en la situación actual y dado que somos los más veteranos y únicos supervivientes que quedamos a bordo, el rol de capitán y demás formalismos, podemos apartarlos – le sorprendió el peso que se quitó de encima tras estas palabras.

-Me parece correcto pero, ¿ahora qué?

-No lo sé

Los hombres fueron al puente de mando a supervisar la situación de la nave y alguna posible llamada milagrosa. Todo seguía igual. Era una estupidez seguir basándose en aquellos instrumentos que no funcionaban pese a lucir en perfecto estado.

El dato más relevante era el de la energía, suficiente para mantener el gasto actual durante seis meses. El principal problema eran los alimentos.

La mayor parte del viaje se realizada en hibernación, con un sistema de alimentación intravenosa que mantenía intactas las células del cuerpo humano pero el actual no era buen momento para dormirse, sobretodo cuando no sabes dónde estás y esperas como agua de mayo una llamada.

Recogidos los cuerpos de Yulia y Jerome, limpiado el comedor y cansados por la extraña jornada, ambos se miraron mutuamente.

-No sé tú, pero yo voy a descansar un poco. Espero que mañana sea un nuevo día...

-Es la mejor idea que he oído en este viaje. Voy a revisar por última vez el cuadro de gestión y me acuesto.

-Buen descanso, Esquilaxi. Mientras sigamos vivos y a la espera, hay que mantener la cabeza serena y el sueño es fundamental. No quiero acabar como los otros...

-Cierto. Buen descanso, Hansen.

Le resultó extraño oír su nombre. Tanto tiempo dirigiéndose a él por su rango que su propio nombre le sonaba extraño. Pero esa era la realidad, allí ya no era capitán y no había nadie a quien dirigir, simplemente era un tipo llamado Esquilaxi.

Cuando se dio cuenta yacía sólo de pie. Se dirigió con cierta impaciencia a la computadora con las últimas actualizaciones del sistema. Sin novedad en el frente.

¿Qué demonios pasa aquí? ¿Por qué nada funciona... si funciona? Debería irme a la cama, pero cómo dormir sabiendo que estoy aquí encerrado y condenado. ¿Me están poniendo a prueba?

Cuando me contrataron, dijeron que era una misión sencilla, que no tenía mayor historia. Una pequeña tripulación, como una pequeña familia, algo sencillo. Acepté sin dudar. Era mi vía de escape del infierno en que se había convertido mi vida. Cuando tienes una edad y te das cuenta que algunas de las decisiones más importantes han resultado erróneas, es frustrante. Tal vez haya sido yo el que las hizo erróneas. Todo era maravilloso. Era piloto. Hacía lo que me gustaba y estaba bien pagado, algo que no todos puede decir. Encima tuve la suerte de encontrar a una persona con la que compartir mi vida. La lotería me tocó dos veces. O eso creía. Tanta fortuna me ahogó y cuando estaba disfrutando de mi trabajo, no lo hacía de mi mujer. Cuando disfrutaba con ella, e incluso ampliamos familia, no lo hacía de mi trabajo. Lo uno perjudicó a lo otro. Conclusión, la sonrisa que me iluminaba cada mañana es ahora una voz furiosa en una comunicación que me apresura a pagar la pensión de nuestro hijo. La ilusión que iluminaba mi cara cada vez que ponía una nave en funcionamiento, se tornó en tedio e indolencia. Ahora trabajaba sólo por dinero, un dinero destinado a sufragar los gastos del fruto de un amor que una vez conocí y que jamás podré disfrutar.

La oscuridad envuelve la nave. La pantalla sigue sin mostrar cambios.

Me ofrecieron firmar el seguro de accidentes o desapariciones y lo rechacé, me basta el genérico, total, qué iba a pasar en algo tan sencillo. Ahorrándome esa milonga sacacuartos

la cantidad que iba a obtener por este recado sería bastante generosa. Suficiente para pagar por una buena temporada mis obligaciones familiares y permitirme vivir desahogadamente por bastante tiempo. Una tregua a mis finanzas. Acepté sin dudar. Y ahora son las dudas las que me acompañan. Hay que escucharlas siempre, por muy molestas que estas sean.

Un trabajo tan bien pagado algo malo tendría que tener. Normalmente el algo coste se debe a las distancia a recorrer y al material que...

- ¡La carga! Maldita sea, ¿Qué transportamos? – bramó mientras se levantaba de su silla cual resorte – Quizás ahí tenga la respuesta.

Su cabeza no paraba de bombardearle con ideas. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Quizás era una prueba. ¡Claro que sí! Era una prueba para conocer si tras tanto ajetreo en su vida seguía siendo el capitán fiable y avispado de antes. Algo infantiles pero sin duda lo estaban examinando. Puede que sea la forma de acceder a otras misiones más relevantes y mejor gratificadas.

Por fin llegó a la bodega. Con la tarjeta de seguridad que tomó prestada del cuerpo de Jerome, se acercó a la primera caja de metal

- Estoy en todo. Con la tarjeta del encargado abriré con facilidad todo este cargamento y procederé a u inspección, algo me ocultan esos cabronazos.

El primer contenedor tenía unas medidas de seis metros de largo y tres de ancho, siendo un cuadro a los costados en los que se encontraban los accesos a su interior.

Esquilaxi, con gran nerviosismo y expectación, presento la tarjeta ante el escáner de la puerta y esta, tras emitir un leve pitido, realizó un ruido propio de una cerradura que se abre. La mano gira el pomo circular y empuja la puerta hacia dentro.

Ilumina el oscuro interior con su linterna y lo que único que se aprecia es una caja de cartón de 2x2 en el centro, bien amarrada en la base.

- Que extraño, tanto espacio para tan poca carga. Menuda forma de añadir peso extra a lo tonto.

Saco su filo cortante y procedió a desempaquetar su contenido. La caja de cartón no tenía publicidad o símbolo alguno. Sellada en la apertura con sellos de pegamento, resultó sencillo abrirla. Dentro había sacos. Detenido por un segundo por la sorpresa de tal tesoro, procedió con decisión a destriparlos y averiguar qué contenían

-Pero... ¿qué coño? ¡Arena! ¡Son sacos de arena!

El silencio que sigue a la sorpresa es rasgado con carcajadas nerviosas, la afinidad por el loco de Troy aumenta. Sus ojos desorbitados buscan respuesta en algún lugar de aquel compartimento.

-Tranquilo. Es una prueba, ¿recuerdas? El contenido importante estará en otro cofre de esta bodega. Seguro.

Pero no está. Todos y cada uno de ellos contiene varios sacos de arena. Ni más ni menos. Su cara desencajada es bañada por las gotas de sudor que descienden de sus sienes. Otra vez ese escalofrío de temor e incertidumbre recorre su espalda.

-Maldita sea, me han tomado el pelo. Nadie va a venir, estamos perdidos.

Las lagrimas brotan de sus ojos ante tal desesperación, nada tiene sentido. No conoce la finalidad de aquella misión, no sabe que tiene que hacer, ni decir, ni... nada.

-Nada tiene sentido.

Sus sollozos se calman. La resignación le invade y la aceptación de lo inevitable también. Alguien se la ha jugado. Oye un ruido arriba o eso le parece.

Corre en dirección al cuadro de mando pero no hay nadie. Su mente empieza a jugarle malas pasadas, sus sentidos comienzan a funcionar por separado.

-Tengo que avisar a Hansen

Acude con celeridad al dormitorio del piloto. Todo el caos y desesperación que inundan la nave le son ajenos mientras dormita como un lirón. Menuda capacidad de concentración.

Esquilaxi piensa en despertarlo, pero un pensamiento fugaz detiene su acción. ¿Para qué despertarlo? ¿Para informarle de algo que ya sabe, que estamos perdidos? ¿Para contarle que transportamos sacos de arena a través de la nada? ¿Para decirle que se han burlado de todos nosotros y en especial del capitán, como máximo responsable? No. Para eso es mejor que no despierte. Nunca.

Sus manos agarran una almohada de la cama y la aprieta con fuerza sobre el rostro del piloto, quien tarda unos segundos en reaccionar hasta que la falta de oxígeno le hace quemar sus últimas energías y busca de una nueva bocanada de aire. Se resiste, pero no puede hacer nada. Su fugaz despertar es apagado en escasos minutos. La horrible realidad no volverá a molestarle nunca más.

Pálido y desfigurado, Esquilaxi abandona el cuarto sin tan siquiera descubrir el rostro de su víctima. Deambula por su nave vacía y a la deriva, hasta que finalmente decide sentarse por última vez en su butaca de mando. El ordenador le indica que no hay novedades. Todo sigue funcionando pero nada lo hace realmente. Su mundo se ha desmoronado. Aquel transporte de carga extraviado se convierte en una metáfora de la vida. No le encuentra sentido, no sabe cuál es su misión, su final está escrito y no puede hacer nada por modificarlo. La palabra vacío recorre su mente. El pasado lo ha abandonado y el futuro no ilumina su ahora inexistente presente. Ya forma parte de la nada.

Abdicando a su suerte y a sabiendas de que una llamada ahora para poco le serviría, comienza a desatornillar el panel fusibles, corta un par de cables, se los envuelve entorno a su cráneo y procede a activar la corriente.

Por un segundo, el color interior de la nave se mimetizó con el exterior. Cuando regresó la luz, el cuerpo fulminado de un hombre sin respuestas yacía en el suelo.

La nebulosidad espacial cedió de pronto a una luz blanca cegadora, que resultó tan intensa como breve. Tras el fulgor lechoso, una enorme sala de hormigón con forma de cúpula quedó a la vista.

- Señor, todos están muertos. Ensayo 'Bo2' concluido, señor.

- Todo un récord. Haga informe de sus perfiles psicológicos y clasifique.

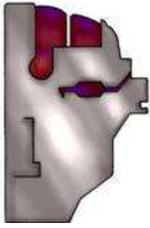
La sala de control se encontraba dominada por un panel con seis monitores en los que se podían apreciar diferentes pasillos propios de naves de transporte de mercancías.

Tres funcionarios se ocupaban de supervisar lo que en ellos ocurría anotando las incidencias más destacadas vertidas en sus ordenadores, mientras un inquieto superior paseaba a sus espaldas.

- Sí, señor. ¿Mando una reseña al señor intendente?

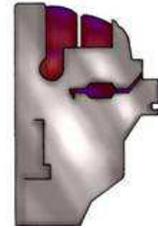
- Sí, ya sabes que quiere información puntual sobre estas pruebas que tanto presupuesto devoran a la Administración. Son de vital importancia para los próximos viajes a gran escala. Por cierto, cabo, den prioridad de estudio al ensayo 'Bo5'. Contiene los sujetos con mayor resistencia hasta el momento. Eso es lo que buscamos.

- Sí, señor.



Skylon 5

David García Rodríguez



En el profundo, vasto e infinito océano del universo sin orillas, la séptima generación de tripulantes de la Nave Arca Skylon V continúa viajando por el espacio siguiendo con las coordenadas marcadas, sin variación alguna, desde hace más de quinientos años. Cuatro mil quinientas cuarenta y ocho personas a bordo. Ciento ochenta y seis mil ochocientos ochenta días desde que abandonaron el planeta tierra. Uno punto noventa y tres setenta y cinco por diez elevado a diecisiete kilómetros, o lo que es lo mismo, novecientos sesenta y ocho años luz de casa, del hogar de donde provienen y al que jamás regresarán.

Desde el exterior, el silencio más impenetrable rodeaba a aquella minúscula nave en su viaje a los confines del universo. Una vez dentro, cada uno de los rincones de aquel metálico lugar rebosaba vida gracias a una pequeña sociedad que había sobrevivido a pesar de la multitud de vicisitudes que habían tenido que superar padres, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos.

Los sistemas de recuperación de Ozono renovaban el aire hasta hacerlo de nuevo respirable, extensas zonas verdes poblaban el sector sudoeste recreando ecosistemas terrestres y tanto el aprovechamiento animal como vegetal, manipulado en su origen genéticamente para evitar tanto mutaciones indeseadas como epidemias contagiosas, constituyen la fuente de aporte alimenticio para la colonia. Por supuesto, existe un programa de investigaciones científicas a bordo, que entre multitud de los proyectos que realizan, tiene la de la elaboración y producción masiva de alimentos sintéticos en caso de diezma de la población animal o vegetal con el fin de garantizar la continuidad poblacional.

Una comisión de estudiosos y eruditos estudiaba las aptitudes de los niños a temprana edad y decidía su incorporación o bien a uno de los tres centros de aprendizaje científicos, que se ocupaban de formar a la siguiente generación técnica, no solo en los conocimientos teóricos básicos y necesarios para un aprendizaje exigente y exhaustivo de la colonia sino también para la correcta gestión de los medios técnicos y humanos, o bien a un centro de artes y humanidades, donde se instruía a los niños en las letras, teatro, psicología, filosofía,

arte dramático, literatura, pintura, con el fin de alimentar y apaciguar las inquietudes y pasiones del alma de toda la tripulación a través de estas disciplinas.

La teniente y responsable de estudios iniciales Tian Lu era la encargada del adiestramiento de los niños hasta el nivel científico 3, orientados desde los cuatro años a desarrollar tareas técnicas en la colonia una vez alcanzada la edad adulta y finalizada su periodo de adiestramiento.

Una nube de pequeños brazos se alzaba a cada momento con intención de despejar las dudas que sus, todavía, infantiles pero hambrientos cerebros, les provocaban. Imágenes holográficas de fundamentos básicos de ingeniería biomoleculares llenaban los centros de aprendizaje, las Leyes de Peter Lynds, proyecciones del comandante Hanso acerca del Tiempo, ecuaciones de las Mecánicas Clásica y Cuántica, Ley Meyeriana de deformidades espaciales, Indeterminaciones y Discontinuidades Espacio-Temporales llenaban salas y salas de aprendizaje durante ocho horas diarias.

El Centro de Alto Rendimiento (CAR) garantizaba una preparación física adecuada durante dos horas diarias a los jóvenes después de su adiestramiento técnico personal dependiendo del rol que ocuparían en la siguiente generación cualificada.

Un Centro de Investigaciones Médicas y Génicas estudiaba y experimentaba con mutaciones genómicas con el fin de evitar y, en la medida de lo posible, mejorar las posibilidades, limitaciones y deficiencias que la vida en el espacio iba provocando en los humanos. Investigaciones sobre los efectos de la radiación cósmica, la pérdida progresiva de pigmentación natural en la piel, mayor número de translocaciones cromosómicas en la colonia que provocaba mutaciones embrionarias, mal de Maarabend, degeneración ósea y pérdida de minerales, hacía de este Centro uno de los más importantes de la colonia. Aquellos pocos que superaran con excelencia el Programa completo de adiestramiento y aprendizaje y, además, superaran todas las pruebas finales de aptitud, podrían formar parte de una élite técnica orientada a continuar los trabajos en el Centro de Investigaciones Médicas y Génicas o en el Centro de Control de mando de Operaciones de la Skylon V.

La estación Skylon V fue una de las diez naves arca que partieron de la tierra hace quinientos doce años como consecuencia del proyecto *Human Race Survival International Project* iniciado por la Comunidad Aeroespacial Internacional en colaboración con la Comunidad Internacional de Naciones Unidas Independientes, ciento dos años antes del

gran impacto lunar. Este proyecto fue consecuencia de las investigaciones del *Advanced Lively Travels Aerospace Ingenieering Research* (ALTAIR), *Hydrogen International Research Agency (HIRA)*, *European Space Agency (ASE)* y *Reaction Engines Limited (REL)*.

Los proyectos iniciales *Airtemis*, *Cluster*, *InfinArc*, *Renovable Ers-3*, *Giove-A*, *ExoGalaxy*, *GaiA*, *Chandrayaan* y *XMM-Newton Discovery* fueron las piezas del gigantesto puzzle que, una vez, ensambladas, garantizarían la viabilidad del proyecto y la autosuficiencia de cada una de las Naves Arca.

En cuanto a las comunicaciones con la Tierra, éstas, se perdieron hace cuatrocientos ochenta y siete años, veinticinco años después del gran impacto lunar, en el que el asteroide Azazel de ciento ocho kilómetros de diámetro impactó con la luna modificando fatalmente e indirectamente los parámetros rotacionales y traslacionales de la Tierra debido a su estrecha y mutua influencia. Por tanto, no solo se desconocía como era actualmente la Tierra, sino que se desconocía incluso si la raza humana había logrado sobrevivir.

La generación de naves colonia Skylon eran el mayor y más duradero artefacto que el hombre haya construido jamás. Se construyeron hace más de mil años y su ejecución duró ochenta y tres años. Gracias al descubrimiento de la aleación de Aerografítum-6, el material más ligero y resistente jamás descubierto, se pudo lograr la viabilidad estructural de las naves. Lo más fascinante fue que la energía necesaria para el funcionamiento de sus sistemas es captada del propio hidrogeno presente en el Universo, obteniendo así, una fuente de energía ilimitada.

Cada una de las Skylon partieron de la Tierra a intervalos de dos años, después de una estricta selección en la que el apoyo militar fue fundamental para no desencadenar, no solo disturbios a niveles locales, sino incluso enfrentamientos militares a otros niveles más internacionales con el fin de hacerse con el control operativo de alguna de las Skylon. La organización inicial y fuertemente militar fue fundamental para el éxito de las misiones, mucho antes incluso del inicio de la construcción de las naves colonia.

La selección se realizó en diferentes niveles. Desde una selección exhaustiva de la élite científica e intelectual a nivel mundial hasta una selección aleatoria de ciudadanos que, una vez preseleccionados, tendrían que pasar un control médico, físico, intelectual y

genético riguroso. Se seleccionó un total de cien mil personas, unas diez mil por cada una de las diez naves colonia.

Paralelamente se estableció el Proyecto Moon-GravAz, un ambicioso programa para crear un campo gravitacional artificial y reducir los efectos de la destructora colisión lunar que originaría una desestabilización del Cinturón de Asteroides por la migración de nuestro satélite. Ello conllevaría a la entrada de un período turbulento de reorganización planetaria del Sistema Solar, favoreciendo a su vez el acercamiento de asteroides a la Tierra causando gigantescos impactos secundarios.

En las comunicaciones posteriores con el Centro de Control Aeroespacial en la Tierra se supo que tal proyecto tuvo un éxito parcial puesto que redujo la desviación lunar en un porcentaje elevado pero produjo números impactos de varios megatones en la superficie de la tierra que originaron pérdidas humanas cuantificadas en decenas de millones. Misteriosamente, se perdieron las comunicaciones veinticinco años después, cuando la situación social a escala mundial era casi insostenible, principalmente a causa de un fuerte cambio climático que aceleró una repentina glaciación en el hemisferio Norte y que, a su vez, provocó, escasez de recursos, un colapso en el sistema energético a escala mundial y, consecuentemente, migraciones masivas hacia el Hemisferio Sur que originaron un salto atrás de miles de años y una diezma de la población.

Cada Skylon partió con coordenadas de navegación distintas e inalterables. Salvo si se tratase de un Código de Nivel 5, esto es, el descubrimiento de exoplanetas habitables, una trayectoria influenciada por agujeros negros o estrellas supermasivas que comprometieran la seguridad gravitacional de la nave, cuestión poco probable pues se habían estudiado rutas galácticas de navegación seguras de hasta diez mil años luz, malfuncionamientos críticos de la Nave y el hipotético e improbable encuentro con una civilización extraterrestre. Cualquiera de estas razones o cualquier otra razón que el comandante y los miembros del consejo técnico de seguridad tuvieran en cuenta por consenso unánime, podrían hacer cambiar los protocolos iniciales establecidos de navegación, modificándolos hacia el encuentro de cualquier otra de las Skylon más próximas, colonización permanente de un exoplaneta habitable e incluso establecimiento de contactos con civilizaciones extraterrestres.

De las diez Skylon, La Skylon V solo mantenía contacto con dos, la Skylon VIII y la Skylon II. El contacto con el resto de sus gemelas se fue perdiendo progresivamente,

primero con las que, obviamente, poseían coordenadas de navegación opuestas, hacía otros confines del Universo. Con la última colonia que tuvieron contacto fue con la Skylon III pero en sus últimos contactos comunicaron que la población de la colonia se estaba viendo reducida por una mutación colectiva del gen Nc483, responsable de la síntesis de neurotransmisores durante el desarrollo embrionario, probablemente por una elevada exposición a radiaciones cósmicas o GCR's de 10 GeV por nucleón, lo que había provocado bajas masivas e infertilidad en las mujeres y, por consiguiente, un envejecimiento de la colonia condenándolos a la desaparición. La Skylon I fue alcanzada en su núcleo por un micrometeorito que desintegró la colonia en una explosión nuclear de enormes proporciones hace veintidós años.

Como cada día, el comandante Hanso estudiaba escrupulosamente en el Control de mando, todos los parámetros y datos funcionales de la nave colonia, escalabilidades reactivas del núcleo, intensidad de pulsos magnéticos, aceleradores electrónicos de alta potencia, generadores nucleares de ozono, propulsor Magneto-Plasma-Dinámico (MPD), el propulsor de hélice de pulsos inductivo (PIT), índices de transferencia energética de Hohmann con especial atención a los índices de radiación cósmica, valores vitales para la continuidad de la colonia. Algunas horas más tarde volvía a releer las cartas de navegación y consultaba con su consejo las últimas variaciones en el rumbo que habían sufrido en los últimos meses debido a la decisión de dirigirse a la galaxia NGC 6862, marcada en la ruta inicial de navegación de la desaparecida Skylon I y a una distancia de veinticinco años luz más cercana que la galaxia IC4970, cinco veces menos masiva y primer destino galáctico de la Skylon V según las cartas originales entregadas al primer comandante de la nave.

Tras el descubrimiento del exoplaneta Corot en la galaxia NGC6862, el comandante Hanso había renunciado a continuar su hoja de ruta. Vivía absolutamente obsesionado con el planeta, sin dudar en convencer, incluso presionar en ocasiones, al consejo para establecer el código Nivel 5 y variar las coordenadas de navegación por primera desde que abandonaron la Tierra.

En el Control de Mando el comandante Hanso observaba los retratos de sus diez predecesores e imaginaba como se hubieran sentido en aquellos momentos en los que una esperanza diferente inundaba cada rincón de la colonia. Se respiraba un cierto nerviosismo mezclado con una sobreexcitación en la población. Desde que el comandante les había comunicado la noticia, no se hablaba de otra cosa. Sabía que habían sobrevivido casi

milagrosamente durante tanto tiempo pero necesitaban esa esperanza, la locura ya hacía estragos en algunos de sus más insignes intelectuales y científicos.

Se dirigió al ordenador central con su taza humeante de codreína y ejecuto el programa Corot por enésima vez para revisar los primeros datos que los científicos le habían facilitado sobre la habitabilidad y las posibilidades de formas de vida que podría contener Corot. Sintió de nuevo como una emoción que no había sentido nunca le envolvía los sentidos. Tenían todavía un viaje de dos años por delante.

El sueño del joven John Harlock siempre había sido llegar a ser comandante. El abuelo de su abuelo, Percival Harlock llegó a serlo pero, más tarde, su abuelo Michael Harlock no llegó a superar las pruebas psicológicas finales siendo nombrado posteriormente ingeniero de navegación de primera clase.

John destacaba de manera excepcional en los resultados de sus últimas pruebas tanto físicas como técnicas y psicológicas. La selección final se realizaría en dos meses bajo la supervisión personal del comandante y el consejo para convenir los destinos definitivos de los candidatos. De todos ellos, uno acompañaría al comandante durante los próximos diez años como pupilo antes de la retirada definitiva del comandante Hanso.

Dos semanas después, el comandante Hanso finalmente tenía un dossier detallado, definitivo y completo sobre Corot. Esa noche apenas pudo dormir y sobre a las cuatro punto veinticinco, se encontraba en el Centro de mando. El comandante agarró fuertemente el dossier y se encerró en la sección reservada para la comisión de crisis. El estudio contenía detalles de su astrometría, registros de las variaciones de posición y oscilación alrededor de un sistema binario, Gliese y Aldebarán, su espectroscopia confirmaba la presencia de hierro, oxígeno, silicio, magnesio, azufre, níquel, calcio aluminio, y un porcentaje minoritario formado por pequeñas cantidades de otros elementos desconocidos. Debido a la posición actual de la Skylon, aun lejana de Corot, la fotometría y el uso del sistema de microlentes gravitacionales provocaban dudas importantes en cuanto a su definitiva habitabilidad y la parcial inutilización de los sistemas gammatrónicos debido a un cortocircuito e incendio ocho años antes imposibilitaba la adquisición de datos definitivos en este sentido.

Demasiadas incógnitas aún por resolver pero estaba decidido a continuar. Si finalmente fracasaba, abandonaría su puesto como comandante y recomendaría volver o bien de nuevo a la Tierra o continuar con las coordenadas originales para la Skylon V, aunque se

inclinaría por el viaje de regreso definitivo a la Tierra, el hogar desconocido del que provenían.

La teniente Tian Lu besó a John deseándole suerte antes de que este accediera a la sala donde aguardaba en comandante Hanso y el consejo de la colonia.

La colonia estaba expectante, nadie disimulaba su entusiasmo desmedido. Todo estaba dispuesto para unas maniobras de las que se había realizado miles de simulacros durante los últimos quinientos años. A las cero horas cada miembro de la colonia debía de estar o bien en sus habitáculos o bien en los puestos operativos que se les había asignado al final de sus etapas de adiestramiento. El código Nivel 10 se ejecutaba por primera vez; duraría noventa y seis horas.

El tamaño de Gliese era espectacular, unas doscientas veces la masa del sol. Ocultaba a Aldebarán, con un tamaño aproximado a la del sol y esta, a su vez, ocultaba a Corot.

En esta primera maniobra de la Skylon suponía variar las coordenadas de navegación doscientos setenta millones de kilómetros antes del tránsito por la corona solar de Gliese, encima de su fotosfera. La temperatura del aerographitum aumentaría en ocho mil grados mientras que los sistemas de refrigeración regularían la temperatura interna de la colonia quince grados por encima de los veintitrés grados constantes de la colonia.

La colonia observaba boquiabierta el primer tránsito. Nunca habían pasado tan cerca de una estrella. La estupefacción sobrecogió al comandante Hanso y a John, que seguía todo el proceso con atención, al contemplar a través de las imágenes, las inmensas tormentas solares que el telescopio Alíseo enviaba al Control de Mando. El silencio era imperturbable, tan solo los ingenieros de navegación rompían con susurros entre ellos las comunicaciones de las variables de establecimiento de las coordenadas elípticas.

Una comunicación de la comisión científica interrumpió el asombro del comandante y de John. Nuevos datos venían a confirmar definitivamente la habitabilidad de Corot. El comandante felicitó al responsable de la sección científica que acababa de facilitarle tal información.

Al comandante Hanso le temblaban las piernas, apenas podía controlar las sensaciones que le conquistaban en su interior, notaba como el pulso se le disparaba pero conocía el

Protocolo a seguir y, sin mostrar ni un ápice de emoción, salió apresuradamente montándose en su vehículo magnético junto a su escolta y a John. El consejo guardó silencio cuando el comandante entró en la sala acompañado de Harlock. Todos ocuparon sus lugares.

El comandante Hanso comentó detalladamente las maniobras de aproximación que se habían desarrollado en las últimas setenta y dos horas y propuso, sin poder evitar, esta vez, un cierto temblor en el habla, la ejecución unánime del Código Nivel Skylon. Todos conocían el Protocolo.

Todos asintieron.

Ello suponía el fin de las misiones, el fin del viaje.

Media hora más tarde, tanto el comandante como el consejo accedían escoltados a una sala en la nunca había estado ninguno de ellos. La apertura se realizaba a través de un cuidadoso sistema que detectaba un implante que se le realizaba en el corazón tanto a cada miembro del consejo como al comandante una vez seleccionados y nombrados como tales. La apertura solamente se producía ante la presencia de todos y cada uno de los miembros. Era la sala Apolo. En su centro se ubicaba un panel circular con diez hologramas diferentes, las imágenes mostraba cada una de las diez colonias. Cada miembro se situó delante de cada panel ejecutando automáticamente un programa de inicio gracias al dispositivo implantado. Una vez iniciado, todos debían de introducir un código ecuacional logarítmico diferente que solo conocía cada uno de los miembros.

El sistema Eón acababa de iniciarse en su totalidad a través del cual un mensaje cifrado viajaría a velocidades enormes hacia todas las Skylon. El mensaje cifrado era un mensaje de llamada, era el mensaje del definitivo reencuentro.

Todos celebraban por cada uno de los rincones de la nave colonia el fin del camino, el fin del viaje. El comandante ordenó retirarse por unas horas a los ingenieros de navegación para que estos pudieran descansar y celebrar el éxito de la misión con sus familias. Contempló como la maniobra de tránsito a Aldebarán llegaba a su fin. Corot empezaba a perfilarse detrás de la estrella. Una lágrima empezó a caer por la mejilla arrugada del comandante Hanso. Era un momento histórico del que era testigo. John se giró hacia Hanso y estrechó su mano enérgicamente, sonrieron, apenas hubieron transcurrido unos segundos, se fundieron en un abrazo que confirmaba la amistad que se había forjado en los últimos dos años. Dejaban de lado la rigurosa disciplina que había dirigido su relación y

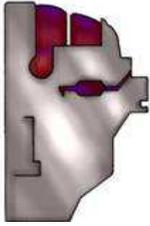
ahora, sencillamente, demostraban como hombres que la manera más humana y maravillosa de mostrarse ese respeto mutuo que les unía y las emociones incontenibles que les embriagaban en aquellos momentos, era a través de un sencillo abrazo sincero.

John Harlock abrió los ojos y contempló el majestuoso brillo azul de Corot. Era su nuevo hogar. Mientras sentía a su amigo rodeándole con sus brazos, siguió emocionado los bellos contornos del planeta, sus océanos, sus cordilleras, sus tormentas, sus mares, sus desiertos, sus llanuras. Algo le llamó poderosamente la atención. Unas líneas geométricas se distinguían en la superficie del hemisferio Norte. Se separó casi con brusquedad del comandante. Hanso comprendió que algo extraño estaba sucediendo. Las comunicaciones del Centro de mando rompieron el silencio, se oían gritos de pánico y sorpresa, mensajes de incertidumbre, voces que mostraban un miedo paralizador. En cuestión de segundos, el comandante Hanso estaba siendo requerido a través de casi todos los canales de comunicación de la colonia. El caos se extendió como en una pesadilla.

El comandante Hanso se acercó apresuradamente al panel de comunicación para hacerse con el control. De todos los informes masivos que el control de Mando estaba recibiendo simultáneamente ejecutó intuitivamente los informes procedentes de los ingenieros jefe del Observatorio geofísico. Leyó rápidamente la información vertiginosa que se vertía en sus pupilas. Intentó tragar saliva pero su boca estaba completamente seca. Se sentó de golpe. Se hubiera derrumbado en el suelo de no ser porque un sillón estaba justo detrás de él. Su cabeza se giró con una lentitud casi eterna. Miró pálido a John Harlock.

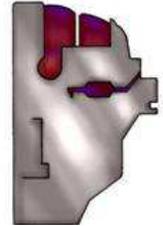
Ambos se giraron de nuevo hacia los contornos del planeta. Unas estructuras geométricas iluminadas artificialmente de miles de kilómetros cuadrados se distinguían claramente en el hemisferio Norte y otras de dimensiones mucho más pequeñas en el Hemisferio Sur. Estructuras se erguían gigantestas a cada segundo con pasmosa nitidez, en los continentes, en los océanos, en los desiertos.

Por primera vez en la historia del ser humano, un planeta llamado Corot llamaba al encuentro inmenso de dos civilizaciones para escribir, quien sabría aún, un nuevo capítulo del libro inimaginable de la historia del Universo.



Ultima noche en la Tierra

Oscar Amador



I: El descubrimiento de un planeta maravilloso

Gea (antes conocido como Kepler-22b) es un planeta de casi dos veces y media el radio que la Tierra y se encuentra a unos 600 años luz de esta. Forma parte del sistema planetario perteneciente a la estrella Kepler-22. El efectuar un viaje hasta Gea no hubiese sido posible hoy en día de no haberse dado las peculiares circunstancias que concurrieron; las naves con mayor autonomía¹ no pueden permanecer en el espacio más de cincuenta años, tiempo del todo insuficiente. Lo más lejos que la Humanidad ha llegado hasta ahora es a las cercanías de Próxima Centauri; es decir, a poco más de 4 años luz.

El descubrimiento de Gea se produjo a causa de un error de navegación. Hará unos veinte años, el *Lusitania*, un viejo transbordador espacial que se dirigía a Saturno, desapareció sin dejar rastro nada más sobrepasar el cinturón de asteroides. Se perdió toda comunicación con él, así como también su señal, en los distintos localizadores² del Sistema Solar. Varias patrullas buscaron durante días al *Lusitania* sin fruto alguno. Una semana después, se le dio oficialmente por desaparecido. Nadie supo que ocurrió con el viejo transbordador, hasta cinco años más tarde, en que un sorprendente mensaje llegó a la Tierra desde el sistema planetario de la estrella Kepler-22. Se trataba de un comunicado firmado por el *Lusitania*, la codificación del mensaje no dejaba lugar a dudas. Las Autoridades Terrestres no daban crédito a lo que tenían ante sí, era imposible que el transbordador hubiese recorrido 600 años luz en tan sólo cinco años. El mensaje decía lo siguiente:

“Planeta Tierra, somos los ocupantes del Lusitania. Nos encontramos todos sanos y salvos. Estamos en el cuarto planeta perteneciente al sistema solar Kepler-22. Le hemos

¹ Tiempo que una nave espacial puede navegar sin necesidad de recargar energía. La autonomía máxima con que puede contar una nave depende del tipo de batería que disponga y, obviamente, del nivel de carga que tiene esta.

² Evolución del antiguo radar. Los localizadores visualizan el tráfico en una zona determinada del espacio (esta es mayor o menor en función de su potencia). La gran mayoría de naves espaciales cuenta con un localizador a bordo. Los localizadores cuentan, además, con una detallada cartografía del espacio conocido.

rebautizado con el nombre Gea. Es tan hermoso y habitable como lo fue en el pasado la Tierra. Les habla: Mark Ulrich, Capitán del Lusitania.”.

Cinco años antes de que este mensaje llegase a la Tierra, el *Lusitania* realizaba su ruta habitual entre la Tierra y la helada Dione (preciosa luna blanca de Saturno). Transportaba ciento cincuenta pasajeros en uno de tantos viajes turísticos para contemplar los anillos de Saturno. El destino final del *Lusitania* era la estación espacial *Horizon Resort*, en Dione. Al atravesar el cinturón de asteroides un inexplicable error de navegación provocó que el *Lusitania* se desviara de su ruta. Aunque la tripulación actuó con presteza, no fue posible subsanar el error a tiempo; el transbordador había penetrado en lo que parecía ser “*un conducto en medio del espacio*” (en palabras de Mark Ulrich, Capitán del *Lusitania*). Todos los esfuerzos por revertir el rumbo fueron inútiles, los controles no respondían y la nave mantenía una ruta constante; internándose siempre en el interior del extraño túnel. Los localizadores del *Lusitania* tampoco funcionaban correctamente, no pudiendo señalar en que punto exacto del espacio se encontraba el transbordador. El interior del conducto se encontraba en total oscuridad, ni las estrellas ni el cercano Sol eran visibles en su interior. La desesperación del pasaje fue total, acrecentándose a medida que esta travesía se prolongaba. El *Lusitania* contaba con suspensores³ suficientes, por lo que pasaje y tripulación pasaron la mayor parte del tiempo en estado de suspensión. Quedó despierto, únicamente, el personal mínimo necesario para comandar la nave. De no ser por esto, y por tener víveres suficientes para cubrir la totalidad de su autonomía (algo más de doce años), es muy posible que el viaje no hubiera llegado a buen término. Durante más de cuatro años navegó el *Lusitania* en este túnel oscuro. Pero llegó un día en que de nuevo fueron visibles las estrellas y los controles de la nave regresaron a su estado normal. Todo hacía pensar que el transbordador había salido por el otro extremo del conducto. El Capitán ordenó entonces interrumpir la suspensión de todos aquellos que se encontrasen en este estado para hacerles partícipe de la noticia. Sin embargo, poco duró la alegría en el *Lusitania*. Cuando los

³ Capsulas, de uso exclusivo en naves espaciales, cuyo fin es inducir a sus ocupantes al llamado estado de suspensión. El individuo entra en este letargo reduciendo sus constantes vitales al mínimo imprescindible para la vida. Este estado de suspensión provoca que el envejecimiento sea tan sólo una décima parte del normal, minimizando de este modo el paso del tiempo en los largos viajes espaciales. Antes de entrar en la capsula, el individuo ha de ponerse un traje especial, que será el encargado de eliminar los pocos residuos fisiológicos que genere el cuerpo en estado de suspensión. Dicho traje se complementa con el brazalete de control; el brazalete de control se coloca en el brazo del individuo y, mediante un finísimo conducto, queda unido al interior de la capsula. El brazalete de control controla las constantes vitales, además de suministrar los mínimos nutrientes que necesitan los cuerpos en suspensión. El proceso de suspensión se recomienda, únicamente, para viajes de larga duración.

localizadores recuperaron su funcionamiento correcto, situaron al viejo transbordador en el sistema planetario de la estrella Kepler-22, ¡a 600 años luz de la Tierra! Se comprobó varias veces que no existiera ninguna avería ni lectura errónea en los localizadores de a bordo. No era así, funcionaban a la perfección. El desasosiego se apoderó de la tripulación. Mark Ulrich dio orden de que esta noticia no se difundiera entre el pasaje hasta haber agotado todas las posibilidades que se les presentaran de volver a casa. Lo primero que hizo el Capitán, fue intentar localizar el punto exacto por el que el *Lusitania* salió del túnel; pero no le fue posible hacerlo (resultaba lógico pensar que si recorrían el conducto oscuro en sentido inverso llegarían al Sistema Solar). El ordenador de a bordo tenía recogidos todos los datos concernientes a la llegada del *Lusitania* a Kepler-22; sin embargo, al realizar la maniobra la nave no se introducía en el túnel. Era como si no estuviese allí. Mark Ulrich dedujo que, por algún motivo que desconocía, el conducto sólo podía ser recorrido en un sentido. Esta conclusión le llevó a otra más alarmante: no existía posibilidad de regreso.

Una vez que la tripulación asumió la realidad a la que se enfrentaba, comenzaron a estudiar el sistema planetario Kepler-22. La estrella Kepler-22 es una enana amarilla; es decir, igual en su tipología al Sol, aunque de luminosidad algo inferior. Dentro de su sistema planetario se encuentra el planeta Kepler-22b. Este planeta había sido catalogado como una Supertierra (planeta terrestre extrasolar que posee entre una y diez veces la masa de la Tierra; cuenta con características que le hacen potencialmente habitable. Además, una característica común es que todos ellos se encuentran muy cerca de la estrella a la que orbitan.), pero poco se sabía con certeza de él. En busca de un milagro, Mark Ulrich puso rumbo al desconocido planeta.

Al ver de cerca aquella enorme esfera azulado-verdosa muchos de los viajeros del *Lusitania* creyeron estar en casa. El planeta al que pusiera rumbo tres meses antes Mark Ulrich parecía una réplica de la lejana Tierra; a excepción hecha de su tamaño y la forma de los continentes. A diferencia de la Tierra, este planeta contaba no con una, sino con tres lunas; una de ellas, la de menor tamaño, de un precioso color violeta. Mark Ulrich situó al *Lusitania* en órbita del planeta para estudiarlo. Fue en esos días orbitando a su alrededor, cuando el Capitán le dio el nombre de Gea, en honor a la diosa de la mitología griega que personifica la Tierra. Con ese nombre fue conocido Kepler-22 de ahí en adelante. La

información que recopiló el *Lusitania* durante el tiempo que orbitó alrededor de Gea, dejaba bien claro que las zonas azuladas eran agua, las verdes zonas boscosas y las marrones montañas o desiertos. Al igual que la Tierra, Gea tenía dos casquetes polares. Gea tenía un tamaño 2,4 veces mayor que la Tierra; aunque su densidad era mucho menor. La conjunción de estos dos factores dio como resultado que la gravedad de Gea fuese casi idéntica a la Tierra. La vida que encontraron fue de lo más variopinta: desde pequeños animales del tamaño de un gato a enormes cuadrúpedos velludos de más de treinta metros de longitud y diez de altura. Localizaron aves y peces. La potencia de visión con que contaba el instrumental del *Lusitania* mostró, incluso, lo que parecían insectos. En cuanto a la flora, Gea contaba con la misma diversidad que en la fauna; árboles gigantes, bosques de distintos tipos, matorrales, frutales... Ante tal biodiversidad parecía obvio que la atmósfera debía ser, por fuerza, respirable. Así fue, el aire reunía los elementos óptimos para la vida humana. Gea parecía el hermano mayor de lo que fue la Tierra antes de que comenzara su destrucción. Mark Ulrich se dirigió hasta allí buscando un milagro; Gea fue ese milagro.

Para efectuar el aterrizaje en la superficie de Gea, la tripulación del *Lusitania* escogió una pequeña isla cercana a uno de los tres grandes continentes en que se dividía el planeta. Esta isla tenía unos ocho kilómetros de ancho por dieciséis de largo y reunía las condiciones idóneas para una primera toma de contacto. Poseía una amplia llanura en su centro, donde el *Lusitania* podría aterrizar sin problemas. Contaba con numerosos frutales y los animales que la poblaban eran, en su mayoría, de dos especies; una parecida al conejo y la otra similar al jabalí. No se atisbó rastro de ningún gran depredador. Antes de proceder al aterrizaje, el Capitán Mark Ulrich envió una nave de reconocimiento a la isla. Los siete tripulantes elegidos para la misión regresaron con buenas noticias: las condiciones, tanto climáticas como atmosféricas, eran inmejorables. Trajeron consigo muestras de, al menos, veinte tipos de fruta distinto; tras ser analizados, resultaron comestibles en su mayoría. Subieron al *Lusitania*, además, un ejemplar del *conejo* y otro del *jabalí* autóctonos de Gea. El *conejo* era muy parecido al terrestre; se diferenciaba, sobre todo, en la forma de la cola (parecida a la de los castores) y en que tenían los ojos más grandes. El *jabalí* también era muy similar; sus diferencias con el de la Tierra radicaban en que no tenía colmillos, su hocico era afilado y su carácter tímido y asustadizo. Ambas especies resultaron aptas para el consumo humano. Mark Ulrich tomó entonces la decisión de descender a la isla elegida para ello (y ese fue precisamente el nombre que le dio el Capitán: La Elegida). Los caprichos del destino habían

confinado a los ocupantes del *Lusitania* a 600 años luz de su hogar; pero, al menos, les concedió un maravilloso lugar para vivir.

El aterrizaje sobre La Elegida se efectuó sin ningún contratiempo. Viajeros y tripulación del *Lusitania* se aclimataron perfectamente a su nuevo hogar. Aunque pasaban la mayor parte del tiempo al aire libre, dormían en el interior del transbordador (la autonomía máxima del *Lusitania* era de unos doce años; reduciendo su consumo energético al mínimo, quizá pudieran disfrutar de sus comodidades seis o siete años más.). Al llegar a las playas de la isla, se percataron que habían pasado un detalle por alto; dieron por sentado que el agua de los mares sería salada, pero era potable. Esto hizo que el suministro de agua estuviese garantizado de por vida. La caza de *jabalíes* y *conejos* resultaba sencilla; unido a la amplia variedad y cantidad de frutas y algún que otro pescado, extraño pero sabroso, ofrecía una rica dieta a los supervivientes del *Lusitania*. Unos tres meses después, tenían explorado, colonizado y cartografiado el total de la isla. Los colonos de *La Elegida* comenzaron entonces a construir sus primeras cabañas. El clima, por lo común, era seco, pero no demasiado caluroso. Las escasas precipitaciones eran débiles y de corta duración.

Fue al sobrecargo Deans, segundo de a bordo del *Lusitania*, a quién se le ocurrió la idea:

– Capitán Ulrich, ¿por qué no enviamos un mensaje a la Tierra?

– Sobrecargo, nos encontramos a seiscientos años luz de la Tierra; ningún mensaje que enviáramos recorrería tal distancia – contestó Mark Ulrich.

– Es cierto, señor – dijo Deans, quien ya esperaba una respuesta de ese tipo –. Verá, he estado pensando; podríamos mandar un mensaje a través del *atajo* (el *atajo* era el nombre coloquial que dieron al extraño túnel que les llevó hasta Kepler-22), quizá funcione como un amplificador y el mensaje llegue a la Tierra.

El Capitán miró sorprendido al muchacho; parecía difícil que la idea tuviese éxito, pero tenía gran parte de lógica.

– Puede ser, Deans. ¿Por qué no? Sin embargo, recuerde que no pudimos volver a entrar, ni siquiera conociendo el punto exacto por donde salimos.

– Es verdad, y es posible que nuestro intento sea en vano, pero...

– No tenemos nada que perder. Mañana daré la orden – sentenció Ulrich.

Y así se hizo. Se dirigió la potente antena del transbordador hacia las coordenadas exactas del *atajo* y se mandó un mensaje pidiendo ayuda. La operación se repitió cinco veces. El mensaje del *Lusitania* decía lo siguiente:

“Planeta Tierra, somos los ocupantes del Lusitania. Nos encontramos todos sanos y salvos. Estamos en el cuarto planeta perteneciente al sistema solar Kepler–22. Le hemos rebautizado con el nombre Gea. Es tan hermoso y habitable como lo fue en el pasado la Tierra. Les habla: Mark Ulrich, Capitán del Lusitania.”

Cuando, dos meses después de su envío, este mensaje llegó a la Tierra, no dejó indiferente a nadie. Los familiares de los desaparecidos no cabían en sí de júbilo; sus seres queridos estaban vivos. Sin embargo, la gran mayoría de la población sentía un gran recelo con respecto a lo comunicado en el mensaje. Técnicamente, era cierto que el mensaje provenía del *Lusitania*, pero eso no aseguraba que fuesen sus ocupantes quienes lo enviasen. El hecho de que existiese un planeta casi clónico en su fisonomía a la Tierra generó escepticismo. Las Autoridades Terrestres, no obstante, decidieron enviar una respuesta hacia el lugar de donde provenía el supuesto mensaje del *Lusitania*:

“Nos congratula recibir noticias tuyas. Nos parece inconcebible que hayan llegado hasta Kepler–22b en tan sólo cinco años. Estamos impacientes por conocer los pormenores de su travesía”.

La respuesta terrestre llegó a Gea cincuenta días más tarde. El Capitán Ulrich y el sobrecargo Deans elaboraron un mensaje en el que se explicaban todas las vicisitudes vividas por el *Lusitania*. Se adjuntó a dicho mensaje una detallada carta de navegación; en ella se explicaba el punto exacto donde se hallaba el *atajo*, así como una descripción del mismo y la velocidad y circunstancias exactas en las que el *Lusitania* entró en él. También se incidía en la suposición de que el *atajo* sólo era transitable en un sentido; quién viajara hasta Gea no regresaría.

Las Autoridades Terrestres estudiaron la carta de navegación con minuciosidad; en base a ella se organizó una expedición militar, tripulada por voluntarios, hacia Gea. A esta expedición se le dio el nombre de *Misión Ulises*. Durante el tiempo que duró el viaje de dicha misión, llegaron con regularidad desde el *Lusitania* infinidad de datos e imágenes de Gea. En la Tierra ya nadie dudaba de la existencia de tan maravilloso planeta; no obstante, quedó corroborado con la llegada de la *Misión Ulises*, casi cinco años después de su partida, al bello planeta azulado. Por aquel entonces, el deterioro medioambiental en la Tierra era ya irreversible. Una red color rojo, producto de los millones de campos magnéticos y eléctricos existentes, comenzaba a cubrir el planeta. Las plantas se extinguían a un ritmo vertiginoso, poco después comenzaron a hacerlo los animales. La Tierra se moría.

Las Autoridades Terrestres vieron en Gea una oportuna tabla de salvación. El escaso tiempo con el que contaban para organizar una evacuación provocó que muy pocas naves partieran de la Tierra con garantías de llegar a Gea. Las Autoridades nunca hicieron públicas las cartas de navegación, obedeciendo a motivos que jamás se supieron. Por fortuna hubo filtraciones y un buen puñado de naves partió de la Tierra con las cartas de navegación. En contrapunto a esto, cazadores de fortuna sin escrúpulos cambiaron falsas cartas de navegación por agua o comida; quines eran engañados no se percataban de ello hasta que estaban en espacio abierto. Millones de naves, de todo tipo y tamaño, comenzaron a abandonar la Tierra rumbo a Gea, como las ratas que escapan del barco que se hunde. La gran mayoría de ellas no disponían de las cartas de navegación; por lo que, o no pudieron entrar en el *atajo* o se perdieron en el espacio. Sólo una pequeña parte de estas naves contaba con dichas cartas. No todas las naves que consiguieron entrar en el *atajo* lograron salir de él; falta de autonomía, problemas mecánicos e imprevistos varios provocaron que algunas de ellas perecieran allí. Apenas un cinco por ciento de las naves que salieron de la Tierra consiguió llegar a Gea. En menos de dos semanas la civilización se desmoronó; pillajes, robos, violaciones y asesinatos eran parte del día a día de quienes no pudieron abandonar la Tierra.

II: Última noche en la Tierra

– ¿Tienes las carta de navegación? – preguntó el tipo negro con rastas que atendía al nombre de Snake.

– Sí, toma – respondió Ron DiSalvo, ofreciendo un dispositivo de memoria al tipo de las rastas. Snake cogió el dispositivo y lo guardó en su chaqueta militar con gesto exagerado –. ¿Tienes la nave?

– ¡Claro, tío! Estás tratando con Snake. Espera aquí, voy a comprobar la carta de navegación.

– No tardes Snake.

El tipo negro le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba mientras se internaba en el callejón; abrió una de las puertas de chapa y entró en el deslucido edificio. Ron DiSalvo observó a su alrededor: decenas de vehículos sin carga llenaban la calle, en el horizonte podía ver hasta cuatro densas columnas de humo negro. Tocó con su mano la pistola que guardaba en el pantalón; al menos sabía que sería capaz de disparar si era necesario. Giró la cabeza, intranquilo, hacia el callejón. No quedaban muchas naves ya en la Tierra; las que aún no habían partido esperaban, confiando conseguir las cartas de navegación que las guiasen a Gea. De pronto, algo reclamó su atención: un intenso zumbido procedente del otro lado del viejo edificio. DiSalvo corrió hacia la puerta de chapa por la que entró Snake unos minutos antes; estaba cerrada desde dentro.

– Hijo de puta – masculló.

DiSalvo levantó la vista; sobre su cabeza se elevaba una vieja nave de transporte en dirección al cielo rojizo.

– Soy gilipollas – dijo para sí mismo mientras palpaba en el bolsillo de su chaqueta –. Menos mal que he hecho una copia.

– No va a venir – dijo Ron DiSalvo mientras apuraba su cigarrillo de forma nerviosa, al tiempo que se dirigía al cenicero que estaba sobre la mesa. Levantó la vista hacia el reloj

que colgaba en la pared; eran las nueve menos cuarto, pasaba ya media hora. Apagó con fuerza el cigarrillo en el cenicero.

– Tranquilízate Ron, vendrá – dijo Mike Travis quien, sentado en el sofá, disimulaba su nerviosismo jugueteando con su mechero, un viejo *Zippo* –. Nos necesita.

DiSalvo miró a Mike Travis con resignación, se acercó a la ventana y apartó las viejas cortinas. De forma automática se encendió otro pitillo. A través de la ventana cerrada observó el cielo; comenzaba a anochecer y ofrecía la tonalidad rojiza ya habitual desde hacía años. La calle estaba desierta, no se habían producido saqueos desde hacía semanas; aquellos que no consiguieron una nave para abandonar la Tierra salieron del interior de las ciudades hacia las zonas rurales, donde aún se podía encontrar alimento. Pero no existía esperanza, el planeta estaba condenado.

– ¿De qué conoces a ese tío? – preguntó Ron DiSalvo.

– Se mueve en los bajos fondos, es un artista del engaño y un consumado falsificador. Era muy escurridizo, jamás le pudimos echar el guante. También colaboró con nosotros a cambio de ciertos favores; eso le dio cierta impunidad – le respondió Travis recordando sus días de policía.

– Vamos, que era un soplón.

– En cierto modo sí.

– ¿Es de fiar? – preguntó DiSalvo.

– Bueno... entre la chusma en la que se solía mover se le tenía por un tipo de palabra. Supongo que sí, es de fiar – hizo una pausa –. De todos modos no tenemos otra opción – atajó Mike algo molesto con las preguntas que le hacía DiSalvo.

– Supongo que no – concluyó, resignado, DiSalvo.

Por segunda vez en cinco minutos Ron DiSalvo apagó, nervioso, el cigarrillo en el cenicero. Se dirigió de nuevo a la ventana y echó otro vistazo al exterior, era ya noche cerrada. Decidió calmarse, se sentó en el desgastado sofá intentando apaciguar los nervios. Fue esa misma tarde, apenas unas horas antes, cuando Mike Travis le contó que un conocido suyo tenía una nave con la que podrían escapar de este mundo agonizante. Cuando la

civilización aún existía como tal, DiSalvo formaba parte de una agencia dedicada a organizar excursiones y viajes espaciales, por lo que todo lo relativo a distancias, rutas, naves espaciales y demás conceptos propios de dichos viajes eran conocidos para él. Su agencia, “*Outer Space Voyager*”, ofertaba viajes por todo el Sistema Solar: desde económicas excursiones a la Luna o Marte, hasta los prohibitivos viajes a las lunas de Saturno. Sin embargo, el viaje a Gea excedía por mucho sus conocimientos. De un trayecto de media distancia como Júpiter a navegar hasta Gea mediaba un abismo. No obstante, gracias a ciertas cartas de navegación que tenía en su poder (obtenidas de forma poco lícita por otra parte), era posible realizar este viaje.

– ¿Que nave te ha dicho que tenía...? ¿Cómo se llamaba ese tipo...? – preguntó DiSalvo mientras chasqueaba los dedos intentado recordar el nombre.

– Andrei, se llama Andrei – respondió Mike Travis –. Ya te lo dije esta tarde Ron, no me dijo que modelo de nave tenía. Lo que sí me dejó claro es que era capaz de hacer el viaje hasta Gea – explicó Mike Travis, resignado ante el interrogatorio a que le sometía DiSalvo.

– Es muy extraño, Mike. Hace muchos días que no tengo conocimiento de la existencia de una nave válida para llegar más allá del cinturón de asteroides. Hace semanas que todas las naves capaces de llegar a Gea salieron de la Tierra – explicó DiSalvo.

Mantuvieron un tenso silencio en el que sólo era audible el sonido del segundero del reloj de pared. Mike Travis miró con disimulo hacia el reloj, las nueve. Empezaba a temer que Andrei no apareciese cuando sonó el ruido de unos nudillos golpeando la puerta. Sin poder disimular su nerviosismo, Mike Travis se levantó como un resorte del sillón y se dirigió a la puerta. Echó un vistazo por la mirilla; al retirarse de ella su rostro se mostraba mucho más relajado, con una sonrisa de alivio dijo:

–Es él.

Mike abrió la puerta. Apareció ante ellos un hombre menudo, de una edad indeterminada entre los cuarenta y cincuenta años. Llevaba el cráneo rapado al cero. Mike le saludó con un apretón de manos.

– Hola Andrei, pasa por favor.

El hombre menudo entró y se quedó en medio de la estancia.

– Os presento – dijo Mike –. Andrei Tarlev, Ron DiSalvo.

El semblante de Andrei presentaba una extraña palidez. “*Está enfermo*”, pensó DiSalvo. Durante los últimos meses, causado sin duda por la extrema degradación del medioambiente, aparecieron nuevas enfermedades que ya nadie se encargaba de estudiar y tratar. La mayoría de estas enfermedades eran dolencias leves: caída del cabello, pérdida de la pigmentación de la piel, afecciones pulmonares... Tan sólo una cantidad casi residual de ellas podían llegar a ser graves, y en ningún caso se tuvo noticia de que fuesen contagiosas.

– ¿Andrei Tarlev? ¿Eres ruso? – Ron DiSalvo aún sentía una franca aversión por las personas del este de Europa.

– Nací en Moldavia – respondió Andrei con un fuerte acento del este.

– ¿Moldavia? ¿Dónde está eso?

– Ron, joder. ¿Qué más da eso ahora? – terció Mike –. ¿Tienes la nave, Andrei?

– Sí. Está escondida, a las *afuerras* de la ciudad.

– ¿Cómo sabemos que no nos engañas? – preguntó DiSalvo.

– ¿Tienes tú la *carrta* de navegación? – dijo Andrei.

Ron DiSalvo sacó de su bolsillo un dispositivo de memoria y un abultado sobre color marrón claro.

– Aquí tienes. Examínala si quieres.

DiSalvo sabía de sobra, por lo que le había contado Mike, que Andrei no tenía conocimientos de cartografía espacial.

– No sé *interpretarla* – dijo Andrei.

– Pues ese es tu problema; aquí está todo.

– ¿Cómo sé que no me engañas? – preguntó Andrei con una sonrisa astuta.

DiSalvo se quedó en silencio. No contaba con argumentos para darle la vuelta a la jugada del moldavo.

– No me gusta tu amigo – dijo Andrei, dirigiéndose a Mike Travis.

– Ni tú me gustas a mí, bolchevique – espetó DiSalvo.

Tanto Andrei como Mike ignoraron el comentario de Ron DiSalvo. Fue Mike quien rompió el silencio, acompañando sus palabras con una cáustica mirada dedicada a DiSalvo.

– Hay ocasiones en que a mí tampoco me gusta. A veces se comporta como un gilipollas integral.

Ron DiSalvo bajó la mirada ante la reprimenda de Mike.

– Está bien. Tienes razón, Mike. Me he pasado – su disculpa no era sincera. Ron DiSalvo era un hombre rencoroso por naturaleza; no dejaría pasar tal humillación así como así. Decidió cambiar de táctica y esperar su oportunidad para ajustar cuentas con Andrei –. ¿Qué nave es? – preguntó al moldavo con educación.

– Una *Albatross CR-7* en *perrfecto* estado.

– ¡Vaya juguete! – exclamó DiSalvo emocionado.

El *Albatross CR-7* era una nave espacial de lujo pensada para viajar por el Sistema Solar, aunque contaba con autonomía suficiente como para salir de él. Del *Albatross CR-7* sólo se fabricaron trescientos ejemplares; únicamente gente de gran poder adquisitivo podía aspirar a conseguir uno de ellos.

– ¿Nos vale? – preguntó Mike.

– Sí. No tiene demasiada autonomía, unos ocho años; pero será suficiente. Cuatro suspensores, rotor de gravedad, navegación autónoma...

– ¿Navegación autónoma? ¿Qué significa eso? – preguntó Mike, cuyo conocimiento sobre naves espaciales se limitaba a lo básico.

– Que puedes programarla con la ruta deseada y no es necesario supervisarla. Podemos ir *sobando* en los suspensores con toda tranquilidad. Sólo nos despertará si detecta algún tipo de problema – explicó DiSalvo –. ¿Has comprobado el nivel de carga? – preguntó a continuación a Andrei.

– Noventa y cinco *porrr* ciento.

– Suficiente. Has dicho que la nave está a las afueras ¿Cómo vamos a ir hasta allí? Atravesar la ciudad nos llevará mucho tiempo.

– Abajo tengo un vehículo. Tiene poca *carrga*, pero será suficiente para *llegarr*.

– Entonces no perdamos más tiempo. Vayámonos – sentenció Mike.

Atravesaron la fantasmagórica ciudad en completo silencio. Lo que otrora fuese un centro neurálgico y un hervidero de vida había quedado reducido a edificios abandonados, calles atestadas de vehículos sin carga y cadáveres; cientos de cadáveres dispersados por la ciudad. Los chisporroteos rojizos se hicieron cada vez más frecuentes en el cielo; se avecinaba una gran tormenta, quizás fuese la definitiva. Dejaron atrás la agonizante ciudad y se internaron en la zona montañosa situada al norte de la misma. Cuando el nivel de carga indicaba menos del uno por ciento, Andrei descendió el vehículo en un pequeño valle entre las montañas; una vez posado en el suelo, sus luces iluminaron una lujosa casa de dos plantas. Los tres hombres bajaron del vehículo.

– *Esperradme* aquí, voy a echar un vistazo – dijo Andrei.

El hombre menudo corrió con agilidad hacia la casa, al salir del ámbito de influencia de las luces del vehículo DiSalvo y Mike le vieron perderse en la oscuridad.

– Creo que nos está engañando, Mike – dijo DiSalvo.

– No seas paranoico, Ron. ¿Para qué nos ha traído hasta aquí entonces? Ya verás como es verdad que tiene esa flamante *Albatross CR-7* y podemos poner rumbo a Gea.

Aunque Mike Travis dio un mensaje tranquilizador a su amigo, lo cierto era que las dudas de DiSalvo comenzaron a contagiársele. La tensa espera, no mayor de cinco minutos, se les hizo interminable. Ambos resoplaron, aliviados, al ver regresar la figura de Andrei entre las sombras.

– Todo correcto – informó Andrei –. Cojamos las linternas del vehículo y vayamos, la nave está *detrrás* de la casa.

Cogieron una potente linterna cada uno y comenzaron a caminar. Andrei iba por delante, guiando el grupo. Rodearon la casa; en la parte trasera descubrieron un gran

cobertizo, cuya puerta se encontraba abierta. Antes de entrar, Andrei pulsó un interruptor, el cobertizo se iluminó con una suave luz blanca. Apareció entonces ante ellos, imponente, la prometida *Albatross CR-7*; tenía la pasarela de embarque extendida, invitando a los tres hombres a subir a ella.

– ¡La hostia! – exclamó DiSalvo; su rostro se iluminó como el de un niño la mañana de Navidad. Sin poder controlar la emoción, corrió hacia la nave y comenzó a subir por la pasarela –. ¡Voy a hacerle un chequeo! – gritó a los otros dos antes de internarse en la nave.

– En el fondo no es mal tío, seguro que al final le coges cariño – dijo Mike.

Andrei le miró un instante con una clara expresión de escepticismo, después giró su cabeza hacia la nave.

– DiSalvo no confiaba en que tuviese la nave, ¿verdad?

– No.

En silencio Mike y Andrei comenzaron a subir por la pasarela de embarque hacia el interior de la nave.

El *Albatross CR-7* no era una nave demasiado grande. Contaba con una espaciosa sala central, donde estaban la consola de control y los suspensores, tenía cuatro confortables compartimentos privados, dos aseos y un equipado almacén. Cuando Mike y Andrei accedieron al interior de la nave, DiSalvo ya se hallaba inmerso en el proceso de verificación. Aunque lo convencional era hacer el chequeo de forma automática, DiSalvo gustaba hacerlo de forma manual, al viejo estilo.

– ¿Rotor de gravedad? – preguntó DiSalvo al aire.

Unos segundos después, una suave voz femenina se escuchó en la sala; se trataba del interfaz vocal del ordenador de a bordo.

– *Verificado.*

– ¿Señalizadores térmicos?

– *Verificados.*

Mientras DiSalvo continuaba con el procedimiento de chequeo, Andrei se sentó en uno de los sillones repartidos por la sala central. Mike Travis prefirió curiosear los compartimentos de la lujosa nave. El primer compartimento estaba decorado como un dormitorio de matrimonio. Mike se tumbó en la ancha cama, parecía una cama de agua. Cerró los ojos y se relajó unos instantes, después se levantó. Sobre una de las mesillas descubrió un pequeño aparato, se trataba del programador de la cama; con él se podían emular numerosos tipos de colchón (agua, látex, madera...). Mike arrojó el programador sobre la cama y salió del dormitorio. La siguiente habitación era otro dormitorio, sólo que esta vez pertenecía a dos niños. Dos camitas en paralelo ocupaban el centro del compartimento, su ropa de cama era idéntica; payasitos en diferentes poses. En una de las esquinas pudo ver un gran cajón lleno de todo tipo de juguetes: muñecas, peluches, una pelota, una nave espacial de juguete... Completando el mobiliario del dormitorio había un armario ropero y una estantería con libros, cuyos lomos mostraban una amplia gama de colores. El siguiente compartimento era un híbrido entre biblioteca y sala de juegos; en su interior habría no menos de cien libros de papel (aparte de un terminal para leer libros electrónicos) y varios juegos de todo tipo: un billar, dardos, una pequeña mesa de ruleta... Mike cogió al azar uno de los libros, era la primera vez que tenía entre sus manos uno de esos antiguos volúmenes de papel. Leyó el título: “*20.000 leguas de viaje submarino*”, tras lo cual lo reintegró en la estantería. El último cuarto era una pequeña sala de cine (contaba incluso con dos filas de butacas) que podía habilitarse también como sala de estar o comedor. El almacén del *Albatross CR-7* poseía todo lo necesario para una larga travesía espacial. Mike regresó a la sala principal y se sentó junto a Andrei.

– ¿Qué les ha ocurrido a los dueños de la nave?

Andrei no contestó, miró a Mike como si este le hubiese formulado una pregunta estúpida y después volvió a fijar la vista al frente, hacia ninguna parte en concreto.

– ¿Suspensores? – DiSalvo continuaba con el chequeo.

– *Error.*

Mike y Andrei miraron alarmados a DiSalvo quien, con gesto de preocupación, observaba con atención una de las pantallas de la consola de control.

– ¿Suspensores? – repitió DiSalvo.

– *Error.*

– ¡Mierda! – exclamó DiSalvo –. Definir error.

– *Suspensores uno y tres fuera de servicio, código de incidencia cuatrocientos treinta y seis* – informó la agradable voz femenina.

– Muéstrame los detalles en pantalla.

DiSalvo leyó los datos que le proporcionaba el ordenador de a bordo. Cuando terminó de leerlos se giró hacia Mike y Andrei.

– Tenemos un problema.

– Sorpréndeme – dijo Mike resignado.

– Los suspensores uno y tres están averiados. Para repararlos necesitaríamos piezas de repuesto y un mecánico; no tenemos ni lo uno ni lo otro, como resulta obvio.

– ¿En qué nos afecta? – preguntó Mike.

– No podremos ir *sobando* los tres a la vez. Uno de nosotros tendrá que ir despierto.

– *Harremos* turnos. Cada *cierrto* tiempo nos *cambarremos*. Será como si estuviésemos de *guarrdia* – dijo Andrei.

– Me parece bien – accedió Mike.

– Sí. No queda otra – dijo DiSalvo.

– ¿Qué os *parrece* cada dos meses?

– A mí bien. No me incomoda lo más mínimo estar solo, estoy acostumbrado – Mike se refería a sus días de policía.

– Bien – aprobó DiSalvo. Una idea comenzó a tomar forma en su cabeza. No había olvidado en absoluto el desplante que le hiciera Andrei en la ciudad. “*Me parece que tu suspensor va a tener un problemilla*”, pensó. “*Ya me encargaré yo de que no despiertes, bolchevique de mierda*” –. Sí, me parece bien.

– ¿Tenemos víveres suficientes? – preguntó Mike.

- Sí, hay comida y agua de sobra – respondió DiSalvo.
- Aparte de la avería de los suspensores, ¿hay algún otro problema?
- No, está todo perfecto.
- Pues, ¿a qué esperamos? ¡Vámonos!
- ¡Sí, Capitán! – dijo DiSalvo con un cómico saludo militar.

III: Un nuevo día

Vista desde el espacio, la Tierra no mostraba ya su aspecto agradable y colorista de antaño. Una tela color rojo sangre envolvía el planeta, miles de chisporroteos sazaban, aquí y allá, la tupida red. Dos grandes tormentas eléctricas se mostraban visibles: una de ellas al sur de África, la otra cubría por completo la parte occidental de Europa. “*Es la primera vez que veo la Tierra desde el espacio*”, pensó con tristeza Mike Travis, mientras observaba por los ventanales como la Tierra iba menguando. Mike sintió una punzada de nostalgia, intentó aplacar ese sentimiento pensando en Gea pero, por algún extraño motivo, no lo consiguió. Fue Ron DiSalvo quién rompió el silencio:

– Voy a introducir la ruta en la consola de control – le dijo DiSalvo, mostrando a Mike el pequeño dispositivo de memoria donde residía la carta de navegación con destino a Gea.

DiSalvo fue hasta la consola de control. Recordó la pistola que guardaba en el pantalón; “*Snake, hijo de puta, tengo una bala con tu nombre*”, pensó mientras introducía el dispositivo de memoria en una de las ranuras preparadas a tal efecto. Unos segundos después resonó en la nave la dulce voz femenina:

– Ruta programada con éxito.

DiSalvo regresó al lado de Mike, quien seguía absorto mirando por el ventanal el pequeño punto rojizo que iba perdiendo tamaño según la nave se alejaba de él.

– Ya está. He puesto el navegador automático. Si te parece, deberíamos hacer el reconocimiento de voz.

– ¿El reconocimiento de voz? – preguntó Mike.

– Sí. El ordenador de a bordo reconocerá tu voz y la de Andrei para que podáis dar instrucciones. Es como una presentación – explicó DiSalvo.

– Oh. Está bien. Procedamos. ¿Qué tengo que hacer?

– Es fácil. Cuando yo te lo pida, di tu nombre, con eso bastará – DiSalvo continuó, hablando al aire –: Moneypenny, reconocimiento de voz, dos individuos.

– *Preparada.*

– ¿Moneypenny? – dijo Mike casi sin poder aguantarse la risa –. ¿Has llamado Moneypenny al ordenador de a bordo?

– Bueno. Algún nombre había que ponerle – dijo DiSalvo ligeramente ruborizado –. No me distraigas Mike. Moneypenny, procedemos con el individuo número uno – DiSalvo extendió su manó invitando a Mike a hablar.

– Mike Travis – dijo Mike con contundencia.

– *Individuo uno: Mike Travis. Reconocido.*

– Moneypenny, procedemos con el individuo dos – DiSalvo señaló a Andrei, quien esperaba su turno sentado en uno de los sillones.

– Andrei Tarlev.

– *Individuo dos: Andrei Tarlev. Reconocido*

– Gracias Moneypenny – dijo DiSalvo.

– Moneypenny – está vez Mike Travis fue incapaz de aguantar una sonora carcajada – . ¡Qué ocurrencia!

– Bueno, bueno. ¿Quién va a ser el primero? – preguntó DiSalvo.

– ¿El primero? – preguntó Mike confundido.

– Sí, el primero en hacer guardia...

– Si no tenéis inconveniente me gustaría ser yo – interrumpió Andrei –. Necesito tiempo para pensarr.

– Por mí, perfecto, tengo ganas de sobar – dijo Mike.

A Ron DiSalvo no le pareció tan buena idea, estaba ansioso por ejecutar su venganza. Su intención al poner en liza el tema era adjudicarse el primer turno de guardia, no contaba con la intervención de Andrei. Pensó en solicitar el primer turno, o al menos echarlo a suertes; sin embargo, decidió concedérselo al moldavo, no quería levantar sospechas sobre sus intenciones.

– No tengo ninguna objeción, bolchevique – mintió DiSalvo.

– Soy moldavo.

– Bueno, lo que sea – dijo DiSalvo con desdén.

– ¿Quién *irrá* después de mí?

– Yo – se apresuró a decir DiSalvo. Se acercó a la consola de control y configuró algunos parámetros, después dijo –: Moneypenny, prepara suspensores dos y cuatro.

– *Efectuando operación.*

Las cubiertas transparentes de los suspensores dos y cuatro se abrieron. Mike y DiSalvo se desnudaron y se enfundaron unos trajes color crema que colgaban al lado de los suspensores. Ron DiSalvo se tumbó en el acolchado interior del suspensor número dos, Mike Travis lo hizo en el cuatro. Ambos se remangaron el brazo derecho y se colocaron en él el brazalete de control.

– ¿Has *progrramado* la *aperrturra* de las cápsulas? – preguntó Andrei.

– Sí. Sesenta días la mía y ciento veinte la de Mike.

– Eso es. ¿*Preparrados*?

– Sí – dijo Mike.

– Hasta dentro de dos meses – se despidió DiSalvo –. Moneypenny, comienza el proceso de suspensión en suspensores dos y cuatro.

– *Comenzando.*

Las cubiertas transparentes de ambas cápsulas se cerraron con un suave zumbido.

– *Cápsulas cerradas correctamente.*

En el interior de los suspensorios comenzó a salir un gas color azul claro. Ron DiSalvo y Mike Travis se adormecieron en pocos segundos. Andrei se mantuvo de pie, junto a las cápsulas, mientras duraba el proceso de suspensión. Las constantes de los dos hombres suspendidos bajaron, de forma paulatina, hasta límites casi inapreciables.

– *Proceso de suspensión en cápsulas dos y cuatro finalizado con éxito. Tiempo invertido; dieciocho minutos, veinticuatro segundos.*

Andrei continuó observando ambas cápsulas con mirada impasible.

– Moneypenny, procedo a *cambiarr* el *nombrrre* del *interrfaz* de voz.

– *Adelante.*

– Nuevo *nombrrre* del *interrfaz* de voz: Irina.

– *Cambio realizado con éxito.*

– Irina, infórmame de la programación de *aperturra* que dispones *parra* los *suspensorres* dos y *cuatrrro*.

– *Apertura de cápsula dos en sesenta días. Apertura de cápsula cuatro en ciento veinte días.*

– Irina, *prrocedo* a la modificación de la *aperturra*: *aperturra* de la cápsula dos, indefinida; *aperturra* de la cápsula *cuatrrro*, indefinida.

La voz femenina apenas tardó unos segundos en verificar la orden del moldavo.

– *Modificación realizada con éxito: apertura de cápsula dos, indefinida; apertura de cápsula cuatro, indefinida.*

La vastedad del espacio y la soledad de la nave concedían a Andrei Tarlev una paz y sosiego que no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

– Irina, reproduce ‘*La Valkiria*’, *tercero* acto.

Los primeros acordes de la opera de Wagner comenzaron a sonar en el interior del *Albatross CR-7*. Andrei se acercó a los amplios ventanales y contempló aquella enorme bola de fuego que flotaba en medio de la oscuridad; en la infinita noche del espacio el Sol resultaba inofensivo para él. Se preguntó si una vez que llegase a Gea tendría que refugiarse en la noche, quizás su maldición se limitase a aquella enana amarilla que tenía frente a sí. Puede que la lejana estrella que daba vida a Gea no resultase letal. Pensando en esto se acercó al *suspensor* número dos.

– Irina, abre la tapa del *suspensor* número dos.

La cubierta transparente se abrió con un leve zumbido.

– *Efectuado*.

Andrei se puso en cuclillas. Sacó una pequeña navaja de su bolsillo e hizo un fino corte en la muñeca de DiSalvo; un generoso hilo de sangre brotó de la incisión. Andrei bebió el líquido rojo con sosiego. Cuando se sintió saciado, lamió el corte de la muñeca para que cicatrizase. Los dos humanos le servirían de sustento durante los largos cinco años de viaje a Gea. “*Pero, ¿qué importancia tienen cinco años cuando dispones de tiempo infinito?*”, pensó.

– Irina, cierra la *tapadera* del *suspensor* número dos.

– *Efectuado*.

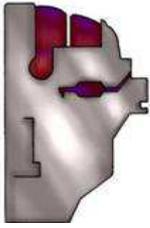
Andrei se sentó en uno de los sillones, cerró los ojos y se dejó llevar por las poderosas notas musicales que invadían la nave espacial.

Oscar Amador

Nació en Madrid el 21 de marzo de 1973. Desde niño siempre ha sido un ávido lector; hasta que un buen día, no hace demasiado, decidió pasarse *al otro lado* y probar suerte en el arte de contar historias. No fue nada mal, ya que en apenas dos

años de dedicación más o menos sería ha conseguido varias publicaciones y algún que otro premio; a saber: 3er accésit del "I CONCURSO DE RELATO CORTO DE TERROR" de ZonaeReader con *'El niño que quería ver a Santa Claus'* (2012); Ganador del "I CONCURSO DE MICRORRELATO ENTRELINEAS" en su versión para empleados con *'Vestigios'* (2012); Ganador del "I CONCURSO DE MICRORRELATOS MUNDOPALABRAS –Facebook–" con *'Aleteo'* (2013); 1er accésit del "I CONCURSO DE RELATO CORTO DE SUPENSE Y MISTERIO" de ZonaeReader con *'Angustia'* (2013); y el presente Finalista del "III CERTAMEN TERBI DE RELATO TEMÁTICO -VIAJE ESPACIAL SIN RETORNO-" con *'Última noche en la Tierra'* (2013). Actualmente cursa estudios en la escuela de escritores de Madrid. Resaltar la publicación, a principios de 2013, de su relato "Bajo la Montaña Dorada" en formato digital por la editorial Marlex.

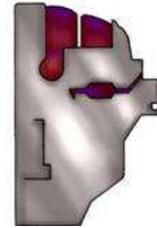
Información y contacto en: <http://oscaramadorautor.blogspot.com.es/>



Un universo infinito

Francisco Javier Bermúdez

Antelo



-¿Qué extraña y poderosa fuerza impulsa al ser humano a viajar cada vez más lejos, subir cada vez más alto o plantearse cada día retos más inalcanzables? - pensó mientras revisaba la información de los monitores.

Frank Vieites Svensson, comandante de la nave “Isaac Newton” se había hecho la misma pregunta muchas veces a lo largo de su vida. Descendiente de un gallego afincado en Newark, se había criado en Staten Island, donde sus padres regentaban una pequeña empresa. Piloto de combate de la Armada de Estados Unidos, había surcado los mares a bordo del portaerones “USS Barack Obama”.

Al igual que la mayoría de los niños de su época, Frank había crecido al calor de la carrera por la colonización de Marte, demostrando una pasión desmedida por los misterios del espacio exterior. Aquel día de marzo fue el mejor de su vida. Viendo el sobre de la Agencia Espacial, temió que le hubiesen rechazado de nuevo. Lo había intentado tres veces, sin éxito. Pero, finalmente, lo había logrado.

La calamitosa situación medioambiental del planeta había supuesto el impulso definitivo a los nuevos programas espaciales. La colonización era impostergable. Marte había sido el primer paso, un trampolín para nuevos avances en la conquista del sistema. Ahora, la nueva prioridad del programa espacial era “Europa”, una de las lunas de Júpiter; más aún, después de que una sonda confirmase la existencia de una notable cantidad de agua helada y un importante yacimiento de antimonio, un mineral radiactivo, de mayor poder energético que el plutonio, un recurso estratégico para el desarrollo de los planes de colonización.

Su preparación como piloto de caza resultó decisiva para superar los cuatro años de durísimo entrenamiento. Sobre él recayó el honor de ser el comandante del primer vuelo tripulado a “Europa”. Al mando de una tripulación multinacional, tenía la misión de

transportar a un selecto grupo de científicos que conformarían el germen de la primera colonia humana en aquel distante satélite.

Hasta entonces, la construcción de todas las naves espaciales había seguido los mismos cánones. Pero enviar una tripulación a tanta distancia del planeta suponía un elevadísimo riesgo para una nave convencional. El impacto de una partícula de polvo sideral a velocidades de 50.000 kilómetros por hora podría provocar daños fatales en el fuselaje. La solución llegó del espacio, en forma de asteroide. Capturada por seis potentes lanzaderas, la roca fue transportada a una órbita próxima a la Tierra. Una legión de ingenieros y robots, armados con sofisticadas herramientas, transformó aquel cuerpo inerte y errante en una nave espacial, un inmenso espejo con forma de torpedo. Dispuesto longitudinalmente a lo largo del enorme túnel practicado en el corazón del asteroide, un gigantesco reactor de fusión nuclear proporcionaría el empuje y la necesaria capacidad de maniobra. Varias toberas y retro-propulsores situados en el exterior dotarían a la nave de la maniobrabilidad necesaria. Anclada a la proa de la nave, una vela de titanio y fibra de carbono permitiría captar el viento solar para incrementar la velocidad, economizando el consumo de combustible. Enclavada entre el reactor y la roca, una enorme estructura tubular albergaba los camarotes y el resto de las dependencias necesarias para la vida a bordo. Un movimiento de rotación permanente simulaba la fuerza gravitatoria terrestre, a fin de evitar los perniciosos efectos de la ingravidez prolongada. Hospital, gimnasios, sistemas de depuración de agua y aire, viveros para cultivar vegetales y cualquier instalación imaginable garantizaban la supervivencia y el confort de la tripulación durante años. Dos lanzaderas descansaban en un hangar, pertrechadas y dispuestas para desplazarse a cualquier cuerpo sólido que pudiesen hallar en su camino. La fuerza gravitatoria de los planetas del sistema solar impulsaría aquel inmenso torpedo como si de una bola de billar se tratase, describiendo una interminable carambola, hasta alcanzar su destino final.

La corteza exterior del asteroide, rica en hierro, níquel y magnesio, proporcionaba una protección casi perfecta, un blindaje formidable, capaz de resistir impactos colosales. Un escudo impenetrable para las nocivas radiaciones cósmicas.

Coincidiendo con el segundo centenario del histórico viaje de Yuri Gagarin, el 12 de abril de 2161, la deslumbrante *“Isaac Newton”*, orgullo y máximo exponente de la tecnología espacial, zarpó rumbo a los confines del sistema solar.

Catorce meses después de su partida, la nave sufrió un grave accidente. Sumida en un profundo sueño inducido, la tripulación nada pudo hacer por evitarlo. Una violenta sacudida provocó la pérdida de la vela y las antenas de comunicaciones. Su trayectoria se vio alterada de manera significativa. El ordenador de a bordo activó la alarma y los protocolos de emergencia. Los tripulantes salieron de su letargo. Dando vueltas como un boomerang y con un rumbo errático, la “*Newton*” se hallaba a la deriva.

-¡Debemos estabilizar la nave inmediatamente!–gritó Frank. De lo contrario, acabaremos aplastados contra la superficie de cualquier planeta.

-Hacemos todo lo que podemos, comandante –replicó Vladimir. Pero hemos sufrido un fallo eléctrico y no disponemos de potencia suficiente en los motores auxiliares.

-¡Ordene zafarrancho a la tripulación! ¡Que todos los técnicos disponibles intenten restablecer la propulsión! ¡Nuestras vidas corren serio peligro! Es prioritario recuperar el control de la nave.

-Lo saben, señor. Están todos en ello, pero...

El grito llegó a través del intercomunicador. Ambos se sobrecogieron.

-¡Por favor, que alguien nos ayude! ¡Se ha vuelto loco y va a matarnos a todos!

La llamada procedía de la sala de hibernación. La desgarradora petición de auxilio de Monique Delacroix les había helado la sangre. Frank saltó de su sillón.

-¡Está usted al mando! –le gritó a Vladimir, mientras salía a la carrera, cruzando la puerta del puente de gobierno. Se detuvo un instante en el armero.

Provisto de un inmovilizador de impulsos neuronales y una pistola Sig Sauer del calibre 4,56 atravesó el pasillo principal y se parapetó tras la puerta. Echó una ojeada al interior y vio a Monique junto a tres personas, acurrucadas contra una de las células de hibernación. Frente a ellos, blandiendo un hacha sobre su cabeza, pudo ver al doctor Jaruzelski, con el rostro desencajado y una sonrisa diabólica. En el preciso instante que comenzaba a descargar toda su furia en un golpe letal contra sus aterrorizadas víctimas, Frank surgió de la oscuridad del pasillo y efectuó una descarga con el inmovilizador. El médico se desplomó, sin sentido, mientras el hacha caía estrepitosamente sobre una mesa metálica.

-Gra...cias a Dios que... ha llegado a... tiempo –balbuceó. Por un instante creí que iba a descuartizarnos.

-¿Qué ha sucedido aquí?”

-Despertamos de repente, aturridos, con la visión borrosa. Sufríamos náuseas y apenas nos manteníamos de pie. Escuchamos la alarma y comprendimos que algo no iba bien. Él salió de su célula. Parecía poseído. Comenzó a golpear todo lo que encontraba a su paso. Se acercó a la urna y rompió el cristal. Nosotros le gritábamos, pero dudo que nos escuchase. Pedimos auxilio. Después, llegó usted. ¿Qué diablos le ha ocurrido a Jaruzelski?

-Es probable que sufra demencia temporal. Cuando se produce una interrupción no programada de la hibernación, lo habitual es padecer mareos, náuseas, vértigo, etc. Sin embargo, también se han documentado episodios psicóticos graves, algunos, incluso, irreversibles. Espero que no sea el caso. Seguro que en un par de días nuestro doctor se encontrará en plena forma.

-Eso espero. Sería un grave contratiempo perder al único médico de la expedición.

-Desde luego.

-¿Qué ha ocurrido, comandante?

-No lo sabemos con exactitud, pero sospechamos que se ha producido una colisión. Puede que nos haya alcanzado un meteorito; o, tal vez, hayamos embestido algún objeto que vagase por el espacio. Suponemos que el impacto ha alterado nuestra trayectoria, además de provocar algunos daños y desestabilizar nuestra rotación. Hacemos todo lo posible para controlar la situación. En breve, les informaremos sobre lo ocurrido. ¿Cree que podrán echar una mano a los heridos? En estos momentos, toda ayuda es poca.

-Por supuesto, señor.

-Yo me encargo de Jaruzelski.

Después de haberle sedado e inmovilizado adecuadamente, colocó al doctor en una célula de hibernación. Sin duda, era la mejor opción para tenerle bajo control. Ya habría tiempo para encargarse de él más tarde. Ahora debía regresar al puente de mando. Una terrible sacudida le arrojó de bruces contra un mamparo. Tuvo el tiempo justo de colocar las

manos para evitar que su cara impactase de lleno contra la pared. Se incorporó y corrió hacia el puente.

-¿Qué diablos ha sido eso? – preguntó a Bedford, la ingeniera jefa.

-Nos movemos como una montaña rusa, señor. Si no logramos estabilizarnos, es probable que el eje central y el propulsor se hagan pedazos y quedemos vagando por el espacio para siempre.

-¡Maldita sea! ¿Aún no hemos recuperado la potencia auxiliar?

-¡Hacemos todo lo humanamente posible para controlar la situación, comandante!

-¡Pero no lo suficiente! Tendrán que hacer mucho más, lo que sea necesario. De otro modo, esta nave seguirá siendo ingobernable y se convertirá en nuestra tumba. Puede disponer de todo el personal de la manera que considere más adecuada, incluyéndome a mí. Si he de abandonar el puente, por cualquier motivo, estará usted al mando, Vladimir.

Seis horas después del accidente, los ingenieros lograron restablecer los sistemas de propulsión. Con la nave estabilizada, se llevó a cabo un concienzudo inventario de los desperfectos. La enfermería estaba atestada: heridas superficiales, fracturas, aplastamientos y todo tipo de lesiones. Mientras Jaruzelsky permanecía sedado, los que conservaban la suficiente presencia de ánimo hacían todo cuanto podían para ayudar a sus compañeros. Por fortuna, la farmacia apenas había sufrido desperfectos. Resultaron de gran utilidad el instrumental clínico y la enciclopedia médica interactiva. Sin embargo, la principal ayuda vino de parte de IMR (Intelligent Medical Robot)⁴, un androide programado para ejercer como médico y cirujano. Ante la eventualidad de que el médico de la expedición pudiese resultar muerto o incapacitado durante la travesía, la Agencia Espacial había adquirido el robot más avanzado en el campo de la medicina. Nadie habría podido imaginar que resultaría de tanta utilidad.

Un chasquido metálico resonó en todos los rincones de la “Newton”.

-Señores pasajeros. Les habla el comandante. Hemos sufrido un serio incidente. Creemos que la nave ha sufrido una colisión. El impacto la ha desestabilizado y nos ha apartado de nuestra trayectoria. Todavía es pronto para evaluar las consecuencias del

⁴ Robot médico inteligente.

accidente. Aunque puedo anticiparles que cuatro de nuestros compañeros de expedición han fallecido. También hay varios heridos, de diversa consideración. Todos están bajo control médico y evolucionan favorablemente. Les pido toda su colaboración para restablecer la normalidad. Tan pronto como conozcamos el alcance real de la situación, les informaremos nuevamente.

-Y bien, comandante. ¿Qué hacemos ahora?- preguntó el primer oficial.

-Reúna inmediatamente a la tripulación. Necesito saber cuál nuestra verdadera situación.

-Desde luego, señor.

Media hora más tarde, en presencia de la tripulación, Frank no se anduvo con rodeos.

-Creo que ya están al tanto de lo sucedido.

Todos asintieron.

-Temo que la situación es extremadamente grave, a pesar de que hemos conseguido estabilizar la nave. Vagamos sin rumbo por el espacio y no podemos comunicarnos con la Tierra. Estamos sordos y mudos. Casi ciegos, a decir verdad.

La sombría expresión de sus rostros no le cogió por sorpresa.

-Lamento ser portador de tan malas noticias. Pero no puedo mentirles. A ustedes no, desde luego. A pesar de la gravedad de la situación, disponemos de reservas de agua, alimentos y aire para sobrevivir el tiempo suficiente...

Wei no le dejó terminar.

-¿Suficiente para qué, comandante? ¿Para morir en medio de la nada?

-Suficiente para intentar alcanzar nuestro objetivo. En “Europa” tenemos hielo en abundancia para obtener agua e hidrógeno. Si la Agencia ha cumplido su parte, nuestros suministros deben haber llegado ya. Lo cual significa que también tendremos equipos de comunicaciones para restablecer el contacto con nuestra base.

Esta vez fue la conrmaestre quien le interrumpió.

-¿Realmente cree que podemos conseguirlo?

-Si la “Newton” no ha sufrido daños estructurales, estoy convencido de poder llegar a nuestro destino. Por eso, precisamente, les he reunido. Es urgente hacer un balance exhaustivo de los daños sufridos, tanto en el propulsor, como en la zona habitable; y, por supuesto, en el exterior. Si la corteza ha sufrido algún desperfecto de consideración podría ser vulnerable ante cualquier otro impacto. Tenemos por delante un trabajo ingente. Por eso no podemos perder un solo instante. Priya, usted se encargará de organizar los equipos para que el trabajo no se detenga bajo ninguna circunstancia. Los tripulantes se relevarán cada seis horas. En todo momento, habrá un oficial al mando de todo el operativo. En cuanto a la cocina, Angela, tendrán que encargarse de que no falten los suministros para los que estén trabajando.

Hizo una leve pausa y se dirigió a Wei y Bedford

-Ustedes se coordinarán con Priya para inspeccionar el reactor, los habitáculos y la corteza exterior. Eso es todo, de momento. Hay muchas vidas en juego. No hay tiempo que perder.

De regreso en el puente de mando, el comandante se reunió con sus oficiales.

-Christine. Debemos determinar, lo antes posible, nuestra posición.

-No creo que sea posible, señor. No, sin instrumentos de navegación. Hemos perdido los mástiles.

-Lo sé. Haga lo que pueda, con los datos de que disponemos. Noburu. Quiero saber si NSIS (Navigation and Surveillance Intelligent System) ⁵ se encuentra bien y funciona adecuadamente. Él podrá darnos mucha información sobre el accidente.

-Desde luego, comandante.

-Si me disculpan, ahora iré a mi camarote. Debo anotar todo lo acaecido en el Diario de Navegación. Tal vez tarde un par de horas. Además, necesito descansar. ¿Podrá hacerse cargo de todo, Vladimir?

-Puede estar seguro, comandante.

⁵ Sistema Inteligente de Navegación y Vigilancia

-Le relevaré lo antes posible. Debe usted descansar también. Le necesito alerta y en buenas condiciones para afrontar cualquier tipo de contratiempo. En cuanto a ustedes dos, cuando regrese espero que tengan algo para mí. Luego se retirarán a sus camarotes. Deben estar al cien por cien de su capacidad. Les sustituirán sus segundos, ¿ok?

Respondieron prácticamente al unísono.

-Como ordene, señor.

El zumbido de su reloj Casio le devolvió a la realidad. Había consignado en el Diario de Navegación, con todo lujo de detalles, los acontecimientos ocurridos desde el accidente. Podría recuperar toda esa información cuando fuese necesario. A fin de no olvidar ningún dato crucial para la investigación, prefirió escribir su informe antes de echarse a descansar.

Se sintió muy recuperado después de haber dormido apenas cuatro horas. Nada le espabilaba tanto como una buena ducha. Repasó las fichas de sus oficiales.

Vladimir Timochenko – Rusia, 41 años, piloto de combate. Primer oficial.

Oleg Bilozertchev – Ucrania, 45 años, comandante de la Armada. Segundo oficial.

Monique Delacroix – Francia, 37 años, Doctora en Biología por la Universidad de Stanford. Bióloga jefa.

Tadeus Jaruzelski – Polonia, 49 años, Doctor en Medicina, por la Universidad de Berlín.

Shayla Bedford – Gran Bretaña, Ingeniera Espacial por la Universidad de Cambridge. Ingeniera jefa.

Lin Xiao Wei – China, 37 años, Ingeniero nuclear por la Universidad de UCLA, Doctorado en el MIT. Ingeniero jefe nuclear.

Priya Pravashti – India, 32 años, Capitán de la Armada – Contramaestre.

Angela Tardelli – Italia, 44 años, Licenciada en Medicina y Bromatología por la Universidad de Bolonia. Jefa de suministros y cocina.

Christine Schiffer – Alemania, 36 años, Piloto de la Armada - Oficial de navegación.

Noburu Miyazaki –Japón, 33 años, Ingeniero informático, por la Universidad de Yale. Oficial informático.

No podría contar con una tripulación más cualificada para afrontar aquella crítica situación. Cada uno, en su campo, era el número uno del planeta.

Regresó al puente. El segundo oficial había relevado a Vladimir. Christine y Noburu aguardaban con gesto grave.

-Tengo la impresión de que no van a darme buenas noticias. ¿Me equivoco?

-En absoluto –respondió ella. No podrían ser peores. Con los mástiles destrozados y sin equipos de navegación, es totalmente imposible determinar nuestra posición. Apenas tenemos información.

-Lo suponía. Gracias de todos modos.

Oleg llamó su atención.

-Creo que debería ver esto, señor.

-¿Qué ocurre?

-Nuestros equipos detectan un nivel creciente de radiación.

-Es muy extraño. Tal vez los detectores de radiación hayan sufrido daños debido a la colisión.

Oprimió el botón del intercomunicador.

-¡Bedford!

-Comandante.

-Envíe un equipo a la sala de instrumentos. Inmediatamente. Quiero que desmonten y comprueben los sensores de radiación.

-Enseguida señor. ¿Puedo saber por qué?

-Ahora no, Shayla. Ahora no. Nos reuniremos más tarde.

-Desde luego.

El interior del habitáculo era un hervidero de gente, un incesante ir y venir de equipos de mantenimiento que hurgaban en las entrañas de aquel gigantesco ingenio espacial. Se registraban minuciosamente los camarotes, las zonas comunes, los pasillos, los falsos techos...Ni un solo rincón de la "Newton" quedaría sin inspeccionar. A medida que finalizaban las labores de supervisión se sellaban las zonas examinadas. Los gimnasios, los comedores y el salón de actos albergaban a quienes no tenían asignada una tarea en las labores de inspección. Así, la nave estaría despejada y el trabajo avanzaría a mejor ritmo.

Sobre la superficie exterior de la "Newton", se deslizaban ocho androides en busca de posibles daños y para determinar con precisión el lugar del impacto. Escaneaban la superficie, palmo a palmo, milímetro a milímetro. Dotados de cámaras de video, cámaras térmicas, sensores infrarrojos, láseres de diversos tipos, espectrómetros de masas y radares geotérmicos, desnudaron el casco de la nave, en busca del más mínimo indicio.

Hacia poco más de diez minutos que habían terminado su cena, cuando Bedford entró en el puente de mando, cabizbaja, portando en su mano derecha un tablet.

-¿Y bien? –preguntó Frank sin siquiera saludarla

-No hemos encontrado nada, señor. Absolutamente nada.

-¿Qué significa nada?

-Exactamente eso. Nada. Los escasos daños que hay en el interior, se han debido a las sacudidas y vibraciones sufridas por la nave. Hemos reparado lo imprescindible. Mis chicos siguen intentándolo con las antenas de comunicaciones. También hacen lo imposible por sustituir los mástiles. Sin ellos, no tenemos video, ni radar, infrarrojos, láser o microondas con los que medir distancias; y, si no podemos medir distancias, no podemos establecer una posición.

-¡Maldita sea! ¡Eso ya lo sé! ¿Qué hay de los sensores?

-Funcionan a la perfección. ¿Puedo saber ahora algo de ese asunto?

-Tenemos una lectura de radiación totalmente anómala, que aumenta paulatinamente.

-Déjeme echar una ojeada, señor.

Bedford estudió detenidamente los parámetros y palideció.

-¿Qué ocurre, Shayla?

-Si la lectura de nuestros sensores es correcta, y no tengo motivos para dudar de que así sea, sólo puede tratarse de radiación de Hawking⁶.

-¿Bromea? ¿Un agujero negro? ¿Aquí? ¡Es imposible! El más próximo se encuentra a años luz de nuestro sistema solar.

-La lectura es correcta, señor. No me cabe la menor duda. Así que sólo cabe una explicación.

-En tal caso, debemos asumir que hay algo ahí afuera. ¿Qué han encontrado en el exterior del casco?

-No va a creerlo, señor. No hemos encontrado nada, ni una mota de polvo. Ni rastro de una colisión.

-¿Cómo? ¿Nada?

-Ni una simple mota de polvo, comandante –repitió ella con mucho énfasis.

-Un impacto de esa magnitud tendría que provocar un cráter en la superficie. ¡No dejar una mota de polvo, sino un maldito cráter!

Bedford le mostró el tablet. Juntos comprobaron los archivos de video, las lecturas de infrarrojos y las pruebas del georradar. No hallaron absolutamente nada anómalo.

-¡No puedo creerlo!

-¿Puedo preguntarle por qué hemos de suponer que ha sido un impacto, señor?

-¿Qué sino podría haber ocasionado este desastre?

-No lo sé, comandante. Tal vez un fallo en el reactor, una maniobra inadecuada, un error de programación... Francamente, no lo sé, comandante.

⁶ Radiación emitida por los agujeros negros y los agujeros de gusano, que recibe esta denominación en honor a su descubridor, el físico inglés, Stephen Hawking.

Frank hizo una pausa e intentó poner sus ideas en orden. Debía mantener la cabeza fría a todo trance.

-Tendremos que revisar todos los registros de NSIS. Puede que nos dé alguna pista. Después habrá que estudiar cualquier posible causa, por improbable que parezca y crear un modelo informático para analizar sus consecuencias. No hay tiempo que perder. Seguimos a la deriva y la radiación aumenta por momentos. Noburu designará a alguien de su equipo para que le eche una mano con la informática.

-Yo mismo lo haré, comandante –dijo el nipón.

-Necesita dormir. De nada me sirve si no está totalmente despejado -replicó Frank.

-¿Dormir, señor? ¿Realmente cree que podría? Nuestra supervivencia está en juego. Reuniré a mi equipo y comenzaremos a trabajar inmediatamente.

Un chasquido metálico anunció una nueva llamada a través del intercomunicador.

-Señor. Tenemos un serio problema. Creo que debería venir a la cocina lo antes posible.

La llamada de Angela fue la gota que colmó el vaso. Frank no pudo contenerse y estalló.

-¡Cielo santo! ¿Qué es lo que sucede ahora? ¡Esto parece una maldita pesadilla! ¿Es que se han puesto todos de acuerdo?

-Será mejor que lo vea con sus propios ojos.

-Está bien. Oleg, hágase cargo de la situación.

Salió del puente de mando y enfiló el pasillo que llevaba al comedor. Todavía tenía las articulaciones ligeramente entumecidas, después de tantos meses de hibernación. Pero la tensión impedía que notase la más mínima molestia.

-Aquí estoy, Angela. ¿Qué asunto tan importante reclama mi presencia aquí, precisamente ahora?-dijo con notable impertinencia.

-Comandante. No le habría hecho venir si no lo considerase extremadamente grave.

La respuesta de Angela le hizo sentir un gran desasosiego. Se disculpó por el tono empleado y ella comenzó a hablar.

-Después de nuestro encuentro, vine a la cocina. Reuní a mi equipo y le informé de la situación. Distribuí al personal en turnos para garantizar un suministro regular de comida y café. Entré en la cámara frigorífica y comencé a hacer recuento. No tardé en descubrirlo.

Frank arqueó las cejas y se encogió de hombros.

-Faltan muchas raciones de comida y agua, señor.

-¿Y qué importancia puede tener eso, precisamente en este momento? ¡Por Dios bendito! Alguien las habrá cogido por algún motivo. Tal vez el personal de la cocina, para comenzar a preparar el menú.

-De ninguna manera. Yo he sido la primera en acceder a la cámara, señor. Como sabe, este acceso requiere una autorización de nivel II. Sólo usted, los dos oficiales de puente, los dos maitres y yo tenemos ese tipo de permisos. Mis dos subordinados se encuentran en la enfermería, inmovilizados, lo cual reduce sensiblemente el número de sospechosos.

-Indudablemente.

-La cuestión, señor, es que alguien ha estado comiendo y bebiendo aquí durante más de seis meses.

Sintió una punzada en las sienes. Habían entrado en hibernación, todos juntos, tan sólo dos días después del despegue. Y todos habían salido de sus células, ese mismo día. ¿O no?

-¿Está absolutamente segura? ¿No es posible que haya algún error?

-Todo está registrado, comandante. Éste es el inventario previo a la hibernación. Éste, el que acabo de hacer. Compruébelo usted mismo.

Examinó con detenimiento las cifras en la pantalla del tablet. No cabía duda alguna. Alguien llevaba más de medio año despierto. Y, en tal caso, ese alguien sabría mucho sobre lo ocurrido horas antes.

-Gracias, Angela. ¿Lo ha comentado con alguien?

-No, señor. Es usted el primero en saberlo.

-En tal caso, le ruego que lo mantenga en secreto. Tal vez esa rata, que ha estado saqueando nuestra despensa, tenga algo que ver en todo este asunto.

De regreso al puente de mando, se detuvo a contemplar la galería fotográfica. Necesitaba olvidarse de todo por un instante. La cabeza estaba a punto de estallarle. Cerró los ojos, inspiró profundamente varias veces mientras entonaba un mantra y se sintió algo más aliviado. Contemplando las instantáneas de la construcción de la “Newton”, recordó los cuatro últimos años. Desde que la Agencia le seleccionase para la misión, habían ocurrido muchas cosas. Reclutar a la tripulación fue una ardua y complicada tarea. No se trataba simplemente de contar con los mejor dotados para cada puesto, sino que, además, era preciso resolver un enigmático rompecabezas de personalidades y caracteres muy dispares, para conseguir una convivencia casi idílica a bordo de aquel monstruo espacial. Y había que asegurar esa coexistencia porque les aguardaban varios años más en la superficie de “Europa”, antes de que llegase su relevo. Los candidatos se contaban por miles y procedían de, prácticamente, todos los rincones del planeta. El proceso de selección fue largo, duro y complejo. Viéndoles ahora, afrontando una de las peores situaciones imaginables, estaba convencido de que el acierto había sido pleno.

-Son ustedes la punta de lanza de la conquista espacial, un orgullo, no sólo para sus naciones, sino para la Humanidad en su conjunto. Con ustedes viajan nuestras esperanzas y la expectativa de llevar a nuestra especie más lejos de lo que nadie habría podido imaginar jamás. Cualquier logro anterior, por importante que pueda parecer, palidece ante la hazaña que van a protagonizar. Aquel “pequeño paso para un hombre” se torna más y más insignificante frente a la magnitud de su gesta. La Humanidad está en deuda con ustedes.

Las palabras del Presidente todavía resonaban en su cabeza. Sentía un enorme y justificado orgullo por poder formar parte de algo así. Muy pocos seres humanos habían viajado al espacio exterior. Y ninguno de ellos había llegado tan lejos como lo harían ellos.

Se quedó absorto en sus pensamientos, solazándose con sus recuerdos. Cuando cruzó de nuevo la puerta que unía el pasillo principal con el puente, había transcurrido casi media hora. Todos le miraron. Adivinó el desconcierto y el pánico en sus rostros. No podía imaginar qué habrían descubierto. Pronto salió de dudas, porque Noburu no le dio tiempo ni a entrar en la estancia.

-Temo que hay un serio problema, comandante. Alguien ha manipulado los registros de NSIS.

-¿Qué diablos significa eso?

-No existe un solo archivo sobre lo ocurrido en esta nave desde hace más de seis meses, señor.

-¿No hay forma de recuperar esa información, Nobu?

-Mucho me temo que no, comandante.

-¡Es usted uno de los mejores informáticos del mundo! ¿Cómo diablos no va a poder encontrar esos archivos?

-Quiquiera que haya manipulado el sistema se tomó su tiempo e hizo su trabajo a conciencia. Han formateado el sector de la memoria donde se almacenaba la información. No contiene un solo dato, señor. Además, también han eliminado la copia de seguridad. Nunca sabremos lo que ha sucedido durante todo ese tiempo; y, lo que es peor, nunca sabremos quién ha hecho esto.

No cabía la menor duda. Alguien llevaba meses despierto y debía saber mucho sobre el accidente. Pero ¿quién?, pensó Frank. Tal vez nunca lo supiesen.

-Daría mi vida por descubrirle. Nos ha puesto a todos en peligro. Puede que, incluso, haya firmado nuestra sentencia de muerte.

Todos los presentes enmudecieron. Al oírle, comprendieron el verdadero alcance de la situación. Frank se dirigió de nuevo a su ingeniero informático.

-Quiero un listado de sospechosos.

-Puedo responderle ahora mismo, señor. Únicamente, quienes tenemos autorización de nivel I podríamos haber hecho algo así. Nuestra seguridad informática es prácticamente inexpugnable. No basta con una simple autorización. Es preciso superar tres controles biométricos para acceder al sistema en modo administrador: un scanner de retina, un reconocimiento dactilar y el analizador de espectro acústico. Sólo después de franquear esas barreras se puede acceder al sistema. Aún así, es necesario tener ciertos conocimientos informáticos para llevar a cabo una operación de ese tipo.

-Eso reduce sensiblemente el número de sospechosos. Sólo ocho personas a bordo de esta nave disponen de autorización de nivel I. ¿No es cierto?

-Así es, señor. Usted, el primer oficial, la oficial de navegación, la ingeniera jefa, el ingeniero nuclear, mis dos colaboradores más inmediatos y yo mismo.

-Sé que no servirá de nada, pero quiero que se efectúe un registro minucioso en todos nuestros camarotes. Contramaestre. Elija a dos tripulantes de su máxima confianza y proceda.

Apenas hubo terminado de dar la orden, Priya ya estaba en la puerta.

-Inmediatamente, señor.

Un miembro del equipo de mantenimiento irrumpió en la sala. Sorprendidos por su brusca aparición, todos le miraron atentamente. Se acercó a Bedford y le susurró algo al oído.

-¡Señor! ¡Mis muchachos han colocado los mástiles. Tenemos señal de video, infrarrojos, láser, telescopio, microondas y espectrómetro de masas. Lamentablemente, aún no han logrado reemplazar la antena de comunicaciones!

-¡Al fin una buena noticia! –exclamó el comandante con notorio alivio. Ahora intentaremos determinar nuestra posición.

Se desató una actividad febril en el puente de mando. Los informáticos reiniciaron el sistema. Los instrumentos de navegación comenzaron a vomitar información. Christine comprobó varios parámetros.

-¡Señor! ¡Lo tengo!

-¡Gracias a Dios!

A punto estuvo de derribar a los colaboradores de Noburu. Frank alcanzó la mesa de navegación de un salto y contempló, con estupor, el mapa estelar.

-¿Nos hemos desviado casi... 1.290 millones de kilómetros?

-Exactamente, comandante –confirmó Christine.

-Eso significa que nuestro rumbo se alteró hace, aproximadamente...Pero ¡No puede ser! Con una velocidad de crucero de 35.000 km/h, no habríamos recorrido esa distancia en catorce meses de navegación ¡Es imposible! ¡Totalmente imposible! Tendríamos que haber volado a una velocidad casi diez veces superior. ¡No puede ser cierto! ¡Compruébenlo de nuevo!

Los oficiales parecían petrificados. Cada minuto que pasaba, su situación era más precaria. Consciente de la situación, habló para tranquilizarles.

-Sé lo que están pensando. Pero por complicada que sea la situación, no podemos perder la esperanza. Debemos seguir luchando hasta agotar todas nuestras posibilidades. Volveremos a calcular la posición de la nave y luego corregiremos nuestro rumbo.

-Estoy en ello, señor.

El comandante se dirigió al ingeniero nuclear jefe.

-Xiao. Necesito una respuesta concreta: ¿cuál es la velocidad máxima de la "Newton"?

-Teniendo en cuenta la potencia nominal del reactor y el empuje de la vela solar, tal vez 190.000 km/h. Sería muy arriesgado, pero podría alcanzarse. En las pruebas nunca superamos los 100.000. Pero, teóricamente, es posible.

-Eso no explica lo ocurrido. Tendríamos que haber volado a casi...300.000 kms/h, para encontrarnos aquí.

-Con la información de que dispongo, señor, sólo puedo decir que eso es totalmente imposible.

-Últimamente, están ocurriendo demasiadas cosas imposibles. Empiezo a temer que ya nada lo sea, en realidad. De hecho, ahora mismo navegamos a más de 150.000 km/h, sin control y directamente hacia lo que parece ser un agujero negro.

-Nuestra velocidad no deja de aumentar, comandante. La tracción del campo gravitatorio de ese agujero hace que nos movamos ya a más 151.000 km/h –precisó Oleg.

-Debemos reducir nuestra velocidad, como sea. ¡Ahora! Que los pasajeros ocupen sus camarotes y se pongan sus dispositivos de sujeción. Alerte a la tripulación.

-Desde luego, señor.

Oleg emitió un breve comunicado a través de la megafonía. Con el pasaje a salvo, y todos los tripulantes alertados y en sus puestos, comenzaron las maniobras. La consola del ingeniero nuclear indicaba máxima potencia. Con el reactor de fusión a pleno rendimiento, el segundo oficial accionó el interruptor de inversión de flujo. Cuatro enormes llamaradas brotaron de las toberas de proa. El segundero avanzaba pesadamente. Dos minutos después, el comandante y el segundo oficial se miraron atónitos.

-Nuestra velocidad sigue aumentando, señor.

-No tenemos suficiente empuje, Oleg. Tendremos que rotar y poner popa al agujero.

-Es una maniobra muy arriesgada, comandante.

-¡Maldición! ¿Tiene usted alguna idea mejor?

-Francamente no, comandante.

-Pues, en tal caso, podemos correr el riesgo o precipitarnos directamente en el abismo. No tenemos elección.

Oleg asintió. Frank oprimió el botón del sistema de megafonía.

-Les habla el comandante. Debemos efectuar una maniobra compleja y de alto riesgo. Todos los pasajeros permanecerán en sus camarotes, sujetos con sus arneses. Los miembros de la tripulación se mantendrán en estado de zafarrancho en los puestos asignados. Muchas gracias por su colaboración.

La nave se agitó como una coctelera, un par de veces. Las mesas y las sillas volaron por los aires. Se activaron las alarmas y los equipos de respiración asistida. Cundió el pánico entre los pasajeros. Los tripulantes se mantuvieron firmes en sus puestos y, finalmente, la nave completó la maniobra y puso popa al agujero negro.

-Estamos en posición, Oleg.

-¡A toda máquina! –exclamó el segundo oficial.

Cada segundo parecía una eternidad. No tardaron en darse cuenta de que su velocidad de avance era nula, a pesar de que el reactor estaba funcionando a pleno rendimiento. No sólo no conseguían avanzar, sino que seguían acelerando en dirección al abismo, lenta, pero inexorablemente. No habían transcurrido más de tres minutos cuando una violenta explosión sacudió la “Newton”. Varias pantallas se tiñeron de rojo intenso. Una estridente sirena resonó en todos los rincones de la nave.

-¡Cielo santo! ¡Es el reactor! –gritó Xiao Wei, saltando de su asiento. ¡Es el reactor!

Antes de que el comandante pudiese dirigirse a él, corrió por el pasillo principal en dirección a la sala del reactor. Al llegar, encontró a los miembros de su equipo colocándose sus trajes de supervivencia, dispuestos a salir a la zona exterior.

-¡Una de las conducciones del circuito secundario ha saltado por los aires! ¡Vamos a sellar esta zona y luego saldremos a repararla! –dijo a voces uno de los técnicos.

-De acuerdo, muchachos. Informaré al comandante.

Se enfundó su traje de soporte vital y se colocó la escafandra. Comprobó su reserva de aire. Todo parecía estar correcto. Accionó el intercomunicador.

-¡Comandante! Soy Wei. Estoy en la sala del reactor. Una de las tuberías del circuito secundario ha reventado. Tendremos que sellar esta zona y salir a repararla. Eso significa que la nave quedará de nuevo a la deriva. Lo lamento, señor, pero no podemos hacer otra cosa.

-Lo comprendo, Wei. ¿Se encuentran bien sus hombres?

-Afortunadamente sí, señor. Ha sido un auténtico milagro.

-Es una noticia estupenda. Ahora, hagan todo lo que puedan. Y dense prisa. Tienen nuestras vidas en sus manos.

-No le defraudaremos, señor. Puede estar seguro.

Vladimir regresó al puente de mando. La nave se hallaba de nuevo a merced del enorme campo gravitatorio y su velocidad aumentaba progresivamente. A pesar de lo dramático de la situación, la moral de la tripulación se mantenía incólume. Estaban dispuestos a luchar hasta el último momento. Les iba la vida en ello. Noburu estaba revisando de nuevo el funcionamiento de todos los equipos informáticos, cuando algo llamó su atención. En la sala de hibernación de la tripulación, un androide de servicio había dejado de funcionar. Pensó que, a consecuencia del accidente o de las sucesivas sacudidas que había sufrido la nave, se habría estropeado. De todos modos, decidió avisar a uno de los miembros de su equipo.

-¡Joder! Estamos perdidos en el espacio y el muy imbécil se preocupa por un miserable androide de servicio –refunfuñó el técnico, mientras descendía la escalera hacia el nivel III.

El orden que reinaba en la sala, le desconcertó. Todo estaba en su lugar, incluso el androide. Aparentemente, no se había movido de su emplazamiento, a pesar de todo lo sucedido. Al observarlo con detenimiento, descubrió el origen del problema. Estaba sujeto al mamparo, mediante una brida con cierre electromagnético que se podía liberar por control remoto, cuando NSIS o algún componente de la tripulación necesitasen hacer uso de él. Pero la brida había cedido ligeramente y el androide no estaba conectado al zócalo que suministraba electricidad para su batería. Se había descargado. Simplemente. Lo empujó contra la pared y ajustó la brida de sujeción. Sonó el característico bip bip. En un par de horas volvería a tener carga suficiente para operar tres meses. Las baterías de hidrógeno y grafeno se cargaban en un reducido espacio de tiempo y ofrecían una gran autonomía. La pantalla situada en la pared, justo por encima del androide se iluminó. Se inició la carga del sistema operativo. Sonó una voz sintética, para sorpresa del operario.

-¿Desea guardar el archivo de video?

-¿Eh? ¿Qué archivo?

Impasible, el ordenador repitió su pregunta.

- *¿Desea guardar el archivo de video?*

El técnico pulsó “Sí”. El sistema mostró el mensaje “Archivo guardado”. ¿Qué podía haber grabado aquel androide?, se preguntó intrigado. Daba por hecho que, al desprenderse de su base, se habría activado, creyendo que el sistema requería su entrada en servicio. Pulsó varias veces la pantalla táctil y recuperó el archivo de video. Se había creado seis meses antes. Lo visionó durante un par de minutos. Sólo se veía la misma imagen panorámica, todo el tiempo.

-*Será mejor eliminarlo. No sirve para nada y está ocupando memoria, inútilmente* –se dijo en voz baja.

Lo pensó mejor y, antes de borrar el archivo, lo visionó utilizando el avance rápido. Más de media hora de visionado, observando la misma maldita imagen. Arrepentido de su decisión y a punto ya de detener la reproducción, se sobresaltó al ver una sombra cruzando súbitamente la escena como un fantasma. Detuvo el video y pulsó la tecla de rebobinado. La imagen apareció de nuevo, esta vez recorriendo la pantalla en sentido inverso. Pulsó “pause”. Sujetó el intercomunicador e hizo una llamada.

-*Restablecido el flujo en el reactor, comandante!* –gritó Wei, a través del intercomunicador.

-*Saque a su gente de ahí, ahora mismo! ¡Tenemos que ponerlo en marcha de nuevo!*

-*Todos han salido ya! ¡Sólo quedo yo, señor!*

-*Pues salga pitando! ¡30 segundos para encendido y contando!*

La nave vibró ligeramente. Una enorme lengua de gas incandescente afloró por la tobera de popa. Con el reactor rugiendo ferozmente, la “Newton” no conseguía escapar de aquella trampa. El agujero seguía engullendo implacablemente todo cuanto caía en su tela de araña gravitatoria. A no ser que ocurriese un milagro, nada les libraría de la muerte.

El abatimiento comenzó a cundir entre los tripulantes.

A pesar de la heroica resistencia demostrada por la nave y su tripulación, la velocidad de caída seguía aumentando.

-*Es inútil! ¡No lo conseguiremos!* –se lamentó Frank.

-Pongamos proa al abismo e invirtamos el flujo. Podríamos destrozarnos el reactor si entramos de popa, señor. –replicó Vladimir.

Frank se giró y le miró atónito. No entendía la actitud del primer oficial.

-¡Maldita sea! ¿Qué puede importar ya el jodido reactor? ¡Volamos sin remisión hacia una muerte segura! ¿Acaso no lo ha asumido aún?

-Desde luego, comandante. Pero yo siempre he mirado a mis enemigos a la cara.

-¿En serio, Vladimir? ¿A la cara, maldito traidor? –gritó Noburu.

-¡No tengo tiempo para atender preguntas estúpidas! –respondió airado el primer oficial.

Se abalanzó sobre Vladimir, como poseído por un espíritu demoníaco. Le derribó del sillón y comenzó a golpearle. Fueron necesarias cuatro personas para liberar al piloto de la salvaje acometida del, hasta entonces, inofensivo ingeniero informático.

-¿Se puede saber qué diablos le ocurre, Noburu? –preguntó Frank, sujetándole por el cuello.

- ¡Pregúnteselo a ese maldito cabrón! ¡Es él quien nos ha traído al borde del abismo!

-¿De qué diablos está hablando? –preguntó el comandante mientras aumentaba la presión de sus manos alrededor del cuello de Noburu.

-Debería ver estas imágenes, señor –consiguió responder, a duras penas.

Frank examinó detenidamente el video que minutos antes había llegado a poder de Noburu, el mismo que el técnico de mantenimiento había hallado en el androide de la cámara de hibernación. El comandante no daba crédito a lo que acababa de presenciar. Activó el piloto automático e hizo sentar a Vladimir, maniatado.

-Y bien, ¿qué tiene que decir? –preguntó Frank, con los ojos inyectados en sangre y las venas del cuello inflamadas por la excitación.

-Hay una explicación para todo esto, señor.

-¡Espero que sea una explicación muy convincente. De lo contrario, no sé qué haremos con usted!

-Es una larga historia. Pero el tiempo apremia y tendré que ser breve. Hace 50 años la sonda espacial rusa Zenith 21-11, que había abandonado los límites de nuestro sistema solar, descubrió una fuente de radiación de Hawking que jamás había sido detectada por nuestros radiotelescopios. Nuestra agencia espacial decidió obtener toda la información posible y redirigió la sonda. Como no podía ser de otra manera, se perdió en el abismo.

-En ese agujero negro que va a engullirnos, ¿no es cierto?

-Agujero de gusano, comandante. En realidad, se trata de un agujero de gusano.

-Agujero de gusano, agujero negro, ¿qué más da?

-Créame, señor. Por fortuna, existe una notable diferencia. Hasta que aquella pequeña sonda cayó en ese agujero de gusano, prácticamente no sabíamos nada sobre ese tipo de fenómenos, aunque existían multitud de conjeturas e hipótesis sobre su naturaleza y comportamiento. Cuando la Zenith atravesó el inmenso ojo, Baikonur perdió todo contacto por radio. Pero un par de días más tarde, para sorpresa de todos, volvió a recibir la señal. Y no sólo una señal de radio, sino imágenes captadas por la sonda. Lo que demostraba que la teoría de Damour y Solodukhin era totalmente correcta.

-Eso... eso es ¡increíble! –balbuceó Christine.

-Diez días más tarde –prosiguió Vladimir- tan inesperadamente como había surgido, el agujero se desvaneció. Nuestros radiotelescopios escudriñaron el cielo, palmo a palmo. Pero no hallaron ni rastro. Trece años después, una estación de Siberia captó una transmisión de Zenith 21-11. El agujero había vuelto a abrirse. El contacto duró doce días, durante los cuales se recibió una importante cantidad de información de valor incalculable. Al decimotercer día, el contacto volvió a interrumpirse. Otros trece años del más absoluto silencio; y, nuevamente, doce días de contacto. Una periodicidad exacta y perfectamente predecible. En su última transmisión, Zenith envió imágenes de un planeta. Todas las lecturas indicaban presencia de agua, una atmósfera de oxígeno y nitrógeno y unas condiciones muy favorables para albergar una forma de vida basada en la química orgánica.

-Y ¿qué pintamos nosotros en todo esto? –preguntó Noburu, con los nudillos blancos de tanto apretar los puños.

-Mi gobierno, consciente de la necesidad de iniciar la colonización del espacio y consciente también de los ingentes costes de un proyecto como éste, informó del descubrimiento a la Casa Blanca. Esta nave y su tripulación son el resultado de un acuerdo secreto para enviar una expedición al otro lado de ese agujero.

-¡Mientes! –gritó Christine.

-Resulta obvio que no hemos sufrido el impacto de ningún objeto. ¿Me equivoco? –preguntó el comandante.

-Desde luego que no. El incidente debe haber sido provocado por algún error de navegación, un fallo en el software de NSIS... No estaba previsto. En cuanto al resto de los acontecimientos, nada ha sucedido por azar. Incluso la fecha de nuestro lanzamiento obedeció a minuciosos cálculos para asegurar nuestra presencia, aquí y ahora.

-Y ¿cuál es su papel en toda esta historia?

-Me encargaron que modificase el rumbo de la lanzadera y la hiciese volar a una velocidad ni siquiera imaginada: 300.000 km/h. Ésa ha sido nuestra velocidad de crucero.

-Tal vez, a esa velocidad podríamos escapar del campo gravitatorio –apuntó Sheyla, con la voz trémula.

-No lo lograríamos ni a 300.000 km/s. Nada puede escapar de un agujero de gusano –replicó Wei. Demasiado tarde. Ya estamos sentenciados.

-¿Por qué nos ha condenado, Vladimir? –preguntó Frank.

-¿Condenado? ¿Se ha vuelto loco, señor? De haber tenido la más mínima duda sobre la viabilidad de esta misión no habría puesto un pie en la Newton. ¡No soy un suicida! Sólo soy un padre angustiado por la situación de su hijo. Andrei tiene cinco años. Al poco tiempo de nacer, le diagnosticaron un extraño tipo de tumor. A cambio de mi colaboración, la Agencia Espacial ha asumido el coste de su tratamiento. Ahora se encuentra en una estación orbital. Como sabe, en condiciones de ingravidez el cáncer detiene su avance. Así, al menos, tendrá una oportunidad.

-¡Maldito hijo de puta! ¡Nos ha condenado para salvar a un crío moribundo! –gritó Noburu, presa de la histeria. ¡Ahorquemosle!

Algunos de los presentes le secundaron.

-¡Sí, colguémosle! ¡Traed una cuerda!

Como piloto de combate nunca le había temblado el pulso para abatir a un enemigo. Jamás había demostrado piedad con sus oponentes. Pero un linchamiento, una muerte a sangre fría le provocaba una repugnancia indescriptible.

-¡Por encima de mi cadáver! –bramó.

Se hizo un tenso silencio. Protegiendo al primer oficial con su propio cuerpo, extendió los brazos e hizo un gesto para apaciguarles.

-¡Se hará justicia! ¡Les doy mi palabra! Tendrá un juicio justo y, si le declaran culpable, afrontará las consecuencias, sean cuales sean. ¡Pero no ahora!

Incrédulo, Noburu exclamó.

-¿Es que se ha tragado ese cuento, comandante?

-¡Piense!, ¡maldita sea! Si nos ha mentido ¿qué ganaríamos privándole de la vida que, de todos modos, va a perder? Por el contrario, si ha dicho la verdad, le necesitamos para intentar salvarnos. ¡Aún no estamos muertos!

-¡Por Dios, comandante! –gritó Vladimir. ¡Estamos perdiendo un tiempo precioso! ¡Tal vez no tengamos otra oportunidad de hacer la maniobra! ¡Debemos poner proa a ese condenado agujero o perderemos el reactor! ¡Confíe en mí! Al otro lado de esa puerta espacial hay un universo infinito y desconocido. Y un nuevo hogar para todos nosotros. ¿A qué está esperando, señor?

Sentado en el sillón de mando, presionó el interruptor de la megafonía.

-¡Todos a sus puestos!

Proa al agujero, con los retro-propulsores a plena potencia, Bedford dio la novedad.

-¡Han logrado izar la antena de radio, señor!

-En tal caso, debo emitir una llamada de socorro.

La radio comenzó a transmitir el mensaje, una y otra vez, en dirección a la Tierra.

-Lanzadera "Isaac Newton" llamando al centro de control de vuelo de Cabo Cañaveral. Soy el comandante Frank Vieites. Estamos atrapados en el campo gravitatorio de un agujero de gusano. En pocos minutos nos engullirá. Hagan saber a nuestros seres queridos que nuestro último pensamiento ha sido para ellos. Fin de la transmisión.

Miró el despertador. Eran las cuatro menos cuarto de la madrugada. El teléfono le había sobresaltado.

-¿Quién puede llamar a estas horas?, se preguntó. ¿Sí?

-¿Nicolai? Soy Robert Lee Price.

-¡Robert, amigo mío! ¿Sabes qué hora es en Moscú?

-Las cuatro menos cuarto, exactamente. Me agradecerás que te haya despertado. ¡Están a punto de lograrlo!

-¿Cómo? ¿Les habéis encontrado?

-¡Sí, maldita sea! Hace diez horas, un radiotelescopio de Hawaii localizó la estela del reactor de fusión. ¡Están a punto de entrar en el agujero!

-¿Lo sabe alguien más?

-¿Crees que estoy loco, Nicolai? Si la misión fracasa y alguien se entera de lo que hemos hecho acabaríamos en la silla eléctrica. Nos acusarían de asesinato en primer grado. Nos despedazarían.

-Pero si lo consiguen, ¡seremos unos malditos héroes, unos visionarios!

-¡Seremos inmensamente ricos! ¡Y viajaremos en primera clase en la próxima expedición!

-Una nueva vida. Un nuevo planeta. ¡Un mundo lleno de posibilidades!

-Exacto, amigo.

Recordó el discurso de despedida.

-“Con ustedes viajan nuestras esperanzas y la expectativa de llevar a nuestra especie más lejos de lo que nadie habría podido imaginar jamás”.

Aquel día, le había sonado a simple retórica. Ahora comprendía el verdadero alcance de aquellas palabras.

Se volvió hacia ellos. Sabía que era el momento de darles los ánimos que para sí mismo no encontraba. Esperaban ansiosos sus palabras.

-Nos han enviado a descubrir un nuevo universo; y no defraudaremos a quienes han depositado su confianza en nosotros. Al igual que Colón y sus aguerridos marinos, no sabemos a qué nos enfrentaremos al cruzar esa puerta. Pero estoy plenamente convencido de que cumpliremos la misión encomendada. Ha sido un verdadero honor y un privilegio ser su comandante. Forman ustedes la mejor tripulación que haya podido existir jamás. Ya que voy a jugarme la vida, me alegro de que sea a su lado. Ahora ¡plantémosle cara a ese gusano!

Percibió la angustia del segundo oficial y le miró sonriente.

-No regresaremos nunca. ¿Verdad, señor? –preguntó Oleg.

-Me temo que sólo tenemos billete de ida, amigo mío. Jamás volveremos a ver la Tierra.

Informó de la situación a pasajeros y tripulantes. Un sentimiento de profunda resignación se apoderó de ellos. Unos rezaron; otros guardaron silencio. Muchos, simplemente, contuvieron la respiración.

Súbitamente, el tiempo pareció detenerse. Tuvieron la sensación de estar suspendidos, ingravidos. Sus cuerpos parecieron deformarse, como si fueran de goma. Luego, se hizo la oscuridad total.

Francisco Javier Bermúdez Antelo

Me llamo Francisco Javier Bermúdez Antelo. Nací el día 7 de diciembre de 1965, en la ciudad de A Coruña. Soy el menor de tres hermanos, nacidos y criados en esa pequeña ciudad. Cursé EGB, BUP y COU en el Colegio de los Hermanos Maristas de A Coruña. Más tarde, me licencié en Derecho por la Universidad de A Coruña.

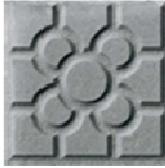
Soy funcionario de profesión, aunque también soy abogado y técnico superior en prevención de riesgos laborales.

Llevo felizmente casado con mi esposa, Teri, casi veinte años. No tenemos hijos. Actualmente vivimos en una casa en una zona rural, en un pequeño pueblo de la provincia de A Coruña, llamado Ordes, que está a medio camino entre A Coruña y Santiago de Compostela.

Entre mis aficiones, aunque no necesariamente por ese orden, está el footing, la bicicleta, la lectura, la música, el cine, los viajes, los paseos por el campo en compañía de mi mujer y nuestros dos perros, Trotsky y Laika; y, cómo no, la escritura.

Lo mío con el noble oficio de escribir es una vocación latente, pero tardía. No hace mucho que comencé a escribir relatos. He participado en algún que otro concurso literario. Por ejemplo, el que organizó la Fundación Camilo José Cela, este mismo año; o el que convocaron el diario El País y la Editorial Alfaguara, con motivo de la lectura de El Quijote, con escasa fortuna, dicho sea de paso. Por supuesto, no puedo olvidar vuestro concurso de relato fantástico, en el que he tenido el privilegio de ser seleccionado como finalista.

En estos momentos, estoy dedicando toda mi creatividad literaria a una novela, del género fantástico, sobre una invasión alienígena. Un tema nada novedoso, desde luego, bastante recurrente, pero con escenarios y personajes muy asequibles. En su momento, cuando la haya concluido, si resulta de interés para vosotros, no tengo inconveniente en haceros llegar una copia del original.



ACTIVIDADES E INICIATIVAS DE LA TERBI



TerBi. Asociación Vasca de Ciencia Ficción. Fantasía y Terror

<http://terbicf.blogspot.com> terbicf@gmail.com

La TerBi somos una asociación cultural sin ánimo de lucro. Nuestro objetivo principal es la difusión del género fantástico en sus diferentes medios, principalmente el literario.

Los socios de la TerBi abonan una cantidad simbólica de 10 euros anuales por ingreso/transferencia en BBK N° cta. 2095.0350.40.91-1053337-8

Si te gusta el género fantástico, eres bienvenido a tomarte un café con nosotros. Estaremos encantados de conocerte.



¿Quieres saber MAS...?

Nos puedes encontrar en:

<http://terbicf.blogspot.com/>

<http://notcf.blogspot.com/>

En el Grupo TerBi de Facebook

Y en el Canal TerBiCF de YouTube:

<http://www.youtube.com/user/TerBiCCFF>